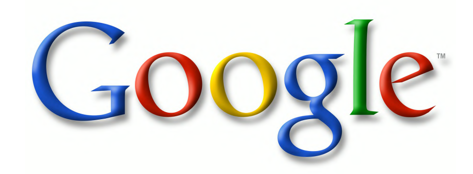
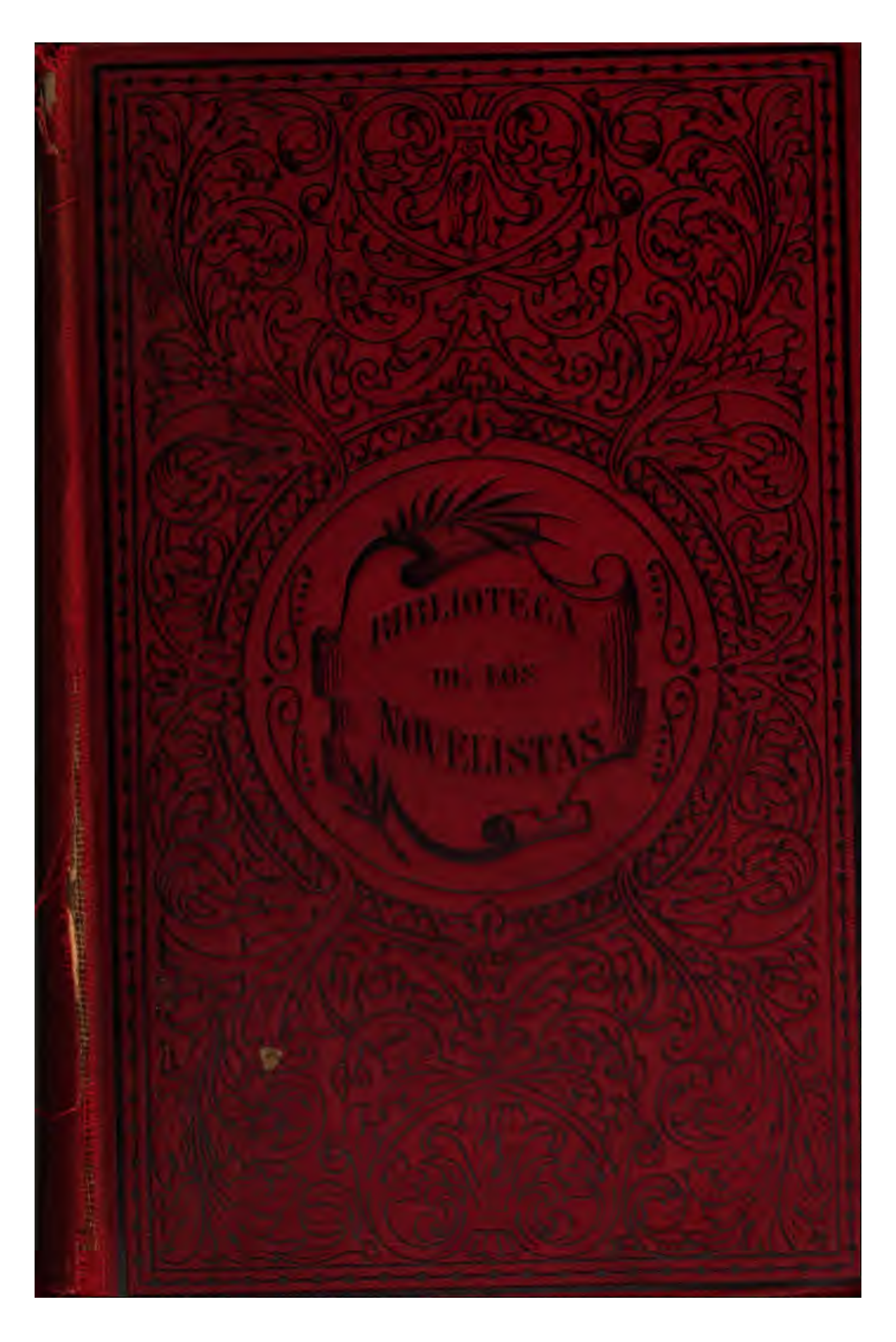



BIBLIOTECA
DE LOS
NOVELISTAS



MEMORIAS

DE

JACOBO CASANOVA

DE SEINGALT

MEMORIAS

DE

J. CASANOVA

DE SEINGALT

LLAMADO EL GIL BLAS DEL SIGLO XVIII

VERTIDAS AL CASTELLANO

POR

J.-B. E.

TOMO SEXTO

PARÍS

LIBRERÍA ESPAÑOLA DE GARNIER HERMANOS

6 — CALLE DE SAINTS PÈRES — 6

1884

MEMORIAS

DE

JACOBO CASANOVA

DE SEINGALT

CAPÍTULO PRIMERO

La Cornelis. — Aventuras. — Paulina. — Singularidad de los ingleses.

Hacia una semana que ocupaba mis habitaciones y aun no habia vuelto á ver á Martinelli: el lunes, por la mañana, vino á verme, y le comprometí á quedarse á comer. Me dijo que iba al Museo, donde estaria hasta las dos y me dieron ganas de ir á ver aquel famoso gabinete que tanto honra á Inglaterra. Allí conocí al doctor Mati.

Durante la comida, Martinelli me sirvió de exce-

lente compañía, porque era instruido y conocia profundamente las costumbres inglesas que yo necesitaba conocer si queria hallarme bien en el país.

Despues de hablar largo tiempo de política, costumbres y literatura, asuntos en los que Martinelli brillaba, fuímos al teatro de Drury-Lane, y allí tuve ocasion de observar una muestra de las costumbres un poco rudas de los insulares. La compañía, por un accidente que no recuerdo, no podia representar aquel dia la funcion anunciada, y el público movió un alboroto. Garrik, cómico célebre, que veinte años mas tarde fué enterrado en Westminster, se presentó en vano para calmarlos: se vió precisado á retirarse. Entonces algunos furiosos gritaron: *¡ Sálvese el que pueda!* El rey, la reina, todo el mundo en fin, se apresuró á abandonar el teatro y en menos de una hora todo quedó destruido, hasta las paredes, que no resistieron al furor de un populacho que hacia todo aquel estrago por el solo placer de ejercer su poderío.

Despues de esta tala, á que ninguna autoridad se opuso, los furiosos fueron á saciarse de cerveza y de ginebra.

En quince dias fué reedificado el teatro, represen- tóse la pieza anunciada, y al levantarse el telon y presentarse Garrik para implorar la indulgencia del público, una voz esclamó: « *De rodillas* ». En el acto mil voces repitieron: « *De rodillas* », y el Ros-

cins de Inglaterra, que valia cien millares de veces mas que todos los exaltados que gritaban, se vió obligado á doblar la rodilla, y pedir indulgencia en aquella humillante postura. Entonces se oyó una salva de aplausos, y todo quedó terminado. Tal es el pueblo inglés y sobre todo el pueblo de Londres. Se mofa hasta del rey, de la reina y de los príncipes cuando los ve en público, así es que no se dejan ver jamás, á no ser en las grandes ceremonias, donde ciertos inspectores cuidan de mantener el órden público.

La Inglaterra es un mar riquísimo, pero lleno de escollos. Los que en él se aventuran por interés ó curiosidad deben tomar sus precauciones.

En casa de la duquesa de Northumberland hice conocimiento con lady Rochefort, cuyo marido acababa de ser nombrado embajador en España. Esta señora era una de las tres ilustres cuya crónica galante proporcionaba cada dia nuevos asuntos á las conversaciones de los ociosos de aquella gran ciudad.

La víspera de la reunion de Soho-Square, Martinelli comió conmigo y me habló de la señora Cornelis, de las deudas de que se veia rodeada y que la obligaban á no salir de su casa sino el domingo, único dia privilegiado en que los acreedores no tienen ningun derecho sobre sus deudores.

— El excesivo gasto que sin necesidad hace, me

dijo, la pone en tal estado de penuria que no puede tardar en verse en el último extremo. Debe cuatro veces mas de lo que posee, aun comprendiendo la casa, que es una propiedad dudosa, puesto que todavía es objeto de litigio.

Su estado no me apenaba sino por sus hijos; porque en cuanto á ella, no me parecia digna de mejor suerte.

Al dia siguiente me dirigí á la reunion, y el secretario colocado á la puerta inscribió mi nombre al recibir mi billete. En cuanto la Cornelis me apercibió, vino á mí y me dijo que estaba contentísima de verme entre la aristocracia provisto de mi billete y que no se habia equivocado al sospechar que acudiria.

Lady Harington, que era una de sus grandes protectoras, vino á hablarle.

— Tengo, mi querida Cornelis, que entregaros una cantidad de guineas, entre otras dos del señor de Seingalt á quien he considerado como uno de vuestros amigos. Sin embargo, no me he atrevido á decírselo, añadió dirigiéndome un guiño significativo y malicioso.

— ¿Por qué, milady? hace largo tiempo que tengo el honor de conocer á la señora Cornelis.

— Lo creo, dijo ella riendo, y os felicito á los dos. Supongo tambien, caballero, que conoceis á la amable miss Sofía.

— Es muy natural, milady: quien conoce á la madre debe conocer á la hija.

— Sí, sí.

Sofía se encontraba cerca de ella, y despues de besarla con cariño, milady me dijo :

— Debeis quererla mucho porque es vuestra imágen.

— Es uno de los mil caprichos de la naturaleza.

— Seguramente, pero esta vez ha tenido un capricho razonable.

Al acabar estas palabras, milady tomó á Sofía de la mano y apoyándose en mi brazo nos llevó entre la multitud y tuve que oir pacientemente una porcion de preguntas hechas por personas que aun no me habian visto.

— ¿Este es el esposo de la señora Cornelis?

— ¿Es sin duda el señor Cornelis que ha llegado?

— ¡Ah! este es seguramente el señor Cornelis.

— Indudablemente es el marido de la señora Cornelis.

— No, no, no, no, decia lady Harington á los curiosos.

Esto me fastidiaba, porque no se repetian estas preguntas sino porque la niña llevaba marcado su orígen en su rostro, y todos adivinaban que yo era su padre. Yo deseaba que milady dejase marchar á Sofia, pero aquello la divertia bastante para

acceder á mi deseos. « Quedaos á mi lado, me dijo, si quereis conocer á todo el mundo. » Se sentó, me hizo sentar á su lado y retuvo á la niña al otro.

La Cornelis vino para hablarle, y como todos le hacian las mismas preguntas que tanto me habian molestado, tomó su partido y dijo resueltamente que yo era su mejor y mas antiguo amigo y que no sin razon se admiraban de la perfecta semejanza que conmigo tenia su hija. Todos se echaron á reir diciendo que aquello no tenia nada de extraño y que no habia nada mas natural.

Empezó el baile que duró toda la noche sin interrupcion, porque se pasaba á la sala, donde estaba servida la cena, por pelotones y á todas horas : aquello era un verdadero despilfarro digno de la casa de un príncipe. Allí hice conocimiento con toda la nobleza y con toda la familia real, que asistia, á excepcion de Sus Majestades y del príncipe de Gales. La Cornelis habia recibido mas de mil doscientas guineas, pero el gasto era enorme, sin economía y sin las precauciones necesarias para evitar el fraude en todos géneros. Presentaba su hijo á todo el mundo, pero el pobre muchacho tenia el aspecto de una víctima y no sabia hacer mas que profundas reverencias. Me daba lástima.

De vuelta á mi casa pasé todo el dia en la cama, y al dia siguiente fuí á comer á Star-Tavern,

donde me habian dicho que se encontraban las muchachas mas bonitas y mas reservadas de Londres. Me dió esta noticia lord Pembroke, qúe acostumbraba ir con frecuencia. Al llegar á la taberna pedí un gabinete particular, y el amo, al notar que yo no hablaba inglés, vino á acompañarme, hablándome en francés y ordenando lo que yo deseaba. Me extrañó por sus maneras nobles, graves y decentes, hasta el punto de que no tuve valor de decirle que deseaba cenar con una inglesa. Al final de mi cena, le dije con mil respetuosos rodeos que no sabia si lord Pembroke me habia engañado al decirme que yo podria encontrar en aquella casa las muchachas mas bonitas de Londres.

— No os ha engañado, caballero, y si lo deseais podeis tenerlas á vuestro antojo.

— Con esa intencion he venido.

Llamó y se presentó un mozo muy aseado y de aspecto decente : le ordenó que hiciera venir una muchacha para mi servicio, con el mismo tono que hubiera podido mandarle traer una botella de vino. El jóven salió y algunos minutos despues ví entrar una muchacha de hercúleas formas.

— Caballero, le dije, el aspecto de esta jóven no me satisface.

— Dad un chelin para los conductores de la silla y despedidla. En Londres, caballero, no se gastan cumplidos.

Estas palabras me pusieron en completa libertad; ordené que se hiciera aquel pago y me trajeran otra muchacha. La segunda me pareció peor y la despedí, lo mismo que á otras diez que despues vinieron, satisfecho de ver que lo difícil de mi gusto divertia al amo de la casa, quien siempre me acompañaba.

— Ya no quiero ninguna, le dije; solo quiero comer bien. Estoy seguro de que se han burlado de mí y en provecho de los conductores de la silla de manos.

— Es muy posible, señor, y esto sucede á menudo cuando no se da el nombre y las señas de la casa de la muchacha que se desea.

Por la noche, fuí á pasearme al parque de Saint-James; recordando que era dia de Ranelagh, y queriendo conocer aquel sitio, tomé un carruaje, y solo, sin criado, me encaminé con ánimo de divertirme hasta media noche, y buscar una mujer que me agradase.

La rotonda del Ranelagh me gustó; me hice servir un té y bailé algunos minuetos, pero sin intimar con nadie; y aunque ví varias jóvenes y damas hermosas, no me atreví á atacar á ninguna. Fastidiado, tomé el partido de retitarme; era cerca de media noche; me dirigí á la puerta suponiendo encontrar mi coche, que no habia pagado, pero no se encontraba allí, y me hallé en un gran apuro.

Una preciosa mujer que estaba á la puerta esperando su carruaje, apercibiéndose de mi lance me dijo en francés que si yo no vivia lejos de White-Hall, ella podria conducirme á mi puerta. Le dí las gracias, y diciéndole dónde vivia, acepté con reconocimiento. Llegó su coche, un lacayo abrió la portezuela y apoyándose en mi brazo ella subió al coche; me invitó á sentarme á su lado y ordenó parar delante de mi casa.

En cuanto me encontré en el carruaje me deshice en expresiones de agradecimiento, y diciéndole mi nombre, le manifesté lo mucho que sentia no haberla visto en la última reunion de Soho-Square.

— No estaba en Londres, me dijo, he llegado hoy de Bath.

Me felicité por la dicha de haberla encontrado, cubrí su mano de besos y me atreví á darle uno en la mejilla; no encontrando en vez de resistencia mas que la dulzura y la sonrisa del amor, uní mis labios á los suyos, y siendo correspondido, pronto me enardecí y le dí la prueba mas evidente de la pasion que me habia inspirado.

Satisfecho por no haberle desagradado y de haberla encontrado tierna y fácil, le supliqué me dijera dónde podria acudir para hacerle una corte asídua durante todo el tiempo que pensaba pasar en Londres, pero ella me respondió : « Aun nos volve-

remos á ver; sed discreto.» Se lo juré y no insistí. Un momento despues se detuvo el carruaje, le besé la mano y entré en mi casa muy satisfecho de aquella aventura.

Pasé quince dias sin volver á verla, cuando por fin la encontré en una casa aristocrática, aparentando ella no conocerme, pero estando muy amable conmigo.

A los tres dias de este nuevo encuentro, fuí á Covent-Garden, y hallándome frente á una linda jóven, me dirigí á ella en francés preguntándole si queria venir á cenar conmigo.

— ¿Qué me dareis á los postres?

— Tres guineas.

— Estoy á vuestras órdenes.

Despues del teatro me hice servir una buena cena para los dos, y ella me acompañó, como yo deseaba.

Otro dia en que me hallaba en Vaux-Hall, encontré á Malignan, oficial francés, á quien habia abierto mi bolsa en Aix-la-Chapelle, y á quien dí la direccion de mi casa por haberme dicho que necesitaba hablarme. Encontré tambien á un hombre llamado el caballero Goudar, hombre muy conocido, que me habló de juego y de muchachas. Malignan me presentó un individuo como hombre raro, y que podria serme muy útil en Londres. Era un hombre de unos cuarenta años, tipo griego, que levaba el nombre de Federico, hijo del difunto

Teodoro, pretendido rey de Córcega que, catorce años antes de esta época, habia muerto miserable en Londres, un mes despues de haber salido de la prision en que habia permanecido durante seis ó siete años gracias á inhumanos acreedores. ¡Mejor hubiera hecho yo en no ir aquel dia á Vaux-Hall!

Para entrar en aquel recinto se pagaba la mitad que para entrar en el Ranelagh, y á pesar de ello se podian obtener los placeres mas variados, como una buena comida, música, paseos oscuros y solitarios, avenidas iluminadas con mil linternas, y se encontraban allí mezcladas y confundidas las mas famosas beldades de Londres, desde las de mas alto rango hasta las de mas ínfima categoría.

Entre todos estos placeres yo me fastidiaba, porque no compartia mi buena mesa ni mi encantadora habitacion con una amiga que me las hiciera agradables. Hacia, sin embargo, seis semanas que me hallaba en Londres. Esto no me habia sucedido jamás, y la cosa me parecia inexplicable.

Como esta idea me preocupaba sin cesar, se me ocurrió una estraña idea que quise realizar.

Llamé á mi vieja *housekeeper* y le hice decir por la muchacha que nos servia de intérprete que queria alquilar el segundo ó tercer piso para tener compañía y que, aunque yo era el dueño, queria regalarle media guinea por semana; en el acto le ordené fijar á la ventana el siguiente cartel :

« *Segundo ó tercer piso amueblado* y *barato, para alquilar á una señorita jóven y libre que hable inglés y francés y no reciba ninguna visita de dia ni de noche.* »

La vieja inglesa, que habia comprendido la partida, se echó á reir de tal manera cuando la muchacha le tradujo el cartel, que yo creí que iba á rebentar.

En cuanto estuvo colgado el cartel,todo el mundo se detenia para leerlo y despues de hacer comentarios se alejaba riendo. Desde el segundo dia, mi negro Jarbe me dijo que mi anuncio se encontraba íntegro en *Saint-James Chronicle* con un divertido comentario. Me hice traer el periódico y Fanny me lo tradujo así :

« El dueño del segundo y del tercero ocupa probablemente el primero. Debe ser hombre de gusto y aficionado á los placeres, porque quiere una inquilina jóven sin duda, sola y libre, y como ella no podrá recibir ninguna visita, será preciso que se comprometa á acompañarle »

Y añadia :

« Lo que es de temer es que el proprietario salga engañado, porque es muy posible que alguna bonita muchacha lo alquile solo para ir á dormir y aun quizá para ir de vez en cuando; además la inquilina podrá rehusar, si le conviene, la visita del propietairo. »

Este comentario, muy bien razonado, me gustaba porque me ponia en guardia contra las sorpresas.

No cansaré á mis lectores con los detalles de un centenar de muchachas que vinieron durante los nueve ó diez primeros dias y á quienes bajo diferentes pretestos rehusé alquilar la habitacion, aunque algunas de ellas no carecian de gracias ni de hermosura. Por fin al undécimo ó duodécimo dia, mientras me hallaba á la mesa, ví aparecer una jóven de veinte á veinticuatro años, de estatura mas que mediana, vestida sin lujo, pero con gracia y limpieza, de fisonomía noble y dulce aunque séria, de rasgos regulares, de tez un poco pálida, de negros cabellos, y extraordinariamente hermosa. Me hizo un saludo noble y respetuoso, que me obligó á levantarme para devolvérselo, y como permanecí de pié, me rogó con el tono de la buena sociedad que no me molestase y que continuase mi comida. Yo la supliqué aceptara una silla, lo que hizo; despues le ofrecí confitura, pero la rehusó con un tono de modestia que me encantó.

Aquella hermosa jóven me dijo, no en muy buen francés, como habia empezado, sino en el mas puro italiano, puesto que no tenia el mas ligero acento estrangero, que tomaria un cuarto del tercer piso.

— Señorita, sois dueña de no serviros mas que de un cuarto, pero todo el piso os pertenecerá.

— Caballero, aunque el cartel dice *barato*, el piso

entero seria muy caro para mí, porque no puedo gastar para mi habitacion mas de dos chelines por semana.

— Este es precisamente el precio que yo pongo par todo el piso; yá veis que está al alcance de vuestro presupuesto. Mi criada os servirá y os procurará cuanto os sea necesario para vuestro sustento, y además lavará vuestra ropa. Podreis tambien serviros de ella para vuestros encargos, á fin de que no os veais obligada á salir en busca de todas vuestras menudencias.

— Yo le diré, pues, lo que debe comprarme cada dia para mi comida, sin excederse jamás de la pequeña cantidad que destino á mi subsistencia.

— Tambien puedo recomendaros á la mujer de mi cocinero, que podrá daros de comer por la misma cantidad que gastaríais enviando á buscar vuestra comida.

— No creo posible la cosa, porque me da vergüenza deciros lo que gasto.

— Aun cuando no gastárais mas que dos sueldos por dia, yo le diria que no os diera mas que por dos sueldos. Espero que no os ofendais, porque me intereso por vos.

— Caballero, la cosa es sorprendente y sois bien genoroso.

— Esperad un momento, señorita, y vereis cómo todo se arregla del modo mas natural del mundo.

Ordené á Clairmont que hiciera subir á la criada y á la mujer del cocinero, y dije á esta última :

— ¿Por cuánto cada dia podeis dar de comer y cenar á esta señorita, que no es rica y no quiere comer mas que lo necesario para vivir?

— Podré hacerlo muy barato, porque el señor come casi siempre solo y hace disponer la comida para cuatro.

— Muy bien ; por consiguiente, espero que la tratareis bien por lo que ella quiera daros.

— Yo no puedo gastar mas que cinco sueldos por dia.

— Por ese precio se os alimentará, señorita.

Ordené que al instante quitasen el cartel y que el cuarto que la señorita quisiese ocupar quedase en seguida provisto de todo el *comfortable*. Despues, cuando se retiraron la criada y la cocinera, la señorita me dijo que no saldria mas que el domingo para ir á misa á la capilla del embajador de Baviera, y una vez al mes para ir á buscar á una persona que le entregaba tres guineas para vivir. « Podreis salir cuando gusteis, señorita, y eso sin tener que dar cuenta de ello á nadie. » Acabó por rogarme que nunca llevara á nadie á su casa, que ordenase á la portera decir á cualquiera que viniese á informarse de ella, que no la conocia. Le prometí que todo se haria segun sus deseos, y salió diciéndome que iba á hacer traer su reducido equipaje.

En cuanto salió, ordené á todo el mundo que tuviera para ella todos los miramientos imaginables.

La vieja *housekeeper* vino á decirme que antes de partir le habia pagado adelantado la primera semana y que habia recogido el recibo, marchándose en la silla de manos en que habia venido. Despues, la buena vieja me hizo decir que tuviera cuidado con las astucias.

— ¿Qué astucias? no veo ninguna en perspectiva. Si ella es prudente y me enamoro, tanto mejor : no deseo otra cosa. No necesito mas que ocho dias para conocerla. ¿Qué nombre os ha dado?

— Mistress Paulina. Ha llegado aquí muy pálida y al marcharse estaba muy sofocada.

Lleno yo de esperanza, aquel hallazgo me colmaba de alegría. Yo no necesitaba mujer para satisfacer mi temperamento, porque eso se encuentra fácilmente en todas partes. Necesitaba alguien á quien amar. Necesitaba encontrar en el objeto de mi amor el mérito de la belleza y el de las cualidades del alma, y mi amor crecia en proporcion de las dificultades que yo preveia en la conquista. En cuanto á la imposibilidad del logro, confieso que la consideraba una verdadera imposibilidad, porque yo no ignoraba que no hay mujer que pueda resistir á los cuidados asíduos y á todas las atenciones de un hombre que quiere enamorarla, sobre

todo cuando este hombre puede hacer grandes sacrificios.

Por la noche, al regresar de la Comedia, la criada me dijo que la señorita habia escogido un modesto gabinete situado en la parte posterior de la habitacion, que no podia convenir sino á un criado. Habia cenado muy moderadamente no bebiendo mas que agua, y al rogar á la mujer del cocinero que no le diese mas que una sopa y un plato, esta le habia respondido que debia aceptar lo que se le sirviese y que la criada comeria lo que ella no quisiese.

— Despues de cenar se ha encerrado para escribir y me ha dado las buenas noches con mucha bondad.

— ¿Qué toma por la mañana?

— Se lo he preguntado y me ha respondido que no come mas que un pedazo de pan.

— Le dirás mañana por la mañana que la costumbre del cocinero es regalar á todos los de la casa un desayuno de café, té, chocolate ó caldo, á eleccion, y que al rehusarlo podria disgustarnos. Pero no vayas á decirle que yo te he hecho esta advertencia. Aquí tienes una corona, y yo te daré otra cada semana para que tengas para ella las mas delicadas atenciones.

Antes de acostarme, le escribí un billete muy atento rogándole abandonara el pequeño gabinete

que habia escogido; lo abandonó, pero hizo llevar sus efectos á un cuarto vecino, tambien en la parte posterior, y en virtud de las observaciones de Fanny aceptó el café. Deseando comprometerla á comer y cenar conmigo, me vestí para ir á visitarla y pedirle este placer, de manera que no lo pudiera rehusar, pero Clairmont me anunció al jóven Cornelis. Lo recibí riendo y dándole gracias por su primera visita despues de seis semanas.

—Mamá no me ha permitido venir. No he podido mas y he estado tentado veinte veces de venir á pesar suyo. Tomad, leed esta carta y en ella encontrareis algo que os sorprenderá!

Abrí la carta y hé aquí lo que contenia:

« Ayer un alguacil, aprovechando el instante en que mi puerta estaba abierta, entró en mi cuarto y me arrestó. Me ví obligada á seguirle y héme aquí presa en su casa; si en el dia de hoy no presento fianza me conducirá esta noche á la carcel de Kings-Bench. Esta fianza es de doscientas libras esterlinas que debo por una letra vencida que no he podido pagar. Os suplico, mi bienhechor amigo, me hagais salir de aquí en seguida, porque puedo tener la desgracia de ver presentarse desde mañana una nube de acreedores que me procesarian, lo que haria mi perdicion inevitable. Evitadla, os lo suplico, evitando la de mi inocente familia. En vuestra calidad de extranjero no podeis ser mi fiador, pero no te-

neis mas que decir una palabra á un jefe de casa de comercio y encontrareis diez por uno. Si teneis tiempo de pasar por donde me encuentro, venid y sabreis que si no hubiera firmado la desdichada letra, no hubiera podido dar el último baile, porque tenia toda mi vajilla y mi porcelana empeñadas. »

Furioso contra aquella imprudente, que tanto se habia olvidado respecto á mí, le escribí que no podia sino compadecerla, que no tenia tiempo de ir á verla y que además me avergonzaba el tener que pedir á nadie que saliera fiador por ella.

Cuando el pequeño Cornelis partió, muy triste, dije á Clairmont que subiera á casa de Paulina y le preguntara si me permitia pasar á saludarla. Me hizo decir que era dueño de presentarme. Subí y hallé sobre una mesa varios libros y sobre una cómoda algunos vestidos y ropas que no anunciaban la necesidad.

— Estoy muy agradecida, me dijo, á las bondades que conmigo teneis.

— No hablemos de eso, señorita, y creed que soy yo quien tiene necesidad de las vuestras.

— ¿Qué puedo hacer, caballero, para demostraros mi reconocimiento?

— Molestaros, señorita, honrándome con vuestra compañía en mi mesa cuantas veces yo no tenga invitados; porque cuando estoy solo, como demasiado aprisa y mi salud se resiente de ello. Si no

os hallais dispuesta á hacerme esta merced, me perdonareis el habérosla pedido, pero las ventajas que en mi casa os he procurado no disminuirán á causa de vuestra negativa.

— Tendré el honor, caballero, de comer con vos siempre que esteis solo y me lo aviseis. Lo único que me apena es el no estar segura de que mi compañia pueda seros útil y distraida.

— Muy bien, señorita, os quedo muy reconocido y os prometo que no os arrepentireis jamás de vuestra complacencia. Haré lo posible por agradaros y seré feliz si lo consigo. Comeremos á la una.

No me senté ni miré los libros, ni aun le pregunté si habia pasado bien la noche. Lo único en que fijé mi atencion, fué que, cuando entré, estaba pálida é intranquila, y que á mi salida, sus mejillas presentaban el mas vivo color carmesí.

Fuí á pasearme por el parque, muy enamorado de aquella simpática criatura y resuelto á no perdonar sacrificio alguno para hacerme amar.

De vuelta á mi casa, Paulina bajó sin que la hiciese llamar. Le pregunté por su salud y me contestó :

— La naturaleza me ha favorecido con una constitucion tan feliz, que en mi vida he tenido la menor indisposicion, exceptuando el mareo.

— ¿Habeis viajado entonces, por mar.

— Ha sido indispensable para venir á Inglaterra.

— Pude suponer que érais inglesa.

— Y con fundamento, porque esta lengua me es familiar desde la infancia.

Estabamos sentados en un sofá, y en una mesa que teníamos delante se encontraba un juego de ajedrez; Paulina movia los peones, y le pregunté si sabia jugarlo.

— No lo juego mal, segun dicen.

— Yo lo juego muy poco, pero hagamos una partida; mis derrotas os divertirán.

A la cuarta jugada me hizo jaque mate. Ella se rió y yo quedé admirado. Empezamos otra partida y me dió mate á la quinta jugada. Mi amable convidada se echó á reir á carcajada suelta, lo cual me permitió admirar sus hermosos dientes, el encanto de su emocion y sobre todo lo radiante de su franca alegría. Hicimos la tercera partida; Paulina se descuidó y la puse en apuros.

— Creo que podeis vencerme, dijo ella.

— ¡Qué fortuna seria para mí!

Avisaron que la mesa estaba servida. Las interrupciones son con frecuencia importunas. Ofrecí mi brazo á la jóven y nos dirigimos al comedor.

Apenas nos habíamos sentado á la mesa, cuando mí criado me anunció la niña Cornelis con la señora Rancour.

— Decid que estoy comiendo y que no saldré del comedor hastá dentro de tres horas.

Cuando salia Clermont á dar mi respuesta, entró Sofía; se echó á mis piés llorando y sin poder hablar porque la ahogaban los sollozos.

La cogí en mis brazos y la senté sobre mis rodillas; enjugué sus lágrimas, la tranquilicé diciéndole que sabía el motivo de su angustia y que por ella haria lo que venia á solicitarme.

Pasando de la desolacion á la alegría, la muchacha me abrazó dándome el nombre de padre y concluyó por hacerme llorar.

— Come con nosotros, hija mia; esto me animará á complacerte.

Sofía se desprendió de mis brazos y corrió á abrazar á Paulina, que por simpatia lloraba tambien.

Mi hija me suplicó que mandase dar de comer á la Rancour, á quien la Cornelis habia prohibido subir.

Sofía causó nuestro encanto durante la comida. Preguntóme si Paulina era mi esposa, y habiéndole contestado que sí, la cubrió de besos, llamándola su querida mamá.

A los postres saqué de mi cartera cuatro billetes de cincuenta libras esterlinas, se los dí á Sofía y le dije que podia regalárselos á su madre, pero que el obsequio era para ella y no para su madre. « Con este dinero, añadí, podrá ir á dormir esta noche en su hermosa casa, donde tan indignamente me recibió. »

— Lo siento en el alma, pero os ruego que se lo perdoneis.

— Se lo perdono por tí. Puedes decirle que me hará un gran favor cada vez que te permita venir á comer ó á cenar conmigo.

Marchóse mi hija, y yo me quedé hablando con la que desempeñó de un modo sentimental su improvisado papel de esposa. La conversacion fué variada y solo indirectamente se refirió á la profunda simpatía que me habia inspirado en tan poco tiempo. De buena gana hubiera yo pasado todo el dia con ella, pues raramente habia encontrado mujer de maneras tan afables y distinguidas; pero me pidió permiso para retirarse á su habitacion, y tuve que resignarme á quedarme solo.

Entonces esperimenté una especie de vacío que se llenó de profunda tristeza.

Al dia siguiente, despues de comer, hallándome á solas con Paulina, le cogí la mano, se la besé con transporte y le dije :

— ¿Estais casada, bella Paulina?

— Sí.

— Conoceis el amor maternal?

— No, pero no necesito esforzarme mucho para formarme de él una idea exacta.

— ¿Estais separada de vuestro marido?

— Sí, contra nuestra voluntad. Nos separamos antes de que hubiésemos cohabitado.

— ¿Está en Londres?

— No; está muy lejos de aquí; pero, por favor, no hablemos mas de esto.

— Decidme, al menos, si cuando os marcheis, será para ir á reuniros con él.

— No saldré de esta venturosa isla sino *para ir* á ser feliz con mi querido esposo.

Hostigada por mis preguntas, Paulina concluyó por referirme su historia.

Era hija única del infortunado conde de X...mo, á quien Carvalho Æyras (marqués de Pombal) *hizo* morir en la cárcel, despues del atentado á la vida del rey, que fué atribuido á los jesuitas. El ministro tirano no se atrevió á confiscar los bienes de su víctima, pero la hija no podia disfrutarlos sino volviendo á su patria. Puesta en la alternativa de huir ó casarse con un hombre á quien no amaba, huyó con el jóven conde de J... su novio, de quien estaba locamente enamorada. Habian trocado los trajes en el momento de embarcarse en Lisboa á bordo de un buque, cuyo capitan, al llegar á Inglaterra, recibió la órden de impedir que desembarcase la fugitiva y volviese con ella á la capital portuguesa. En virtud de esta órden terminante, el novio, vestido de mujer, fué reintegrado á su patria, al paso que la novia, merced á su traje de hombre, pudo desembarcar sin mas inconvenientes que la escasez de recursos y la falta de su equipaje de mujer. Haciendo

milagros de economía, habia conseguido equiparse modestamente y vivir hasta aquel momento poco menos que en la estrechez. Habia escrito á Æyras que estaba dispuesta á volver á Lisboa, si su Excelencia le aseguraba por escrito que le seria permitido casarse públicamente con el esposo de su eleccion. Esperaba que la respuesta no se haria esperar mucho tiempo y que seria satisfactoria, pues el nóvio era protegido del ministro, y este querria atenuar en parte lo odioso de la muerte del padre de la muchacha.

Yo vivia con Paulina en la mayor intimidad; pero á medida que aumentaba mi amor, mas me convencia de que mi huéspeda era invencible; y á medida que ella engordaba, yo enflaquecia rápidamente.

Por fin me abrió su corazon y me entregó su cuerpo, y fuímos completamente felices durante seis semanas.

El 1° de agosto fué un dia fatal para entrambos. Paulina recibió de Lisboa dos cartas que no le dejaban pretexto alguno para diferir su regreso, y yo recibí de París una que me anunciaba la muerte de la señora de Urfé. Mi buena amiga la señora de Rumain me escribia, diciendo que los médicos habian declarado que la marquesa se habia envenenado involuntariamente con una fuerte dosis de un licor que ella llamaba la *panacea*. Se

habia encontrado un testamento segun el cual dejaba toda su fortuna al primer hijo ó hija que naceria de ella y de que se declaraba en cinta. Me habia instituido tutor del recien-nacido, lo cual sentia yo en extremo, porque aquella historia era tal que iba á hacer reir á todo París durante una semana. Su hija, la condesa de Châtelet, se habia apoderado de todos los inmuebles y de su cartera, que contenia cuatrocientos mil francos. Concentré mi dolor y mi arrepentimiento en el interés que me inspiraba Paulina. El ministro le enviaba una letra de dos mil libras esterlinas y la promesa de que, á su regreso, se le entregarian sus bienes y se le permitiria casarse públicamente con su novio.

Consintió en que Clairmont la acompañase hasta Madrid, donde este fiel criado habia de dejarla para volver á Londres; pero estaba escrito que no le volveria á ver.

Yo la acompañé hasta Calais, donde nuestra separacion fué muy parecida á la que, quince años antes, me fué tan dolorosa en Ginebra al despedirme de Enriqueta.

Las olvidé porque todo se olvida; pero al acordarme de ellas, hallo mas profunda la impresion que me causó Enriqueta, y esto, sin duda, porque yo entonces tenia veintidos años, mientras que tenia treinta y siete en Londres. Con la edad se embotan nuestras facultades impresivas.

De regreso á Londres, Jarbe me acostó. Este Jarbe era un buen muchacho que habia tomado á mi servicio mientras durase la ausencia de Clairmont.

El dia siguiente, en el momento de entrar en mi cuarto, me hizo estremecer con una candidez que acabó por hacerme reir :

— Señorito, me dijo; la vieja me ha encargado que os pregunte si quereis que vuelva á poner vuestro letrero á la puerta.

—¡ La miserable! ¿quiere, acaso, que la estrangule de rabia?

— No, señor; si os quiere mucho, y al veros tan triste, ha pensado...

— Ve á decirle que no vuelva á tener semejantes pensamientos.

CAPÍTULO II

Mi hija Sofía en un colegio. — La Charpillon. — Funestas consecuencias.

Poco á poco se fué cicatrizando la herida que habia causado en mi corazon la pérdida de Paulina. Varios amores fáciles sustituyeron al profundo amor

que por ella habia sentido. Las mujeres, el juego y las francachelas con amigos llenaron mi existencia durante algun tiempo.

Mi hija cayó enferma, y adivinando yo que la principal causa de su dolencia era la extremada severidad con que su madre la trataba, aconsejé á la Cornelis que la pusiese por algunos años en un buen colegio, con muchachas de distincion. Mi consejo fué seguido y el resultado que yo esperaba fué inmediato. Sofía recobró la salud tan pronto como se vió libre de la férula de su madre. Pagué un año anticipado de pension y me cupo la certeza de que en su colegio, que visité, recibiria excelente trato y esmeradísima educacion.

Un oficial flamenco, á quien habia socorrido en Aix-la-Chapelle, me habia hecho varias visitas y hasta habia comido dos á tres veces en mi casa. Aun no le habia devuelto la visita, cuando lo encontré en la calle con su mujer y su hija. Un poco por vergüenza y un poco por curiosidad, me resolví á hacerles una visita.

Al presentarme en su casa, el oficial me saltó al cuello y me presentó á su mujer como su salvador. Algunos minutos despues, ví entrar una vieja con una muchacha. El oficial me presentó, diciéndoles que era el caballero de Seingalt, de quien les habia hablado con frecuencia. La muchacha, afectando sorpresa, me dijo que habia conocido un señor Ca-

sanova que se me parecia mucho. Le contesté que este era tambien mi nombre, pero que no tenia la dicha de acordarme de ella.

— Entonces me llamaba Auspergher, pero hoy me llamo Charpillon. Me habeis visto y hablado una sola vez, cuando yo tenia trece años.

— ¿Dónde tuve el placer de hablaros?

— En París.

— ¿En qué sitio?

— En el palacio mercantil. Ibais con una señora muy bonita y me regalásteis estos pendientes (me los enseñó puestos); luego, á instancias de mi tia, me hicísteis la honra de darme un beso.

Entonces me acordé de aquella circunstancia; la mujer que me acompañaba era la hermosa Baret, la del almacen de medias.

— Ahora me acuerdo de haberos visto, señorita, pero no reconozco á vuestra tia.

— Esta es hermana de la que entonces iba conmigo. Si teneis la bondad de venir á tomar el té con nosotras, la vereis.

— ¿Dónde vivís?

— En el Danemark-Street, Soho. Os enseñaré por escrito la lisongera galantería que me hicisteis.

El nombre de Charpillon me recordó que yo tenia una carta para ella. Saquéla de mi cartera y se la entregué diciéndole que aquel billete iba á doblar nuestra amistad.

— ¡Cómo! exclamó; un billete de mi querido embajador, del procurador Morosini! ¡Qué alegría! ¿Y cómo en tres meses no se os ha ocurrido hasta ahora entregarme esta prueba de su recuerdo?

— Me confieso culpable, señorita; pero á parte de que el billete no lleva direccion, el señor de Morosini no demostró gran interés... Doy gracias á la casualidad que me permite cumplir este deber.

— Venid mañana á comer con nosotros.

— No puedo; he prometido á mi amigo lord Pembroke esperarle.

— ¿Estareis solos?

— Creo que sí.

— Pues iré con mi tia. ¿Donde vivís?

— Ahí teneis sin direccion, señorita, y me alegraré mucho de veros.

Despues de leer mis señas, se sonrió y dijo:

— ¿Sois el italiano que puso el cartel que hizo reir á toda la poblacion?

— El mismo.

— Me han dicho que esa broma os costó cara.

— Al contrario, pues le soy deudor de uno de mis recuerdos mas dulces.

— Ahora que la persona en cuestion se ha ido, debeis estar triste.

— Lo confieso; mi pena ha sido profunda, pero las hay que nos son tan gratas que quisiéramos verlas durar.

— Nadie sabe quien es, pero vos debeis saberlo.

— Sí.

— ¿Guardais el secreto?

— Naturalmente, y antes moriré que revelarlo.

— Preguntad á mi tia si yo no queria presentarme á alquilaros un cuarto. Mi madre no lo consintió.

— ¿Qué necesidad teníais de buscar alojamiento tan barato?

— Ninguna, pero necesitaba divertirme y castigar al audaz autor de semejante cartel.

— ¿De qué manera me hubiéseis castigado?

— Haciéndoos enamorar de mí y sometiéndoos luego á terribles torturas. ¡Cómo me hubiese divertido!

— ¿Os creeis dueña de hacer enamorar al hombre que se os antoje atraer con vuestros encantos, para castigarlo con tanta crueldad?

— Perfectamente.

— Semejante proyecto es digno de un monstruo, y es sensible que no lo parescais, porque así el engaño os es muy fácil.

— Y los efectos son mas terribles é inesperados.

— Gracias por vuestra franqueza. Tomaré mis precauciones.

— Tendreis que imponeros la obligacion de no verme; si no, todo será en vano.

Como durante todo este diálogo la Charpillon no

cesó de reirse, lo tomé por una broma, como era natural; pero no pude menos de admirar en ella cierta gracia que debia hacerle fácil el subjugar á un hombre.

De todos modos, el dia en que conocí á aquella muchacha fué nefasto para mí.

Era á últimos de setiembre de 1763, y desde entonces empecé á morir. Si la línea perpendicular de ascension es igual á la línea de descenso, como debe ser hoy, dia primero de noviembre de 1797, me parece poder contar con unos cuatro años de vida, los cuales pasarán muy pronto, segun el axioma : *Motus in fine velocior* (1).

La Charpillon, que todo Londres ha conocido, y que, segun creo, vive todavía, era una de esas beldades en que es difícil descubrir el menor defecto físico. Era una morena de ojos azules, esbelta y graciosa. Su fisonomía, dulce y abierta, llena de aparente candor, parecia reflejar la delicadeza de sentimientos y la exquisita sensibilidad que son las armas irresistibles del bello sexo.

Esta sirena se habia propuesto hacerme desgraciado, aun antes de conocerme, y me lo dijo como para dar mayor realce á su triunfo.

Salí de casa Malingan, no como un hombre sensual y apasionado por el bello sexo y satisfecho de

(1) El movimiento se acelera hácia el fin.

haber encontrado una rara beldad, con la esperanza de poseerla, sino asombrado de que la imágen de Paulina fuese insuficiente para aniquilar el poder de la Charpillon, que yo no podia menos de despreciar.

Me reconciliaba conmigo mismo suponiendo que yo habia sido sorprendido por el atractivo poderoso de la novedad, por las circunstancias y por la esperanza de un pronto desengaño.

« Dejaré de encontrarla maravillosa, me decia, tan pronto como la haya poseido, y esto no puede tardar. » Yo tenia oro para vencer su dudosa virtud.

Me habia hecho amigo de Penbroke, con quien organicé una partida de recreo. El dia siguiente, al ver cuatro cubiertos en mi mesa, me preguntó quienes eran mis otros convidados. Quedó muy sorprendido al saber que eran la Charpillon y su tia y que la muchacha se habia invitado por sí misma al saber que él comia solo conmigo.

— Esa bribona, me dijo el lord, me babia inspirado un vivo deseo de poseerla algunos instantes, cuando una noche, habiéndola encontrado en Vaux-Hall con su tia, le ofrecí veinte guineas, si queria venir á pasearse sola conmigo por la alameda oscura. Aceptó con la condicion de que le diese la cantidad por adelantado, lo que tuve la debilidad de hacer. Me acompañó por la alameda; mas luego

que nos hubimos internado un poco, se desprendió de mi brazo y no pude alcanzarla en toda la noche.

— Debísteis abofetearla en público.

— Me hubiese puesto en ridículo. Preferí despreciar el dinero y la muchacha. ¿Estais enamorado de ella?

— No, pero me inspira curiosidad como os la inspiró á vos.

— Poneos en guardia, pues hará todo lo posible por engañaros.

Entró y sin el menor embarazo se dirigió á milord diciéndole graciosas galanterías. Apenas hizo caso de mí. Contando la escena de Vaux-Hall, dijo al inglés, sin dejar de reirse :

— Otra vez no os escaparé.

— Es posible, porque otra vez no os pagaré por adelantado.

— ¡Ba! la palabra *pagar* es muy fea y degradante para vos.

— Y para vos muy honrosa quizá.

— De eso no se habla nunca.

Se fué inmediatamente despues de comer, haciéndome prometer que al dia siguiente iria á comer con ella.

Mi amable lord me llevó á ver el *baño* á la inglesa, diversion que cuesta cara y que no me entretendré en describir, porque la conocen todos los que han querido gastar seis guineas para propor-

cionarse ese placer. En esta diversion tuvimos dos hermanas muy bonitas llamadas las Garich.

Fuí á comer con la Charpillon. Me presentó á su madre, á quien recordé haber visto en París, en circunstancias cuya grata memoria tenia la propiedad de conmoverme. Entró despues la abuela, y al poco rato aparecieron tres hombres, uno de los cuales era el caballero Goudar, que yo habia conocido en París. Me eran desconocidos los otros dos, que me fueron anunciados con los nombres de Rostaing y Caumon. Eran tres tunantes, amigos de la casa, cuyo oficio era atraer á los incautos, que se proponian explotar en provocho de la compañia.

Aunque desde luego eché de ver la calidad de aquella gente, ni me marché, ni prometí no volver. ¡Hay fascinaciones incomprensibles! Creí, sin duda, no correr peligro alguno tomando mis precauciones, y como mi única intencion era conseguir la muchacha, consideré todo lo demás como ageno á mis fines.

La comida fué alegre, á pesar de la medianía de los platos, pero me disgustó la idea que emitió la Charpillon de que los invitase á todos á cenar un dia determinado en mi casa. No pudiendo negarme, le dije que fijase el dia ella misma, lo cual hizo despues de haber consultado á sus dignos consejeros.

Despues del café jugamos al whist; perdí, y á las doce me retiré aburrido, descontento de mí mismo, pero no corregido, porque aquella bribona me habia hechizado.

Sin embargo, tuve la fuerza de pasar dos dias sin ir á verla. El tercer dia era el señalado para la maldita cena, y á las nueve de la mañana ví entrar á la muchacha con su tia.

— Vengo á almorzar con vos y á proponeros un negocio.

— ¿Ahora mismo ó despues del almuerzo?

— Despues, porque necesitamos estar solos.

Almorzamos; la tia pasó luego á una habitacion inmediata, y la Charpillon me dijo, despues de haberme informado de la precaria situacion de su familia, que se encontraria en la holganza si su tia poseyese cien guineas.

— ¿Cómo se las arreglaria?

— Compondria el bálsamo de vida, cuyo secreto posee, y con seguridad haria fortuna.

Se extendió luego sobre las propiedades maravillosas de aquel bálsamo, sobre su venta probable en una ciudad como Londres, y sobre las ventajas que me reportaria á mí mismo, puesto que habia de participar naturalmente de los beneficios. Añadió que, además, su madre y sus tias se comprometerian por escrito á devolverme las cien guineas al cabo de seis años.

— Os daré una respuesta positiva despues de la cena.

Tomando entonces el aire emprendedor de un hombre enamorado que quiere llegar al apogeo del goce, hice vanos esfuerzos y no conseguí nada, á pesar de que habia llegado á tenderla sobre un ancho sofá. Flexible como una culebra y diestra en el arte, me escapó y corrió en busca de su tia. La seguí, y obligado á reirme como ella, cogí la mano que me tendió diciéndome :

— ¡ Hasta la noche !

La escena me pareció natural y ningun mal augurio saqué de ella.

Por la noche, habiendo llegado con sus compañeros, la Charpillon me propuso tallar una pequeña banca mientras preparaban la cena. Yo me eché á reir y me negué á jugar.

Despues de la cena, me cogió á parte y me dijo que si yo queria dar las cien guineas, haria entrar á su tia en la otra habitacion.

— Como habria que escribir, le dije, la operacion seria larga. Otro dia será.

— ¿ Quereis fijar el momento ?

— Este llegará cuando os dé la gana, dije enseñándole una bolsa llena de oro.

Una vez solo, me sentí humillado, y resolví abandonar mis pretensiones; pero los encantos de la muchacha me atraian de un modo irresistible.

Comprendí que era preciso distraerme y rechazar mis ideas con otras que pudiesen ocupar mi espíritu. A este fin, al dia siguiente, fuí á ver á mi hija, provisto de una inmensa cesta de confituras, que hicieron las delicias de las colegialas.

Aquel dia me pareció delicioso, y repetí con frecuencia mis visitas durante algunas semanas. Mi hija me daba el nombre de padre en medio de elocuentes demostraciones de ternura.

En menos de tres semanas me felicitaba de haber olvidado á la Charpillon y haberla reemplazado con amores inocentes, aunque una de las compañeras de mi hija me gustaba demasiado para dejarme sin deseos.

En tal estado me encontraba, cuando un dia, á las ocho de la mañana, ví entrar á la tia favorita de la Charpillon, la cual me dijo que toda la familia y amigos se sentian mortificados de que no hubiese ido á verlos despues de mi cena. Ella, sobre todo, sentia mi desvío, despues de haberle dicho su sobrina que podia contar con que yo le proporcionaria los medios de hacer su bálsamo de vida.

— Es verdad que estaba dispuesto á daros cien guineas; pero para eso era preciso que vuestra sobrina estuviese conmigo mas amable.

— La muchacha es extravagante, aturdida, y no se entrega sino cuando está segura de ser amada. Ella os ama, pero teme que vuestro amor no sea

mas que un capricho. Está en cama, fuertemente resfriada. Venid á verla; estoy segura de que no os marchareis descontento. No teneis mas que dar un golpe y os abriré.

En menos de un cuarto de hora, llamé del modo convenido á la puerta de la Charpillon. La tia vino de puntillas á abrirme y me dijo :

— Volved dentro de media hora, porque está tomando un baño que le han ordenado.

— ¡Un engaño mas! Sois una embustera como ella es una intrigante.

— Sois severo é injusto; pero si me prometeis ser juicioso, os llevaré al tercer piso, donde se baña. Dirá lo que quiera, pero al menos os convencereis de que no os engaño.

— Si decís verdad, vamos.

Subió y la seguí muy quedo. Abrió una puerta y me hizo entrar en un cuarto cuya puerta volvió á cerrar detrás de mí. La Charpillon se hallaba en una gran bañera, y la infame coqueta, fingiendo creer que era su tia, no hizo movimiento alguno y dijo:

— Tia, dadme servilletas.

Se hallaba en la postura mas seductora y pude ver una verdadera Venus, sin que el agua que la cubria como una ligera gasa pudiese ocultar nada á mis miradas codiciosas.

Al verme, dió un grito, se acurrucó y me dijo con afectada cólera :

— ¡ Salid !

— No griteis, hermosa, porque no me dejo engañar.

— ¡ Salid !

— No; dejadme recobrar mi serenidad.

— ¡ Os digo que os marcheis !

— No, pero no temais violencia alguna.

— Mi tia me la pagará.

— Yo la sostendré. Desplegaos.

— ¿ Cómo?

— Poneos como estábais cuando entré.

— ¿ Os burlais? Salid, os digo.

— Os he dicho que no, y que nada teneis que temer por vuestra virginidad.

— Sois un monstruo.

Entonces, para encogerse mas, expuso á mis ojos un cuadro mas seductor que el primero, apelando á la dulzura para suplicarme que me fuese.

Viendo que nada conseguia, y que, no queriendo tocarla, yo estaba apagando el fuego que habia inflamado en mis sentidos, se volvió de espaldas. Esta satisfaccion brutal me probó que el mal no era profundo.

La tia entró en el momento en que yo acababa, y salí sin decir nada. La tia me alcanzó á la puerta de la calle y me preguntó si estaba contento.

— Muy contento, le dije; pero de conoceros á las dos.

Esto diciendo, saqué un billete de cien guineas y cometí la necedad de tirárselo, diciéndole que podia hacer su bálsamo de vida.

De vuelta á mi casa, me consideré vencedor y quedé satisfecho.

Prometí no volver á poner los piés en aquella casa de bandidos, y me propuse divertirme por otro lado.

Cinco ó seis dias despues de la escena del baño, encontré á la bribona en Vaux-Hall con su tia y Goudar. Tuve la debilidad de consentir en que cenase conmigo, y despues de la cena luché en vano por conseguir algunos preliminares de la obra que me proponia realizar. La dejé plantada y fuí á meterme en la cama.

Algunos dias despues, se presentó Goudar en mi casa y me felicitó por la resolucion que habia tomado de no volver á la de las Anspergher; pero me aconsejó que en vez de pretender en vano evitar el efecto de los encantos de la jóven tirana, procurase acallar mis sentidos satisfaciendo mi pasion.

— Es posible que la Charpillon no os quiera, pero sois rico y ella no tiene nada. Podeis conseguirla por una cantidad determinada, porque al fin sabeis quien es ella.

— ¿Pero no sois su amigo?

— Soy su víctima. Se sirvieron de mí para explotar al procurador Morosini, firmándome un escrito

en el cual la madre se comprometia á dejarme pasar una noche con su hija, despues que se hubiese marchado el embajador veneciano. Hé aquí el escrito:

— ¿Han satisfecho esa deuda singular?

— Me han engañado como á vos.

— ¿Y cómo obtuvo á la muchacha mi ilustre compatriota?

— Le puso una casita, donde la tuvo á su disposicion durante un año, mediante cincuenta guineas mensuales. Cuando el embajador hubo partido, la Charpillon se halló libre y fué sucesivamente querida de lord Baltimore, lord Grosvenor, el ministro de Portugal, señor de Saa, y otros varios, pero sin abdicar de su libertad. Yo insisto porque se me conceda la noche del compromiso, pero la madre se burla de mí, y la muchacha se me rie en las barbas. No puedo hacerla prender, porque es menor de edad, pero el primer dia haré encarcelar á la madre y vereis como Londres se va á reir. Sabeis ahora por qué voy á casa de esas mujeres, y haceis mal en pensar que yo tomo parte en sus conciliábulos. Puedo aseguraros que se proponen cogeros, y lo conseguirán si no tomais vuestras precauciones.

— Decid á la madre que aun tengo cien guineas á su disposicion, si quiere asegurarme una noche con su hija.

— ¿De veras?

— Muy de veras, pero no pago hasta despues de la operacion.

— Es la mejor manera de no dejaros engañar. Me encargo de la comision con mucho gusto.

Hice comer conmigo á Goudar, que podia serme útil en Londres, dado mi género de vida. Todo lo sabia, y me contó una porcion de anécdotas que me divirtieron. Aunque endiablado, Goudar no dejaba de tener algun mérito. Era autor de varias obras que atestiguaban su chispa y su talento.

Al dia siguiente, se presentó la Charpillon en mi casa y me dijo con mucha seriedad:

— Vengo á pediros una explicacion.

— ¿Qué explicacion quereis?

— ¿Es verdad que encargásteis al caballero Goudar que dijese á mi madre que le daríais cien guineas para que yo pasase una noche con vos?

— No para que la pasáseis, sino despues que la hubiéseis pasado. ¿Acaso no es bastante?

— Fuera bromas. Se trata de saber si os creeis autorizado á insultarme y si me considerais insensible al ultraje.

— No es la primera proposicion de ese género que os ha hecho Goudar, y yo no podia dirigirme á vos, porque os conozco y sé que no triunfais sino faltando á vuestra palabra.

— No haré caso de vuestras durezas, pero os recordaré que os dije que no me conseguiríais por

violencia ni por dinero. Solo un Goudar podia encargarse de vuestra mision.

— No lloreis, porque conozco la fuente impura de vuestras lágrimas.

— Sabed que os amo, y que es muy duro verme tratada por vos de esta manera.

— Si me amais, lo habeis demostrado muy mal.

— Tan mal como vos para convencerme de vuestro cariño. ¿Qué necesidad teníais de mandarme un cobarde mensajero?

— ¿Qué me hubiérais contestado, si os hubiese escrito?

— Hubiera prometido satisfaceros, sin hacer mencion de las cien guineas, con la condicion de que me hubiéseis hecho la corte durante unos quince dias, viniendo á verme á mi casa, sin exigir complacencia alguna. Me avergüenzo de no haber tenido en mi vida mas que complacencias, cuando me siento hecha para amar. ¡Yo creí un momento que érais el hombre que Dios me habia destinado para procurarme una verdadera felicidad! Venid á mi casa y guardad el dinero, que yo desprecio. Ya no podeis dudar de mi amor.

Este discurso me pareció demasiado natural para ocultar un lazo. Caí en él y prometí á la muchacha hacerle galantemente la corte durante los ocho dias que me habia señalado. Confirmó su promesa reiterándola, y la serenidad reapareció en su sem-

blante. La Charpillon habia nacido comediante consumada.

Aquella misma noche empecé mis visitas y en la acogida que me dispensaron creí ver el triunfo de mi heroismo.

Pasé los quince dias sin tomarle la mano siquiera para besársela y no entré una sola vez en su casa sin llevarle un presente de valor que me valia las mas expresivas demostraciones de agradecimiento. Cada dia hacíamos alguna partida de recreo por las inmediaciones de Londres ó íbamos al teatro. Aquellos quince dias de locuras me costaron al menos cuatrocientas guineas.

Llegado el último dia, le pregunté delante de su madre si queria que pasásemos la noche en su casa ó en la mia. La madre me cogió á parte y me dijo que me fuese con los amigos para volver inmediatamente despues. Aunque me reia de aquel inútil misterio, obedecí.

En el momento de acostarnos, la madre me preguntó si queria pagarle las cien guineas por adelantado.

— ¡ Qué horror ! exclamó la hija, y la vieja se fué.

Nos encerramos en el cuarto.

Habia llegado el momento tan deseado. Me acerqué á ella con los brazos abiertos, pero escapó ligera á mis caricias, suplicándome que me acostase el primero.

Resignándome á su voluntad, me desnudé y me metí en la cama, ardiendo en amor. Ví cómo la muchacha se desnudaba; pero al concluir, apagó las velas, so pretesto de que no podia dormir con luz.

Al sentirla á mi lado, me acerqué á ella para estrecharla en mis brazos, pero la hallé acurrucada y envuelta en su larga camisa, con los brazos cruzados y la cabeza metida en el pecho. En vano supliqué, grité y blasfemé; ella permaneció muda é inmóvil.

Al principio pensé que se trataba de una broma, pero muy pronto me convencí de que no lo era; entonces me consideré necio y vil á mis propios ojos.

El amor se trocó en odio. Cogí á la infame como un lio, la sacudí y la golpeé. Ella resistia sin decir una sola palabra. Viendo que su camisa constituia su principal fuerza, se la rasgué hasta lo bajo de la espalda, mas no pude quitársela como queria. Mi rabia aumentó con las dificultades; mis manos se convirtieron en garras y la traté de un modo inhumano. Todo inútil. Estaba resuelto á dejarla, cuando sentí su cuello bajo mi mano y me dieron tentaciones de extrangularla.

Noche cruel, durante la cual hablé á aquel monstruo en todas los tonos: dulzura, cólera, reconvenciones, amenazas, rabia, desesperacion, súplicas, lágrimas, bajezas é insultos atroces.

Ella me resistió tres horas seguidas, sin contestarme jamás, sin abandonar jamás su penosa posicion, á pesar de mis malos tratos.

A las tres de la mañana, me vestí á tientas, abrí la puerta del cuarto, me hice abrir la de la calle, me fuí á mi casa y me acosté; pero la naturaleza irritada me negó el reposo que me era necesario. Tomé una taza de chocolate, que no pude digerir; se apoderó de mí una violenta calentura y me sentí con todos los miembros doloridos.

Obligado á guardar cama durante algunos dias, recobré las fuerzas al mismo tiempo que la razon.

Al cuarto dia de permanecer en cama, dije á Jarbe que me diese las cartas que que habian llegado durante mi dolencia. Hallé una de Paulina, quien me escribia de Madrid diciéndome que Clairmont le habia salvado la vida al pasar un rio, y que, creyendo no poder hallar un criado mejor que él, habia resuelto guardarlo hasta Lisboa, desde donde me lo enviaria por mar. Esta resolucion fué fatal para mi fiel Clairmont, y lo fué tambien para mí indirectamente. Cuatro meses despues supe que el buque en que se habia embarcado habia hecho naufragio, y no habiéndole vuelto á ver, deduje que el infeliz habia perecido en las olas.

Entre las cartas de Londres, hallé dos de la infame madre de la inícua Charpillon, y una de ella misma. La madre me contaba en la primera carta;

que su hija estaba en cama, con calentura, y llena de cardenales, por cuyo motivo iba á atacarme en justicia. En la segunda, me decia que, sabiendo que yo tambien me hallaba en cama, esperaba solventar nuestra cuestion á nuestra primera entrevista. En la suya, la Charpillon me decia que se reconocia tan culpable, que extrañaba que yo no la hubiese matado en el momento de cogerla por el cuello. Segura de que yo no iria á su casa, me pedia permiso para venir á la mia una sola vez, con el objeto de decirme algo que me interesaba y que no podia comunicarme sino de viva voz.

En un billete que Goudar me habia escrito aquella misma mañana, me decia que, teniendo que hablarme, vendria á las doce. Dí orden para que le dejasen entrar.

Este hombre singular me asombró refiriéndome detalladamente todo lo que me habia pasado con la Charpillon. La madre de la muchacha se lo habia referido todo.

— El gran sentimiento de la vieja, añadió, es no tener las cien guineas que indudablemente hubiérais dado por anticipado, si su hija hubiese querido.

— Las hubiese recibido por la mañana, si la muchacha se hubiese mostrado dócil.

— Habia prometido á su madre, bajo juramento, resistir á toda costa. Y no espereis posearla mientras no consienta su madre.

— ¿Y por qué no consiente?

— Porque sostiene que, tan pronto como la hayais poseido, la abandonareis.

— Es posible, pero no la abandonaria sino despues de haberla colmado de presentes; y ahora queda abandonada sin que nada pueda esperar.

— ¿Estais bien resuelto á permanecer en vuestra resolucion?

— Muy resuelto.

— Haceis bien y os lo aconsejo; pero os enseñaré algo que os sorprenderá. Vuelvo al instante.

Volvió seguido de un faquin que llevaba un sillon cubierto de una funda. Una vez solos, Goudar descubrió el sillon y me preguntó si queria comprarlo.

— ¿Qué quereis que haga con él?

— Este sillon tiene cinco resortes que parten á un mismo tiempo cuando alguien se sienta en él. Su movimiento es muy rápido. Dos de ellos cogen los brazos y los sugetan con fuerza; otros dos cogen las rodillas y obligan á los muslos á abrirse todo lo posible, y el quinto levanta el asiento.

Concluida esta descripcion, Goudar se sentó y los resortes funcionaron obligándole á permanecer en la posicion de una mujer de parto.

— Haced sentar aquí á la bella Charpillon, me dijo, y conseguireis vuestro objeto.

No pude menos de reirme del invento, que me

pareció diabólico, pero me repugnó servirme de él.

El mozo de cordel se llevó el sillon y Goudar se quedó á comer conmigo. Este hombre me contó los mil embrollos, trampas y truanerías de la familia Charpillon.

Desocupado como estaba, en un país cuyo idioma me era desconocido, casi me consideraba dichoso por tener á mi disposicion al señor Goudar, que me hizo conocer á las cortesanas mas célebre de Londres, y sobre todo á la ilustre Kety-Fisher, que entonces empezaba á pasar de moda. Tambien me hizo conocer en una cervecería donde bebíamos la botella de strong-beer, preferible al vino, una muchacha de servicio, de diez y seis años de edad, verderdaro prodigio de hermosura. Era irlandesa y católica, y se llamaba Sara. Yo queria conquistarla ó adquirirla, pero Goudar habia puesto su voluntad en ella y efectivamente se la llevó al año siguiente. Concluyó por casarse con ella, y es la misma Sara Goudar que brilló en Nápoles, en Florencia, en Venecia y en otros puntos. Goudar habia concebido el proyecto de substituirla á la du Barry, querida de Luís XV; pero una órden secreta le obligó á marcharse con su mujer á otra parte.

La Charpillon esperó en vano una contestacion mia durante quince dias, sin oir hablar de mí siquiera. Resuelta á volver á la carga, vino sola á

mi casa, pero la recibí con la mayor frialdad del mundo. So pretesto de enseñarme las huellas de mis golpes, descubrió su hermoso cuerpo, y hasta llegó á tenderme la cara para que la besase, yo me mantuve en mi fria reserva y en vez de besarla aparté la cabeza con desvío. Sin embargo, la vista de aquel bellísimo cuerpo enardeció mis sentidos, y la irresistible gracia de aquella infernal criatura acabó por fascinarme de nuevo.

Con un arte infinito, empleó dos horas en decirme que su madre le habia hecho jurar por la salvacion de su alma, que pasaria la noche conmigo como la habia pasado. Concluyó diciendo que queria acabar de ser esclava, me propuso ser mia como habia pertenecido al señor de Morosini, viviendo conmigo, sin ver á su madre ni á ninguno de sus parientes, y no yendo sino á donde yo quisiese llevarla; pero señalándole una cantidad mensual, que entregaría á su madre, á fin de que no la hiciese perseguir por la justicia, porque aun no estaba en edad de declararse independiente.

No me hizo esta proposicion hasta muy tarde, despues de haber comido conmigo, y cuando me consideró dispuesto á dejarme engañar otra vez. Le dije que podríamos vivir juntos, como me proponia, pero que queria hacer el trato con su madre, y que con tal objeto me veria en su casa el dia siguiente. Esta declaracion pareció sorprenderla.

La Charpillon debió irse irritada, y resuelta sin duda á vengarse del menosprecio con que yo habia contestado á la exhibicion de su persona.

Goudar quedó muy sorprendido cuando le dije la manera como habia empleado yo el dia. Le supliqué que me buscase una casita amueblada, como la que habia proporcionado á Morosini.

Al dia siguiente, Goudar hubo encontrado una casa muy linda en Chelsea; la alquilé, pagando diez guineas adelantadas por un mes; cerré el trato con la madre de la Charpillon, á quien dí las cien guineas reclamadas, y por la noche, la muchacha y yo nos quedamos á dormir en la nueva habitacion. Despues de cenar, nos acostamos. Por de pronto, ella me concedió caricias y favores preliminares; pero cuando quise ir al resultado final, hallé obstáculo inesperado. Pretestó motivos naturales y me resigné á dormir.

Habiéndome dispertado antes que ella, quise ver si me habia engañado; la descubrí con precaucion, desaté el lienzo y ví que se habia burlado de mí otra vez. Despertó y quiso oponerse, pero ya era tarde. Sin embargo le reproché su engaño con dulzura, y dispuesto á perdonarla, me dispuse á reparar el tiempo perdido; ella alzó el grito y se encolerizó porque yo la habia tomado por sorpresa. Procuré calmar su cólera insistiendo para que se rindiese; todo en vano; la indigna criatura redo-

bló la resistencia y no me dejó llegar al término de mis deseos.

Tomé el partido de dejarla tranquila, aunque llenándola de improperios. La insolente se echó desde luego á reir con desdén; se incorporó luego en la cama y empezó á vestirse contestándome con impertinencias. Exasperado por el tono resuelto y vulgar que tomaba, le dí un tremendo bofeton y de un puntapié la hice medir el suelo. Gritó, pateó, hizo un ruido infernal. Subió el patron y ella se puso á hablarle en inglés; echaba sangre en abundancia por las narices.

Este patron, que por mi dicha hablaba italiano, me dijo que ella queria marcharse, y me aconsejó que no me opusiese, porque la violencia podia costarme cara.

— Haced que desaparezca cuanto antes, le dije, y si es posible, que yo no vuelva á verla jamás.

Acabó de vestirse, restañó su sangre y se fué en silla de manos.

Yo quedé inmóvil, mudo y como petrificado.

Al cabo de una hora, cuando salí un poco de mi entorpecimiento, mandé meter el cofre de la Charpillon en un coche de alquiler y se lo hice devolver. Regresé á mi casa, hice cerrar la puerta para todo el mundo y me metí en la cama.

Pasé veinticuatro horas en amargas reflexiones y acabé por echarme á mí mismo la culpa de todo.

Me hallaba despreciable á mis propios ojos y en una disposicion de ánimo que solo dista un paso del suicidio.

Goudar vino y me dijo que la Charpillon estaba en su casa con una mejilla hinchada que le impedia dejarse ver; me aconsejó que abandonase todas mis pretensiones sobre ella ó sobre la madre, si no queria exponerme á que me arruinase con una calumnia que podia costarme la vida.

— La madre me ha autorizado á servir de mediador para que la dejeis tranquila, si quereis que no os cause perjuicio.

— Decidle que abandono toda pretension, pero quisiera saber si la madre y la hija se atreverian á oir de mi boca esta declaracion.

— Yo me encargo de ello, pero os compadezco, porque vais á caer nuevamente en sus redes. Me dais lástima.

Me figuraba que aquellas dos criaturas del demonio no se atreverian á recibirme; pero las conocia poco. Goudar vino á decirme que la madre esperaba que yo seguiria siendo amigo de la casa.

Aunque á disgusto, fuí á verlas, y pasé una hora mudo delante de la Charpillon que tenia los ojos fijos en la labor. De vez en cuando fingia enjugarse una lágrima.

Seguí viéndola cada dia, siempre en silencio, hasta que hubo desaparecido el estigma de mi fatal

bofeton. Durante estas visitas, de tal modo penetró en mí el veneno del deseo, que si ella hubiese adivinado mi situacion, hubiese podido despojarme de cuanto poseia por un solo favor.

Compré un soberbio entrepaño y una magnífica vajilla de porcelana, y se lo envié todo con una esquela amorosa que debió hacerme pasar por el mas extravagante ó el mas cobarde de los hombres. Me contestó que me esperaba para cenar en su cuarto, á solas con ella, y darme las mas tiernas pruebas de su gratitud.

Esta carta concluyó por hacerme perder la cabeza. Cené aquella noche con la Charpillon y despues de la cena nos retiramos á su cuarto. Contestó con muestras de ternura á mis primeras demostraciones de amor, pero cuando se trató de coger la manzana, me apretó fuertemente en sus brazos, cruzó las piernas y se puso á llorar.

Me dominé y le pregunté si cambiaria de conducta cuando estuviésemos acostados. Ella suspiró, y despues de un corto silencio me contestó que no. Esta respuesta me dejó petrificado. Permanecí un cuarto de hora sin hacer movimiento alguno y sin pronunciar una sola palabra. Me levanté con aparente tranquilidad y cogí mi capa y mi espada.

— ¡ Cómo! ¿no quereis pasar la noche conmigo?

— No.

— ¿Nos veremos mañana?

— Lo espero. Adios.

Salí de aquel infierno y fuí á acostarme.

CAPÍTULO III

Singulares consecuencias.

El dia siguiente, á las ocho de la mañana, Jarbe me anunció la Charpillon.

— Dile que no quiero recibirla.

En aquel instante entró ella y mi criado salió.

— Fuí cruel con vos porque tengo jurado á mi madre que jamás me entregaré á nadie en mi propia casa. Solo he venido para probaros mi ternura, entregándome á vos sin reserva, y no saliendo mas de aquí, si quereis guardarme.

La Charpillon sabia que en aquel momento, mi cólera y mi orgullo herido me impedirian aceptar su ofrecimiento. Esta ciencia, que en un hombre puede ser hija de la filosofía, es hija de la naturaleza en el alma de una coqueta libertina. En esta materia, el instinto enseña mas á las mujeres que la ciencia y la experiencia á los hombres.

Por la tarde, aquel jóven monstruo se fué, afec-

tando un aire mortificado, triste, abatido, y diciéndome estas solas palabras :

— Espero que volvereis á mí cuando hayais vuelto en vos mismo.

Habia pasado ocho horas conmigo, sin interrumpirme mas que para negar suposiciones verdaderas.

Yo no habia tomado nada en todo el dia, únicamente por no verme obligado á comer con ella.

Despues que se hubo marchado, tomé un caldo. Me acosté y tuve un sueño muy tranquilo ; al dispertar me hallé por completo en mi estado natural. Reflexionando luego sobre la escena de la víspera, me pareció que la Charpillon estaba arrepentida, pero tambien se me figuraba que me habia vuelto indiferente á todo lo que la concernia.

Confieso aquí la metamórfosis que el amor operó en mí en Londres á la edad de treinta y ocho años. Fué la clausura del primer acto de mi vida. La del segundo se efectuó á mi salida de Venecia en 1783, y la del tercero llegará probablemente aquí, donde me divierto en escribir estas Memorias. Entonces habrá concluido mi comedia en tres actos, y si la silban, como puede suceder, espero no oirlo; satisfaccion que mas de un autor deberia reservarse como yo.

Pero vamos á la última escena de este primer acto.

Habiendome ido á paseo por el Green-Park, se me acercó Goudar.

— Vengo de casa de la Charpillon, me dijo, y he encontrado á todo el mundo contento. En vano he procurado aludiros; no he podido arrancarles una palabra.

— La desprecio con todo lo que la concierne de cerca ó de lejos.

— Persistid en vuestra resolucion de no dejaros engañar.

Le llevé á comer conmigo y luego nos fuímos á casa de la Wals, donde vimos á la célebre cortesana Kety-Fisher, que esperaba al duque de... para llevarla al baile. Esta Frinea era muy guapa y llevaba diamantes por valor de unos quinientos mil francos.

Goudar me dijo que yo podia aprovechar la ocasion, y ocuparme con ella por diez guineas mientras llegaba el duque. No quise porque no hablaba mas que inglés.

Esta Kety se tragó un dia un billete de mil guineas con una rodaja de manteca. Era un presente que acababa de hacerle el caballero Akins, hermano de la bella señora Pitt.

Pasé una hora con la Knedi, hermosa irlandesa que champurraba el francés y que hizo mil locuras, animada por el champagne. Pero la imágen de la Charpillon me perseguia. Por otra parte, el amor

propio, no queria dejarle el triunfo de haberme despojado de un capital por nada.

Algunos dias despues, se organizó una francachela con un par de mujeres y otros tantos amigos; la Charpillon, que de improviso se habia presentado sin ser invitada por nadie, me puso en la necesidad de admitirla, so pena de hacer una ridiculez.

Despues de comer pasamos á un jardin, y la bribona, obstinada en querer alcanzar la victoria, me cogió del brazo y me llevó al laberinto, donde quiso hacer un ensayo de su poder. Despues de haberme llevado sobre la yerba, me atacó con las palabras mas insidiosas del amor, con las caricias mas tiernas y apasionadas, y ofreciendo á mis ojos la parte mas interesante de sus encantos, llegó á seducirme.

En aquel momento todo parecia en ella dispuesto al abandono. Su pupila ardiente y húmeda, sus mejillas inflamadas, sus besos lascivos, su pecho turgente y su aliento precipitado, todo me hizo pensar que la necesidad de la derrota era tan imperiosa en ella como lo era en mí la necesidad del triunfo.

Me volví tierno y dulce, me retracté, le pedí perdon; sus besos de fuego respondieron á los mios, me creí invitado por sus miradas y por la dulce presion de su cuerpo á coger la palma de los mas

dulces favores... Pero cuando mi mano entreabrió la puerta del santuario, un brusco movimiento me puso á cien leguas de mi objeto.

— ¡Cómo! exclamé. ¿Quieres aun engañarme?

— No, pero basta, amigo mio. Te prometo pasar la noche en tus brazos, en tu casa y sin reserva.

Cegado por la cólera, y no viendo mas que su perfidia, la sugeté con mi brazo izquierdo, saqué un cuchillo que abrí con los dientes, le apoyó la punta en la garganta y la amenacé con la muerte si oponia la menor resistencia.

— Haced lo que os dé la gana, me dijo con calma; solo os pido la vida; pero cuando os hayais satisfecho, no partiré de aquí, solo por fuerza me dejaré llevar al coche y nada me impedirá decir por qué.

Esta amenaza era inútil, porque ya habia recobrado la razon y no queria rebajarme á tal extremo por una criatura tan despreciable. Me levanté sin proferir una sola palabra; tomé mi baston y mi sombrero y me apresuré á salir de un sitio donde la mas desenfrenada de los pasiones me habia conducido á dos dedos de mi perdicion.

La desvergonzada —¿lo creerá el lector? —me alcanzó en seguida y se colgó de mi brazo con tanta naturalidad como si nada hubiese ocurrido entre los dos.

Regresamos á Londres y me retiré á mi casa,

resuelto á no volver á ver á la pérfida jóven que tenia el diabólico poder de fascinarme.

En un momento de locura, yo le habia entregado dos letras de seis mil libras contra su madre; escribí á esta aconsejándole que obligase á su hija á devolverme las letras; de lo contrario la haria perseguir en justicia.

Por la tarde, recibí esta contestacion :

« Me extraña que os dirijais á mí para recobrar las dos letras de seis mil libras que habeis confiado á mi hija. Acaba de decirme que os las entregará personalmente cuando seais mas juicioso y sepais respetarla. »

A la lectura de esta impertinente esquela, me subió el fuego á la cabeza, cogí dos pistolas y me encaminé hácia la casa de la indigna mujer para obligarla á devolverme las letras.

Llego furioso, pero paso por delante de la puerta viendo entrar á un jóven peluquero, que iba todos los sábados á ponerle papillotes.

Queriendo evitar la presencia de un extraño en la escena que yo premeditaba, me detuve en una esquina esperando que saliese el peluquero. Hacia media hora que esperaba, cuando ví salir á Rostaing y Couman, los dos sostenedores de la casa. Esperé aun; dieron las once y el hermoso peluquero no salia. Poco antes de las doce ví abrirse la puerta y salir una criada con una luz en la mano, en busca

de algo que se habia caido de una ventana. Me acerqué muy quedo, entré, abrí la puerta del salon de recibo, que estaba á dos pasos de la de la calle, y ví...á la Charpillon y al peluquero tendidos en un sofá, y haciendo, como dice Shakespeare, el *animal de dos espaldas*.

A mi aparicion, la tunante, espantada, dió un grito, desmontó al peluquero que se apresuró á arreglarse el traje, y yo me puse á darle palos hasta que el ruido atrajo á las criadas, á las tias y á la madre. El infeliz aprovechó un momento de confusion para esquivarse. Durante esta refriega, la Charpillon, temblando, medio desnuda, permanecia acurrucada detrás del canapé, sin chistar y sin atreverse á desafiar la granizada que podia caer sobre ella como sobre el peluquero. Las tres viejas se desencadenaron sobre mí como furias; mas como sus insultos no hicieron mas que incitarme, rompí el entrepaños, la vajilla y los muebles; y como seguian gritando, me volví contra ellas, amenazándolas con romperles la cabeza si no dejaban de aturdirme.

Mis amenazas restablecieron la calma.

Ordené á la madre que me diese las letras de cambio; pero en aquel momento apareció la guardia nocturna.

Esta guardia consiste en un hombre que se pasea por su barrio con un largo palo y un farol. Le

puse en la mano tres ó cuatro coronas, diciéndole que se fuese, y cerré la puerta.

Pedí otra vez mis letras de cambio, y la madre no contestó :

— ¡Ay¡ no las tengo: mi hija las tiene guardadas.

Las dos criadas dijeron entonces que mientras yo rompia la porcelana, la jóven se habia escapado por la puerta de la calle, y que ignoraban dónde habia ido.

A estas palabras, la madre y la tia echaron á gritar y á verter lágrimas :

— ¡A estas horas! ¡pobre hija mia! ¡en el estado en que se encuentra! ¡está perdida! ¡Maldito sea el momento en que vinísteis á Inglaterra para hacernos á todas desgraciadas!

— Corred á buscarla, dije á las criadas; se habrá refugiado en casa de algun vecino. Cuando me digais que la habeis encontrado, os daré una guinea á cada una.

Las criadas volvieron á la una, sin poder respirar.

— La hemos buscado por todas partes, dijeron, pero inútilmente.

Les dí dos guineas, como si la hubiesen encontrado, y me perdí en conjeturas sobre lo que podia haber sucedido á la fugitiva.

Fui bastante necio para mostrarme arrepentido de

lo que acaba de hacer; prometí pagar todo lo que habia roto y abandonarles mis letras de cambio firmando el recibo. Despues de esta accion humillante, me fuí prometiendo dos guineas á las criadas para cuando viniesen á decirme que habia aparecido la muchacha.

Me acosté, y seis horas de sueño, aunque turbado por funestas pasadillas, me preservaron de la pérdida de la razon.

A las ocho de la mañana, oí llamar; corrí á la ventana y ví á una de las dos criadas de mis enemigas.

Grité para que la hiciesen entrar y respiré cuando supe que la Charpillon habia vuelto á su casa en silla de manos, pero en tan lastimoso estado, que habia sido preciso meterla en cama.

Me hizo una circunstaciada relacion de la escena y me dijo que su señorita estaba enamorada de mí, pero que era víctima de las severas instrucciones de su madre.

No pude resistir al deseo de ir á verla aquel mismo dia. Una de las tias me abrió la puerta y me suplicó que no entrase, porque estaban allí sus dos amigos furiosos contra mí, que su sobrina deliraba y no hacia mas que gritar:

— ¡Ahí está Seingalt! ¡Ahí está mi verdugo! quiere matarme. ¡Socorro!

Me volví á casa desesperado. Agobiado por la

tristeza, pasé toda el dia sin comer y no cerré los ojos en toda la noche. Estaba calenturiento.

Al dia siguiente, á las nueve, me presenté á la puerta de la Charpillon, y no hicieron más que entreabrirla como el dia anterior. La misma tia me dijo, sin dejarme entrar, que la enferma habia tenido dos recrudecencias, que estaba delirando, nombrándome siempre con terror, y que el médico habia declarado que el mal empeoraba, tanto que quizá no le queden veinticuatro horas de vida.

— ¡Peluquero fatal! exclamé.

— ¡Debilidad de la juventud! ¿Por qué no fingísteis no ver nada?

— ¡Vive Dios, bruja vieja! tomad, y que nada le falte.

Le dí un billete de diez guineas y me marché como un loco.

No pudiendo comer, bebí mucho, y no pudiendo dormir, pasé toda la noche paseándome á grandes pasos por mi cuarto y hablando como un hombre que tiene trastornado el cerebro.

El tercer dia, habiendo ido á llamar á la puerta de la Charpillon, la madre entreabrió la puerta y me dijo llorando que su hija se hallaba en la agonía. Al mismo tiempo salió un hombre alto y flaco, y le dijo en aleman de Suiza que habia de resignarse á perderla.

— ¿Es el médico? pregunté á la vieja.

— Ya no es cuestion de médico. Es un ministro del santo Evangelio. ¡Pobre hija mia! Dentro de una hora ya no existirá.

Sentí como una mano de hielo que me oprimia el corazon. Me fuí á mi casa resuelto á darme la muerte de cualquier modo. Dí órden para que no dejasen entrar á nadie. Puse relojes, sortijas, cajas de rapé, bolsillo y cartera en mi cofrecito, que encerré en mi escritorio. Escribí una carta al residente de Venecia, notificándole que, despues de mi muerte, todo lo mio pasaba á manos del señor de Bragadino. Cerrada la carta, la encerré en el mismo escritorio y me metí la llave en el bolsillo con algunas guineas. Cogí mis pistolas y salí con la firme resolucion de ir á arrojarme al Támesis desde la torre de Londres.

Entré en una armería y compré tantas balas como cabian en mis bolsillos. Andando, mis reflexiones me confirmaban cada vez mas en mi proyecto. Iba despacio á causa del enorme peso que llevaba en los bolsillos. A mitad del puente de Westminster, mi buena estrella quiso que yo encontrase al caballero Edgardo, jóven inglés, amable, rico y vividor. Lo habia conocido en casa de lord Pembroke y lo habia tenido un par de veces á comer en mi casa.

Al verme, se me acercó y me cogió amistosamente del brazo.

— ¿Adónde vais? Venid conmigo y nos reiremos.

— No puedo, amigo mio, dejadme.

— ¿Qué teneis? Estais desconocido.

— No tengo nada.

— No os veis la cara. Estoy seguro que vais á cometer algun disparate.

— Os equivocais.

— Lo negais en vano.

— Os digo que no tengo nada. Adios. Otro dia os acompañaré.

— ¡Eh! mi querido Seingalt, os veo muy sombrío y no os dejo. Voy á seguiros.

Vió la culata de una de mis pistolas, tentó el bolsillo opuesto y tocó la otra.

— Vais á batiros, me dijo; quiero ser de la partida.

— No voy á batirme, le dije esforzándome por sonreirme.

Y sin pensar en lo que decia añadí :

— Voy á paseame para distraerme.

— Bueno; en tal caso espero que mi compañía os será tan agradable como me lo es la vuestra. Despues del paseo iremos á comer al Canon. Voy á avisar á una muchacha que habia de venir á comer conmigo, para que vaya á buscarnos con una jóven francesa encantadora; así seremos cuatro.

— Estoy triste y necesito estar solo para disipar mi mal humor.

— Lo disipareis comiendo alegremente bien acompañado.

Tanto insistió y razonó Edgardo, que dije para mis adentros :

« Un dia mas. Despues de habernos separado, ejecutaré mi designio. »

Nunca debe matarse el hombre, porque es posible que la causa de una pena cese antes de que pierda la razon, que es lo que trata comunemente de evitar el suicida.

Despues de media hora de marcha, me aparté de mi compañero para vaciar mis bolsillos. Luego nos dirigimos á la taberna, donde no tardaron en llegar las dos mujeres. Era alegres y bonitas. Pero en el estado en que me encontraba, solo pude darles algunos besos inanimados, sin alegría. Edgardo les dijo mi nombre, y como me conocian de reputacion, juzgaron quc habia de ser grave el motivo de mi abatimiento.

La comida fué excelente, mas yo no tomé sino unas cuantas ostras con un delicioso vino de Graves.

Cuando el vino empezó á producir su efecto, Edgardo propuso á la inglesa que bailase la *Rompaipe* en traje de la madre Eva, y ella consintió, con la condicion de que adoptásemos el traje de Adan y se encontrasen músicos ciegos.

Vinieron los ciegos, se cerraron las puertas y empezó la orgía.

El cuadro que ofrecian mi compañero y las dos ninfas no fué bastante á reanimarme.

Despues de la danza, él las contentó á ellas, hasta que el efecto natural le obligó al reposo.

Terminada la orgía, supliqué á Edgardo que diese cuatro guineas á la francesa y pagase el gasto, porque yo llevaba poco dinero encima.

La deuda contraida con aquel jóven inglés me hizo aplazar mi suicidio para el otro dia.

Edgardo se empeñó en no dejarme, pretendiendo que lo que yo necesitaba era distraccion. Subí con él en un coche y nos dirigimos al Ranelagh.

Entramos en la bella rotonda con los sombreros calados. Habia mucha gente y nos pusimos á pasearnos. Bailaban el minueto, y habiéndome fijado en una mujer que bailaba muy bien y me volvia la espalda, me detuve para esperar que se volviese. Se volvió en efecto y ví... ¡á la Charpillon en persona!

Edgardo me dijo mas tarde que en aquel momento creyó que yo iba á caer herido de un ataque fulminante, tal fué la convulsion que me dió.

La infame me vió y se fué corriendo.

Un sudor frio inundó mi rostro y todo mi cuerpo. La revolucion que en mi se operó me hizo temer funestas consecuencias.

No habiendo podido matarme, la crísis me dió nueva vida. ¡Qué cambio tan prodigioso! Poco á

poco sentí restablecerse la calma en todos mis sentidos.

Pasé por todos los matices de la desesperacion al éxtasis.

Edgardo, que me habia dejado solo á instancias mias, volvió y quedó maravillado al verme.

— ¡Cómo! ¿ya no estás triste? me dijo.

— No, genio salvador, pero estoy hambriento. Escucha; yo te debo la vida, la vida ¿me oyes bien? mas para que tu obra sea perfecta, necesito que pases conmigo esta noche y todo el dia de mañana.

— Estoy á tu disposicion.

— Vámonos á mi casa.

— Adelante.

En casa nos sirvieron una buena cena y yo devoré. Nos acostamos y dormí profundamente hasta medio dia. Almorcé en el cuarto de Edgardo y le conté mi historia, cuyo desenlace hubiera sido la muerte si no le hubiese encontrado en el puente de Westminster y si su mirada inteligente no hubiese descubierto el estado de mi ánimo.

Edgardo me abrazó con profunda emocion y nos juramos eterna amistad.

Bien aconsejado por quien estaba al corriente de las leyes del país, hice prender á las tres viejas parientas de la Charpillon, en virtud de la carta en que la madre confesaba que la hija conservaba á

título de depósito mis dos letras de cambio. Por fin recobré mis seis mil francos.

Un domingo, á la una de la madrugada, salia yo magníficamente vestido de casa de la Cornelis, que habia dado un baile expléndido, cuando oí detrás de mí una voz que me dijo :

— Buenas noches, Seingalt.

Saqué la cabeza por la portezuela de mi coche y me ví rodeado de hombres armados de pistolas. Uno de ellos me gritó :

— ¡ Por órden del rey !

— ¿Qué quereis? preguntaron mis criados.

— Llevarlo á la cárcel de Newgate, porque el domingo no garantiza á los criminales.

— ¿ Y qué crímen es el mio ? pregunté.

— Lo sabreis en la cárcel.

— Mi amo, dijo Jarbe, tiene derecho de saberlo antes de ir.

— Pero el juez duerme.

Jarbe insistió, y los transeuntes, enterados del suceso, gritaron unánimes que yo tenia razon.

Sometiéndose, el jefe dijo entonces que me llevaria á su casa, á la City.

— Pues vamos á la City y acabemos, dije :

Una vez allí, me encerraron en una habitacion donde no habia mas que bancos y unas cuantas mesas grandes. Mis criados se quedaron conmigo. Los esbirros dijeron que yo debia hacerles traer algo

que comer y beber. Dije á Jarbe que les complaciese y que se mostrase atento con ellos.

Muy entrado el dia, me llevaron ante el juez. Aquel juez se llamaba Fiedling y era ciego. Su secretario le indicó mi nombre y él me dijo en italiano muy correcto.

— Señor Casanova, tened la bondad de acercaros, porque necesitamos hablar.

Me acerqué á él y le dije :

— *Eccomi, signore.*

— Señor Casanova (prosiguió diciendo), veneciano, estais condenado á reclusion perpetua en las cárceles de S. M. el rey de la Gran Bretaña.

— ¿Puedo saber por qué crímen soy condenado?

— Sois condenado por querer desfigurar á una hermosa muchacha, la cual pide á la justicia una garantia contra tal ultraje, y la justicia no halla nada mejor que meteros en la cárcel *in vitam æternam.*

— La acusacion es calumniosa; os lo juro.

— La muchacha tiene dos testigos.

— Son falsos. ¿Y cuál es el nombre de mi acusadora, si puedo saberlo?

— Miss Charpillon.

— La conozco, pero no le he dado sino pruebas de ternura.

— ¿No es cierto, entonces, que quisiérais desfigurarla?

— No, por cierto.

— En tal caso, os felicito. Ireis á comer á vuestra casa, pero tendreis que prestar dos fianzas. Dos personas que tengan establecimiento han de respondernos de que jamás cometereis ese crímen.

— ¿Quién osará prometer que no lo cometeré?

— Dos notables ingleses que os aprecien y sepan que no sois un malvado. Mandadlos buscar, y si llegan antes de que yo vaya á comer, os pondré en seguida en libertad.

Las personas á quienes mandé suplicar que viniesen, no llegaron á la cárcel de Newgate, donde meten á los criminales mas miserables y abyectos. Aquel sitio de desolacion era un verdadero infierno, digno de la imaginacion del Dante. Una porcion de infelices, algunos de los cuales habian de ser ahorcados durante aquellos ocho dias, festejaron mi llegada burlándose de mi traje de fiesta. Viendo que no les hablaba, se enfadaron y me llenaron de insultos.

Media hora despues, vino el carcelero á decirme que las personas que iban á prestar fianza por mí, me aguardaban en casa del juez. Hallé mi coche á la puerta de la cárcel y no tardé en encontrarme en presencia del juez. Allí encontré á mi sastre, M. Pégu, y á mi tabernero Maisonneuve. Muy cerca de mí estaban la indigna Charpillon y el infame Rostaing con un procurador, y Goudar.

Me contenté con lanzarles una mirada de desprecio.

Mis hombres firmaron muy alegres, y el juez me dijo con mucha amabilidad :

— Señor Casanova, poned vuestra firma por el doble de la fianza; luego os declaro enteramente libre.

La fianza era de cuarenta guineas. Firmé y se me dijo que los dos testigos eran Rostaing y Bottarelli.

— ¡Los testigos son dignos de la acusacion! dije en voz alta.

Pregunté al escribano si debia algo por el proceso; me contestó negativamente, y la muchacha pasó por la humillacion de tener que pagar los gastos de mi encarcelamiento.

En el momento de salir, encontré cinco ó seis notables ingleses que venian á prestarme fianza y sintieron llegar tarde.

Despues de haber pasado uno de los dias mas fastidiosos de mi vida, me hallé por fin en mi casa, contento con poderme acostar y riéndome de mi percance.

CAPÍTULO IV

Bottarelli. — Carta de Paulina por conducto del señor de Saa. —El loro vengador. — Encuentro otra vez á Sara. — Las hanoverianas.

Así terminado el primer acto de mi comedia, el segundo empezó el dia siguiente. Me acababa de levantar cuando oí ruido á mi puerta, y asomándome á la ventana ví á Pocchini, el infame bribon que me habia robado en Estutgard. Queria entrar sin que me lo anunciasen. Le grité que no podia recibirlo y cerré la ventana.

Momentos despues apareció Goudar, llevando en la mano el *Saint-James Chroniclc*, donde se hallaba en compendio la historia de mi encarcelamiento y de mi puesta en libertad bajo fianza de ochenta guineas. Mi nombre y el de la muchacha estaban disimulados; pero el de Rostaing y de Bottarelli estaban con todas sus letras.

Deseoso de conocer á Bottarelli, supliqué á Goudar que me acompañase á su casa.

En un miserable cuarto de un tercer piso hallé

el cuadro de la miseria mas grande que podia ofrecerse á mi ojos : una mujer y cuatro niños andrajosos, y un pobre hombre con una mala bata, ocupado en escribir en una mesa digna de Filemon y Baucis. Era Bottarelli, que me dió lástima. Se levantó al vernos y yo le dije :

— ¿Me conoceis?

— No, señor.

— Soy aquel Casanova que estuvo á punto de ser encerrado en Newgate, á causa de una calumnia que apoyásteis con vuestro falso testimonio.

— Lo siento mucho, pero en nombre de Dios, ved mi familia. No tenia pan que darle. Otra vez os serviré gustoso por nada.

— ¿No teneis miedo á la horca?

— No, porque un falso testigo no es nunca ahorcado; y además, nada es tan difícil en Londres como probar un falso testimonio.

— Me han dicho que sois poeta.

— Sí, he prolongado la *Dido* y abreviado el *Demetrio*.

— ¡Son títulos meritorios!

Como aquel hombre me inspiró mas desprecio que odio, le volví la espalda y dí por lástima una guinea á su mujer, la cual me regaló una miserable obra de su marido : *El secreto de los Franc-Masones descubierto.*

Bottarelli habia sido monje en Pisa, su patria, de

donde habia huido con su mujer, que era entonces religiosa y con la cual se habia casado en Londres.

Por aquel tiempo, el señor de Saa me sorprendió mucho trayéndome en persona una carta de mi bella portuguesa, que me confirmaba la desgracia de mi pobre Clairmont. Paulina me anunciaba su efectuado enlace con su novio.

El señor de Saa habia sido tratado por la Charpillon casi tan mal como yo, y hubiésemos podido consolarnos mútuamente, pero ne se trató de ello.

Un dia se me ocurrió comprar un loro jóven; lo coloqué cerca de mi cama y le repetí cien veces por dia : « *La Charpillon es mas p... que su madre.* »

Mi solo objeto era divertirme en mi casa. El animal, á los quince dias, pronunciaba esta frase con la mas burlesca exactitud acompañándola cada vez de una carcajada.

Goudar me dijo que si mandaba el loro á la Bolsa me darian por él cincuenta guineas.

Mi negro Jarbe fué á venderlo como cosa suya, mas como el precio parecia algo subido, la gente se contentaba con oir al loro y reirse.

La Charpillon, segun se me dijo, apreció la gracia de mi venganza, pero la madre y las tias se pusieron furiosas.

Goudar me aconsejó que me guardase bien de vanagloriarme de que el loro fuese discípulo mio,

porque dos testigos requeridos por las viejas podian perderme.

La facilidad de hallar falsos testigos en Londres es horrible y degradante para la nacion. Yo he visto una cosa increible; un letrero en una ventana, con esta sola palabra en letras mayúsculas : *Testigo*. Lo cual queria decir que, mediante dinero, se podia encontrar allí un falso testigo.

Un artículo publicado en *Saint-James' Chronicle* decia que las damas insultadas por el loro de la Bolsa debian ser muy pobres y faltas de amigos; pues, de otro modo hubieran hecho comprar al impertinente animal.

Jarbe lo vendió, por fin, en cincuenta guineas, y supe que lo habia comprado lord Grosvenor, por dar gusto á la Charpillon.

La broma del loro puso fin á mis relaciones con aquella detestable jóven, que ví despues con la mayor indiferencia.

Yo llevaba una vida tranquila y arreglada. Iba á ver á mi hija, que estaba muy á gusto en el colegio, ó á pasar algunas horas en el Museo británico con el doctor Matti. Un dia encontré en su casa un ministro anglicano, á quien pregunté cuántas sectas diferentes habia en Inglaterra.

— Nadie puede saberlo con exactitud, me dijo en italiano; cada domingo nacen y mueren algunas. Basta que un hombre de buena fé, ó que un

truhan ávido de fortuna ó nombradía, se instale en una plaza cualquiera y se ponga á perorar en público. En seguida lo rodean algunos curiosos. Explica á su modo algun pasaje de la Biblia, y si gusta á algunos bobalicanos que lo admiran, le invitan á predicar el domingo siguiente, con frecuencia en una taberna donde le prometen buena concurrencia. No deja de ir y expone su doctrina con energía. Entonces se habla de él, y él sostiene sus tésis; sus adeptos aumentan segun su facundia; se dan un nombre, y ya teneis una secta nueva, que el gobierno reconoce cuando influye mas ó menos en la política. Así es cómo han nacido casi todas las sectas que pululan sobre nuestro suelo patrio.

En el teatro Mary-le-Bone encontré á la familia M. F... que habia conocido enBe rna. Estaban el padre, la madre y las dos hijas. Logré que aceptaran un plato de ostras, y con tal pretexto les ofrecí una exquista cena que me costó diez guineas.

En el momento de retirarnos, su criado dijo que estaba diluviando, y que no habia coches de alquiler. Les ofrecí el mio; el padre aceptó, con la condicion de que él iria en silla de manos. La hermosa Sara me habia dado á entender que deseaba reanudar unas relaciones que solo habian consistido en un rayo de dicha en sus comienzos.

En el coche, la madre me destrozó el corazon diciéndome que estaban á punto de partir de Londres.

— Queríamos irnos pasado mañana, dijo, y mañana tendremos que desocupar nuestro piso, para dejarlo libre á los nuevos inquilinos. Un negocio que mi marido no ha podido concluir nos obliga á quedarnos aun por ocho dias, y estamos sin alojamiento.

— ¿Y mañana hay que mudarse?

— Mi marido cree que mañana tendrá casa.

— Supongo que deberá ser amueblada, porque, teniendo que partir, habreis vendido vuestros muebles.

— Sí, y debemos mandarlos á expensas nuestras á casa del comprador.

Habiendo llegado á la puerta de la casa, bajamos y la madre me invitó á subir. Vivia en el segundo piso con su esposo, y las dos hijas ocupaban el tercero. Todo estaba en desórden. Como la señora M. F... tenia que hablar con la dueña de la casa, me suplicó que subiese con sus hijas.

Hacia frio y hallamos un cuarto sin fuego. La hermana pasó al cuarto vecino y yo me quedé con Sara; la estreché en mis brazos, y sintiendo, por el ardor de sus besos, la reciprocidad de mis deseos, caí con ella en el canapé en que estábamos sentados, y sin que el amor nos diese tiempo de

reflexionar sobre el presente que nos hacia, saboreamos toda su voluptuosidad confundiendo nuestros séres. Esta dicha tuvo la rapidez del rayo. Oimos pasos y nos apresuramos á reparar nuestro desórden. Era el padre.

Si el senor M. F... hubiera tenido ojos, no me hubiese conocido, pues en mi rostro debian estar impresas todas las señales de un trastorno cuya naturaleza no es difícil de adivinar. Le dí un apreton de mano y me fuí á toda prisa.

En llegando á mi casa me hallé en tal estado de exaltacion, que me resolví á salir de Inglaterra, y acompañar á Sara á su país.

Durante la noche determiné obligar á la familia á que aceptase mis habitaciones para el tiempo que aun habia de permanecer en Londres.

Al dia siguiente, muy temprano, fuí á casa del señor M. F... y despues de haber vencido los escrúpulos de ambos esposos, quedó convenido que toda la familia se trasladaria á mi casa aquel mismo dia.

De vuelta á mi casa, me anunciaron dos señoritas. No queriéndolas recibir, bajé yo mismo para excusarme, cuando con la mas agradable sorpresa ví á Sara y su hermanita.

Mi bella amiga me dijo con el mayor decoro que la principal inquilina no queria que sacasen los muebles si antes no le pagaban cuarenta guineas

que su padre le debia. El señor M. F... me enviaba un billete pagadero al portador y me hacia preguntar si yo podia prestarle aquella cantidad.

Tomé el papel y le dí un billete de banco de cincuenta guineas, diciendo á Sara que me devolveria el resto mas tarde. Me dió las gracias sin afectacion y se marchó dejándome encantado de la confianza que tenia en mí.

Al anochecer el criado del señor M. F... trajo á mi casa tres baules y una porcion de cajas de carton, pero en vano esperé á la familia hasta las nueve. Intranquilo por aquel retraso, fuí á su casa y hallé á todo el mundo en la consternacion. Dos hombres de mala catadura, que se hallaban en el cuarto, me hicieron adivinar lo que ocurria.

— Apuesto á que algun acreedor os causa ese trastorno, dije tomando un aire jovial.

—Es cierto, contestó el padre, pero estoy seguro de pagar dentro de cinco ó seis dias, y por esto he diferido mi marcha.

Cogí á Sara á parte, y habiéndome dicho que se trataba de una deuda de ciento cincuenta libras esterlinas, pregunté al portador del título si satisfecha aquella deuda, podíamos ir á cenar libremente.

— Sin duda alguna, contestó enseñándome la letra de cambio.

Saqué de mi cartera tres billetes de banco de

cincuenta guineas, los entregué al escribano, y cogiendo la letra de cambio, dije el pobre afligido :

— Esta cantidad me la pagareis á mí antes de salir de Inglaterra.

Y añadí, despues de haber abrazado á toda la familia que lloraba de alegría :

— Vamos á cenar y olvidemos las contrariedades de la vida.

Cenamos alegremente en mi casa y despues de la cena cada cual se retiró á su habitacion.

Al dia siguiente, encontré á la madre muy triste, preparando una porcion de cosas preciosas para venderlas.

Le dije que seria lástima vender aquello con gran pérdida.

— Teneis razon, me dijo, pero vale mas que todo esto la satisfaccion de pagar las deudas.

— No vendais nada; puesto que he resuelto ir á Suiza con vosotros, pagaré vuestras deudas y me reembolsareis cuando podais.

— Pensé que era una broma vuestra, me dijo con asombro.

— Hablo con toda formalidad, señora, y hé aquí el objeto de mi ambicion.

Al decir estas últimas palabras, cogí la mano de Sara y la cubrí de besos.

Sara permanecia muda y algo avergonzada. La madre nos miraba bondadosa. Despues de un corto

silencio, me habló extensamente sobre la situacion de la familia.

Excusó á su marido por las deudas que habia contraido en Londres para vivir con modesta decencia, pero le reprochó que hubiese llevado á toda la familia.

— Mi padre, añadió la buena señora, ha sabido determinar al gobierno á pagar las deudas que mi esposo ha contraido aquí, pero ha tomado la resolucion de no sostener en Londres ningun encargado de negocios; un simple banquero con el título de agente, bastará para cobrar el interés de los capitales que la República posee en Inglaterra.

Luego añadió que consideraba á Sara muy feliz por haberme sabido agradar, pero que no estaba segura de que su marido consintiese en aquel matrimonio.

A la palabra matrimonio, que cayó de improviso, Sara se puso muy colorada.

Firmé con el señor M. F... un contrato en regla, mediante el cual yo pagaba sus deudas y él se comprometia á pagarme el rédito del capital adelantado, hasta su devolucion.

Tres dias despues, me dijo entre otras cosas :

— Mi mujer me ha comunicado vuestras intenciones, que me honran mucho ; pero no puedo daros á Sara, porque antes de salir de Berna la prometí al señor de W..., y varios intereses de familia me obligan á mantener mi palabra.

En el fondo, esta explicacion no me disgustó; porque á pesar de mi amor por Sara, la palabra *matrimonio* me causaba espanto. Contesté que el tiempo y las circunstancias podian cambiar, y que por de pronto me contentaria con su leal amistad y con dirigir el viaje.

Al quinto dia, subí al cuarto de Sara, la encontré en la cama y todo el fuego de la voluptuosidad se apoderó de mí. La cubrí de besos, y ella se mostró tierna, pero reservada. Como aumentaba mi fuego, aspiré á apagarlo, pero ella me opuso una dulce resistencia, y á pesar de corresponder á mis caricias, me impidió llegar al fin.

— ¿Por qué os oponeis á mis tiernos transportes?

— Por favor, no exijais de mí mas de lo que os concedo.

— ¿No me amais ya?

— ¡Ingrato! os adoro.

— ¿A qué obedece, pues, vuestra reserva, despues de haberos entregado á mí otras veces?

— He contraido con vos obligaciones que no puedo pagaros con mi persona, so pena de envilecerme á mis propios ojos.

— ¡Extraña metafísica! Sed mas justa con mi delicadeza y tranquilizaos, porque nada me debeis.

— Tened en cuenta el castigo que me impongo y sigamos amándonos.

Este diálogo no es la centésima parte del que sostuvimos hasta la hora de comer.

Reflexionando luego sobre el sorprendente cambio que se habia operado en aquella interesante criatura, me hice la ilusion de que su nueva actitud no duraría mucho.

Por la noche llevé á la familia á la Opera Italiana, y al dia siguiente pasé toda la mañana en la City, ocupado en arreglar mis cuentas con los banqueros que aun tenian dinero mio. Tomé letras sobre Génova y me despedí del honrado Bosanquet. Por la tarde fuí á despedirme de mi hija. La pobre niña se deshacia en llanto y me suplicaba que no la olvidase. A instancias suyas, consentí en ir á ver á su madre.

El señor M. F... pagó sus deudas y me dijo que contaba llegar á Berna con unas cincuenta guineas, despues de haber pagado dos terceras partes de los gastos de viaje, como era su empeño, al cual tuve que acceder, aunque resuelto á no presentarle jamás la cuenta. Yo esperaba casarme con Sara en Berna.

Habia en la City una venta de objetos preciosos que iban á despachar por medio de una lotería. La familia M. F..., se dignó aceptar mi invitacion y fuímos á la tómbola. El padre no quiso jugar, pero no se opuso á que sus hijas aceptasen los núneros que yo les ofrecia, y estuvieron afortunadas, pues

mediante diez á doce guineas se llevaron objetos por valor de mas de sesenta.

Sintiéndome cada vez mas enamorado de Sara, pero convencido de que no obtendria de ella mas que ligeros favores, creí que no debia tardar en explicarme. En la mesa, despues de cenar, hallándose todos reunidos, dije que, no estando seguro de que la hermosa Sara pudiese llegar á ser mi esposa, habia resuelto diferir mi viaje á Berna. El padre aprobó mi resolucion, diciendo que yo podia mantener una correspondancia con su hija. Sara fingió acceder, mas no era difícil adivinar que se violentaba.

Pasé una noche cruel. Era la primera vez que me veia amado y sin ventura, á causa de un capricho de la naturaleza mas extraña.

La familia partió para Ostende, yo la acompañé hasta la desembocadura del Támesis. Entregué á Sara una carta para la señora de W...; era la sabia Hedvige, á quien ella no conocia. Dos años despues, Sara pasó á ser su cuñada, casándose con un hermano del señor de W..., y fué feliz.

Despues de la partida de mis huéspedes, experimentando un vacío no desprovisto de tristeza, fuí á la ópera de Coven-Garden, donde encontré á Goudar, que me preguntó si queria ir al concierto de la Sartori, donde veria á una jóven inglesa que hablaba italiano.

Guiado por mi curiosidad, fuí y me aburrí; de lo cual me alegré después. Sin embargo la muchacha era bonita y graciosa. Un jóven livoniano, que le hacia la corte, le tomó cincuenta billetes para otro concierto, y se los pagó con un billete de cincuenta guineas. Me pareció opulento y nos hicimos amigos. Se hacia llamar baron de Henau.

Paseándome un dia con Goudar en Hyde-Park, me dejó para ir á hablar con dos señoritas que me parecieron muy lindas. Volviendo á juntárseme al poco rato, me dijo:

— Una señora de Hanovre, viuda y madre de cinco hijas, llegó aquí hace un mes con toda su progenitura. Vive al lado. Solicita del gobierno una indemnizacion por el perjuicio que le ha causado el paso de un ejército mandado por el duque de Cumberland. Como está enferma, permanece siempre en cama y nadie la ve. Sus hijas practican todas las diligencias necesarias. La mayor tiene veintidos años y la menor catorce. Acabais de ver la mayor y la segunda. Todas son bonitas y hablan perfectamente francés, inglés y aleman, y reciben muy bien á quien las visita. Si quereis verlas, podemos ir.

— ¿Que si quiero? Vamos; pero si la que me guste no se muestra complaciente, que no cuente con nada.

— Pues nada dareis, porque ni siquiera se dejan coger la mano.

— ¿Son otras Charpillon?

— Lo parecen; pero no hay hombres por medio.

Llegamos á una gran sala donde me sorprendió el aspecto de tres hermosas muchachas y el de un hombre de siniestra figura. Los saludé cortesmente y contestaron ellas con una graciosa reverencia, pero sin poder disimular una profunda tristeza.

Goudar dirigió la palabra al hombre, y luego se volvió hácia mí y me dijo encogiéndose de hombros :

— Hemos venido en un momento inoportuno. Ese hombre es un agente de justicia que quiere llevarse á la madre á la cárcel, á menos de pagar al hotel veinte guineas que ella debe por el alojamiento, y las pobres no tienen un cuarto. Cuando se hayan llevado á la madre á la cárcel, la dueña no dejará de despedir á las muchachas.

— Irán á vivir con su madre, y no les costará nada.

— No, señor. Podran ir á comer en la cárcel pagando, pero nada mas; pues allí no se aloja sino á los presos.

— ¿Dónde están vuestras hermanas? pregunté á una de ellas.

— Salieron á ver si encontraban dinero.

— ¿Y qué dice vuestra madre?

— Llora, y á pesar de hallarse enferma, quieren llevársela á la cárcel.

— ¡Bárbaros! Pero me gustais mucho y yo podria sacaros de apuros si quisiéseis ser complaciente.

— No acierto á comprender de qué clase de complacencia quereis hablar.

— Vuestra madre podrá explicaros eso. Id á consultarla.

— Vos no nos conoceis, caballero; somos chicas honradas y de buena familia.

Esto dicho, me volvió la espalda y se echó á llorar. Las otras dos, tan bonitas como la primera, permanecian de pié, sin decir nada.

Goudar me dijo en italiano que á menos de consolar á aquellas afligidas de un modo eficaz, estábamos demás allí, y fuí bastante cruel para marcharme sin contestar nada.

Al salir, encontramos en la puerta á las dos mayores que volvian muy tristes. Me impresionó su hermosura y sobre todo me sorprendió que una de ellas me saludase diciendo :

— Es el caballero de Seingalt.

— El mismo, señorita, y muy afligido á causa de vuestro infortunio.

— ¿Quereis hacerme el obsequio de subir otra vez por un instante?

— Me lo impide un asunto urgente.

— Solo os pido un cuarto de hora.

No pude negarle este favor y ella empleó el cuarto de hora en contarme todas sus desgracias de familia.

— No nos queda nada por vender, concluyó diciendo; y todos nuestros recursos consisten en dos chelines para comprarnos pan, único alimento que podemos proporcionarnos. Nadiè quiere socorrernos porque no cedemos á exigencias que están reñidas con nuestro deber.

— Muchos pensarán como yo; les gustais sin duda, y desean que os presteis á satisfacer los deseos que les inspiraìs; y como no teneis piedad de ellos, no quieren tenerla de vosotras. ¿No es eso?

— Precisamente.

— Tienen razon.

— ¿Que tienen razon?

— Claro, y yo soy absolutamente del mismo parecer. Os dejamos con vuestros deberes, y nos guardamos el dinero para proporcionarnos goces que nos rehusais. Vuestra desgracia consiste ahora en que sois bonitas, pues fácilmente hallaríais veinte guineas si fuéseis feas. Os las daria yo mismo, pues las atribuirian á beneficencia, mientras que, siendo bonitas, y hechas para inspirar ardientes deseos, atribuirian mi accion solo á la esperanza de obtener una recompensa, y con razon se burlarian de mí, porque sabrian que me habia llevado un chasco.

Este lenguaje era necesario con una jóven cuya facundia era muy hábil y convincente.

Viéndola cortada, le pregunté cómo era que me conocia.

— Os ví en Richmond con la Charpillon.

— Me costó dos mil guineas, sin obtener nada de ella; pero su leccion no debe caer en saco roto. He prometido no pagar favores en mi vida sin obtenerlos antes.

Su madre la llamó en aquel momento, pero volvió en seguida á decirme que la enferma deseaba hablar conmigo un instante.

Encontré incorporada en la cama á una mujer de unos cuarenta y cinco años, que aun conservaba los restos de una notable hermosura. Me pareció triste, pero no enferma; su viveza y expresion me indujeron á mantenerme sobre aviso.

— ¿Qué me quereis, señora?

— He oido todo lo que habeis dicho á mis hijas, y convengamos en que vuestro lenguaje no tiene nada de paternal.

— Convenido, señora; pero un lenguaje de padre cuadra muy poco en un amante, y este, y no otro, es el papel que yo quiero adoptar con vuestras hijas. No predico la virtud y adoro al bello sexo. Si me necesitan, saben ahora, y vos tambien, cuál es el camino de mi bolsillo. Adios, señora.

— Un instante, caballero. Mi marido era el conde de...; ya veis que mis hijas son respetables por su cuna.

— No puedo probarles mejor mi respeto que no viéndolas mas.

— ¿No os da lástima nuestra situacion?

— Mucha, y la mejoraria gratis si nada pudiéseis darme, si vuestras hijas fuesen feas; pero son bonitas y esto cambia la situacion.

— ¡Qué modo de razonar!

— Para mí es el mejor, y yo soy el juez supremo de su importancia. Os hacen faltan veinte guineas para evitar la cárcel; las tengo á vuestra disposicion tan pronto como una de vuestras cinco condesitas haya pasado una noche divertida conmigo.

— ¡Qué lenguaje con una mujer de mi rango!

— ¿Qué vale el rango en la miseria? Permitidme que me retire.

— Hoy nos vemos reducidas á no comer mas que pan.

— Para condesas, es muy duro, sin duda.

— ¿Os burlais de este título?

— Confieso que sí, mas no quiero ofenderos. Si quereis que me quede á comer con vuestras hijas, yo pagaré por todos, y por vos.

— Sois muy original. Mis hijas estarán tristes, porque van á trasladarme á la cárcel, y os aburrireis.

— Eso es cuenta mia.

— Dadles mas bien lo que gastaríais.

— No, señora. Quiero dar á mis ojos y á mis oidos un placer proporcionado al dinero que me gaste. Haré diferir vuestra arrestacion hasta mañana, y mañana Dios dirá.

— El patron no quiere esperar.

— Dejadme arreglar la cuestion.

Envié á Goudar á que viese cuánto exigia el amo para diferir el encarcelamiento por veinticuatro horas. Volvió y me dijo que exigia una guinea y una fianza que le pagase las veinte guineas, si los inquilinos se iban antes de que expirasen las veinticuatro horas.

Mi tabernero, que vivia cerca, prestó fianza, y el asunto quedó arreglado en menos de una hora.

Goudar se encargó de hacer traer una buena comida para ocho personas.

Las muchachas no cabian en sí de contento.

—Esto es cuanto he podido hacer por vosotras, dije á la madre. Vuestras hijas me encantan; comeré, cenaré y pasaré la noche con ellas, sin pedirles siquiera un beso, pero si mañana no hay mudanza alguna en vuestro sistema, os dejaré de nuevo en la situacion en que os encontrábais hace poco, y no os molestaré mas.

— ¿Que entendeis por cambio de sistema?

— Me comprendeis demasiado.

— Mis hijas no se prostituirán nunca con nadie.

— Las alabaré en todo Londres como castas Susanas y me marcharé á otra parte con mis guineas.

— ¡ Qué malo sois !

— Muy malo, cuando no hallo en los otros la bondad que busco.

La comida fué buena, y gocé viendo cómo aquellas criaturas devoraban cuanto yo les servia. Hice beber á cada una una botella de excelente vino, y como no estaban acostumbradas á semejante bebida, se achisparon. La madre habia devorado cuanto yo le habia enviado, que no era poco, y apuró tambien una botella de vino de Borgoña, que soportó muy bien.

A pesar de su embriaguez, las jóvenes bacantes estuvieron al abrigo de todo ataque.

Cenamos alegremente, y despues de un abundante ponche, me separé de ellas enamorado de todas y no muy seguro de ser tan dueño de mi voluntad al dia siguiente.

Impaciente por saber el resultado del consejo que la madre debia haber celebrado con sus hijas, fuí á su casa á las diez. Las dos hermanas mayores habían salido en busca de quien las sacase de apuros; las otras tres se me precipitaron encima como perros falderos que festejan á su amo, pero no permitieron que las besase.

La madre me dió las gracias por el dia de placer que les habia proporcionado.

— ¿Debo retirar mi fianza, señora condesa?

— De vos depende, pero no os considero capaz.

— Estais en un error. Creo que conoceis el corazon humano, señora, pero no habeis estudiado el espíritu, ó pensais ver mas claro que nadie. Vues-

tras hijas me inflamaron ayer, pero aunque tenga que costarme la vida, no haré nada por vos ni por ellas, mientras no hagais antes por mí lo único que está en vuestro poder. Os abandono á vuestras reflexiones, y sobre todo á vuestras virtudes.

Me suplicó que me quedase, pero sin escucharla ni mirar siquiera á las muchachas, salí y fuí á decir á Maison-neuve, mi tabernero, que retirase su fianza.

Despues de comer, ví llegar á mi casa á las dos hermanas mayores. No me sorprendió su visita. La primera puso en juego toda su elocuencia para que yo prolongase la fianza un dia más.

— Me hallareis insensible, le dije, si no quereis adoptar el proyecto que voy á comunicaros, si quereis seguirme á otra habitacion.

Me siguió, dejando á su hermana con Goudar, y despues de haberla hecho sentar á mi lado en un divan, le puse delante veinte guineas y le dije:

— Son vuestras, pero sabeis á qué precio.

Siendo mi ofrecimiento rechazado con desprecio, pensé que queria la excusa de un ataque sério, y contando con una resistencia de pura forma, la ataqué; pero ella resistió con fuerza y anenazó con gritar, en vista de lo cual la dejé tranquila. Hice más, le supliqué que saliese al momento de mi casa, lo que hizo llevándose á su hermana.

Por la noche supe que habian metido á la madre

en la cárcel, pero no pude averiguar dónde paraban las hijas.

En el momento de sentarme á mi mesa para cenar, se presentaron cuatro de ellas, como Magdalenas. La mayor, que era la oradora de la banda, me dijo que tendrian que pasar la noche en la calle, si yo no les concedia un cuarto, por caridad, aunque no hubiese cama.

— Tendreis cuartos, camas y buen fuego, les dije; pero os quiero ver comer. Sentaos.

La alegría brilló en sus ojos. Comieron mucho y no bebieron mas que agua.

— Vuestra tristeza y vuestra abstinencia me aburren, dije á la mayor; podeis subir al segundo piso con vuestras hermanas; hallareis todo lo necesario para pasar cómodamente la noche; pero no dejeis de marcharos á las siete de la mañana y no volvais mas aquí.

Subieron sin decir una sola palabra.

Una hora despues, en el momento en que yo iba á acostarme, la mayor entró en mi cuarto, diciéndome que tenia que hablar á solas conmigo. Despedí á mi negro y le dije á ella que se explicase.

— ¿Qué hareis por nosotras, me dijo, si comparto vuestro lecho?

— Os daré veinte guineas, y os alojaré y mantendré á todas mientras dure vuestra complacencia.

Sin decir mas, empezó á desnudarse y vino á po-

nerse á mi discrecion; pero no hallé mas que sumision, pues ni siquira me honró con un beso. Hastiado de una insensibilidad humillante, me levanté al cabo de un cuarto de hora, le dí un billete de banco de veinte guineas y le ordené terminantemente que volviese á vestirse y subiese á su cuarto.

— Saldreis todas de mi casa mañana muy temprano, pues estoy muy descontento de vos. Os habeis envilecido prostituyéndoos, en vez de entregaros al amor. Vergüenza me da por vos.

Se fué en silencio y yo me dormí muy disgustado.

A las siete de la mañana, oí una mano ligera que me sacudia suavemente; abrí los ojos y ví con sorpresa que era la segunda de las hermanas.

— ¿Qué me quereis? le dije con aspereza y frialdad.

— Deseo conmover vuestra piedad para que nos dejeis estar aquí unos cuantos dias mas. Podeis contar con mi gratitud. Mi hermana me lo ha confesado todo. Estais descontento de ella, pero perdonadla; no ha podido hacer de otro modo porque tiene entregado su corazon, lejos de aquí. Ama á un italiano que está preso por deudas.

— Supongo que vos estareis tambien enamorada de alguien.

— No; todavía no amo á nadie.

— ¿Y creeis que podríais amarme?

Baja los ojos y me estrecha suavemente la mano.

La acerco á mí, la beso, y como sus labios responden á los mios :

— Habeis vencido, le digo.

— No en vano me llamo Victoria.

— Nombre que me gusta y que me alegraré confirmar.

Tierna y llena de emocion, Victoria me hizo pasar dos horas deliciosas.

Despues de nuestros primeros transportes, le dije:

— Mi querida Victoria, estoy completamente á tu disposicion. Que tu madre venga aquí tan pronto como esté libre. Toma veinte guineas para tí.

El obsequio fué inesperado y la satisfaccion de la muchacha fué inmensa. No podia hablar, pero toda ella exhalaba gozo y gratitud.

Desde aquel momento, mandé hacer el servicio para ocho personas, y cerré la puerta de mi casa á todo el mundo, exceptuando á Goudar. Yo gastaba locamente, y comprendia que me encaminaba hácia el fin de mis recursos; pero disfrutaba y contaba reponer mis fondos en Lisboa.

La madre llegó en silla de manos y se metió en cama. Elogió mis virtudes y la dejé representar el hipócrita papel que se habia impuesto, de fingir que atribuia mi generosidad á desinteresados sentimientos y en manera alguna á complacencias de sus hijas.

Victoria, durante la segunda noche de amor que pasé con ella, me dijo que el amante de su hermana era napolitano, que se llamaba el marqués de Patina, y que debia casarse con ella al salir de la cárcel, que él esperaba dinero, y que su madre no cabia en sí de gozo el ver á su hija en vísperas de ser marquesa.

— ¿Cuánto debe el marqués?

— Veinte guineas.

— ¿Y por semejante miseria el ministro de Nápoles lo deja en la cárcel? Es muy extraño.

— No quiere recibirlo, porque partió de Nápoles sin el permiso de su soberano.

— Di á tu hermana que si el ministro de Nápoles me confirma lo que acabas de decirme, haré salir al marqués de la cárcel sin dilacion.

Habiendo salido para invitar á mi hija á comer, con otra pensionista que me gustaba mucho, entré en casa del marqués de Caraccioli, hombre muy amable, que yo habia conocido en Turin. Allí encontré al célebre caballero d'Eon. No tuve necesidad de coger al ministro á parte, para saber lo que yo deseaba respecto á Patina.

— Ese jóven, me dijo el ministro, es efectivamente lo que él dice; pero no le recibiré ni le daré dinero mientras no me haga escribir por el marqués Janucci que tiene permiso para viajar.

Ya sabia yo lo bastante y no pregunté mas, pero

aun permanecí una hora oyendo al caballero d'Eon.

Este habia desertado del ministerio, ó mejor dicho, de la embajada, á causa de diez mil libras que el departamento de negocios extranjeros de Versalles no habia querido desembolsarle, á pesar de que se le adeudaban realmente. Se habia puesto bajo la proteccion de las leyes inglesas, y despues de haber encontrado dos mil suscritores á guinea por ejemplar, habia puesto en prensa un gran tomo en 4°, en el cual entregaba á la publicidad todas las cartas que habia recibido del ministro francés en el transcurso de cinco ó seis años.

Un banquero de Londres acababa de depositar en el banco veinte mil guineas, que proponia al público como apuesta de que el caballero d'Eon era una mujer. Una sociedad aceptó la apuesta, mas no podia resolverse á menos que Eon se dejase reconocer en presencia de testigos. Le habia ofrecido la mitad de la apuesta, pero el caballero se habia burlado de unos y otros. Al cabo de un año la apuesta fué anulada; pero tres años despues, amnistiado por el rey de Francia, se presentó en la corte vestido de mujer y condecorado con la cruz de San Luís.

Luís XV no habia ignorado jamás el secreto del sexo del caballero d'Eon, pero el cardenal Fleury le habia enseñado que los monarcas deben ser impenetrables, y Luís lo fué toda su vida.

De regreso á mi casa, dí veinte guineas á la hanoveriana para que fuese á buscar á su marqués y le hiciese venir á comer con nosotros. Creí que la muchacha iba á morirse de alegría.

De acuerdo con Victoria, y probablemente con su madre, la tercera se determinó á su vez á ganar las veinte guineas, lo cual no le fué difícil.

Aquellas cinco muchachas eran como cinco platos exquisitos que excitan sucesivamente el paladar, y mi buen temperamento hacia que el ultimo me pareciese siempre el mejor.

La tercera se llamaba Augusta.

El domingo siguiente tuve muchos convidados: mi hija, su amiga la pensionista, la Cornelis y su hijo. Sofía fué en extremo agasajada por las hanoverianas y yo dí cien besos á miss Nancy Stein, que solo tenia trece años, pero cuyo precoz desarrollo excitaba poderosamente mis sentidos. Su padre, rico negociante, que deseaba conocerme, como yo á él, vino aquel dia á verme.

El pobre marqués de Patina era el único que hacia una triste figura entre nosotros. Era alto, feísimo y tonto.

Pasamos tres horas deliciosas en la mesa; luego subimos al tercer piso donde Sofía tocó el clavicordio de una manera admirable y acompañó algunas romanzas que su madre cantó. El jóven Cornelis se lució tocando la flauta.

Dos dias despues, la hermana Hipólita, vestida de hombre, salió á caballo conmigo, y por la noche compartió en mi lecho los trabajos de Venus con Victoria.

Al dia siguiente, volvimios á montar á caballo. Por la noche, en la mesa, noté que Gabriela, la mas jóven, se mostraba triste y malhumorada. Le pregunté el motivo, y me dijo con monería :

— Es que yo monto á caballo tan bien como mi hermana.

— Pues pasado mañana os proporcionaré ese placer.

Esto la puso de buen humor. Gabriela no tenia mas que quince años. Llena de gracia y candidez, dijo á sus hermanas que queria acompañarme á mi cuarto, lo cual acepté gustoso, sin indagar si todo aquello era ó no arreglo concertado entre ellas.

Una vez solos, me dijo que era novicia en amor, y me permitió mirarlo. Por la mañana, despues de haberle dado las veinte guineas á que tenia derecho, le regalé una hermosa sortija. Luego la vestimos para la cabalgata de la tarde, que se realizó sin el menor accidente.

De buena gana hubiera yo prolongado aquella existencia hasta el último dia de mi vida. Pero me acordaba de Lisboa y que de que mis recursos tocaban á su fin.

Un dia me llamó la madre, y despues de un pró-

logo sentimental sobre mi generosidad, mis virtudes y mis beneficios, me dijo :

— Convencida como estoy de que amais á mis hijas con el amor de un tierno padre, deseo que sean realmente vuestras hijas, como lo son mias. Os ofrezco mi mano y mi corazon; sed mi esposo, y sereis su padre, su dueño y el mio. ¿Qué me contestais?

Tuve necesidad de morderme fuertemente los labios para no responderle con una carcajada. Pero el asombro, el desprecio y la indignacion que me inspiraba su inconcebible descaro, me devolvieron pronto mi aplomo.

Por no romper bruscamente con ella, le contesté que su proposicion me honraba mucho, pero que su importancia exigia una detenida reflexion.

CAPÍTULO V

Lord Pembroke toma á Augusta por querida, mediante contrato en regla. — El hijo del rey de Córcega. — El jesuita Lavaletta. — Partida de las hanoverianas. — Mi balance. — El baron de Stenau. — La inglesa y su recuerdo. — Mi huida de Londres. — El conde de San German. — Wesel. — Mi cura. — Parto para Brunswick. — Redegunda. — Brunswick. — El príncipe heredero. — Wolfenbuttel. — Biblioteca. — Berlin. — Calsabigi y la lotería en Berlin.

Lord Pembroke se enamoró de Augusta y se comprometió á pagarle, mediante escritura, cincuenta

guineas mensuales durante tres años, con alojamiento, manutencion, criados y coche, sin contar lo que voluntariamente podia añadir, como pago á la ternura con que ella le correspondiese. La madre consintió en aquel arreglo, esperando, decia ella, que su hija no tardaria en ser lady Pembroke.

Uno de aquellos dias, de regreso de un paseo á caballo con Gabriela, hallé á la puerta de mi casa un hombre que se hacia llamar sir Federico, y que decian ser hijo del rey de Córcega, Teodoro, baron de Neuhof, muerto en Londres, como todo el mundo sabia. Me cogió á parte para preguntarme cuál era la fortuna del marqués de Patina, á propósito de una letra de cambio de docientas guineas que se trataba de descontarle. Yo contesté que ignoraba por completo el estado de intereses del jóven marqués.

Al dia siguiente Goudar vino á decirme que un tal du Claude deseaba hablarme.

— ¿Quién es ese du Claude?

— El célebre jesuita Lavallete, autor de la famosa bancarrota que arruinó en Francia á la Sociedad de Jesús. Ha tomado aquí un nombre supuesto y debe ser hombre de mucho dinero.

Me acogió con mucha cordialidad, y cuando Goudar nos hubo dejado, me enseñó una letra de cambio de Patina, diciéndome:

— Ese jóven pide el descuento de esta letra, y

me ha dicho que vos podríais darme noticia de su posicion.

Contesté al reverendo padre Lavallette du Claude lo que habia contestado al hijo del rey de Córcega, y me marché furioso contra aquel marqués de la miseria que tantas molestias me causaba.

Al dia siguiente, la nóvia de Patina me envió una carta con otra en aleman para su madre. Decia que se habia ido con su amante, quien habia hallado bastante dinero para hacer el viaje á Nápoles, donde iban á casarse inmediatamente despues de haber llegado.

Consideré á la infeliz irremisiblemente perdida, porque me constaba que el jóven marqués no solamente carecia de fortuna, sino que probablemente seria encarcelado al llegar á su país.

Tuve que consolar á toda la familia, que lloró la falta de la jóven fugitiva.

Pasada la tormenta, volvió la bonanza. Las tres jóvenes eran felices conmigo, y se figuraban que aquella vida deliciosa iba á durar siempre. Yo veia á punto de agotarse mis fuerzas físicas y mi dinero.

Vendí mis diamantes y piedras preciosas y su valor desapareció en poco tiempo. Solo me quedaron cajas de rapé, relojes, estuches, tonterías á que estaba yo muy apegado y que no tenia valor de vender, pues no hubiese sacado la quinta parte de lo que me costaban. Hacia un mes que no soldaba ni

las cuentas de mi cocinero, ni las de mi proveedor de vinos.

El amor de Gabriela me absorbia por completo, y me hallaba en el mas feliz estado de indolencia, cuando Victoria vino á decirme con tristeza, que su madre estaba resuelta á volverse á Hannover, despues de haber perdido toda esperanza de obtener nada de la Corte.

— ¿Y cuándo piensa partir?

— Dentro de tres ó cuatro dias.

— ¿Y sin decirme nada, como si se marchase de una hostería despues de haber pagado la cuenta al posadero?

— No señora; quiere hablaros á solas.

Fuí á su cuarto y se quejó afectuosamente de que nunca iba á verla. Concluyó por decirme que, puesto que habia rehusado su mano, no queria seguir dando pábulo á la crítica y á la calumnia.

— Os doy gracias por todos los beneficios que habeis prestado á mis hijas, y me voy con las tres que me quedan, por temor de perderlas como he perdido á las dos mayores. Podeis seguirnos, si quereis, y vivir todo el tiempo que os dé la gana en una bonita casa de campo que poseo cerca de la capital.

Le dí las gracias diciéndole que mis asuntos no me permitian aceptar.

Tres dias despues, me quedé sin hanoverianas.

Me causó un pesar profundo separarme de las tres hermanas, sobre todo de Gabriela.

Mandé cerrar la puerta para todo el mundo y pasé tres dias en la tristeza, ocupado en hacer balance. En un mes habia disipado con las hanoverianas todo el dinero que habia sacado de mis alhajas, y me encontraba con mas de cuatrocientas guineas de deudas. Resuelto á irme á Lisboa por mar, vendí mi cruz de diamantes, seis ó siete cajas de oro, despues de haber quitado los retratos, todos mis relojes, á excepcion de uno solo, y dos mundos de trajes. Despues de haber saldado todas mis cuentas, me encontré con ochenta guineas, restos de una considerable fortuna que habia disipado loca ó cuerdamente, ó quizá de una y otra manera.

Dejé mi hermosa casa y tomé un cuarto de una guinea por semana, con mi negro que yo tenia por fiel.

Escribí al señor de Bragadino que me enviase, por medio de letra á la vista, docientos zequíes.

Resuelto á partir de Londres sin dejar un sueldo de deuda, sin acudir al bolsillo de nadie, aguardé tranquilamente la letra de cambio de Venecia para despedirme de todo el mundo, y embarcarme para Lisboa, donde queria ver como me trataria la Fortuna; pero ésta me reservaba inesperados golpes, muy lejos de la Lusitania.

Quince dias despues de la partida de las hano-

verianas, á fines de febrero de 1764, guiado por mi génio malo, me fuí á la taberna del Cañon, á fin de comer solo en un saloncito, como hacia todos los dias. Iba á sentarme á la mesa, cuando ví entrar al baron de Stenau, que vino á decirme que me hiciese servir en el salon inmediato, donde estaba solo con su querida.

— Agradezco vuestra atencion, la dije, porque el hombre solo, se aburre.

Celebré encontrarme con una hermosa mujer, de mucho talento, y en extremo graciosa, que yo habia conocido en casa de Sartori. Hablaba italiano, y esto era un atractivo mas para mí.

A los postres, viendo tres dados sobre una chimenea, los cogió y dijo :

— Juguemos una guinea, que gastaremos en ostras y vino de Champagne.

El baron perdió y llamó al mozo para hacer servir.

Despues de comer las ostras, dijo ella :

— Juguemos la comida.

Jugamos y perdió.

Sintiendo haber ganado, y deseando perder dos guineas, propuse los dados al baron. Aceptó, y a pesar mio gané tambien. Me pidió la revancha y perdió otra vez.

— Siento ganaros, le dije, y os daré revancha hasta ciento.

Se mostró agradecido, jugó á su antojo y en me-

nos de media hora me fué deudor de cien guineas.

— Continuemos, me dijo.

— Mi querido baron, estais de malas; podeis perder demasiado; dejémoslo por esta vez.

Menospreciando mi atencion, blasfemó contra la fortuna y contra la gracia que yo parecia concederle. Se levantó, cogió su baston y su sombrero, y me dijo al salir :

— Os pagaré á mi vuelta.

Apenas hubo desaparecido, cuando la hermosa inglesa me dijo :

— Estoy segura de que habeis jugado á medias conmigo.

— Si habeis adivinado eso, tambien sabreis que me gustais muchísimo.

— Lo noté.

— ¿Y lo sentís?

— Por el contrario.

— Os prometo cincuenta guineas luego que me haya pagado.

— Bueno, pero que el baron no sepa nada.

— Por supuesto.

En un santiamén le dí una elocuente prueba de mi inclinacion y le prometí ir á pasar con ella la noche del dia siguiente.

El baron volvió y me dijo :

— He ido á casa de un comerciante para que me descontara esta letra, y aunque es pagadera á la

vista contra una de las principales casas de Cádiz, y librada á mi órden por una buena casa de Lisboa, no ha querido.

Cojo la letra cuyo endoso me enseñó, y veo millones que excitan mi sorpresa.

El baron me dijo riéndose que aquellos millones eran de *reis* portugueses, que equivalian á unas quinientas libras esterlinas.

— ¿Por qué no vais á casa de vuestro banquero?

— No conozco ninguno. Si teneis relaciones en la Bolsa, podríais hacerme este favor.

— Si la firma es conocida, os serviré mañana.

— En tal caso, voy á pasarla á vuestra órden.

El dia siguiente, fuí por la mañana á casa de Bosanquet, quien me dijo que el señor Leigh necesitaba letras sobre Cádiz. Fuí á casa de este último, y me dijo que aquellas letras valian mas que el oro. Hizo su cálculo, me presentó la cuenta y me dió quinientas veinte guineas, despues del endoso.

Fuí á casa del baron, y despues de enseñarle la cuenta, le entregué el dinero que yo acababa de recibir.

Me dió las gracias y me entregó cien guineas. Luego comimos y hablamos de su querida.

— ¿Estais muy enamorado de ella? le pregunté.

— No, porque tengo otras, y si os gusta, podeis satisfacer vuestro capricho por diez guineas.

Fuí á casa de ella, al separarme del baron, y

cuando supo que su amante me habia pagado, encargó una cena delicada y me hizo pasar una noche tan voluptuosa, que olvidé toda mi tristeza. Por la mañana, al darle las cincuenta guineas prometidas, me dijo que mi fidelidad habia de servirme de algo, y que me daria de cenar por seis guineas cuantas veces yo quisiese. Le prometí irla á ver á menudo.

Despues de haber pasado tres noches con esta fatal mujer, me ví acometido por una fea enfermedad de que el dios Mercurio me habia curado ya tres veces. Este accidente llegaba para mí en las peores circunstancias del mundo. Me hallaba en vísperas de emprender un largo viaje por mar, y aunque Venus nació en el seno de los olas, el aire de su elemento es poco favorable á los que, como yo, se hallan bajo su maléfico influjo.

Iba á preparar mi equipaje para trasladarme á casa de un cirujano que se encargarse de mi cura, cuando recibí una carta de Leigh que decia :

« La letra de cambio que me dísteis es falsa ; enviadme en seguida quinientas veinte guineas que os dí, y si el que os engañó no os devuelve este dinero, hacedle prender. Por Dios, no me obligueis á haceros prender mañana, y no perdais tiempo, porque se trata de vuestra vida. »

Me eché en la cama, y en un instante quedé cubierto de un sudor frio muy abundante. Me dió un fuerte temblor que terminó por una fiebre ardiente.

Cogí dos pistolas bien cargadas y á toda prueba, me las metí en el bolsillo, y despues de haber dicho á mi negro que me esperase, me trasladé á casa del baron de Stenau, resuelto á descerrajarle un tiro si no me devolvia las quinientas veinte guineas, ó á no perderlo de vista, hasta haberle hecho prender.

Llego á su casa y me dicen que hace cuatro dias que se ha marchado á Lisboa.

Este baron de Stenau era livoniano, y fué ahorcado en Lisboa cuatro meses despues de la época á que me refiero.

Tan pronto como supe su huida, como el mal no tenia remedio, tomé mi resolucion en el acto. No tenia en mi poder mas que diez ó doce guineas, y esta cantidad no me bastaba. Corrí á casa de Treves, judío veneciano, á quien habia sido recomendado por el banquero conde Algaroti, de Venecia, y de quien nunca me habia servido. Le supliqué que me descontara una letra de cambio por la débil suma de cien zequíes de Venecia, que giré contra Algaroti, escribiendo á éste que se hiciese pagar por Dándolo, su pariente, que me habia proporcionado su recomendacion.

Una vez en mi bolsillo el descuento de la letra, me retiré, agitado por una fiebre mortal. Leigh me habia dado veinticuatro horas de tiempo, y no era capaz de faltar á su palabra.

Jarbe prefirió quedar á mi servicio á recibir veinte guineas y desprenderse de mí.

— Entonces, le dije, saldrás de Londres dentro de ocho dias y vendrás á buscarme donde yo esté.

— Iré adonde me mandeis. ¿Cuándo partís?

— Dentro de una hora, pero arriesgo mi vida si dices una palabra.

— ¿Por qué no me llevais con vos?

— Porque quiero que me traigas la ropa que tengo en casa de la lavandera y las casacas que tengo en casa de mi sastre. Voy á darte el dinero que á poca diferencia necesitas para el viaje.

— No quiero nada. Me pagareis el gasto cuando llegue al punto donde me aguardeis. Esperad.

Dijo y salió para volver al momento con sesenta guineas, que me enseñó añadiendo :

— Tomad este dinero, señorito; tengo crédito para encontrar otro tanto en caso de necesidad.

— No, amigo mio, muchas gracias, no lo necesito, y no olvidaré tu abnegacion.

Pagué una semana de alquiler á la casera, me despedí de mi negro y partí.

Dormí en Rochester, sin fuerzas para continuar. Tuvo que visitarme un médico, quien, hallándome en peligro de morir de un ataque de apoplegía, me mandó hacer una abundante sangría que me devolvió la calma. Seis horas despues declaró que yo podia partir. Llegué á Dover, por la mañana muy

temprano, donde solo pude detenerme media hora, porque la marea no permitia al capitan del buque diferir su salida. El buen marino no sabia que esto era precisamente lo que yo deseaba. Empleé aquella media hora en escribir á Jarbe para que viniese á encontrarme en Calais donde le aguardaria. Mistress Mercier, mi casera, á quien yo habia dirigido la carta, me escribió para decirme que se la habia entregado en persona. Sin embargo, Jarbe no vino. Dentro de dos años encontraremos otra vez á este negro.

En diez horas hicimos la travesía y me hospedé en la fonda del Brazo de oro, donde habia dejado mi silla de posta. Me acosté al llegar y mandé llamar al mejor médico.

La fiebre y el veneno que circulaba por mi cuerpo pusieron mi vida en gran peligro. Al tercer dia, llegué á las postrimerías. Un cuarta sangría agotó mis fuerzas y me mantuvo en un letargo de veinticuatro horas. Luego sobrevino una crísis saludable que me devolvió la vida; pero solo á fuerza de cuidado me hallé en disposicion de partir quince dias despues de mi llegada á aquella tierra de salvacion.

Débil, profundamente afligido por haber causado, aunque involuntariamente, una pérdida considerable al honrado Leigh; humillado por haber tenido que huir de Londres; indignado de la infidelidad de

Jarbe, y muy contrariado por tener que abandonar mi proyecto de ir á Portugal; no sabiendo adónde ir, hallándome en tan mal estado de salud que mi cura era problemática, me metí en mi silla de posta.

Habia escrito á Venecia para que me mandasen á Bruselas el dinero que tenian que enviarme á Londres, pues no me atrevia á escribir á Inglaterra.

Llegué á Dunkerque y la primera persona que ví al bajar del coche, fué el comerciante S..., esposo de aquella Teresa de que se acordarán mis lectores, sobrina de la querida de Tiretta, y que yo habia amado locamente hacia siete años. El honrado señor S... me conoció, y extrañando verme tan cambiado, le dije que acababa de salir de una larga enfermedad. Le pregunté por su mujer.

— Va muy bien, me dijo, y espero que mañana tendremos el gusto de que comais con nosotros.

Le contesté que tenia que partir al amanecer; pero tanto insistió para que no me fuese sin ver á su mujer y á sus tres hijos, que tuve que prometerle que iria á cenar con ellos.

Un cuarto de hora despues, volvió el marido con su mujer y los niños, el mayor de los cuales tendria seis años. Teresa despidió á los dos mas jóvenes y se quedó con el mayor, el único que podia interesarme. Era un niño precioso, y como se parecia

mucho á su madre, el marido no dudaba que él era su autor.

Yo me reia por dentro de encontrar hijos mios diseminados por toda Europa. Durante la cena, Teresa me dió noticias de Tiretta. Habia entrado al servicio de la compañía de las Indias holandesas, pero habiendo tomado parte en una rebelion en Batavia, habia tenido que huir para evitar la horca.

El dia siguiente llegué á Tournai, y viendo á unos palafreneros que paseaban unos hermosos caballos, se me ocurrió preguntarles de quién eran.

— Del señor conde de San German, el adepto, que hace un mes que está aquí y no sale jamás. Todos los que pasan por aquí desean verlo, pero él ne recibe á nadie.

Esta contestacion me dió deseos de irlo á ver y apenas llegué á mi fonda cuando lc escribí al efecto. Hé aquí su respuesta, pues he conservado su billete :

« Mis ocupaciones me obligan á no recibir á nadie : pero vos sois una excepcion. Venid á la hora que os acomode; os introducirán en mi cuarto. No tendreis necesidad de pronunciar mi nombre ni el vuestro. No os ofrezco la mitad de mi comida, porque mi alimento no puede satisfacer á nadie, y menos á vos, si aun conservais vuestro antiguo apetito. »

Fuí á las nueve y le encontré con una barba de

dos pulgadas. Tenia unas veinte retortas llenas de licores, algunas de las cuales estaban metidas en arena.

Me dijo que trabajaba en la preparacion de colores para divertirse y que fundaba una sombrerería, para dar gusto al conde de Cobentzel, embajador de María Teresa en Bruselas. Hablamos de la señora de Urfé.

— Se envenenó, me dijo él, tomando una exagerada dósis de medicina universal, y su testamento demuestra que se creia embarazada. Hubiera podido estarlo si me hubiese consultado. Es una operacion muy difícil, pero segura, aunque la ciencia no haya llegado todavía al punto de poder asegurar el sexo de la criatura.

Cuando supo de qué naturaleza era mi enfermedad, me suplicó que me quedase en Turnai tres ó cuatro dias, durante los cuales me reduciria todas mis glándulas, y que luego me daria quince píldoras que, tomadas en quince dias, completarian mi cura y me devolverían todas mis fuerzas.

Me enseñó un líquido que él llamaba el espíritu universal de la naturaleza. La prueba estaba en que saldria inmediatamente del frasco que lo contenia si se picaba ligeramente la cera con un alfiler. Le supliqué que me dejase hacer el experimento. Me dió un frasquito lleno de aquel espíritu y un alfiler.

Atravesé suavemente la cera y, en efecto, el frasco se vació completamente.

— Magnífico, dije yo; pero para qué sirve todo eso?

— No os lo puedo decir; es mi secreto.

Deseando maravillarme, como le gustaba hacer con todo el mundo, me pidió una moneda de plata de doce sueldos, tomó un carbon ardiendo que colocó sobre una placa de metal; puso encima de la moneda un granito negro, colocó la moneda sobre el carbon en el cual sopló con un soplete de vidrio, y en menos de dos minutos, la ví incandescente.

— Dejadla enfriar, me dijo el alquimista.

Lo cual se hizo en un minuto.

— Cogedla y llevaosla, porque es vuestra.

La tomé; era de oro. No me cupo la menor duda que habia escamoteado la mia, substituyéndola por la que yo tenia y que, á no dudar, habia sido préviamente blanqueada. Pero me contenté con darle á entender que no me habia dejado engañar, aunque elogié su talento y habilidad.

— Los que dudan de mi ciencia, no son dignos de hablarme, contestó el conde.

Aquella actitud arrogante le caracterizaba y no me era desconocida.

Fué la última vez que ví á aquel célebre y sábio impostor. Murió, hace siete ú ocho años, en Schleswig.

La moneda que me dió era de oro puro, y dos meses mas tarde la cedí al fel-demariscal Keith hallándome en Berlin.

Salí de Tournai el dia siguiente y me detuve en Bruselas, con el objeto de aguardar la respuesta á la carta que yo habia escrito al señor de Bragadino.

La recibí cinco dias despues de mi llegada, con una letra de cambio de docientos ducados.

Contaba fijarme en Bruselas para curarme, pero la casualidad me hizo cambiar de resolucion. El general Bckw... se empeñó en que me hiciese curar en Wesel, por un jóven médico de la escuela de Leiden, muy hábil y prudente.

No sublevaré á mis lectores describiéndoles el repugnante estado en que me hallaba; básteles saber que al cabo de tantos años me estremezco al recordarlo.

El doctor Pipers, que era la afabilidad personificada, se empeñó en alojarme en su casa, donde su madre y sus hermanas cuidaron mucho de mí. Al ser trasladado á su casa, me cubrí el rostro con un pañuelo, tal vergüenza me daba que me viesen aquellas honradas mujeres. Madre é hijas llevaban la filantropía escrita en la cara.

El doctor me explicó el método que iba á seguir en mi tratamiento, y le prometí obedecer en absoluto sus órdenes.

Estando en cama llegó á mi noticia la muerte de la famosa Pompadour.

Para mí, el mayor peligro consistia en el aburrimiento, y como el doctor pensaba como yo, me suplicó que permitiese que su hermana trabajase en mi cuarto con dos ó tres amigas suyas. Acepté gustoso su proposicion.

Los cuidados del jóven doctor fueron mas eficaces ó mas rápidos de lo que habia previsto. Al cabo de un mes me encontré perfectamente restablecido, pero delgado como un huso.

Regalé un hermoso vestido á la hermana y dí veinte luíses al doctor. Ambos me parecieron muy satisfechos.

El dia antes de mi partida, recibí una carta de la señora de Rumain, la cual, habiendo sabido por mi amigo Baletti que me hallaba sin dinero, me enviaba una letra de seiscientos florines sobre Amsterdam. Me decia que le devolveria esta cantidad cuando me diese la gana; pero murió antes de que yo pudiese pagarla.

Resuelto á irme á Brunswick, no pude resistir al deseo de pasar por Hannover, porque cuando me acordaba de Gabriela, sentia que aun la amaba.

El general inglés me escribió un billette invitándome á cenar; añadia que me encontraria con paisanas mias.

Se comprenderá cuál debió ser mi sorpresa cuan-

do, al entrar en el salon general, ví á la parmesana Redegunda y á su abominable madre.

— ¡ Dios mio, qué flaco estais ! exclamó la hija.

La felicité por su hermosura, y lo merecia, porque habia embellecido.

— Acabo de escapar á una grave enfermedad, le dije, y parto al amanecer para Brunswick.

— Nosotros tambien, dijo ella mirando á su madre.

El general añadió que podíamos ir juntos.

— Será difícil, dije sonriendo, á menos que la madre no haya cambiado de ideas.

— Soy la misma que antes, contestó la vieja con sequedad.

Mi réplica fué una mirada de desprecio.

Se jugó al faraon ; obligado por el general, apunté flojo, y me retiré ganando cincuenta guineas.

Luego cenamos, y á los postres, la jóven cantante se acompañó al clavicordio algunas romanzas que le valieron muchos aplausos.

Al dia siguiente, por la mañana, me despedí del buen doctor y de su excelente familia, para ir á almorzar con el general, antes de partir. La madre de Redegunda se habia puesto furiosa porque, durante la cena de la noche anterior, el general habia propuesto que su hija hiciese el viaje en mi silla de posta, de dos asientos. ¡ La vieja no queria separarse de su hija !

Despues de almorzar, mi carruaje se hallaba á la puerta; me despedí del general y de toda la compañía, que habia salido á la sala para verme partir. Redegunda bajó conmigo, y habiéndome preguntado si mi coche era cómodo, subió en él, como para probarlo, y yo subí detrás de ella, sin haber concebido proyecto alguno de antemano. Viendo el coche ocupado, el postillon hizo chasquear el látigo y partio á galope. Redegunda reventaba de risa. Yo estuve á punto de hacer parar el coche, pero viendo la alegría de la muchacha, lo dejé correr, aunque resuelto á hacerle volver atrás cuando ella dijese: *basta*. En vano esperé esta palabra, y ya habíamos andado media legua cuando empezó á hablar.

— Aun me rio de la interpretacion que dará mi madre á este lance; creerá la cosa premeditada, y esto es lo mas chistoso del caso.

— ¿Quereis que os lleve hasta Brunswick?

— Seria llevar la broma demasiado lejos. Aguardaremos la posta en el primer relevo.

— Hareis lo que os plazca, pero me excusareis si prosigo sin detenerme.

— ¡Cómo! ¿tendríais valor para dejarme ahí sola?

— Sabeis que siempre os he querido; estoy dispuesto á llevaros á Brunswick.

— Si me amais, aguardareis.

— Imposible.

En vez de entristecerse, la muchacha se echó á reir de nuevo.

En el relevo no hubo caballos. Me arreglé con el postillon y seguimos adelante, despues de haber dejado descansar un poco los caballos. Las carreteras eran malísimas, y ya anochecia cuando llegamos al segundo relevo.

En vano Redegunda suplicó y se quejó; cambiamos de caballos y anduvimos toda la noche. Era ya muy entrado el dia cuando llegamos á Lippstadt. A pesar de lo inusitado de la hora, hice que nos sirviesen el almuerzo. Al anochecer llegamos á Minden. Cenamos, nos acostamos maritalmente y permanecimos cinco horas juntos. La muchacha se hizo rogar un poco, por pura forma, pero se portó bien.

Salimos de Minden y no paramos hasta Hannover, donde comimos admirablemente en una magnífica fonda. Allí encontré al mismo mayordomo que se encontraba en Zurich cuando serví en la mesa á las señores de Soleure. Dormimos en una soberbia cama á la francesa, y al dia siguiente no dispertamos sino al ruido del carreton de la posta. A pesar de nuestras inmediatas disposiciones, la vieja nos sorprendió infraganti. Redegunda llegó á calmar su furor contándole la historia de la huida, que ella tomó ó fingió tomar por una simple casualidad, y prometiéndole ir con ella el resto del viaje.

Llegué á Brunswick unas cuantas horas antes que ellas.

Redegunda me hizo pasar las ganas de ir á hacer una visita á Gabriela.

Fuí presentado por un antiguo amigo al empresario de teatros señor Nicolini, que me obligó á comer en su casa y hasta hubiera querido darme habitacion. Era un hombre simpático que recibia á gran número de personas instruidas y mujeres guapas cuyo trato era en extremo seductor.

Dos dias despues de mi llegada, el príncipe real de Prusia llegó de Postdam, para visitar á su futura esposa reinante.

La Corte dió magníficas fiestas, y el príncipe heredero, hoy soberano del ducado, me hizo el honor de invitarme.

Un judío, á quien compré paño para un abrigo, me descontó la letra de la señora de Rumain, con un dos por ciento de pérdida.

De allí me trasladé á Wolfenbuttel, donde se encuentra la tercera biblioteca de Europa.

Pasé ocho dias en aquella biblioteca, sin salir mas que para ir á mi casa, donde no pasaba mas que la noche y el tiempo necesario para comer. Puedo contar aquellos ocho dias en el número de los mas felices de mi vida.

De allí me llevé muchas doctrinas sobre la *Iliada* y la *Odisea*.

Continué mi viaje; en Magdeburgo, entregué una carta del general Bekw... á un oficial que me enseñó detalladamente la fortaleza y me retuvo tres dias, multiplicando para mí los placeres de la mesa, de las mujeres y del juego. Fuí sóbrio en todo.

De Magdeburgo me fuí á Berlin. Las malas carreteras de Prusia me hicieron emplear tres dias en recorrer diez y ocho millas alemanas. La Prusia es un país donde la industria y el oro podrán hacer milagros, pero dudo que llegue á ser jamás un buen país.

Me hospedé en el hotel de París, donde me trataban bien. Comia en mi cuarto y cenaba en la mesa particular de la patrona, señora Rufin, con algunas otras personas muy amables, entre ellas el baron de Treidel, que fué mi amigo durante los dos meses que permanecí en Berlin.

Mi primera visita fué para Calsabigi, hermano mayor del que habia sido mi asociado en París, en 1757, para el establecimiento de la lotería. Habia salido de París dejando á su mujer, á quien llamaban aun la generala La Motte, para ir á fundar la lotería en Bruselas, donde despues de haber vivido con excesivo lujo, hizo bancarrota, en 1762, á pesar de lo mucho que hizo el conde de Cobentzel para sostenerlo. Obligado á huir, se fué á Berlin, donde el rey de Prusia aceptó sus proposiciones para el establecimiento de la lotería. Hacia dos años que

esta funcionaba con resultado satisfactorio. Pero el rey, que temia alguna extraccion desgraciada, y estaba siempre sobre áscuas, manifestó á Calsabigi que no queria continuar por su cuenta; que le cedia la explotacion, contentándose con cien mil escudos anuales, que era lo que le costaba el teatro italiano.

Llegué á casa de Calsabigi precisamonte el mismo dia en que el rey le habia notificado su resolucion. Me ofreció diez mil escudos anuales, si lograba hacer cambiar de idea al rey, y para animarme, me recordó la época en que, siete años atrás, yo habia sabido convencer á todo el consejo de la Escuela militar de la seguridad de la ganancia.

Le dije que nada habia que esperar de un rey testarudo que *tenia miedo y queria dejar de tenerlo.*

Cené con Calsabigi, quien sometió luego á mi exámen un proyecto que habia escrito, y que queria publicar, para procurarse un fondo de dos millones, absolutamente necesarios para sostener su crédito y poder continuar la lotería.

El proyecto era corto, pero claro y bien comprendido. Invitaba á todos aquellos cuya fortuna era conocida del público, no á depositar en la caja de la lotería una cantidad cualquiera, sino á prestar su nombre por tal ó cual cantidad, de solvencia segura. En caso de que la lotería experimentase una pérdida, cada cual daria su parte proporcional

á la cantidad garantizada, y en la misma proporcion se repartirian los beneficios entre todos los garantes.

Le prometí mis observaciones por escrito para el dia siguiente; y hé aquí el plan que substituí al suyo :

1° Debia bastar un fondo de un millon;

2° Este millon habia de dividirse en cien acciones de diez mil escudos;

3° Cada accionista habia de firmar su compromiso ante un notario que respondiese de su solvencia;

4° El dividendo se haria siempre tres dias despues del sorteo;

5° En caso de pérdida, el accionista habia de reintegrar su accion, ante notario;

6° Un cajero, elegido por los cuatro quintos de los accionistas, tendria á su cargo la inspeccion del cajero de la lotería, que seria el depositario del ingreso en dinero efectivo;

7° Los billetes premiados serian pagados un dia despues del sorteo;

8° El dia antes del sorteo, el cajero de la lotería contaria el dinero del ingreso al cajero de los accionistas, y este cerraria la caja con tres llaves, de las cuales una quedaria en su poder, otra en las del director y otra en las del cajero de la lotería;

9° Como puestas solo se aceptarian la extraccion,

el ambo y el terno : el cuaterno y la quina se suprimirian, porque estas dos combinaciones exponen á pérdidas demasiado grandes;

10° Nadie podria jugar sobre dichas tres combinaciones, ni menos de cuatro *gruesos* ni mas de un escudo; y los despachos se cerrarian veinticuatro horas antes del sorteo;

11° La décima parte del ingreso perteneceria á Calsabigi, director general de la lotería; pero correrian por su cuenta todos los gastos de gerencia;

12° Se le concederia el derecho de posser dos acciones sin necesidad de que interviniese notario.

Por la cara que puso Calsabigi, ví que no le gustaba mi proyecto, y le dije que no encontraria accionistas sino con aquellas condiciones ó con otras menos ventajosas para él.

El último sortèo bajo la garantía del rey alegró á toda la poblacion, pues la lotería perdió veinte mil escudos de Prusia.

Aquel accidente no podia llegar en peor momento para el infortunado Calsabigi. Este, sin embargo, no desmayó, y desde el dia siguiente empezó á practicar diligencias para la realizacion de su plan.

CAPÍTULO VI

Milord Keith. — Entrevista con el rey de Prusia en el jardin de Sans-Souci. — La Denis. — Los cadetes de la Pomerania. — Voy á Mittau. — Mi excelente acogida en la corte. — Mi permanencia en Riga.— Campioni. — Santa Elena. — Llegada de la emperatriz. — Llego á San Petersburgo. — Mis relaciones. — Compro á Zaira.

Aconsejado por milord Keith, que yo habia conocido en Londres, escribí una carta al rey de Prusia, solicitando el honor de presentarme á él en el sitio y á la hora que Su Majestad me designase.

Dos dias despues, recibí una carta firmada por Federico, en la cual se me acusaba recepcion de la mia, y se me indicaba que el rey se hallaria á las cuatro en el jardin de Sans-Souci.

Acudí una hora antes á la cita, simplemente vestido de negro. Entré en el patio del palacio; no viendo á nadie, ni siquiera un centinela, subí una escalerilla y abrí una puerta. Me encontré en una galería de cuadros. El guarda se me acercó ofreciéndose acompañarme.

— No vengo, le dije, para admirar obras maestras de pintura, sino para hablar con el rey, que me ha escrito citándome en el jardin.

— Se halla actualmente en su pequeño concierto, donde toca la flauta : es su postre de cada dia. ¿Os señaló hora?

— A las cuatro, pero tal vez se le habrá olvidado.

— El rey no olvida nunca; será puntual y os aconsejo que le aguardeis en el jardin.

Hacia un momento que yo habia bajado, cuando le ví venir con su lector y una hermosa perra de lanas. Al verme, se acercó á mí, y quitándose su viejo sombrero y nombrándome, me preguntó con un tono espantoso qué le queria.

Sorprendido de su actitud, me quedé cortado, mirándole sin contestar.

— ¡Y bien! hablad. ¿No sois vos quien me ha escrito?

— Sí, señor, pero ahora no me acuerdo de nada. Creí que la majestad de un rey no me deslumbraria, pero no me volverá á suceder. Milord Marshal hubiera debido prevenirme.

— ¿Os conoce? Vamos paseando. ¿De qué queríais hablarme? ¿Qué os parece este jardin?

— Magnífico.

— Pero los jardines de Versalles son mucho mas hermosos.

— Lo confieso, pero es sobre todo á causa de las aguas.

— Es verdad, pero no es culpa mia; aquí no

hay agua. He gastado inútilmente mas de trecientos mil escudos para obtenerla.

— ¡Trecientos mil escudos! Si Vuestra Majestad los hubiese gastado de una sola vez, las aguas debieran estar aquí.

— ¡Ah! veo que sois arquitecto hidráulico.

¿Habia que decirle que se engañaba? Temí disgustarle y bajé la cabeza. Ni afirmaba ni negaba.

Prosiguiendo nuestro paseo, el rey me preguntó cuáles eran las fuerzas de Venecia en mar y tierra, en tiempo de guerra.

— Veinte navíos de alto borde, y numerosas galeras.

— ¿Y como tropas?

— Setenta mil hombres, todos súbditos de la república, sin tomar mas que un hombre por aldea.

— Eso no es verdad. Quereis hacerme reir contándome fábulas. Pero sin duda sois hacendista. Decidme lo que pensais del impuesto.

Era la primera conversacion que yo tenia con un rey. Reflexionando rápidamente sobre su estilo, sus salidas, sus transiciones rápidas, me creí llamado á representar una escena de comedia italiana improvisada. Dándome aires de hacendista, contesté al monarca que podria hablarle de la teoría del impuesto.

— Eso quiero yo, pues la práctica no es cuenta vuestra.

— Hay tres especies de impuestos con relacion á las consecuencias : la una es ruinosa, la otra es desgraciadamente necesaria, y la tercera es siempre excelente.

— Bueno. Adelante.

— El impuesto ruinoso, es el real; el necesario es el militar, el excelente es el popular.

Necesitaba desorientarlo, pues no habiendo recapacitado mi asunto, improvisaba mis expresiones; sin embargo, me era preciso evitar el absurdo.

— El impuesto real, añadí, es el que agota los bolsillos de los súbditos para llenar las arcas del soberano.

— ¿Y este impuesto, decís que siempre es ruinoso?

— Siempre, porque perjudica á la circulacion, alma del comercio y sostén del Estado.

— ¿Pero hallais necesario el que tiene por objeto las armas?

— Desgraciadamente necesario, pues la guerra es una desgracia.

— Es posible. ¿Y el popular?

— Es siempre excelente, pues el rey toma el dinero de los súbditos con una mano y se lo devuelve con la otra, dándole un curso de utilidad pública y fundando establecimientos necesarios, protegiendo las ciencias y las artes que contribuyen á hacer re-

fluir el numerario en el cuerpo social, en fin, el rey aumenta el bienestar general por medio de los reglamentos que le dicta su saber, para dirigir el empleo de este impuesto de la manera mas provechosa para las masas.

— Algo hay de verdad en todo eso. ¿Conoceis á Calsabigi?

— Por fuerza, pues hace siete años fundamos juntos en Paris la lotería de Génova.

— ¿Y en qué clase colocais ese impuesto? porque no me negareis que lo es.

— Lo es, en efecto, y muy importante. Es de buena clase cuando el rey aplica sus beneficios á gastos útiles.

— Pero el rey puede perder.

— Una vez sobre cincuenta.

— ¿Es el resultado de un cálculo seguro?

— Seguro, como todos los cálculos políticos.

— A menudo son erróneos.

— No lo son nunca, cuando Dios es neutral.

— ¿Qué tiene que ver Dios con eso?

— Pues el destino, ó la casualidad.

— Eso sí. Es posible que yo piense como vos sobre el cálculo moral, pero no me gusta vuestra lotería de Génova. Me parece una engañifa, y no me serviria de ella aun cuando tuviese la seguridad de no perder nunca.

— Vuestra Majestad piensa muy bien. El pueblo

ignorante no jugaria sino impulsado por una confianza engañadora.

Despues de este diálogo descosido, trató de apurarme un poco, pero no me quedé corto. Cerca de un peristilo de doble cintura, se me paró delante, me miró de arriba abajo, y despues de un instante de silencio, me dijo :

— ¿Sabeis que sois un guapo mozo?

— ¿Es posible que despues de una larga disertacion científica Vuestra Majestad pueda observar en mí la menor de las cualidades que brillan en sus granaderos?

El rey se sonrió maliciosamente, pero con gracia y bondad, y me dijo :

— Puesto que el general Keith os conoce, le hablaré de vos.

Esto dicho, se quitó el sombrero y me saludó. Yo me alejé haciéndole una profunda reverencia.

Tres ó cuatro dias despues, milord Marschal, por otro nombre general Keith, me dió la agradable noticia de que yo habia caido en gracia al rey, y me dijo que Su Majestad pensaria en utilizar de algun modo mis servicios.

Calsabigi anunció que la lotería continuaba por su cuenta, y la fortuna coronó su audacia. El primer sorteo le dejó una ganancia de unos cien mil escudos. Despues de esta afortunada extraccion, le fué fácil hallar fiadores por un millon dividido en

mil acciones, y la lotería funcionó dos ó tres años sin ningun contratiempo. Sin embargo, Calsabigi concluyó por hacer bancarrota y murió bastante pobre en Italia.

En el teatro de la Opera bailaba la célebre Denis, que yo habia conocido en Venecia, cuando ella tenia ocho años y yo unos doce. Recordándole toda una época de su vida, desperté en ella el mas vivo interés, y tuvimos íntimas relaciones amorosas hasta que me marché de Berlin. Con ella fuí á Potsdam, donde ví todo lo que merecia ser visto.

Hacia cinco ó seis semanas que yo habia tenido mi singular conversacion con el rey, cuando milord Marschal me anunció que Su Majestad me concedia un puesto de gobernador en un nuevo cuerpo de cadetes nobles que acababa de crear. El número fijo era de quince, y queria darles cinco gobernadores: cada uno habia de tener tres alumnos, con seiscientos escudos de sueldo y la mesa de los cadetes. Los deberes de los gobernadores consistian en seguir ó acompañar por todas partes á sus alumnos, hasta en la Corte vistiendo casaca galoneada. Yo habia de resolverme en seguida, porque los otros cuatro ya estaban instalados, y á Su Majestad no le gustaba esperar. Pregunté á lord Keith dónde estaba el colegio, y le prometí una respuesta para el dia siguiente.

Necesité una sangre fria impropia de mi carácter

para contener la risa al escuchar aquella extravagante proposicion. Pero mi sorpresa fué aun mayor cuando ví la habitacion destinada á los quince gentil-hombres de la rica Pomerania : tres ó cuatro grandes salas, casi sin muebles, varios cuartos blanqueados con cal, con una miserable cama muy pequeña, una mesa de pino y dos sillas de la misma madera; los cadetes, de doce á trece años, súcios, desgreñados, aprisionados en un mezquino uniforme que hacia resaltar su rústico aspecto, se confundian con los cuatro gobernadores, que yo tomé por sus criados y que me miraban con cierta bobería, no osando figurarse que yo fuese el cólega que se les destinaba.

En el momento en que iba á despedirme para *in eternum* de aquellos infelices, uno de los gobernadores se asomó á la ventana y exclamó :

— ¡Ahi viene el rey á caballo!

Me era imposible evitarlo.

Su Majestad subió con su amigo Icilius, lo examinó todo, me vió y no me dijo nada. Yo llevaba la brillante cruz de mi órden y una elegante casaca de tafetan. Tuve que morderme los lábios para no soltar la carcajada, cuando ví al gran Federico ponerse furioso al aspecto de un orinal que asomaba por debajo de la cama y ofrecia aun las señales de cierta porquería.

— ¿De quién es esa cama? gritó el monarca.

— Mia, señor, dijo un cadete temblando.

— Bueno, pero mi reconvencion no reza con vos. ¿Dónde está vuestro gobernador?

Este se presentó y Su Majestad lo puso como opa de Páscuas.

Aquella repugnante escena me bastó; me alejé la chita callando y me fuí á casa de milord Marschal, impaciente por darle las gracias.

El buen anciano se rió mucho cuando le conté detalladamente la escena que acababa de presenciar. Se encargó de presentar al rey mis excusas y mi negativa.

Resuelto á irme á Rusia, empecé á hacer mis preparativos. El baron Treidel me animó prometiendo recomendarme á su hermana la duquesa de Courlande. Escribí al señor de Bragadino pidiéndole una recomendacion para que un banquero de San Petersburgo me entregase cada mes la cantidad que me fuese necesaria para vivir cómodamente.

El baron Bodisson, veneciano, que queria vender al rey un cuadro de Andrés del Sarto, me propuso que lo acompañara á Potsdam, y me dieron ganas de presentarme otra vez al monarca, como me lo habia aconsejado lord Keith. Una vez en Postdam, fuí á ver la parada, donde Federico no faltaba casi nunca. Al verme, se me acercó y me preguntó familiarmente cuándo contaba partir para San Petersburgo.

— Dentro de cinco ó seis dias, si Vuestra Majestad me lo permite.

— Feliz viaje; pero ¿qué esperais en aquel país?

— Lo que esperaba en este; ser agradable al soberano.

— ¿Vais recomendado á la emperatriz?

— No, señor; á un banquero solamente.

— A decir verdad, eso es mucho mejor. Si volveis á pasar por aquí, hacedme el obsequio de darme noticias de aquel país. Adios.

— Adios, señor.

Tal fué la segunda conversacion que tuve con aquel gran rey, á quien no volví á ver.

Despues de haberme despedido de mis amigos, y haber recibido del baron Treidel una carta para el señor de Kaiserling, gran canciller en Mittau, con otra dentro para su hermana la duquesa de Courlande, pasé mi última noche con la tierna Denis, que me compró mi silla de posta, y partí con docientos ducados en el bolsillo. Esta cantidad me hubiera bastado para todo el viaje, si no hubiese cometido la locura de hacer una francachela en Dantzig con varios jóvenes comerciantes. Esto me impidió pasar unos cuantos dias en Kœnigsberg, donde iba recomendado al feld-mariscal de Lehwald, que estaba allí de gobernador. Solo pasé un dia para tener el honor de comer con aquel amable

anciano, que me dió una carta para su amigo el general Woïakoff, gobernador de Riga.

Considerándome bastante rico para llegar á Mittau á lo gran señor, tomé un coche de cuatro asientos y seis caballos, y á los tres dias llegué á Memel.

Un dia despues de haber salido de Memel, un hombre solo, en campo raso, vino á decirme que me encontraba en tierra de Polonia, y que habia de pagar un derecho de tránsito por los géneros que pudiese llevar.

— No soy mercader, le dije, y nada tengo que pagar.

— Estoy autorizado para registraros, y quiero usar de mi derecho.

— Estais loco, le grité.

Y dí órden al cochero de seguir andando.

Pero el hombre, que era judío, cogió á los primeros caballos de la brida. El postillon, lejos de rechazarlo á latigazos, aguardó con su flema tudesca que yo bajase. Salté furioso, y con mi baston en una mano y una pistola en la otra, puse al judío en la precision de huir, no sin que le arrimase antes cinco ó seis palos.

Dos dias despues llegué á Mittau y me hospedé en la fonda que hacia frente al palacio. Solo me quedaban tres ducados en el bolsillo.

Al dia siguiente, por la mañana, me presenté en

casa del señor de Kaiserling, quien, despues de haber leido la carta del baron de Treidal, me presentó á su esposa y me dejó con ella para ir á la corte y entregar á la duquesa la carta de su hermano.

La señora de Kaiserling me hizo servir una taza de chocolate por una jóven polonesa de deslumbradora hermosura, que permaneció delante de mí, con los ojos bajos, como queriéndome dejar en la libertad de contemplarla. Entonces se me ocurrió una idea, un capricho muy extraño; saqué con disimulo de mi bolsillo los tres ducados que me quedaban, y los puse hábilmente en la bandeja al mismo tiempo que la taza.

Volvió el canciller y me anunció que la duquesa no podia recibirme en aquel momento, pero que me invitaba á cenar y al baile que daba aquella misma noche.

Acepté la cena y rehusé el baile, so pretesto que no llevaba mas que trajes de verano y una casaca negra. Era á principios de octubre, y el frio se dejaba sentir. El canciller regresó á la corte y yo á la fonda.

Media hora despues, vino un chambelan á cumplimentarme de parte de Su Alteza, y anunciarme que el baile seria de máscaras.

— Fácilmente podeis hallar un dominó en casa de un judío. El baile habia de ser de trajes, pero la

duquesa ha hecho avisar á todos sus convidados que seria de máscaras, porque un extranjero que habia de asistir no habia recibido aun todo su equipaje.

— Siento haber motivado ese trastorno.

— No os dé pena, porque como el baile de máscaras es mas libre, gusta mas á todo el mundo.

Despues de haberme indicado la hora, se marchó.

Como la moneda prusiana, la peor de Alemania, no pasa en Rusia, se me presentó un judío á preguntarme si tenia federicos de oro, para cambiármelos por ducados sin pérdida alguna.

— No tengo mas que ducados, le dije; de modo que no puedo utilizar vuestros servicios.

— Lo sé, caballero, y los dais por poca cosa.

No comprendiendo lo que queria decir, le miré con fijeza; entonces repuso que me daria gustoso docientos ducados de cordoncillo, si yo tenia la bondad de hacérselos descontar en rublos sobre San Petersburgo. Algo sorprendido de la facilidad de aquel hombre, pero afectando reflexionar, le dije que no necesitaba, pero que, para complacerle, le tomaria ciento. Me los contó en el acto con aire de agradecimiento, y le entregué una letra contra el banquero Demetrio Papanelopulo, para el cual yo llevaba una carta. El judío se fué, y me dijo que iba á mandarme unos cuantos dominós para que

pudiese escoger uno á mi gusto. Acordándome en aquel instante de que tambien necesitaba medias de seda, le supliqué que me trajese unos pares.

El criado que me servia me dijo que el fondista le habia contado que yo tiraba el dinero por la ventana; el judío le habia referido que yo habia dado tres ducados á la criada de la señora de Kaiserling, que no habia hecho mas que servirme una taza de chocolate.

Ya estaba descubierto el enigma; y hé aquí cómo nada es fácil ni difícil en el mundo, conforme se hacen bien ó mal las cosas, ó nos es propicia ó adversa la fortuna.

Habiendo ido á la corte á la hora indicada, el señor de Kaiserling me presentó en seguida á la duquesa, y esta al duque, que era el célebre Biron ó Birlen, antiguo favorito de la emperatriz Ana Iwanowa, regente de Rusia despues de la muerte de esta soberana, y condenado luego á pasar veinte años en la Siberia.

Un cuarto de hora despues de mi llegada, empezó el baile con una polonesa. Como extranjero recomendado, la duquesa me la hizo bailar con ella.

Despues de una contradanza que bailé con la señora de Manteuffel, la mas hermosa de las cuatro damas de honor de la duquesa, Su Alteza me hizo avisar que la cena estaba servida. Le ofrecí mi brazo

y me hallé sentado al lado de ella, á una mesa de doce cubiertos, donde no habia mas hombre que yo. Pero no envidies mi suerte, lector querido; mis once compañeras eran viejas todas!

Despues de la cena, volvimos al baile, y el chambelan que me habia traido la invitacion, me dió á conocer á todo el bello sexo, pero no tuve tiempo de hacer la corte á nadie.

El dia siguiente, comí en casa del señor de Kaiserling; el otro dia en casa del duque, donde no hallé mas que hombres.

El duque quiso hacerme conducir á Riga en uno de sus coches, y me entregó una carta para el príncipe Carlos, su hijo, que se hallaba en aquel punto de guarnicion. Como recompensa de una Memoria que le habia escrito sobre explotacion de minas, que era la principal riqueza del país, me dió un billete de cuatrocientos albertsthalers, que su cajero me abonó en ducados.

Partí contento y llegué á Riga á las doce del dia. Inmediatamente envié al príncipe Carlos la carta de su padre de que yo era portador.

El príncipe me acogió con mucha distincion. Puso á mi disposicion su mesa, su sociedad, sus placeres, sus caballos, sus consejos y su bolsillo, todo con noble franqueza militar.

— No os ofrezco casa, añadió, porque no vivo muy á mis anchas, pero se encontrará habitacion.

Apenas instalado, el general vino á verme y me obligó á ir á comer con él tal como me encontraba. En la mesa me encontré con un antiguo conocido y paisano, el célebre bailarin Campioni, hombre de talento y de mucha gracia; con el baron de Santa Elena, vividor, cargado de deudas; con su mujer, bonita, pero insignificante, y con la querida del príncipe, flaca, pálida y melancólica.

El príncipe tambien estaba cargado de deudas porque era jugador desgraciado, y su querida le costaba mucho dinero y muchos berrenchines, á causa de su carácter caprichoso, descontentadizo y ágrio.

El príncipe le habia prometido casarla á los dos años, y transcurrido este tiempo, ella le negaba sus favores, por temor de añadir un hijo á los dos que de él ya tenia.

El príncipe dió una comida de aparato al general en jefe Woïakoff, para quien yo llevaba una carta del general Lehwald; á la baronesa Korff de Mittau, á la señora Ittinoff y á una hermosa jóven que iba á casarse con el baron de Budberg, que yo habia conocido en Florencia, en Turin y en Augsburgo.

Toda aquella gente me hizo pasar tres semanas muy agradables, y quedé sobre todo muy agradecido á las deferencias del general Woïakoff.

Una noche en que Campioni tallaba en casa del príncipe por cuenta de este, vino un ruso y perdió

bajo palabra veinte mil rublos. Firmó pagarés, por dicha cantidad, mas yo desconfiaba de su buena fé. Llevando una cierta parte en la banca, dije que cederia mi parte por cien rublos; el príncipe me cogió la palabra y me entregó en el acto dicha cantidad. De este modo fui el único que salió ganando, porque el ruso movió un escándalo en San Petersburgo, declarando nulos sus propios pagarés ante el tribunal de comercio, y fué causa de que se prohibiera al juego aun en las habitaciones de los oficiales superiores.

Catalina II, deseando mostrarse á los nuevos Estados de que era soberana, á pesar de haber puesto en el trono de Polonia una sombra de rey en la persona de Estanislao Poniatowski, su antiguo favorito, pasó por Riga, y allí fué donde ví por primera vez á aquella gran princesa. Presencié la afabilidad y graciosa dulzura con que recibió los homenajes de la nobleza livoniense, y los besos en la boca que prodigó á todas las nobles señoritas que se acercaron á ella para besarle la mano. Iba rodeada de los Orloff y de algunos otros señores que se habian encontrado al frente de la conspiracion. Para obsequiar á sus fieles servidores, la emperatriz les dijo sonriéndose que queria tallarles una banca de faraon de diez mil rublos.

Al momento mesa y barajas estuvieron preparadas, y se colocaron pilas de oro en círculo. Ella

cogió la baraja, fingió barajar é hizo cortar á uno cualquiera. Tuvo el placer de verse desbancar á la primera talla, y esto tenia que suceder, porque á menos de ser tontos, los puntos habian de saber la carta que seguia.

El dia siguiente, la soberana partió para Mittau, donde la recibieron con arcos de triunfo.

Dos dias despues, la consternacion fué grande, pues llegó la noticia de que una revolucion estaba á punto de estallar en San Petersburgo. Habian querido sacar por medio de la fuerza, de la ciudadela donde estaba preso, al infeliz Iwan Iwanowitz, que habia sido proclamado emperador en la cuna, y que Isabel Petrowna habia destronado. Dos oficiales, á quienes estaba confiada la guardia del infortunado príncipe, le mataron, al ver que no tenian fuerza bastante para impedir que les fuese arrebatado.

— El asesinato de la inocente víctima produjo tal sensacion en el público, que el prudente Panin, temiendo la efervecencia excitada por la indignacion, envió correo tras correo, suplicando á la emperatriz Catalina que volviese para dejarse ver en medio del pueblo. Esto obligó á la czarina á salir de Mittau veinticuatro horas despues de su llegada; en vez de continuar su paseo hasta Varsovia, volvióse en seguida á San Petersburgo, donde lo halló todo en el estado mas normal. La política le hizo recompensar á los asesinos del desgraciado Iwan, y

mandó cortar la cabeza al audaz que habia intentado destronarla con la esperanza de la grandeza.

Se hizo correr la voz de que Catalina estaba en connivencia con los asesinos, pero no tardó en verse claro que esta suposicion era calumniosa. La czarina era de alma fuerte, pero no pérfida ni cruel. Cuando la ví en Riga, tenia treinta y cinco años y hacia dos que reinaba. Sin ser hermosa, era agradable; alta, bien formada, afable, calmosa y tranquila.

Partí de Riga el dia 15 de diciembre, con un frio de 15 grados; pero me libré de él no saliendo de mi coche en las sesenta horas que duró mi viaje. Para esto habia pagado en Riga todos los relevos hasta San Petersburgo, y el mariscal Braun, gobernador de Livonia, me habia hecho entregar el pasaporte de las postas. En el pescante iba un criado francés, que se avino á servirme durante el viaje, sin mas salario que un puesto al lado del cochero. Cumplió su promesa; me sirvió bien, y á pesar de ir mal vestido, soportó aquel frio terrible durante dos dias y tres noches sin sentirlo al parecer.

De Koporie á San Petersburgo no hay mas que una sola cama en una casita de mala muerte, que no es la posta. El país está desierto, y ni siquiera se habla el ruso. Es la Ingria, cuyo dialecto no tiene, segun creo, ninguna relacion con otra lengua. Los campesinos de aquella comarca son la-

drones de oficio, pues roban todo lo que pueden á los viajeros que pierden un instante de vista sus equipajes.

Llegué á San Petersburgo en el momento en que los primeros rayos del sol doraban el horizonte. Como nos encontrábamos en el solsticio de invierno y ví salir el sol al extremo de una inmensa planicie á las nueve y veinticuatro minutos, puedo asegurar que la noche mas larga de aquel clima es de diez y ocho horas y tres cuartos.

Fuí á vivir en una calle ancha y hermosa que llaman la Millona. Me dieron por poco precio dos buenos cuartos, absolutamente vacíos, pero en los cuales pusieron dos camas, cuatro sillas y dos mesitas. Viendo unas estufas descomunales, creí que se necesitaba una enorme cantidad de leña para calentarlas; pero me equivocaba. Solo en Rusia conocen el arte de construir estufas, como en Venecia el de construir cisternas. Es admirable la manera como se distribuye el calor. Las estufas solo se calientan una vez en veinticuatro horas, porque se cierra una válvula superior tan pronto como la leña está convertida en áscuas.

Solo en casa de los ricos se encienden dos veces, porque á los criados les está severamente prohibido cerrar la válvula, á fin de evitar casos de asfixia.

Compré algunos muebles que me eran indispen-

sables y que entonces no estaban muy en uso en Rusia.

La lengua de San Petersburgo, excepto entre el bajo pueblo, era la alemana, y entonces yo no la hablaba mejor que ahora. Me explicaba, pues, con bastante dificultad, y siempre de modo que hacia reir á los que me oian. Es la moda del pais, y confieso que me costó trabajo acostumbrarme á ella.

Aquel mismo dia habia baile de máscaras grátis, en la corte, para cinco mil personas, y el baile duraba *sesenta* horas. Mi casero me dió un billete, y como aun tenia yo el dominó de que me habia servido en Mittau, solo tuve que comprar una careta.

Me hice llevar á la corte en silla de manos y encontré un gran gentío, que bailaba en varios salones donde tocaban diferentes orquestas. Llegué á vastos ambigús llenos de comestibles y licores. Todo el que tenia apetito ó sed, comia ó bebia á su antojo. La alegría y la libertad reinaban en todas partes, y el lujo de las bujías difundia la mas viva claridad doquiera se podia penetrar. Todo aquello me pareció magnífico, digno de ser admirado. De pronto una máscara dijo á otra que estaba á mi lado: « ¡La czarina! No tardaremos en ver á Gregorio Orloff, pues tiene órden de seguirla á cierta distancia, y viste un dominó que vale lo menos cinco mil copecks, como el de Catalina. »

Seguí aquella máscara y no tardé en conven-

cerme de que era la soberana, pues veinte máscaras lo repetian á derecha é izquierda, aunque nadie aparentaba conocerla. Los que realmente no la conocian, la empujaban al cruzar por entre el gentío, y ella debia alegrarse de ver que no era conocida. La ví sentarse varias veces al lado de personas que hablaban ruso y que quizá se ocupaban de ella. Ví siempre á cierta distancia la máscara á quien habian llamado Orloff y que no la perdia un momento de vista. A pesar de su disfraz, todo el mundo la conocia, á causa de su elevada estatura y su manera de llevar la cabeza hácia delante.

Habiendo entrado en un salon donde se bailaba perfectamente la contradanza francesa, me llamó la atencion la voz de una mascarita que, rodeada de otras máscaras, hablaba parisiense en falsete, al estilo del baile de la Opera. Tuve la paciencia de seguirla durante una hora, esperando que se quitase un momento la careta. Así lo hizo, por fin, y júzguese cuál seria mi sorpresa al encontrarme en frente la Baret, aquella linda tendera de medias de seda de la esquina de la calle de Saint-Honoré. A su aspecto, dispertó mi amor; me acerco y le digo en falsete que soy su amigo del hotel d'Elbeuf!

Quedó cortada. Entonces le dije al oido : Gilbert Baret, rue des Prouvaires, y otras cosas que solo ella y un amante feliz podian saber.

Viendo que conozco su vida íntima, deja á todo

el mundo, se coge de mi brazo para pasearse y me suplica que le diga quien soy.

— Soy vuestro amante, á quien hicísteis feliz en otra época; pero antes de que os diga mas, decidme con quién estais aquí y cómo es que habeis venido.

— Pero os suplico que no digais á nadie lo que sabeis de mí. Me fuí de París con el señor de Anglada, consejero del parlamento de Ruan. Despues de haber vivido feliz algun tiempo con él, lo dejé para seguir á un empresario de ópera cómica que me trajo aquí bajo el nombre de Anglada, como actriz. Ahora me sostiene el conde Rzewuski, embajador de Polonia. Ahora que lo sabeis todo decidme quién sois.

Seguro de poseerla de nuevo, levantéme la careta. Ebria de placer me apretó las manos y me dijo :

— Mi ángel bueno os ha traido aquí.

— ¿Y eso?

— Como Rzewuski está obligado á volverse á Polonia, solo podré confiarme á vos para poderme ir de Rusia, donde me aburro, obligada como estoy á desempeñar un oficio para el cual no nací; pues no sé cantar ni representar comedias.

Me dió su direccion y nos separamos.

Despues de haber pasado media hora arrimado á un ambigú, donde comí manjares bastante buenos y bebí vinos de Francia, dí otra vuelta por entre el gentío y me fuí á la cama al amanecer.

Despues de haber dormido bien, abrí los ojos; pero no viendo luz, me volví del otro lado y volví á dormirme. Habiéndome dispertado por segunda vez, y viendo un poco de claridad al través de mis dobles ventanas, me levanté y mandé buscar un peluquero, diciendo al criado que se diese prisa, porque yo queria ir á misa el primer domingo de mi permanencia en San Petersburgo.

— Pero, señorito, el primer domingo era ayer; hoy es lunes.

— ¡Cómo! ¿lunes?

— Sí, señor.

Habia dormido veinte y siete horas.

Es el único dia que puedo contar como realmente perdido en mi vida, y no lo lloro como el emperador romano; pero no es este el único punto de diferencia que existe entre Tito y Casanova.

Me fuí á ver á Demetrio Papanelópulo, comerciante griego, en casa de quien yo tenia abierto un crédito de cien rublos mensuales. Me recibió perfectamente, suplicándome que fuese á comer con él todos los dias: me pagó el mes vencido, me dijo que habia aceptado mi letra de Mittau, y me encontró un criado del que respondió, y un coche por diez y ocho rublos al mes, lo que equivale á un poco mas de seis ducados. Baratura que hoy ya no existe.

Al dia siguiente llevé una carta de recomendacion

al señor Pietro Iwanowitch Melissino, quien me acogió con suma atencion, me presentó á su señora, y me invitó una vez para siempre á cenar en su casa. Vivian á la francesa; se jugaba y cenaba con franqueza. Allí conocí á su hermano mayor, procurador del sínodo, y casado con una princesa Dolgorouk. Llevaba la banca de faraon el baron Lefort, hijo del célebre almirante Pedro Le Grand. Yo jugué, la primera noche, y gané unos cuantos rublos.

Intimé bastante con el baron Lefort. Hablando un dia del juego, elogié la noble indiferencia con que cierto príncipe habia perdido contra él mil rublos. El baron se echó á reir y me dijo que el gran jugador cuyo desinterés yo admiraba, jugaba á crédito y no pagaba.

— ¿Y el honor?

— Los rusos tienen su honor á parte, y aquí nadie se deshonra no pagando las deudas de juego. Por lo demás, en toda Rusia se juega con mayor escándalo que en los mas sospechosos garitos de los demás países. Conozco muchos jóvenes de la primera nobleza que se envanecen de saber trampear. Un tal Matuschkin acaba de obtener el permiso de viajar tres años por el extranjero; dice públicamente que va á ejercer su habilidad en hacer trampas en el juego. Y volverá á Rusia cargado de los despojos de sus víctimas.

Papanelópulo me hizo conocer al ministro Alsu-

wieff, hombre de talento y único literato que conocí en Rusia. El me presentó á su colega Teploff, secretario de gabinete, que habia estrangulado á Pedro III.

La bailarina Mécour, á quien yo habia entregado una carta de Santina, me presentó á su amante, el tercer secretario de gabinete, Ghelaghin, que habia pasado veinte años en la Siberia.

Cada dia extendia el círculo de mis relaciones, tanto en la esfera aristocrática como en la de todos los que se relacionaban con el teatro. En casa del *castrato* Luini conocí á su colega Millico, y en casa de este á Nerischkin, esposo de la célebre María Paulowna. En la mesa de este último conocí á Platon, hoy arzobispo de Novgorod y entonces predicador de la emperatriz. Este fraile astuto hablaba el griego, el latin y el francés; además era gracioso y guapo; condiciones todas para hacer fortuna en un país donde la nobleza no ha querido nunca rebajarse al extremo de aspirar á las dignidades eclesiásticas.

Llevando una carta para la princesa Doschkoff, se la llevé á tres leguas de San Petersburgo, á una casa de campo donde vivia desterrada, porque despues de haber ayudado á la emperatriz á subir al trono, habia aspirado á compartirlo con ella. La encontré de luto á causa de la muerte de su marido. Me acogió con mucha bondad y prometió hablar por

mí al señor Panino. Tres dias despues me escribió diciéndome que podia presentarme á este señor cuando quisiese. Esto me hizo ver á la emperatriz bajo la figura de un gran hombre : ella habia destituido á la princesa, pero no impedia á un ministro favorito que fuese á verla todas las noches. Oí decir á personas dignas de crédito que el conde Panino no era el amante, sino el padre de la princesa Daschkoff, que es actualmente presidenta de la academia de ciencias, y sin duda los sabios han debido considerarla como una nueva Minerva, porque, de lo contrario, se avergonzarian de tener una mujer al frente.

Asistí con Melissino á una funcion muy extraordinaria, el dia de la Epifanía: era la bendicion de las aguas sobre el Neva, cubierta entonces de cinco piés de hielo.

Despues de haber bendecido las aguas, se bautiza á los niños por inmersion, metiéndolos en un gran agujero hecho en el hielo. Sucedió aquel mismo dia que al pope se le escapó un niño en el momento de la inmersion.

— *¡Drugoi!* exclamó.

Es decir; Venga otro. Pero calcúlese cuál seria mi sorpresa cuando ví al padre y á la madre ébrios de alegría. Estaban seguros de que su hijo habia volado al cielo. ¡Dichosa ignorancia!

El embajador de Polonia se marchó á su país, y

tuve que interrumpir mis amores con la bella Anglada, la cual aceptó una proposicion ventajosa del conde Braun. Esta linda francesa murió de las viruelas algunos meses despues.

Hallándome en una partida de campo con el oficial de guardias Zinowieff, el mismo que estuvo veinte años en Madrid en calidad de ministro de la emperatriz, echamos á correr detrás de una linda campesina que se refugió en su casa. Entramos detrás de ella y vimos á su padre y á su madre rodeados de niños, y á la muchacha acurrucada en un rincon.

Zinowieff habló largo rato con el padre en ruso, que yo no entendia. La muchacha se adelantó sumisa á la órden de su padre, y permaneció delante de nosotros con los ojos hácia el suelo.

Despues de haber salido, el oficial me dió cuenta de todo, diciendo que habia pedido la muchacha para criada, y que el padre habia contestado que no deseaba otra cosa, pero que queria cien rublos, porque la muchacha era vírgen,

— ¿Y si yo estuviese dispuesto á darlos? le dije.

— Seria vuestra criada, y podríais hacer de ella lo que os diese la gana, excepto matarla.

— ¿Y si ella no quisiese?

— Eso no sucede nunca; pero en tal caso podríais molerla á palos.

— Supongamos que esté contenta; y si despues de haberla gozado, la encuentro á mi gusto ¿puedo guardarla?

— Sois dueño absoluto de ella; y podeis hacerla prender si se escapa, á menos que os devuelva los cien rublos.

— ¿Cuánto tendria que darle cada mes?

— Nada; mantenerla y dejarla ir al baño al sábado, para que pueda ir á la iglesia el domingo.

— ¿Y cuando me vaya de San Petersburgo, podré obligarla á que me siga?

— No, sino mediante permiso y fianza, porque ante todo es esclava de la emperatriz.

— Bien; ¿quereis encargaros de este asunto? Daré los cien rublos y me la llevaré.

— De todo me encargo.

Volvimos á la casita de campo, donde encontramos al padre, á la madre y á la hija. Zinowieff les explicó crudamente la cosa, al estilo del país; el padre dió las gracias á San Nicolás por tan buena fortuna, dirigió la palabra á su hija, esta me miró y pronunció suavemente el *si* que yo entendia.

Zinowieff me dijo entonces que yo habia de cerciorarme de que el capullo estaba intacto. Temiendo ofenderla, me negué á toda perquisicion.

— La muchacha se ofenderá, por el contrario, de que no la registreis. Debeis convencer á sus padres de que hasta aquí ha sido juiciosa.

Me sometí entonces á la prueba del modo mas modesto y la encontré intacta.

Zinowieff entregó luego los cien rublos al padre, quien los dió á la hija; esta no los tomó sino para darlos á su madre. Mi criado y mi cochero entraron para firmar el contrato, como testigos de un convenio cuya sustancia ignoraban completamente.

Esta muchacha, á quien dí el nombre de Zaira subió en el coche y fué con nosotros á San Petersburgo, vestida de paño burdo y sin camisa.

Me encerré con ella y no salí de mi casa en cuatro dias, hasta verla vestida á la francesa, sin lujo, pero con esmero. Sentia mucho no saber el ruso, pero en menos de tres meses Zaira subo lo bastante el italiano para decirme cuanto queria y para comprenderme. No tardó en amarme, y se volvió celosa.

CAPÍTULO VII

Viaje á Moscou. — Vuelta á San Petersburgo. — Mis entrevistas con la czarina. — La Valville. — Dejo á Zaira. — Parto de San Petersburgo. — Llego á Varsovia. — El rey de Polonia.

En el mes de mayo, Zaira habia embellecido tanto, que teniendo yo ganas de ir á Moscou, no tuve valor para dejarla en San Petersburgo.

Cada sábado iba yo á los baños rusos con ella.

Treinta ó cuarenta hombres y mujeres, todos desnudos, se bañaban juntos. Como nadie mira á los demás, cada cual cree que los otros no le miran á él. Me sorprendia que nadie mirase á Zaira, que me parecia el original de la estatua de Psyché que yo habia visto en la *villa* Borghese en Roma.

Tres cosas habian contribuido poderosamente á que la muchacha se enamorase locamente de mí: en primer lugar, yo la acompañaba á menudo á ver á su familia, á la cual dejaba siempre un rublo como regalo; en segundo lugar, la hacia comer conmigo; y por último, le habia dado tres ó cuatro palizas, á causa de sus exagerados celos que le hacian cometer impertinencias y hasta la exaltaron á veces al extremo de quererme matar.

Por aquel tiempo, la emperatriz hizo construir un anfiteatro de madera tan grande como lo permitió la plaza que se halla delante su palacio. Habia de contener cien mil personas, y en su circo, Catalina queria dar un magnífico torneo á todos los nobles de su imperio. Habia de haber cuatro cuadrillas formadas de cien caballeros cada una, ricamente vestidos con el traje de la nacion que representasen. Estas cuadrillas habian de batirse corriendo justas á caballo, unas contra otras, habiendo premios de mucho valor. Toda Rusia estaba enterada de aquella solemnidad suntuosa que habia de celebrarse á expensas de la soberana. Príncipes,

condes y barones llegaban ya con sus mejores caballos de los mas lejanos confines del imperio. El príncipe Cárlos de Courlande me habia escrito que iba á venir.

Se habia resuelto que la fiesta se celebraria el primer dia de buen tiempo; en San Petersburgo, un dia entero sin nieve, sin lluvia ó sin viento, á no ser cuando reinan los grandes frios, es un fenómeno bastante raro.

En todo el año de 1765, no hubo en Rusia un solo dia de buen tiempo; y la prueba incontestable está en que el famoso torneo no pudo verificarse. Tuvo que cubrirse el anfiteatro, y la fiesta se celebró el año siguiente.

Hechos los preparativos para mi viaje á Moscou, me metí en mi coche con Zaira, llevando en la trasera un criado que hablaba ruso y aleman. Por ochenta rublos, un *chevochic* ruso (alquilador de caballos) se comprometió á transportarme á Moscou en seis dias y siete noches, con seis caballos. Era barato. La distancia era de quinientas millas de Italia, ó sean unas ciento sesenta lenguas.

Era á últimos de mayo, época en que apenas hace noche en San Petersburgo. Sin el cañonazo que anuncia que el sol se pone, nadie lo notaria. Se puede leer una carta á media noche. Aquel dia continuo dura ocho semanas. Durante aquel tiempo, nadie enciende luces. No sucede lo mismo en Moscou.

Llegamos á Novgorod en cuarenta y ocho horas, donde descansamos cinco.

Llegamos á Moscou como nos lo habia prometido nuestro chevochic. Viajando con los mismos caballos, no era posible andar mas á prisa.

Me hospedé en una buena fonda, donde me dieron dos cuartos, y una cochería para mi carruaje. Despues de comer, alquilé un coche de dos asientos y tomé un criado que hablaba francés. Mi coche era de cuatro caballos, porque Moscou es una vasta ciudad compuesta de cuatro poblaciones, y hay que correr mucho por calles mal empedradas, cuando se tienen muchas visitas que hacer. Yo llevaba cinco á seis cartas y quise presentarlas todas. Seguro de no bajar del coche, llevaba á Zaira conmigo, pues deseaba verlo todo.

No recuerdo qué fiesta celebraba la Iglesia griega aquel dia, pero siempre me acordaré del terrible repiqueteo de campanas que oí en todas las calles, porque en todas hay iglesias.

Presenté mis cartas de recomendacion, y recibí numerosas invitaciones. Zaira me acompañaba á todas partes y desempeñó admirablemente su papel; nadie se atrevia á preguntar si era mi hija, mi querida ó mi criada.

Los que no han visto Moscou no puden decir que han visto Rusia, porque los rusos de San Petersburgo no son verdaderos rusos. Los de Moscou com-

padecen á todos los que se expatrian por ambicion, por estado ó por interés; y para ellos, expatriarse es vivir fuera de Moscou.

En ocho dias lo ví todo : fábricas, iglesias, antiguos monumentos, gabinetes, bibliotecas, la famosa campana.

Las mujeres me parecieron mas hermosas que en San Petersburgo, y sobre todo mas propensas á prodigar sus favores.

Su comida es abundante, pero poco delicada. Su mesa está siempre abierta á los amigos y conocidos; un amigo lleva á comer cinco ó seis personas, sin cumplidos, y á veces al fin de la comida.

No dan agua á los criados, que son, sin embargo, muy numerosos, sino una bebida ligera, agradable y nutritiva. Todos son muy devotos de San Nicolás. Solo ruegan á Dios poniendo por intercesor á este santo, cuya imágen se halla siempre en algun rincon de las habitaciones. El que entra, hace su primera reverencia á la imágen, la segunda al señor de la casa.

En general, los moscovitas son los cristianos mas supersticiosos del globo. Su liturgia es griega; el pueblo no la entiende, y el clero, muy ignorante, se guarda bien de sacarlo de su ignorancia y oscurantismo.

Volvimos á San Petersburgo como habíamos venido.

La primera novedad que encontré á mi regreso, fué un úkase (decreto) que ordenaba la ereccion de un gran templo en la Moscova; frente á la habitacion que yo ocupaba. Este templo habia de ser consagrado á Dios.

Todo el mundo me creia feliz y no lo era. Desde mis reclusion en las Plomos, me habia vuelto propenso á afecciones hemorroidales internas que me molestaban tres ó cuatro veces al año. En San Petersburgo, aquellas afecciones se agravaron, y fuí atormentado por ellas de tal modo, que perdí el buen humor y me consideré desdichado. Un médico octogenario me dió la triste noticia de que yo tenia una fístula incompleta en el recto. Sufrí mucho, no tanto por la enfermedad como por el régimen á que tuve que someterme.

El ingenio de los rusos es enérgico; no atienden á la gracia ni á la destreza; buscan la precision y la fuerza.

Voltaire acababa de enviar á la emperatriz su *Filosofía de la Historia*, que habia escrito para ella y que le habia dedicado en seis líneas. Un mes despues, se agotó en ocho dias una edicion de tres mil ejemplares.

Entonces los literatos rusos y los aficionados militares no conocian, no leian y no celebraban mas que al filósofo de Ferney.

Visité sucesivamente Czarskoe-Zelo, Peterhoff y

Cronstadt. Escribí sobre varias materias con el objeto de ver si podria entrar al servicio civil. Presenté mis escritos, que pasaron por los ojos de la emperatriz, pero sin resultado.

En Rusia solo se hace caso de los llamados ; los que se presentan por sí mismos, raramente hacen fortuna en aquel país.

De acuerdo con Panino, fuíme á pasear un dia por el jardin de verano, con el objeto de que la emperatriz me encontrara y yo pudiese irme de San Petersburgo con el honor de haber hablado con ella.

Iba mirando las estatuas, de mala piedra y peor gusto, que adornan la alameda. Lo mas chocante eran los nombres que habian grabado al pié. Una especie de dolorosa figuraba representar á Demócrito ; otra que parecia desvencijarse las mandíbulas, llevaba el nombre de Heráclito ; un anciano de larga barba se llamaba Safo, y una vieja de ruinosos pechos llevaba el nombre de Aviceno.

Me sonreia de ver la aberracion que habia inspirado aquel contrasentido, cuando ví á la czarina que avanzaba hácia mí, precedida del conde Gregorio Orloff y seguida de dos damas. El conde Panino iba á su izquierda. Me aparté para dejarlos pasar ; pero cuando estuvo delante, me preguntó sonriéndose si la belleza de aquellas estatuas me habia interesado mucho. Le contesté, siguiendo sus pa-

sos, que se me figuraba que las habian puesto allí para engañar á los nécios ó para hacer reir á los que conocian un poco la historia.

— Todo lo que yo sé me dijo la emperatriz, es que engañaron á mi pobre tia, que no se cuidaba de profundizar esos pequeños engaños. Supongo que no todo lo que habreis visto aquí os habrá parecido tan ridículo como esas estatuas.

Hubiera faltado á la verdad y á la buena crianza, si no hubiese demostrado que en Rusia, lo que hacia reir no era mas que la sombra del gran cuadro que habia que admirar. Estuve hablando á la gran soberana durante mas de un cuarto de hora sobre las cosas mas notables que yo habia encontrado en San Petersburgo.

Habiendo citado al rey de Prusia, no sé á propósito de qué, elogié al gran monarca, pero censuré la insoportable costumbre que tenia de no dejar nunca á la persona á quien interrogaba, el tiempo de concluir su respuesta.

Sonriéndose entonces con suma gracia, la emperatriz me preguntó de qué habia hablado con aquel rey, y yo se lo referí todo de la manera mas halagüeña para él.

Catalina tuvo luego la bondad de decirme que nunca me habia visto en el *Courtag*. Este era un concierto instrumental y vocal que ella daba en su palacio todos los domingos despues de la comida,

y al cual todo el mundo podia asistir. Ella se paseaba por allí, y dirigia la palabra á los que queria honrar de este modo.

Le dije que solo habia ido una vez, porque tenia la desgracia de que no me gustase la música. Volviéndose entonces hácia su amado Panino, dijo sonriendo que conocia una persona que tenia la misma desgracia. Lo de que no me gustaba la música, era simplemente una mentira de cortesano; yo sabia que á Catalina le gustaba poco. ¿Y qué cortesano no miente con el soberano, máxime cuando éste lleva faldas?

La czarina cesó de escucharme para hablar al señor de Bezkoi, que acababa de acercarse, y como el señor Panino se separó de ella, salí del jardin, muy satisfecho del honor que me habia cabido.

Algunos dias despues, el conde Panino me dijo que la emperatriz le habia preguntado dos veces por mí.

Sabiendo que le habia caido en gracia, menudeé mis paseos por el jardin de verano, y hé aquí la segunda entrevista que tuve con ella.

Habiéndome visto de lejos, me envió un oficial para que yo me acercase, y como hablaba del torneo que el mal tiempo habia impedido, me preguntó si en Venccia se podria dar un espectáculo por el estilo.

A propósito de esto, le dije muchas cosas sobre

los espectáculos que no podian celebrarse sino allí, y que la devertirian. Añadí que el clima de mi patria era mas feliz que el de Rusia, pues los dias ordinarios son los de sol, mientras que en San Petersburgo los de buen tiempo son la rara excepcion, á pesar del año, que los extranjeros encuenran mas jóven que en los demás países.

— Es verdad, dijo ella; el vuestro tiene once dias mas.

— ¿No seria una operacion digna de Vuestra Majestad, dar al año ruso la misma edad del nuestro, adoptando el calendario gregoriano? Todos los protestantes lo han hecho con ventaja, y la Inglaterra, adoptándolo hace catorce años, ha ganado ya varios millones. La Europa extraña, señora, que el viejo estilo subsista en un Estado donde el soberano es el jefe visible de la Iglesia, y cuando la capital posee una academia de ciencias. Se cree que Pedro el Grande, que quiso que se empezase el año el dia primero de enero, hubiera operado tambien la abolicion del viejo sistema, si no hubiese creido que su interés estaba en conformarse con Inglaterra, que animaba entonces el comercio de vuestro imperio.

— Sabeis, dijo ella con afable sonrisa, que Pedro el Grande no era ningun sabio.

— Era mas que sabio, señora; el inmortal Pedro era un genio de primer órden.

Y le hice el retrato moral del gran emperador, interpretando sus designios.

Su Majestad, que me habia escuchado con atencion, iba á contestarme, cuando reparó en dos damas á quienes hizo llamar. Entonces me dijo :

— Os contestaré gustosa otra vez.

Esta otra vez llegó ocho ó diez dias despues, cuando yo creia que habia olvidado nuestra conversacion.

Empezó por decirme que lo que yo deseaba que ella hiciese para mayor gloria de la Rusia, estaba hecho.

— Todas las cartas que escribimos al extranjero, todos los actos públicos que pueden interesar á la historia, van de hoy en adelante marcados con las dos fechas, y todo el mundo sabe que la que excede de once dias es la moderna.

— Me atreveré á hacer observar á Vuestra Majestad, que al final de este siglo los dias excedentes serán doce.

— De ningun modo, porque tambien esto se ha tenido en cuenta. El último año de este siglo, que no es bisiesto entre vosotros, tampoco lo será aquí. De modo que entre unos y otros no existirá ninguna diferencia real.

Catalina prolongó se discurso, explicando detalladamente una porcion de puntos científicos relacionados con la materia en cuestion.

— Lo que Vuestra Majestad acaba de decirme, es muy prudente y muy sabio. Me habeis colmado de admiracion, señora.

No me cupo la menor duda que la emperatriz habia estudiado expresamente la materia con el objeto de asombrarme.

El exterior y la palabra de Catalina, enteramente opuestos á los del rey de Prusia, indicaban un genio mas vasto que el de este monarca.

Cuando se examina la vida de Federico, se admira su valor, pero al mismo tiempo se vé que sin la fortuna, hubiera sucumbido. Cuando, por el contrario, se examina la de Catalina, se ve que debió contar muy poco con el auxilio de la ciega deidad.

En otra entrevista, que tuve con la czarina, amplió sus consideraciones acerca de los dos calendarios y del trastorno que causaría en el culto ruso la adopcion del gregoriano. Luego criticó todo lo que la rutina mantenia en Venecia á despecho del progreso.

Fué la última entrevista que tuve con aquella célebre mujer que supo reinar treinta y cinco años sin cometer nunca una falta esencial. El historiador le concederá siempre uno de los mejores puestos en la historia de los grandes soberanos, á pesar de los moralistas rígidos que, con razon, la colccarán en la clase de las mujeres sensuales.

Pocos dias antes de mi partida, obsequié á todos

mis amigos con una fiesta. Mi cena de treinta cubiertos fué exquisita y mi baile brillante. A pesar de mi escasez de dinero, me creí obligado á dar á mis amigos aquella prueba de mi gratitud por todas las atenciones que me habian prodigado.

Túvome muy preocupado mi separacion de Zaira. Ella comprendió al fin la necesidad de separarnos, y endulzó algo su pena la feliz circunstancia de que pude darle por sucesor al arquitecto Rinaldi, viejo de setenta años, pero muy sensual, que estaba enamorado de ella y la compró á sus padres tan pronto como yo hube renunciado á mis derechos. El buen Rinaldi la guardó hasta el dia de su muerte, haciéndola tan feliz como permitian las circunstancias.

Mientras tanto, yo habia conquistado el cuerpo si no el alma, de una jóven actriz llamada Valville. Parisiense llena de encantos, habia sido contratada para representar en la Comedia Francesa de San Petersburgo los papeles de dama jóven cómica; mas como salia á las tablas por primera vez, no satisfizo á la czarina y fué reemplazada por otra actriz. Pero no solamente siguió cobrando su sueldo durante dos meses sino que la soberana le pagó el viaje hasta París y le regaló el sueldo de un año.

Esto último lo obtuvo gracias á una peticion que le aconsejé que presentara y que le dicté yo mismo. Parte por agradecimiento y parte por amor, se prestó á mis deseos, y la hice mi compañera de viaje.

Yo habia anunciado mi salida de San Petersburgo quince dias antes, como es de rigor, á fin de que ningun extranjero pueda marcharse sin que todo el mundo se entere por medio de la gaceta oficial. Esta prescripcion tiene por objeto evitar abusos y estafas.

La Valville tambien habia hecho anunciar á tiempo su partida.

Tomé á mi servicio un mercader armenio que me prestó cien ducados, y que guisaba bien á la oriental. Me llevé una carta de recomendacion del residente de Polonia para el príncipe Augusto Sulkowski y otra de un ministro anglicano para el príncipe Adan Czartoryskí.

En mi coche llevábamos abundantes provisiones y excelentes vinos. Un dia despues de haber salido de San Petersburgo, nos detuvimos en Koporia para comer. Ocho dias despues llegamos á Riga, donde sentí mucho no encontrar á mi querido príncipe Cárlos. De Riga empleámos cuatro dias para ir á Kœnigsberg, donde la Valville, á quien aguardaban en Berlin, tuvo que dejarme. Se llevó al armenio.

Una vez solo, vendí mi coche y tomé un asiento en la diligencia para ir á Varsovia. Eramos cuatro, y mis tres compañeros eran polacos que no hablaban mas que su lengua y el aleman. Durante los seis dias que duró el viaje, me aburrí extraordinariamente.

En Varsovia, me hospedé en casa de Villiers,

donde encontré á mi amigo Campioni, que habia fundado una academia de baile que le daba excelente resultado. Estaba permitido el juego, y mi amigo me citó á los jugadores que tenian casa, pero me advirtió que la ciudad estaba llena de tahures, ó de ladrones, que es lo mismo en término de juego.

Al dia siguiente tomé un criado y alquilé un coche por meses, cosa indispensable en Varsovia, donde, en aquella época, era imposible ir á pié. Era á últimos de octubre de 1765.

Mi primera salida fué consagrada al príncipe Adam Czartoryski, general de Podolia. Le encontré sentado á una mesa llena de papeles y rodeado de unas cincuenta personas en una vasta biblioteca que él habia convertido en dormitorio, á pesar de estar casado con una hermosa condesa. Despues de haber leido la carta que le entregué, me acogió con suma amabilidad y me suplicó que fuese á cenar con el, *si no tenia nada mejor que hacer*.

Mi segunda visita fué para el príncipe Sulkowski, que acababa de ser nombrado embajador en la corte de Luís XV. Leyó mi carta y me dijo que tenia que hablarme extensamente, pero que teniendo que salir en aquel momento, esperaba que le haria el obsequio de ir á comer con él á las cuatro. Se lo prometí.

De allí me fuí á casa de un negociante llamado Schempinski, que habia de entregarme, por

órden de Papanelópulo cincuenta ducados al mes.

Luego fuí á un ensayo de la ópera, donde cualquiera podia entrar. Las cantantes eran bonitas y sobre ellas descollaba la Catai, célebre bailarina que bailaba muy mal.

El príncipe Salkowski me tuvo en la mesa cuatro horas largas, sondeándome sobre todas las materias, excepto sobre las que yo podia saber.

A las nueve, *no teniendo nada mejor que hacer*, frase que encontraba sin cesar en los labios de todos los grandes señores de Polonia, me fuí á casa del príncipe Adam, quien despues de haberme nombrado, me dijo el nombre de todas las personas presentes. Eran los hombres mas notables del país, y las señoras de algunos de ellos. Momentos despues, ví entrar un apuesto caballero á cuya llegada todo el mundo se levantó. El príncipe Adam me nombró, y volviéndose hácia mí, me dijo con gravedad : « El rey. »

Este modo de poner á un extranjero sin carácter oficial en relacion con un monarca, no tenia nada de imponente ; pero fué una sorpresa. Me adelanté dos pasos, y en el momento en que iba á hincar la rodilla, Su Majestad me dió á besar la mano con la mayor gracia del mundo ; y como iba á hablarme, el príncipe Adam le presentó la carta del ministro anglicano, á quien él conocia mucho. El rey se puso

á leerla, permaneciendo de pié; luego empezó á hacerme preguntas sobre la czarina, sobre los principales personajes de la corte, y al parecer le interesaron mucho los detalles que le dí.

Cuando nos avisaron para cenar, Su Majestad, sin dejar de hablarme, me llevó al comedor y me hizo sentar á su derecha. Todo el mundo comió, excepto el rey, que no tenia gana y yo que solo atendí á darle gusto con mi conversacion.

Despues de habernos separado de la mesa, el rey hizo comentarios sobre todo lo que yo habia dicho; hablaba sin afectacion, pero con suma elegancia. Al marcharse, me dijo que se alegraria de verme con frecuencia en la corte.

El rey de Polonia era de mediana estatura, pero muy bien formado. No era guapo de cara, pero en esta brillaban la gracia, el talento y la expresion. Era algo míope, y cuando no hablaba, se dibujaba cierta melancolía en sus facciones; por el contrario, cuando hablaba, se animaba y brillaba por su elocuencia. Tambien tenia el talento de chancearse ingeniosamente de todo lo que se prestaba á la broma.

Al dia siguiente, el príncipe Adam me presentó á su padre, el hombre raro, el magnífico palatino de Rusia. Lo encontramos rodeado de gentilhombres, á quienes dirigia sucesivamente la palabra con afable seriedad. Cuando supo que en Rusia yo

no habia hecho mas que divertirme y frecuentar la corte, calculó que yo no llevaba otro objeto en Polonia, y me dijo que me facilitaria agradables relaciones. Añadió que, como vivia solo, le complaceria yendo á comer con él siempre que me fuese posible.

Se despidió de todo el mundo con una reverencia circular, y se retiró al interior de sus habitaciones, donde vivia su esposa, convaleciente de una enfermedad, de la cual la habia salvado Reimann, discípulo del gran Boerhaave.

Este príncipe palatino de Rusia y su hermano, gran canciller de Lituania, fueron los que determinaron los primeros trastornos de la Polonia. Descontentos del poco caso que hacian de ellos en la corte, donde el rey no tenia mas voluntad que la de su favorito el conde de Brühl, estos dos hermanos se pusieron al frente del complot que tendia nada menos que á destronar al rey para colocar á un sobrino de ellos en el trono, bajo la proteccion de la Rusia.

Este sobrino, que habia ido á San Petersburgo como gentilhombre de embajada, habia sabido captarse el aprecio de la gran duquesa, mas tarde emperatriz. Era Estanislao Poniatowski, hijo de Constanza Czartoryski y del célebre Poniatowski, amigo de Cárlos XII. Quiso la suerte que no necesitase conjuracion alguna para subir al trono : el

rey Federico Augusto II, hijo de Augusto el Fuerte, elector de Sajonia y rey de Polonia, murió el dia 5 de octubre de 1763, y dejó el puesto libre al conde Poniatowski, que fué elegido rey el dia 6 de setiembre de 1764, bajo el nombre de Estanislao Augusto I. Hacia dos años que reinaba cuando yo llegué á Varsovia, capital que encontré brillante, pues la dieta iba á reunirse, y cada cual estaba impaciente por ver cuáles serian las pretensiones de Catalina.

A la hora de comer, encontré en casa del palatino de Rusia tres mesas de treinta cubiertos cada una, y me dijeron que era el cubierto de cada dia. El lujo de la corte quedaba eclipsado por el de la casa del palatino. El príncipe Adam me dijo :

— Caballero de Seingalt, vuestro cubierto estará siempre puesto en la mesa de mi padre.

Me halagó la deferencia. El príncipe me presentó aquel dia á su hermana y á varios palatinos y starosts; y como visité luego á todos aquellos personajes, en menos de quince dias fuí conocido en las principales casas y perfectamente acogido en todas partes.

Hallándome escaso de dineros, ni pude jugar ni hacer el amor á las mujeres de teatro. Para ocuparme en algo, fuí con frecuencia á la biblioteca de Monseñor Zaluski, obispo de Kiowia, que me era muy simpático. Pasaba con él casi todas las

mañanas, y de él recibí los documentos auténticos sobre todas las intrigas, sobre todos los manejos que tendian á trastornar el antiguo sistema de la Polonia, de que era Zaluski uno de los mas firmes sóstenes. Por desgracia, su constancia fué inútil. Pocos meses despues de mi salida de Varsovia, el buen prelado fué desterrado á la Siberia, por instigaciones de la czarina.

La vida que yo llevaba era, pues, muy uniforme; verdadera vida de hombre honrado, que recuerdo con placer. Pasaba las tardes en casa del palatino de Rusia, donde jugaba á la malilla.

A pesar de mi buena conducta y de mi economía, tres meses despues de mi llegada, me encontré con deudas y sin recursos. Los cincuenta ducados mensuales que recibia de Venecia no me bastaban para vivir con la decencia y el decoro que las circunstancias exigian.

Un noche, estando con el rey y con su *íntima* amiga la señora Schmith, la conversacion versó sobre autores latinos é italianos, y, á propósito de sátira, cité á Horacio que dice :

« En presencia del rey, los que no hablen de sus necesidades obtendrán mas que los que hablan de ellas. »

La dama dijo que el pasaje no le parecia satírico.

Despues de lo dicho, debia callarme ; pero el rey hizo caer la conversacion sobre Ariosto, diciéndome

que deseaba que lo leyésemos juntos. Inclinando la cabeza, contesté con Horacio : « *Tempora quæram.* »

El dia siguiente, al salir de misa, el generoso é infortunado Estanislao Augusto, dándome á besar la mano, me entregó un cartucho, diciéndome : « Dad las gracias á Horacio solamente, y no lo digais á nadie. »

El cartucho contenia docientos ducados de Holanda, y me apresuré á pagar mis deudas. Desde aquel dia, iba casi todas las mañanas al tocador del rey, donde recibia á los que iban para distraerlo ; pero nunca se trató de leer el Ariosto.

Cuando recuerdo las excelentes cualidades de aquel príncipe, me parece imposible que cometiese tantas faltas como rey. La de haber sobrevivido á su patria es quizá la menor. No encontrando un amigo que quisiese matarlo, me parece que debiera haberse dado él mismo la muerte.

El dia 4 de marzo, víspera de San Casimiro, nombre del príncipe gran chambelan y hermano mayor del rey, hubo gran comida en la corte, y tuve el honor de ser de los convidados. Despues de comer, el rey me invitó á que fuese al teatro.

— Venid á mi palco, me dijo el monarca.

La invitacion era demasiado halagüeña para ser rehusada. Obedecí y permanecí de pié detrás del sillon real. Despues del segundo acto, vino el baile,

y la piamontesa Casacci bailó tan á gusto del rey, que Su Majestad aplaudió; favor extraordinario.

Se me ocurrió ir á felicitarla en el entreacto, y me reconvino por no haberla visitado antes. Le dí un beso prometiéndole irla á ver.

En el instante en que la besaba, entró el coronel Branicki; me levanté para marcharme, y me detuvo diciendo:

— Por lo visto, entré en un momento poco oportuno para vos, caballero. Me parece que amais á esa señora.

— Efectivamente, monseñor; ¿no le gusta á Vuestra Excelencia?

— Muchísimo; y lo que es mas, yo la amo tambien y no me gustan los rivales.

— Ahora que lo sé, señor conde, no la amaré ya.

— ¿Me cedeis, pues?

— Con mucho gusto, porque todo el mundo debe ceder á un señor como vos.

— Muy bien, pero un hombre que cede me parece un cobarde.

— ¡La expresion es demasiado dura!

Esto diciendo, me le miré con altivez enseñándole el puño de mi espada. Tres ó cuatro oficiales que allí se encontraban, fueron testigos del lance.

Aun no habia andado cuatro pasos fuera del cuarto de la bailarina, cuando me oí ultrajar con el

insulto de : *cobarde veneciano*. Moderándome, á pesar de la sangre que me subia á la cabeza, me volví diciéndole con entereza que, fuera del teatro, un cobarde veneciano podia matar á un valiente polaco ; y sin aguardar respuesta, bajé la gran escalera que conducia fuera del teatro.

En vano aguardé un cuarto de hora, esperando verle salir para obligarle á desenvainar la espada. Muerto de frio, hice acercar mi coche que me llevó á casa del palatino de Rusia, donde el rey me habia dicho que iria á cenar.

CAPÍTULO VIII

Mi duelo con Branicki. — Viaje por la Polonia. — Salgo de Varsovia por órden del rey. — Mi partida.

Los polacos, aunque en general son hoy muy corteses, conservan mucho de su antigua naturaleza. Aun son Sármatas ó Dacios en la mesa, en la guerra y en el furor de lo que llaman la amistad, cuando con frecuencia no es mas que una horrible tiranía.

Yo necesitaba una satisfaccion completa, y pensaba en el modo de obtenerla ; pero queria salvar mi honor sin sacrificar mis intereses.

El rey no pudo ir á cenar aquella noche á casa del palatino, y lo sentí porque estaba dispuesto á referirle el lance, para que obligase á su favorito á darme una satisfaccion.

Estábamos en la mesa, cuando el príncipe Gaspar Lubomirski, teniente general al servicio de la Rusia, vino á colocarse en frente de mí. Al verme, me dijo en alta voz que sentia lo que acababa de ocurrir.

— Os compadezco, me dijo, pero Branicki estaba borracho, y ningun hombre de honor se siente ofendido por lo que le diga un borracho.

— ¿Qué ha ocurrido? ¿qué ha ocurrido?

Esta pregunta dió la vuelta á la mesa.

Yo me callé, y respetaron mi silencio. A instancias del palatino, despues de cenar le conté todo el lance. Suspiró y me compadeció.

— No sé si me atreva á pedir un consejo á Vuestra Excelencia.

— No los doy en semejantes casos, en que hay que hacer *mucho* ó *nada*.

Estas palabras preciosas eran un consejo explícito.

Dormíme con la idea de hacer *mucho*, y me dispertó con la resolucion de batirme á muerte con el coronel, ó de matarlo si no queria batirse, aun á riesgo de perder luego la cabeza.

Resuelto á esto, le escribí el siguiente billete :

Varsovia, 5 de marzo de 1776,
á las 5 de la mañana.

« Monseñor,

« Anoche, en el teatro, Vuestra Excelencia me insultó sin motivo ni derecho. Supongo que me aborreceis y que, por tanto, deseais borrarme del libro de los vivos. Puedo y quiero contentaros. Servios tomarme en vuestro coche y llevarme á un sitio donde mi derrota no pueda haceros caer bajo el rigor de las leyes de Polonia, y donde yo pueda gozar de igual ventaja, si Dios me ayuda á matar á Vuestra Excelencia. No os haria semejante proposicion si no os considerase con el alma noble.

» Tengo el honor de ser, etc. »

Media hora despues recibí esta contestacion :

« Caballero,

» Acepto vuestra proposicion, pero os servireis avisarme cuando tendré el honor de veros.

» Soy perfectamente,

» Caballero,

» Vuestro, etc., etc.

« BRANICKI. »

Le contesté al momento diciéndole que estaria en su casa al dia siguiente á las seis de la mañana. Un momento despues, recibí otro billete, en que el coronel me decia que yo podia escoger sitio y

armas, pero que era necesario que nuestro asunto se solventase aquel mismo dia.

Despues de haberle enviado las dimensiones de mi espada, treinta y dos pulgadas, advirtiéndole que el sitio seria el que él escogiese fuera del alcance de la ley, me dirigió esta esquela, que fué la última :

« Caballero,

« Servíos venir en seguida, con lo cual me complacereis en extremo. Os envio mi coche.

» Tengo el honor, etc. »

Entonces yo le contesté que, teniendo ocupaciones para todo el día, no saldria, y que estando resuelto á no ir á su casa sino para batirnos en seguida, le suplicaba que no tomase á mal que yo le devolviese el coche.

Una hora despues. Branicki vino en persona, dejando á sus padrinos á la puerta; entró, hizo salir á tres ó cuatro personas que habian venido á hablarme, cerró la puerta bajo llave, y vino á sentarse sobre mi cama. No sabiendo qué significaba aquello, cogí mis pistolas.

— No os molesteis, me dijo; no he venido á asesinaros, sino para deciros que acepto vuestras proposiciones, y que, cuando se trata de batirse, nunca aplazo el encuentro para el otro dia. Nos batiremos, pues, hoy ó nunca.

— Hoy no puedo. Necesito concluir algo que debo enviar al rey, y siendo dia de correo, tengo mucho que escribir.

— Lo hareis despues. Probablemente no sucumbireis, y si dejais la vida, estoy seguro de que el rey os perdonará.

— Necesito hacer un testamento,

— ¡Tambien un testamento! ¡Diablos! Mucho temeis morir. Nada temais. Hareis vuestro testamento dentro de cincuenta años.

— ¿Qué inconveniente puede tener Vuestra Excelencia en esperar á mañana?

— No quiero ser cogido.

— No temais que yo os coja.

— Lo creo, pero antes de que anochezca nos prenderán á los dos, por órden del rey.

— No es posible, á menos que le entereis del caso.

— Me haceis reir. Conozco el ardid. No en vano me habeis desafiado. Quiero daros satisfaccion, pero hoy ó nunca.

— Está bien. Venid á buscarme despues de comer, porque necesito todas mis fuerzas.

— Con mucho gusto. En cuanto á mí, prefiero cenar bien despues de comer bien antes.

— Eso va en gustos.

— Es verdad. ¿Pero á que viene el haberme mandado las dimensiones de vuestra espada? Quiero

batirme á pistola, porque no me bato á espada con personas que no conozco.

— ¿Qué entendeis por personas desconocidas? Fuera ofensas en mi casa. Puedo presentaros veinte testigos en Varsovia, que os dirán que no soy ningun maestro de armas. No quiero batirme á pistola, y no podeis obligarme á ello, porque me habeis dado á escoger las armas; tengo vuestra carta.

— En rigor, teneis razon; pero sois demasiado caballero para no batiros á pistola, si os aseguro que me hareis favor. Es la menor complacencia que podeis otorgarme, porque á menudo se falla el primer tiro; y si lo fallo y vos tambien, os prometo batirme á espada cuanto gusteis. ¿Quereis hacerme este obsequio?

— Concedido, aunque me repugna, porque el duelo á pistola me parece bárbaro. Vendreis con dos pistolas que haré cargar delante de mí, y yo elegiré. Si fallamos el primer tiro, nos batiremos á espada, á primera sangre, ó á muerte, si quereis. Vendreis á buscarme á las tres, é iremos donde estemos al abrigo de la ley.

— Corriente; sois muy amable. Permitidme que os abrace. Hasta las tres.

Cuando aquel insolente se hubo marchado, puse bajo sobre todos los papeles que estaban destinados al rey, y mandé á buscar al bailarin Campioni, en quien tenia completa confianza.

— Hé aquí, le dije, un pliego que entregareis al rey, si muero. Podeis suponer de qué se trata pero no os lo debo decir.

— Os comprendo. Podeis contar con mi discrecion, y deseo que salgais salvo y honroso del lance. Pero escuchad un consejo de amigo : no tengais compasion de vuestro adversario, aunque sea el mismo rey, porque vuestra bondad os podria costar la vida. Lo sé por experiencia.

— No olvidaré vuestro aviso. Adios.

A la hora indicada, Branicki llegó en una berlina de seis caballos, precedido de dos palafreneros á caballo, que conducian de la brida dos caballos de montar; además venian con él dos oficiales, sus ayudantes de campo, y dos húsares, sin contar cuatro criados que iban detrás del coche. Bajé á mi puerta y ví á mi adversario acompañado de un teniente general y de un oficial de cazadores sentados delante. Abrieron la portezuela, el general me cedió su puesto, y al entrar en el coche, ordené á mis criados que no me siguieran y esperasen mis órdenes en casa.

— Podríais necesitarlos, me dijo Branicki, y debiérais dejarlos venir.

— Si tuviese tantos como vos, me los llevaria, pero no tengo mas que esa miseria, y en todo caso supongo que Vuestra Excelencia me haria servir por los suyos.

Tendiéndome la mano en señal de buena fé, me dijo que me haria cuidar antes que á sí mismo.

Me senté y partimos.

Nuestra conversacion versó sobre cosas de poca monta.

Habíamos andado escasamente media hora, cuando el coche se paró á la puerta de un hermoso jardin.

Bajamos y nos dirigimos al cenador, en cuya mesa de piedra colocaron dos pistolas de pié y medio de largo, con una calabaza de pólvora y unas balanzas. El oficial las cargó por igual y las puso en cruz sobre la mesa.

Entonces Branicki me dijo con intrépido ademan :

— Caballero, escoged vuestra arma.

El general le preguntó entonces con récia voz :

— ¿Es eso un duelo?

— Sí.

— No podeis batiros aquí; no os lo permiten las leyes.

— No importa.

— Importa mucho; no puedo ser testigo. Estoy de guardia en palacio; me habeis engañado.

— Callaos. De todo respondo. Debo una satisfaccion á ese caballero, y quiero dársela aquí.

— Señor Casanova, me dijo el general, no podeis batiros aquí.

— Mi general, ¿por qué, pues, me han traido? Yo me defiendo donde me atacan.

— Explicaos al rey; yo respondo de su vénia.

— No tengo inconveniente alguno, mi general, si Su Excelencia consiente en decirme delante de vos, que siente lo que pasó anoche entre nosotros.

A estas palabras, Branicki, mirándome con altivez, me dijo con rabia que habia venido á batirse y no á parlamentar.

— Mi general, dije yo entonces, podreis atestiguar que en cuanto dependió de mí, procuré evitar el duelo.

El general se retiró entonces, cogiéndose la cabeza con ambas manos.

Echando al suelo mi abrigo, cogí, á instancias de Branicki, la primera pistola que me vino á la mano.

Branicki, cogiendo la otra, me dijo que me garantizaba, bajo palabra de honor, el arma que yo habia cogido.

— Voy á probarla contra vuestra cabeza, le dije.

A esta respuesta, palideció, tiró su espada á uno de sus servidores y me enseñó el pecho desnudo. A mi pesar me ví obligado á imitarle, pues mi espada era mi única arma despues de la pistola. Le enseñé igualmente mi pecho y retrocedí cinco ó seis pasos. El coronel hizo otro tanto, y no podíamos retroceder mas.

Viéndole firme como yo, con la pistola hácia el suelo, me quité el sombrero con la mano izquierda,

y despues de haberle pedido el honor de tirar el primero sobre mí, volví á cubrirme.

El coronel, en vez de dirigir súbitamente su pistola sobre mí y disparar, perdió dos ó tres segundos en tenderse, apuntar y cubrir su cabeza detrás del arma. Yo no estaba dispuesto á tolerar tantas ventajas. Levanté súbitamente mi pistola, disparé sobre él en el instante mismo en que él tiró sobre mí. Y ello fué tan evidente, que los circunstantes convinieron todos en que no se habia oido mas que una detonacion. Sintiéndome herido en la mano derecha, me la metí en el bolsillo, y viendo caer á mi adversario, corrí hácia él, arrojando mi pistola.

¡Cuál no seria mi sorpresa, al ver brillar de pronto tres armas desenvainadas sobre mi cabeza! Tres nobles asesinos se disponian á acribillarme sobre el cuerpo de su amo, junto al cual yo me habia hincado de rodillas.

Branicki, que afortunadamente no habia perdido los sentidos ni la fuerza, les gritó con voz de trueno:

— ¡Canalla, respetad á ese caballero!

Esta voz pareció petrificarlos. Cogí luego al coronel por debajo de un brazo y el general lo cogió por debajo del otro. Así lo llevamos hasta una posada, á cien pasos del jardin. Branicki andaba muy encorvado y examinándome con atencion, sin comprender de donde precedia la sangre que corria á lo largo de mi calzon y mi media blanca.

Una vez en la posada, Branicki se echó en una gran butaca. Lo desabrocharon y él mismo se vió herido de gravedad en el pecho. Mi bala habia penetrado por la séptima costilla de la derecha y salido por la última falsa de la izquierda. Las dos aberturas de la herida estaban á diez pulgadas de distancia; el aspecto era alarmante; se consideraban perforados los intestinos y perdido el hombre. Branicki me dijo con debilitada voz :

— Me habeis matado; huid, porque correis peligro de perder la cabeza en el cadalso. Estais en la estarostia, yo soy gran oficial de la corona y gran cordon del Aguila Blanca. No perdais tiempo, huid, y si no teneis dinero bastante, tomad mi bolsillo.

Su repleto bolsillo cayó al suelo, lo recogí y metiéndoselo en el bolsillo, le dí las gracias, diciéndole que me era inútil; porque si yo era culpable, perderia la cabeza, pues iba á ponerla en seguida al pié del trono.

— Espero que vuestra herida no será mortal, añadí, y siento mucho que me hayais puesto en la necesidad de heriros.

Le besé en la frente, y saliendo de la posada, no ví caballos, ni coche, ni criados. Todos habian ido en busca de un médico, un cirujano y un cura, y de los parientes y amigos del herido.

Me ví solo y sin espada en medio de un campo cubierto de nieve, herido y sin saber qué camino

tomar para volverme á Varsovia. Empecé á andar á la ventura, y á cierta distancia encontré un campesino con un trineo vacío.

— ¿ *Warszawa?* le grité, enseñándole un ducado.

Comprendió mi lenguaje; me cubrió con una estera cuando me hube instalado en el trineo, y partió á galope.

A los pocos minutos divisé á Bininski, el amigo íntimo de Branicki, que corria á escape sable en mano, á caballo de un corcel veloz. Es evidente que iba en mi persecucion. Afortunadamente, el miserable trineo en que yo iba, no excitó sus sospechas.

Llegué á Varsovia y me hice llevar á casa del príncipe Adam Czartoryski, para pedirle asilo. No encontré á nadie. Sin perder tiempo, me resolví á buscar un refugio en el convento de Recoletos, que estaba cerca de allí, y despedí el trineo.

Llamé á la puerta del convento; un portero, fraile despiadado, me abre, y viéndome ensangrentado, adivina el motivo de mi visita y se apresura á cerrar la puerta. Pero mas ágil que él, se lo impido; lo derribo de un puntapié y entro. A los gritos que da, llega un enjambre de frailes espantados; les grito que quiero asilo y les amenazo si me lo rehusan. Uno de ellos habla y me llevan á una pequeña estancia que tenia trazas de un calabozo. No opuse

resistencia, seguro de que cambiarian de pensamiento antes de poco. Pedí un hombre que fuese á llamar á mis criados, y cuando estos se hubieron presentado, mandé por un cirujano y por Campioni.

Antes de que estos llegasen, el palatino de Podlaquia se hizo anunciar. Nunca habia tenido el honor de hablarle; pero como habia tenido un duelo en su juventud, tan pronto como supo las bellas particularidades del mio, aprovechó la ocasion para venir á contarme las circunstancias del suyo. Un momento despues ví llegar al palatino de Kalisch, al príncipe Yablonowski, al príncipe Sanguska y al palatino de Wilna, los cuales empezaron por vilipendiar á los frailes que me habian alojado como á un presidario.

No tardé en ser trasladado al mejor alojamiento de la casa. Sufria mucho de la herida.

La bala habia penetrado en la mano por el metarcarpo, bajo el índice y habia roto la primera falange, deteniéndose en ella. Su fuerza habia sido amortiguada por un boton de metal de mi chaqueta, y por mi vientre, que el proyectil habia herido ligeramente. Se trataba de extraer aquella bala, que me hacia sufrir mucho. Un cirujano empírico me practicó una abertura opuesta que duplicó mi herida. Mientras me hacia esta dolorosa operacion, yo contaba el lance, disimulando el tormento que me causaba el cirujano.

Cuando este se hubo marchado, llegó el cirujano del palatino de Rusia, que se amparó de mí. En seguida vino el príncipe Lubomirski, esposo de la hija del palatino de Rusia, que nos sorprendió á todos, refiriéndonos lo que habia sucedido inmediatamente despues del duelo. Bininski llegó á Wola, y viendo la herida de su amigo y que yo me habia marchado, montó á caballo y partió furioso, jurando matarme donde me encontrase. Sospechando que yo me hallaba en casa de Tomatis, fué á buscarme allí; encontró á mi amigo con su querida, el príncipe Lubomirski y el conde Mozczinski. No viéndome, preguntó donde me encontraba, y tan pronto como Tomatis le hubo contestado que no lo sabia, le disparó un pistoletazo en la cabeza. En esto, el conde Mozczinski le cogió para echarlo por la ventana; pero el furioso Bininski se defendió á sablazos causando al otro una herida en la cara y haciéndole saltar tres dientes. Inmediatamente montó otra vez á caballo y huyó á escape.

— Mozczinski se ha ido á su casa, donde deberá permanecer algun tiempo en manos de un circujano, y yo me volví á la mia, continuó diciendo el príncipe Lubomirski, para darme cuenta de la confusion que reina en la ciudad á causa de este duelo.

» El gran mariscal ha hecho cercar el convento por docientos dragones, so pretesto de apoderarse

de vuestra persona, pero en realidad para impedir un atropello.

» Los médicos dicen que el coronel está en gran peligro, si la bala ha lesionado los intestinos; pero responden de su vida, en caso contrario. Mañana se sabrá. Se ha hecho llevar á casa del gran chambelan, no atreviéndose á hacerse trasladar á su habitacion de la corte. Sin embargo, el rey fué á verlo en seguida, y el general que habia presenciado el duelo le ha dicho que lo que os ha salvado la vida ha sido vuestra amenaza de apuntarle á la cabeza. Para precaverse, Branicki se ha puesto en una actitud incómoda, y no os ha matado. Sin esta circunstancia, os hubiera atravesado el corazon, pues tira contra el corte de un cuchillo y siempre parte la bala en dos. Tambien ha sido mucha suerte para vos que Bininski no os viese en el miserable trineo.

— Monseñor, mi mayor suerte ha sido no haber muerto á Brinicki en el terreno, pues iban á acribillarme sobre su cuerpo, en el momento en que yo volaba en su ausilio. Siento el disgusto que ha sufrido Vuestra Alteza y la herida que ha recibido el conde Mozczinski; y si Tomatis no ha sido muerto por el furioso asesino, se debe sin duda á que la pistola solo estaba cargada con pólvora.

— Así lo creo, pues no se oyó la bala.

En aquel momento entró un oficial del palatino

de Rusia, y me entregó un billete en que este príncipe me decia:

« Ved lo que el rey me envia en este momento, y dormid tranquilo. »

Hé aquí el billete del rey, que aun conservo :

« Mi querido tio.

» Branicki está muy grave. Mis cirujanos no le dejan, atentos á prodigarle todos los cuidados de su arte; pero me he olvidado de Casanova. Podeis asegurarle que será indultado, aun cuando Branicki muera. »

Todos los circunstantes se enteraron del billete real y lo aplaudieron. Luego me dejaron porque necesitaba reposo.

Al dia siguiente, tuve visitas sin cuento, y recibí bolsas llenas de oro, remitidas por los magnates del partido contrario á Branicki. Yo las rehusé con finura, dando las mas expresivas gracias á los que me hacian objeto de tan generosas muestras de simpatía. Los dones hubieran ascendido al menos á cuatro mil ducados. Mi heroismo le parecia ridículo á Campioni, y tenia razon, pues me arrepentí mas tarde. El único presente que acepté fué el de una buena mesa para cuatro personas que el príncipe Adam Czartoryski me envió con regularidad cada dia.

Mi pequeña herida en el vientre iba bien, pero al cuarto dia, los cirujanos dijeron que en mi mano

ibà á declararse la gangrena, y que no habia mas remedio que la amputacion. Leí este resultado científico en la gaceta de la corte del dia siguiente. Este periódico se imprimia durante la noche, despues que el rey habia firmado el manuscrito. Siendo yo de opinion contraria á la de mis carniceros, me reí mucho de su ignorancia.

A pesar de que se reunieron varios en consulta, y declararon que la gangrena se habia presentado, y resolvieron cortar la mano aquel mismo dia por la tarde, me opuse terminantemente y tuve que echarles en cara su ignorancia y mandarles á paseo.

Muchas personas me fastidiaron con sus consejos encaminados á dejarme amputar la mano. Yo contesté que me dejaria amputar el brazo, si falta hacia, pero que por el momento la operacion era innecesaria. Nadie queria convenir en que sobre una cosa tan sencilla, pudiesen equivocarse los tres primeros cirujanos de Varsovia.

Al dia siguiente, los cirujanos fueron cuatro; examinaron la herida y declararon que ya no era bastante la amputacion de la mano, sino que se hacia necesaria la del brazo, lo mas tarde á la mañana siguiente.

Yo estaba convencido de que deseaban hacer la operacion para halagar y dar gusto á mi rival. Habiendo comunicado antes esta sospecha mia á Su Alteza el príncipe Lubomirski, quise demostrar y

convencerme á mí mismo de que no me equivocaba.

Dije á los cirujanos que podian volver al dia siguiente con sus instrumentos, pues me sometia á la operacion. Satisfechos de su victoria, se apresuraron á salir para ir á publicar la noticia en la corte, á Branicki, al príncipe palatino, á todo el mundo. Por mi parte, dí órden á los criados para que no les dejasen entrar.

Pero renuncio á referir los detalles de lo que ocurrió despues.

El lector se contentará con saber que un cirujano francés, desafiando la enemistad de sus doctos colegas, y tratándome como yo deseaba, me curó en poco tiempo y conservé mi brazo y mi mano.

El dia de Pascua fuí á misa con mi brazo en cabestrillo, pero no pude servirme activamente de él hasta diez y ocho meses despues.

Todos los que me habian condenado, tuvieron que felicitarme por mi firmeza, y cada cual trató de imprudentes, cuando no de ignorantes, á los grandes cirujanos.

Despues de la misa de Pascua, fuí á la corte, y el rey, al darme la mano á besar, me dejó hincar una rodilla en el suelo. Me preguntó por qué llevaba el brazo en cabestrillo (era cosa convenida) y yo le contesté que á causa de un reumatismo.

— Cuidado con coger otro, me dijo con una ligera sonrisa.

Despues de haber visto al rey, me hice llevar á casa de Branicki, creyendo deberle una visita. Durante mi enfermedad, habia hecho preguntar diariamente por mi salud, y me habia enviado mi espada. Estaba condenado á permanecer todavía seis semanas en cama. El rey acababa de nombrarlo montero mayor de la corona.

Me hice anunciar y mi visita causó gran sorpresa. Encontré á Branicki recostado en la cama, pálido como un difunto. Me saludó quitándose el gorro.

Entre otras cosas, me dijo que Bininski habia sido degradado y expulsado del cuerpo de la nobleza.

— Sentaos y seamos amigos, me dijo. Que sirvan una taza de chocolate á este caballero.

Luego me felicitó por haberme defendido contra los cirujanos, añadiendo :

— Razon teníais al decir que esos bestias creian darme gusto haciéndoos manco.

A los cinco minutos, la habitacion estuvo llena de damas y caballeros, que habiendo sabido que yo me hallaba en casa del coronel, tuvieron ganas de asistir á nuestra entrevista. Al vernos tan acordes, quedaron agradablemente sorprendidos.

Durante mi convalecencia, viajé, provisto de cartas de recomendacion muy eficaces, por toda la Podolia y la Volhynia, las cuales, pocos años despues, fueron llamadas la Galizia y la Lodomeria, pues no

podian convertirse en dominio austriaco sin cambiar de nombre.

A mi vuelta á Varsovia, fuí recibido con frialdad donde antes me habian agasajado hasta la exageracion. Todo el mundo se extrañaba de que yo hubiese vuelto.

Haciendo esta observacion al príncipe Augusto Sulkowsky, le hice confesar que aquel cambio solo dependia del carácter polonés, *inconstante*, *inconsecuente*, *fingido* y *superficial*.

Recibí un anónimo en que se me decia que habian oido contar al rey, que me veia con disgusto en la corte, porque le habian asegurado que me habian ahorcado en efigie en París, por haberme escapado de allí con una gran cantidad que pertenecia á la caja de la lotería de la Escuela militar, y que habia ejercido en Italia la degradante profesion de cómico ambulante.

¿Cómo destruir tales calumnias en un país remoto?

Yo hubiera partido inmediatamente de Polonia, á no haber tenido algunas deudas y falta de recursos. Habia escrito á Venecia y á otras partes de donde podia venirme dinero, cuando el general que habia presenciado mi duelo vino á decirme con aire afligido, que el rey me hacia intimar la órden de salir de la estarostia de Varsovia en el término de ocho dias.

Ciego de cólera, escribí al rey diciéndole que mi

honor exigia que yo desobedeciese á su órden. Yo le decia :

« Mis acreedores, señor, me perdonarán cuando sepan que si me he marchado de Polonia sin pagarlos, ha sido porque Vuestra Majestad me ha hecho salir por fuerza. »

El dia siguiente, el conde Mozczinski me trajo mil ducados, diciéndome que el rey ignoraba que yo tuviese necesidad de dinero, y que Su Majestad me daba la órden de partir porque no podia garantizarme mi vida amenazada.

Este generoso conde me suplicó que aceptase, como recuerdo de amistad, un coche, puesto que yo no tenia.

Pagué mis deudas, que ascendian á unos docientos ducados y me dispuse á partir para Breslau con el conde Clary, cada uno en su coche. Llegamos sin detenernos y sin accidente alguno á Breslau, y al dia siguiente continué mi camino hácia Dresde, donde llegué cuarenta y ocho horas despues.

Mi madre estaba en el campo ; fuí en seguida á verla, y recibió mi visita con infinito placer. Ví luego á mi hermano Juan y á su mujer Teresa Roland, romana que yo habia conocido antes que él y que me agasajó mucho. Tambien ví á mi hermana, esposa de Pedro Augusto. En todas partes fuí festejado y tuve que repetir hasta el infinito la historia de mi duelo.

Por la noche fuí á la Opera Italiana, donde habia banca de faraon. Jugué con mucha prudencia, porque toda mi riqueza consistia en ochocientos ducados.

CAPITULO IX

Leipsick. — Praga. — Viena. — Augsburgo. Luisburgo. — Aquisgram. — Spa. — Un bofeton y una estocada. — Croce. Carlota, su parto y su muerte. — Orden de salir de París. — Mi viaje á Madrid. — El conde de Aranda. — El príncipe de la Católica. — El duque de Losada. — Mengs. — Un baile. — Amoríos. — Mi encarcelamiento en el Buen Retiro y mi triunfo. — Un inquisidor de Estado de la República me recomienda al embajador de Venecia.

Alquilé el primer piso de la casa en que vivia mi madre, y pasé en Dresde algun tiempo, llevando una vida higiénica y tranquila. Jugué de vez en cuando, con prudencia suma, y me encontré con una ganancia de unos cuantos centenares de ducados, cuando fuí á pasar un temporada en Leipsick, donde recobré mis fuerzas perdidas y hasta engordé de nuevo á fuerza de comer alondras, que son allí abundantes y exquisitas.

Una vez restablecido, regresé á Dresde; mas no tardé en emprender un viaje para Praga y Viena.

En esta última ciudad alquilé un piso, y no tardé mucho en conocer á una porcion de notabilidades, merced á varias cartas de recomendacion de que iba provisto.

Allí volví á ver á Calsabigi el mayor, que trabajaba para el ministerio, bajo las órdenes del príncipe Kaunitz.

Con frecuencia iba á casa de Metastasio, al teatro, cada dia en que bailaba Vestris, llamado de París por el emperador.

Encontré al conde de La Perouse, que solicitaba de la emperatriz el reembolso de medio millon de florines que Carlos VI debia á su padre. Por su conducto conocí á Las Casas, español en extremo inteligente y — cosa rara — muy despreocupado.

Yo vivia en Viena muy tranquilo, bien de salud, y pensando siempre en mi proyectado viaje á Portugal para la próxima primavera.

De Viena pasé á Augsburgo, donde me divertí en los bailes de máscara y en pequeñas reuniones en que se tallaban pequeñas bancas de faraon. Pasé allí cuatro meses entregado á todos los placeres imaginables.

Deseando ir á Spa con algun dinero, escribí al príncipe Carlos de Courlande, que se encontraba en Venecia, admirablemente acogido por gran número de personas notables á quienes habia entregado cartas mias de recomendacion. Le dije que

me enviase un centenar de ducados, y para que me los mandase en seguida, incluí en la carta un procedimiento infalible para hacer la *piedra filosofal.* Le aconsejé que quemase mi carta, asegurándole que me habia quedado con la copia. Pero no siguió mi consejo, y le fué cogida en Paris, con sus demás papeles, cuando le encerraron en la Bastilla.

Cuando esta fortaleza fué destruida, se encontró mi carta y se imprimió justamente con otros documentos curiosos, que luego fueron traducidos en aleman y en inglés.

Al verme con bastante oro en el bolsillo, salí de Augsburgo. Era el 14 de junio de 1767. Me encontraba en Ulm, cuando un correo del duque de Wurtemberg pasó para ir á Luisburgo, á avisar que Su Alteza Serenísima iba á llegar de Venecia dentro de cinco ó seis dias. Aquel correo traia una carta para mí, del príncipe Carlos de Courlande. Un oficial que se hallaba presente me dijo que se encontraba en Estutgard cuando me escapé á causa de una cuestion de juego, y que los tres oficiales que quisieron explotarme y hacerme arrestar, habian sido generalmente censurados.

Leyendo la carta, que solo se referia á asuntos generales, se me ocurrió decir que Su Alteza Serenísima me nombraba secretario particular con mil docientos escudos de sueldo.

Despues de haber pasado una excelente noche,

me desperté con la idea deliciosa de ir á Luisburgo, no para batirme con los tres oficiales, que se encontraban allí, sino para intimidarlos y vengarme de ellos con mis burlas.

Cuando llegué á Luisburgo, todo el mundo me felicitó por mi empleo; gracias al correo y al oficial que se encontraba presente cuando éste me encargó la carta, la noticia de mi nombramiento circuló rápidamente por la problacion. No es posible imaginarse la consternacion de mis enemigos.

Allí encontré á Baletti, que me presentó á Vestris, el célebre bailarin. El lector recordará que Baletti, cuya amistad me fué constante, tomó la mayor parte en mi huida de Estutgard.

Despues de ochos dias de fiestas, en que me divertí en extremo, el correo que precedia al duque llegó á las diez de la mañana, anunciando que Su Alteza Serenísima llegaria á las cuatro.

Tan pronto como supe esta noticia, me despedí de Baletti y partí con mi equipaje á Manheim, y de allí á Schwetzingen, donde estaba la corte del elector palatino. Pasé allí quince dias deliciosos, y partí luego para Maguncia, donde fleté una barca que me llevó á Colonia con mi equipaje y mi coche. Era á últimos de julio. Me apresuré á visitar á la señora del burgomaestre, que detestaba al general Kettler, y me habia tratado tan bien hacia siete años. Pero encontré á la señora arrepentida

de sus faltas, y viendo que se negaba á otorgarme los favores de otro tiempo, tomé el camino de Aix-la-Chapelle, poblacion de baños conocida tambien con el nombre de Aquisgram, donde encontré á una infinidad de amigos y amigas; pero todos se hallaban de partida para Spa, y no vacilé en seguirlos.

En Spa, punto de reunion de gente acaudalada y de aventureros, eran menos los que iban á tomar aguas que los que acudian á jugar ó á buscar aventuras.

Yo jugué con prudencia y gané para cubrir mis gastos y triplicar mi peculio.

Allí encontré al infame Croce, quien despues de haber perdido su dinero y el producto de las alhajas de una jóven belga, á quien habia seducido, huyó á Polonia, dejando á la infeliz bajo mi amparo.

Como Croce le habia contado varias veces la historia de la marsellesa que habia abandonado en una posada de Milan, sin dejarle mas que el consejo de acudir á mí, Carlota que así se llamaba, tenia por maravillosa la combinacion que, por segunda vez, me hacia depositario de una jóven que el desgraciado jugador abandonaba en una situacion peor que la primera, puesto que se hallaba en cinta de ocho meses.

Carlota veia claramente que yo la amaba, y me agradecia el respeto que por ella tenia.

Salimos de Spa sin criados, y cuando hubimos llegado á Lieja, tomamos el camino de los Ardenas, á fin de evitar Bruselas, país de Carlota; en Luxemburgo tomamos un criado que me sirvió hasta París, donde nos hospedamos en la calle y hotel de Montmorency.

París me pareció un nuevo mundo. La señora de Urfé habia muerto; mis antiguos amigos habian cambiado de casa ó de fortuna; encontré á pobres enriquecidos y á ricos arruinados, nuevos edificios, calles nuevas; no me parecia la misma ciudad. Todo estaba mas caro.

Mi primera visita fué para la señora de Rumain, que se alegró muchísimo de verme. Le devolví el dinero que habia tenido la bondad de hacerme entregar en un momento de apuros.

Mi hermano vivia en el *faubourg* de San Antonio. El y su mujer se empeñaban en que fuese á vivir con ellos; yo les prometí aceptar su invitacion cuando la señora que venia conmigo hubiese salido de su estado interesante.

Despues de haber cumplido con amigos y parientes, consacré todo el tiempo á Carlota, que yo habia instalado cómodamente en casa de Madama Lamarre, comadrona que vivia en la calle del Faubourg Saint-Denis.

El 17 de octubre, dió felizmente á luz un niño, que fué bautizado con el nombre de Jacobo Cárlos

de la Croce, y depositado en el hospicio de Espósitos.

El 26 del mismo mes, la infeliz Carlota murió consumida por una espantosa fiebre. ¡Dia de amarguísimo recuerdo para mí!

La noche antes, mi hermano me habia entregado varias cartas, las abrí, y la primera que leí era del señor Dándolo, que me anunciaba la muerte del señor Bragadino. Estaba agotada la fuente de mis lágrimas. Yo perdia á un hombre que durante veintidos años me habia servido de padre, viviendo económicamente y aun contrayendo deudas para atender á mis necesidades. Como su fortuna estaba vinculada, no pudo dejarme nada absolutamente. Sus acreedores se apoderaron de los muebles y la biblioteca. Sus dos amigos eran pobres, y yo solo podia disponer de su corazon. Esta terrible noticia iba acompañada de una letra de cambio de mil escudos que el difunto, previendo su fin inminente, me habia enviado veinticuatro horas antes de entregar el alma.

Pasé tres dias en casa de mi hermano sin salir. Mi viaje á Madrid estaba resuelto, y pedí á la princesa Lubomirska una carta de recomendacion. Esta princesa, que habia escrito á su primo el rey de Polonia para decirle que habia prestado oidos á la calumnia, me dió una carta para el conde de Aranda. El marqués de Caraccioli me dió tres, una para

el príncipe de la Católica, ministro de Nápoles en Madrid, una para el duque de Losada, gran mayordomo y favorito del rey, y otra para el marqués de Mora-Pignatelli.

El dia 4 de noviembre, hallándome en un concierto, oí pronunciar mi nombre. Era un jóven, sentado entre dos viejos, que dijo, entre otras cosas :

— Me cuesta al menos un millon que robó á mi difunta tia, la marquesa de Urfé.

— No sois mas que un desvergonzado, dije yo. Si nos encontrásemos fuera, os daria un puntapié en el trasero para enseñaros á hablar.

Esto dicho, salí á la calle, donde aguardé un rato, á ver si el jóven salia.

Dos dias despues, hallándome en casa de mi hermano, recibí por escrito una órden del rey para que saliese de Paris en el término de veinticuatro horas.

El caballero de San-Luis, que me entregó esta órden, me dijo que lo de las veinticuatro horas era pura fórmula, que podia salir cuando hubiese hecho todos mis preparativos, pero que le prometiese no ir al teatro ni á los paseos públicos á pié. Tambien me dijo que el motivo de aquella órden era mi amenaza de un puntapié en el trasero del impertinente jóven del concierto.

La órden era del 6 de noviembre y no salí de Paris hasta el 20. Mi pasaporte del duque de Choi-

seul, para servirme de caballos de posta, es de dia 19 de noviembre, y todavía lo conservo.

Partí solo, sin criado, muy triste, con cien luíses en el bolsillo y una letra de cambio de ocho mil francos sobre Burdeos.

La muerte me habia aislado ; me encontraba entrado en años, sin recursos, y con pocas esperanzas de cautivar el corazon de las mujeres.

Despues de haberme detenido á comer y descansar en Poitiers y en Angulema, llegué á Burdeos, soberbia ciudad, la primera de Francia despues de París, pese á Lyon, que no vale tanto como ella. Pasé ocho dias allí, dándome buena vida, pues se vive en Burdeos mejor que en ninguna otra parte.

Despues de haber hecho el traspaso de mis ocho mil francos sobre Madrid, atravesé los Landes, Mont-de-Marsan, Bayona y San Juan de Luz, donde vendí mi silla de posta que habia comprado en París al vender mi hermoso coche. De allí pasé á Pamplona atravesando los Pirineos montado en un mulo, con otro que llevaba mi equipaje. Estas montañas me parecieron mucho mas considerables que los Alpes. Son mas agradables, mas variadas, mas pintorescos y mas fértiles que los Alpes.

En Pamplona, el cochero Andrés Capello se encargó de mí y de mi equipaje, y partimos para Madrid. Las primeras veinte leguas no me cansaron, porque la carretera era tan buena como en Fran-

cia ; pero despues, no puedo decir que la encontré mala, sino que no encontré carretera de ninguna especie. Subidas y bajadas, rápidas, escabrosas, sin ninguna traza de que hubiese pasado por allí coche alguno.

No se supone que haya viajeros amantes de las comodidades que escojan aquel camino para ir á Madrid. Por esto no me sorprendió encontrar sino miserables posadas, buenas á lo sumo para arrieros que hacen causa comun con sus mulas. Eso sí, los precios eran insignificantes.

Dormí la segunda noche en Agreda, villa fea y triste, donde sor María de Agreda enloqueció hasta el punto de escribir la vida de la Vírgen dictada por la madre del Salvador. Me dieron su obra á leer hallándome encerrado en los Plomos, y el lector recordará tal vez que las elucubraciones de esta visionaria casi me hicieron perder el juicio.

Andábamos diez leguas de España por dia. Una mañana, creí que íbamos precedidos de una docena de capuchinos; al llegar cerca de ellos, ví que eran mujeres de todas edades.

— ¿Qué es eso? dije al señor Andrés; ¿se han vuelto locas esas mujeres?

— No señor; llevan el hábito de capuchino por devocion, y estoy seguro de que ninguna lleva camisa.

Llevar hábito de capuchino para agradar mas al Creador, me pareció cosa muy extraña.

La puerta del cuarto que me daban en cada posada se cerraba por fuera y no por dentro. No dije nada las dos primeras noches, pero la tercera dije á mi cochero que aquello no me acomodaba.

— Hay que pasar por ello en España, señor don Jaime, porque la Santa Inquisicion ha de poder enviar á sus esbirros á ver qué hacen los extranjeros en sus cuartos, y por consiguiente, los viajeros no pueden cerrar por dentro.

— ¿Qué le importa á la Inquisicion?...

— Quiere saberlo todo : si comeis carne los dias de abstinencia, si en el cuarto hay varias personas de ambos sexos, si las mujeres duermen solas ó con hombres, y en el último caso si son esposos legítimos. La Santa Inquisicion vela á todas horas por nuestra salvacion eterna.

Empezando á conocer poco á poco la nacion en que iba á vivir, llegué á Guadalajara, luego á Alcalá y por fin á Madrid.

La lengua española me pareció la mas agradable, la mas rica de las modernas. No hay duda que es una de las mas sonoras, mas enérgicas y majestuosas del mundo. Se pronuncia *ore rotundo* y es suceptible de la armonía mas poética. Seria igual, superior quizá á la italiana para la música, si no tuviese las tres letras guturales que estropean su dulzura.

Al entrar por la puerta de Alcalá, me registraron

el equipaje, y como los empleados fijaban la mayor atencion en los libros, les disgustó mucho no hallar mas que la *Ilíada* en griego y el Horacio en latin. Me los tomaron, pero me los devolvieron despues, calle de la Cruz, en el café donde me habia hospedado.

En la puerta de Alcalá, un empleado me pidió un polvo de rapé; abro mi caja y se la presento; pero en vez de tomar el polvo, se apodera de la caja diciendo:

— Señor, este tabaco es maldito en España.

Era rapé de París.

El insolente me devolvió la caja despues de haber echado el rapé al suelo.

Bastante bien alojado, solo sentí la falta de fuego, pues el frio era seco y mas vivo que en París, á pesar de los cuarenta grados de latitud. Esto es á causa de que Madrid es la ciudad mas elevada de Europa, y está rodeada de altas montañas, como el Guadarrama, que con frecuencia se cubren de nieve. El aire de Madrid es malsano para los extranjeros; puro y sutil, no vale nada para las constituciones algo corpulentas; es bueno para los españoles, que son, en general, secos y delgados.

Los hombres tienen el espíritu limitado por una porcion de preocupaciones, mientras que las mujeres, aunque ignorantes, son generalmente vivarachas y graciosas. Pero unos y otras se hallan ani-

mados de deseos, de pasiones, tan vivas como el aire que respiran, tan ardientes como el sol que les anima.

El español convierte en cuestion de honra el mas mímino desliz de la mujer que le pertenece. Las intrigas de amor son en extremo misteriosas.

Los hombres son mas bien feos que guapos, á pesar de numeresas excepciones, mientras que, en general, las mujeres son bonitas.

El amante mas dispuesto á arrostrar los peligros, es el preferido siempre. En el paseo, en la iglesia, en el teatro, las españolas hablan con los ojos á quien quieren, y poseen este seductor lenguaje á la perfeccion.

Mientras hacia instalar una estufa en mi cuarto, me dijeron que podia ir á calentarme á la puerta del Sol, ancha plaza donde el calentador universal prodiga sus riquezas. Allí vi una porcion de hombres que se paseaban, ya solos y á prisa, ya lentamente, hablando con sus amigos. No me gustó este paseo.

Entregué todas mis cartas, empezando por la del príncipe Lubomirski al conde de Aranda. Este era el que, en un dia, habia purgado la España de todos los jesuitas. Mas poderoso en Madrid que el mismo rey, era presidente del consejo de Castilla, y no salia sino acompañado de un guardia real. Filósofo profundo, gran político, intrépido, determinado,

inflexible, vividor disimulado, hacia en su casa todo lo que prohibia á los demás.

Este señor, bastante feo y bizco, me recibió con cierta frialdad. Cuando le hube dicho que no podia contar con el apoyo del embajador de Venecia, me aconsejó que procurase divertirme sin esperar que el rey pudiese utilizar mis disposiciones.

Luego fuí á casa del embajador de Nápoles, que me habló en el mismo sentido; y no de otro modo me habló el marqués de Moras, con ser el mas amable de todos los españoles. El duque de Losada, mayordomo mayor y favorito de Su Majestad Católica, sintiendo no poder hacer nada á pesar de sus buenos deseos, me aconsejó que procurase introducirme en casa del embajador de Venecia y captarme su apoyo, apesar de mi situacion con el consejo de los Diez, que él podia disimular. Me dispuse á seguir los consejos de aquel prudente anciano, y para ello escribí una carta urgente al señor Dándolo, pidiendo una carta de recomendacion que obligase al embajador á favorecerme en la corte á pesar de mi causa pendiente con las inquisidores de Estado.

Me presenté luego á Gaspar Soderini, secretario de la embajada de Venecia, hombre de talento, prudente y honrado, quien, sin embargo, osó decirme que le extrañaba que yo hubiese tenido el atrevimiento de presentarme en la embajada.

Me defendí como era justo, y pareció aprobar mi conducta; tanto que me aconsejó escribiera al embajador repitiéndole lo que le acababa de decir á él.

Le escribí, efectivamente, y un dia despues me anunciaron al conde Manucci, guapo jóven de porte distinguido. De parte del embajador Moncenigo, me dijo que éste deseaba verme como particular, ya que no podia recibirme como representante de Venecia.

— Os conoce y os aprecia, añadió el conde.

El embajador me recibió muy bien, pero me dijo que no podia apoyarme públicamente sin crearse enemigos.

A pesar de su reputacion pederástica, Moncenigo era querido en Madrid. Me reí, en un baile, de un grande de España que me dijo con cierto misterio, al verme con Manucci, que este jóven era la mujer del embajador. Yo sabia que, por el contrario, el embajador era la mujer de Manucci.

Hice varias visitas al pintor Mengs, quien hacia diez años que, con gran sueldo, estaba al servicio de Su Majestad, y me dió excelentes comidas con sus amigos. En su casa conocí al arquitecto Sabatini, que construyó las cloacas y dió salubridad á Madrid.

Para distraerme frecuentaba el teatro, y los bailes de máscaras que el conde de Aranda habia estable-

cido en Madrid, en una sala á propósito, llamada los Escaños del Peral. En un gran palco situado en frente del escenario permanecian los *padres* de la Inquisicion para velar por las buenas costumbres y decencia del público y los actores.

Los españoles cifran toda su religion en la práctica aparente del culto exterior. No hay mujer libertina que, antes de ceder á los deseos de su amante, no empiece por cubrir con un velo la imágen del crucifijo ó de la Vírgen que se halla en el cuarto.

En Madrid, todo hombre que come en una hostería con una mujer, en un cuarto reservado, ha de soportar que el camarero permanezca constantemente en la habitacion, á fin de que pueda jurar, despues de la comida, que aquel hombre y aquella mujer no han hecho mas que comer y beber.

A pesar de todas estas precauciones, el libertinaje es extraordinario en Madrid, con la circunstancia agravante de la hipocresía.

Las mujeres son peligrosas por las enfermedades que muchas de ellas comunican á los que obtienen sus favores.

El baile de máscaras es sumamente divertido. A media noche, á son de orquesta y palmoteos, se baila el famoso fandango, baile mucho mas animado y mas loco de lo que yo me habia figurado. Cada pareja toma mil actitudes de extraordinaria lascivia.

Allí se encuentra la expresion del amor, desde su nacimiento hasta su fin, desde el suspiro que desea hasta el éxtasis del goce. Me parecia imposible que despues de semejante danza, la bailarina pudiese rehusar nada á su bailarin. Aquella bacanal me daba tanto gusto, que yo prorumpia en gritos de alborozo. Mas para formarse una verdadera idea del fandango, hay que verlo bailar por gitanas y gitanos.

Un caballero, á quien conocí en los Escaños del Peral, me presentó á una señora de mediana edad que se llamaba la Pichona, cuya tertulia frecuenté.

Ante todo, quise aprender el fandango, y me lo enseñó un actor y bailarin, que tambien me dió lecciones de lengua castellana. En tres dias supe bailar perfectamente aquella danza popular, y dí pruebas de ello en el baile de máscaras.

La Pichona habia sido actriz, como supe poco tiempo despues de haberle sido presentado, y debia su fortuna al duque de Medina-Celi. Este fué á visitarla un dia de mucho frio, y habiéndola encontrado sin fuego, por no tener con qué comprar carbon, le envió un brasero de plata, con cien mil duros en oro. Desde entonces, la Pichona vivia muy holgadamente y tenia una agradable tertulia.

Por aquellos dias murió el duque, despues de una enfermedad de cuarenta y ocho horas. Cuando la Pichona me anunció tan triste noticia, supe que

era él quien me la habia presentado en el baile, lo cual me sorprendió en extremo.

No tardé en proporcionarme una buena pareja para los bailes; la casualidad me hizo conocer á la hija de su zapatero remendon, muchacha muy linda, mezcla de devocion y lujuria, con la cual pasé muy buenos ratos.

Llegó el miércoles de Ceniza, dia en que se pasa, sin transicion, de la locura á la piedad, del paganismo con sus bacanales al cristianismo con sus misterios y su símbolo mas filosófico.

Pocos dias despues, un hombre de mala catadura se me acercó en la calle y me dijo que le siguiera á un claustro donde me diria algo que me interesaba mucho. Le seguí en silencio, y cuando estuvo seguro de que nadie nos veia, me dijo que el alcalde Mesa tenia que hacer una perquisicion en mi casa, aquella misma noche con todos sus esbirros.

— Y yo soy uno de ellos, añadió. Sabe que teneis armas prohibidas, ocultas bajo la estera, detrás de la estufa, y sabe, ó cree saber otras cosas que le antorizan á llevaros á la cárcel.

Dando fé al aviso de aquel hombre, á causa de la circunstancia verdadera de las armas, le puse un doblon en la mano y me fuí á mi casa; cogí mis armas bajo la capa y me refugié en casa de Mengs. Por pertenecer al rey, la casa en que vivia el célebre pintor era inviolable.

Al dia siguiente, supe por mi patron que el alcalde habia hecho en mi cuarto la denunciada perquisicion con tres esbirros.

Mengs temia comprometerse dándome asilo; para tranquilizarlo me dispuse á partir. Mi coche me aguardaba á la puerta, cuando se me presentó un capitan que me dijo :

— Suplícoos, caballero, que me sigueis de buen grado al cuerpo de guardia del Buen Retiro, donde permanecereis preso. Siendo real esta casa no puedo emplear la fuerza; pero os advierto que en menos de una hora el caballero Mengs recibirá la órden de haceros salir, y entonces sereis preso con aparato.

— Voy á seguiros, pero antes me permitireis escribir cuatro billetes.

— No puedo esperar ni dejaros escribir; podreis hacerlo cuando esteis arrestado.

— Esto basta, y voy á obedecer sumiso. Me acordaré de España cuando, en el resto de Europa, halle gentes libres que tengan tentaciones de viajar por esta tierra como yo.

El capitan me condujo al palacio del Buen Retiro, que la familia real habia abandonado, que solo servia de cárcel y cuartel. En este palacio se preparaba Felipo V, con la reina, para la celebracion de las pascuas.

La sala en que me metieron era muy grande y

olia muy mal. En ella habia unos treinta presos, diez de los cuales eran soldados. Ví diez ó doce camas muy anchas y unos cuantos bancos pero ni sillas ni mesa alguna.

Supliqué á un soldado que me proporcionase papel, pluma y tintero, y le dí un duro al efecto. Tomó el duro riéndose, se fué y no volvió.

Me senté en una cama, pero al poco tiempo tuve que levantarme, viéndome lleno de chinches, cuya plaga parece endémica en España.

Mis compañeros de miseria comieron una mala sopa de ajos y pan detestable, sin mas que agua para beber. Dos curas y un individuo á quien daban el nombre de corregidor, comieron opíparamente.

A las cuatro, un criado de Mengs me trajo una comida abundante. A las cinco, pregunté al oficial de guardia si me estaba permitido escribir.

— Fuera una tiranía impedíroslo, me contestó.

— En tal caso ¿le está permitido á un soldado á quien encargan que compre papel y tinta, tomar un duro y no volver?

— ¿Quién es ese soldado?

Habian relevado la guardia y nadie supo decir quién era.

— Os prometo, dijo el oficial, que os haré devolver el dinero y mandaré castigar al soldado; mientras tanto, vais al punto á tener todo lo necesario para escribir, una mesa y luz.

Saquéme del bolsillo tres duros, diciendo á la canalla que los destinaba á quien me nombrase al soldado desleal. Inmediatamente hubo un individuo que me lo nombró, y otros tres repitieron el nombre. El oficial lo apuntó en su cartera.

Entre mil impertinencias de los presos, escribí varias cartas, llenas de indignacion.

Decia á Moncenigo que su deber le imponia defender á un súbdito de su príncipe cuando los empleados de una potencia bárbara lo asesinaban para apoderarse de sus bienes.

Escribí á D. Manuel de Roda, sabio ministro de gracia y justicia, apelando á él para que se me levantase una prision injusta.

Al duque de Losada le supliqué que pusiese en conocimiento del rey que habia quien asesinaba en su nombre á un veneciano que no habia cometido ningun delito ni contravencion.

Pero la mas vigorosa de las cuatro cartas que escribí fué la que dirigí al conde de Aranda. Segun costumbre mia, quedéme con copia de las cartas y las mandé por un criado que me envió Manucci.

Pasé una de las noches mas horribles que pudo imaginar el Dante para tormento de sus condenados. Todas las camas estaban ocupadas, y aun sin ser así, no hubiera querido acostarme en ninguna. En vano pedí un poco de paja; pero aunque me la hubiesen traido, no hubiese sabido dónde colocarla, por-

que todo el piso estaba inundado; para tanta gente no habia mas que dos ó tres orinales, y cada cual hacia aguas donde mejor le parecia.

Pasé la noche sobre un estrecho banco, con mi brazo por almohada.

El dia siguiente, á las siete de la mañana, vino Manucci y me hizo bajar al cuerpo de guardia, donde tomamos chocolate con el oficial. Quedaron horripilados de oir mis tormentos de la noche.

Mas tarde vinieron á verme una muchacha con quien yo habia contraido relaciones ocultas, y su padre, pobre zapatero de alma noble y generosa, que me puso con disimulo un cartucho de doce onzas de oro en la mano, diciéndome que se las devolveria cuando pudiese. Le estreché la mano afectuosamente; le dije que yo llevaba cincuenta en el bolsillo y que no se las enseñaba por temor de que las vieran los tunantes que me rodeaban. El buen hombre se guardó su dinero llorando. Esta especie de caracteres no son raros en España, donde la exaltacion heróica es general; pero los extremos se tocan.

El criado de Mengs me trajo la comida á las doce.

A la una me llevaron á un cuarto donde ví mi carabina y mis pistolas. El alcalde Mesa, sentado á una mesa llena de expedientes, con dos esbirros al lado, me dijo que me sentara y me ordenó que

contestase con precision á sus preguntas, advirtiéndome que mis respuestas serian escritas.

— Apenas entiendo el español, le dije, y no contestaré sino por escrito á cualquiera que me interrogue en italiano, en francés ó en latin.

Esta contestacion, hecha con firmeza y aplomo, le sorprendió. Me habló durante una hora; yo lo comprendia todo, pero no hacia mas que contestarle :

— No entiendo lo que me decís. Buscad un juez que sepa una de las lenguas que yo sé, y entonces contestaré; pero no dictaré; sino que escribiré mis respuestas.

El alcade se enfureció, pero yo despreciaba sus iras.

Por último me dió una pluma, y me dijo que escribiese en italiano mi nombre, mis cualidades, y lo que hacia en España. No pudiendo negarle esta satisfaccion, me limité á escribir lo siguiente :

« Soy Jacobo Casanova, ciudadano de la república de Venecia, literato, caballero de la Espuela de Oro. Soy bastante rico y viajo por gusto. Me conocen el embajador de Venecia, el conde de Aranda, el príncipe de la Católica, el marqués de Moras y el duque de Losada. En manera alguna he faltado á las leyes de Su Majestad Católica, y sin embargo me asesinan, me encierran con malhechores y ladrones, y esto lo hacen magistrados que mere-

cerian ser tratados con mucha mas dureza que yo. No habiendo hecho nada contrario á las leyes, Su Majestad Católica debe saber que no tiene mas derecho sobre mí que el de ordenarme salir de sus Estados, y obedeceré tan pronto como reciba esta órden. Mis armas, que veo aquí, viajan conmigo hace once años; no las llevo sino para defenderme de los ladrones en despoblado. En mi coche las vieron los empleados de la puerta de Alcalá, y nadie me las confiscó, lo cual indica que ahora no son mas que un pretesto para asesinarme. »

El alcade se hizo traducir por un individuo lo que el lector acaba de leer. Se levantó y exclamó mirándome furioso :

— ¡ Válgame Dios ! os arrepentireis de haber trazado estas líneas insolentes.

Al concluir esta amenaza de inquisidor, se fué furioso, ordenando que me llevaran al sitio de donde venia.

Mi segunda noche en cárcel fué todavía mas horrible que la primera.

Por la mañana, volvió Manucci con un chocolate excelente que me reanimó un poco. Momentos despues de haberlo tomado, se abrió la puerta y se presentó un oficial superior, acompañado de otros dos.

— ¿ El señor de Casanova ? preguntó.

Yo me adelanté pronunciando mi nombre.

— Caballero, dijo el coronel, Su Excelencia el conde de Aranda se halla á la puerta, y siente mucho vuestra desgracia. Nada ha sabido hasta que ha recibido vuestra carta, y si le hubiéseis escrito antes, vuestra detencion hubiera sido menos larga...

— Tal era mi intencion, mi coronel, pero un soldado...

Y le conté la mala partida del soldado ladron.

El coronel echó al capitan una dura reprimenda, le ordenó que me devolviese él mismo un duro, que tomé riéndome, y que hiciese venir al soldado para castigarlo en mi presencia.

El emisario del conde de Aranda era el conde Reya, coronel del regimiento de guarnicion en el Buen Retiro. Despues de haber escuchado la relacion de mi arbitrario encarcelamiento y de mi tortura, me aseguró que todo el mal procedia de la denuncia calumniadora de mi criado, bribon de iete suelas que no volví á ver.

— Cuando invite al pintor Mengs, hacedme el obsequio de acompañarle á comer conmigo, añadió el coronel en el momento de marcharse.

A las tres de la tarde vino el alcalde Mesa á decirme que le siguiera, pues tenia órden de acompañarme á mi casa, donde contaba que yo hallaria odo lo que habia dejado. Uno de sus agentes recibió el encargo de llevar mis armas á mi domicilio. El oficial de guardia me entregó mi espada.

Una vez en mi casa con el alcalde y sus esbiros, dije que lo hallaba todo en el órden en que lo habia dejado.

Despues de haberme lavado y vestido, la gratitud mas bien que el amor me hizo ir á casa del honrado y generoso zapatero. El buen hombre estaba tan orgulloso de haber adivinado que yo era víctima de un error, como contento de volverme á ver en libertad. Su hija Ignacia estaba loca de alegría, y mi amor por ella aumentó considerablemente.

Al salir de casa del honrado menestral, fuí á ver á Mengs, á quien sorprendió agradablemente verme tan pronto en libertad. Le encontré vestido de etiqueta para ir á hablar en mi favor á D. Manuel de Roda; le dí las gracias por sus buenos deseos y él me entregó una carta de Venecia que acababa de recibir. La abrí, era del señor Dándolo y contenia otra para el señor de Moncenigo. El señor Dándolo me decia que á la lectura de aquella carta, el embajador no temeria ya disgustar á los inquisidores de Estado presentándome públicamente, pues la persona que la escribia me recomendaba á él de parte de los tres inquisidores.

Oyendo esto, Mengs me dijo que de mí dependia hacer mi fortuna en España, mediante una buena conducta, principalmente en el momento en que todos los ministros se hallaban en la necesidad de

hacerme olvidar el ultraje que se me acababa de hacer.

Llevé la carta al embajador, quien, despues de haberse enterado del contenido, me invitó á comer, en compañía de Mengs, y me dijo que contaba presentarme á la corte la semana siguiente.

CAPÍTULO X

Campomanes. — Olavides. — Sierra Morena. — Aranjuez. — Mengs. — El marqués de Grimaldi. — Toledo.

En las principales vicisitudes de mi vida, siempre se han combinado circunstancias particulares para hacerme algo supersticioso; me humillo cuando, haciendo profundo exámen de conciencia, me veo obligado á confesar esta verdad. ¿Pero cómo defenderme? Está en la naturaleza que la fortuna haga de un hombre que se entrega á sus caprichos lo que hace un niño, en un billar, con una bola de marfil que empuja para reirse cuando por casualidad cae en la tronera; pero me parece que no es natural que la fortuna haga con este hombre lo que hace con la bola un jugador hábil que calcula la

fuerza de la velocidad, la de reaccion, la distancia, el rendimiento de los ángulos, y una porcion de cosas que no ven en un billar los jugadores inexpertos. No me parece natural que yo haga á la fortuna el honor de considerarla como excelente geómetra, ni que suponga á esta entidad razonable la sujecion á las leyes físicas á que veo sometida la naturaleza toda. Sin embargo, á pesar de esta reflexion, me extraña lo que observo.

Esta fortuna, que debo menospreciar como sinóñimo de casualidad, adquiere el carácter respetable de una deidad en todos los acontecimientos importantes de mi vida. Siempre ha parecido complacerse en probarme que no es ciega, por mucho que se diga; nunca me ha humillado sino para levantarme proporcionalmente á mi caida, y diríase que nunca me ha hecho subir muy alto mas que para precipitarme en el abismo. Parece que no ha querido ejercer sobre mí un poder absoluto sino para convencerme de que piensa y es dueña de todo.

Para llegar á este fin, siempre ha desplegado medios capaces de hacerme obrar, de grado ó por fuerza, y para darme á comprender que mi voluntad, lejos de ser libre, no es mas que un instrumento de que se servia para hacer de mí lo que se le antojaba.

No podia contar con nada en España sin el apoyo del representante de mi patria, y este no se hubiera

atrevido á hácer nada por mí sin una carta que le hice entregar.

Es probable que esta carta hubiera quedado sin efecto, si no hubiese llegado precisamente en el momento de mi arrestacion, que era la noticia de moda, á causa de la reparacion que el conde de Aranda me habia hecho dar.

Esta carta hizo arrepentir al embajador de no haber interpuesto su autoridad y de no haber hecho nada todavía en mi favor. Sin embargo, se figuró hacer creer al público que el conde de Aranda habia obrado así conmigo por instigacion suya. Su favorito, el conde Manucci, habia venido á comer de su parte, y por fortuna estaba comprometido á á comer con Mengs, lo cual hizo que Manucci tuviese la idea de ir á convidar al gran pintor, invitacion que halagó en extremo el a mor propio y la vanidad de un hombre en cuya casa me habia refugiado, aunque inútilmente. Esta invitacion tuvo á sus ojos todas las apariencias de un acto de gratitud, lo cual le resarcia de la mortificacion que habia experimentado sin duda al verme prender en su casa. Luego me escribió que vendria á buscarme en su coche.

El dia siguiente visité al conde de Aranda, que me devolvió las cuatro cartas que yo habia escrito en la cárcel. Estuvo amabilísimo conmigo y me aconsejó que hiciese una visita al alcalde Mesa y

otra á don Manuel de Roda, que queria conocerme.

Al separarme del conde, fuí á ver al coronel Roya, quien me dijo que yo habia hecho mal en decir al ministro que quedaba satisfecho.

— ¿Qué mas podia pretender?

— Todo. Destitucion del alcalde y cincuenta mil duros de indemnizacion.

El coronel, que es hoy general, es uno de los españoles más amables que he conocido.

Mengs vino á mi casa á buscarme y fuímos juntos á comer con el embajador de Venecia, quien me hizo una acogida cordial. Los convidados eran el abate Bigliardi, cónsul de Francia, don Rodrigo de Campomanes y el célebre don Pablo de Olavides. Despues de haber escuchado la relacion de mi entrevista con el conde de Aranda, quisieron leer mis cartas, y cada uno las comentó á su manera, unos aprobándolas y otros calificándolas de feroces.

Me alegré mucho de conocer á Campomanes y á Olavides, hombres de talento de una especie muy rara en España. Sin ser propiamente unos sabios, se hallaban por cima de las preocupaciones religiosas, pues no solamente no temian burlarse de ellas en público, sino que trabajaban abiertamente para destruirlas.

Campomanes habia proporcionado á Aranda toda la materia contra los jesuitas.

Era de notar, y la observacion tenia gracia, que

Campomanes, el conde de Aranda y el general de los jesuitas eran bizcos. Habiendo preguntado á Campomanes por qué aborrecia á las jesuitas, me dijo que les tenia tirria como á todas las órdenes religiosas, raza parásita é inútil, que haria desaparecer gustoso de la península y del mundo entero. Era autor de todo lo que se habia publicado contra las manos muertas, y como estaba íntimamente relacionado con el embajador de Venecia, el señor de Moncenigo le habia comunicado todo lo que el Senado habia hecho contra los frailes. Hubiera podido enterarse leyendo lo que nuestro Fray Pablo Sarpi ha escrito sobre esta materia. Sagaz, activo, valeroso, fiscal del consejo supremo de Castilla, del cual era presidente Aranda, era tenido por hombre íntegro que no obraba jamás sino para el bien del Estado. Por esto lo apreciaban todos los estadistas; pero los frailes y los beatos lo odiaban, y la Inquisicion debia haber jurado su pérdida. Se decia de público que si dentro de dos ó tres años Campomanes no se hacia obispo, moriria en los calabozos de la Santa Hermandad. Esta profecia solo se realizó en parte. Fué en efecto encerrado, cuatro años despues, en la cárcel de la Inquisicion; pero salió al cabo de tres años haciéndose el arrepentido.

La lepra que corroe la España es aun vivaz.

Olavides fué tratado mas duramente; y el mismo Aranda solo escapó al monstruo sanguinario gra-

cias á sus precauciones; hombre de buen sentido y de un espíritu tan penetrante como profundo, pidió la embajada de Francia, que el rey le concedió gustoso, contento de escapar así á la obligacion de entregarlo al furor de los frailes.

Carlos III, muerto loco como deben morir todos los reyes que sean al mismo tiempo hombres honrados, habia hecho cosa increibles para los que lo conocian; era testarudo como un mulo, débil como una mujer, material como un holandés, beato y muy dispuesto á morir antes que manchar su alma con el mas pequeño de los pecados mortales.

Fácilmente se concibe que un hombre así, fuese esclavo de su confesor.

Con el señor de Olavides hablé extensamente acerca de un proyecto de colonia de Suizos en la Sierra Morena. Le hice numerosas observaciones, que me suplicó le presentara por escrito, y accedí á sus deseos.

El gabinete de Madrid se ocupaba mucho de tan bella operacion. Se habian hecho venir de diferentes cantones de Suiza mil familias para formar una colonia en la desierta comarca de Sierra Morena. La naturaleza parecia haberse complacido en prodigar en aquel país todas las ventajas; un clima delicioso, un suelo fértil, aguas puras y abundantes, una posicion ventajosísima en el centro de Andalucía; y sin embargo tan hermoso país estaba desierto.

Deseando cambiar aquel estado de cosas anormal y casi inexplicable, Su Majestad Católica habia resuelto ceder á colonos inteligentes y laboriosos todos las productos de las tierras durante cierto número de años. Con este objeto, habia hecho venir á dichos suizos, pagándoles el viaje. Llegaron los suizos y el gobierno español se cuidó de instalarlos y someterlos á una buena policía temporal y espiritual. Olavides, literato distinguido, apoyaba aquella empresa. Conferenciaba con los ministros parar organizar aquella nueva poblacion, dotarla de magistrados que administrasen pronta y buena justicia; de curas, de un gobernador, de aperos necesario; para hacer construir casas, iglesias, y sobre todo una plaza de toros, cosa muy inútil para los buenos suizos, pero sin la cual los españoles no conciben que se pueda vivir.

En las Memorias que don Pablo Olavides habia presentado para la gran prosperidad de la colonia, habia dicho con mucha razon que habia que evitar todo establecimiento de frailes; pero pronto tuvo en contra á todos los frailes y monaguillos de España, sin excluir al obispo de la diócesis en que se hallaba la colonia.

Los curas seculares decian que Olavides tenia razon, pero los frailes lo trataban de impío, y como la Inquisicion era frailuna, las persecuciones empezaban ya.

En mi conversacion con el señor de Olavides, dije que en pocos años la colonia, fundada á costa de tantos sacrificios pecuniarios, se desvaneceria como el humo, por varias razones físicas y morales. La principal que alegué, fué que el suizo difiere de todas las naciones.

— Es un vegetal, dije, que trasplantado á un terreno en que no ha nacido, degenera y muere. Los suizos son el pueblo mas propenso á la nostalgia. Cuando esta enfermedad empieza á dejarse sentir en ellos, el único remedio que hay es mandarlos al país, al *chalet*, al pueblo, al lago que los vió nacer.

En mi concepto seria mejor combinar la colonia suiza con otra española, á fin de mezclarlos por medio de matrimonios. Tambien seria necesario, por lo menos al principio, no darles mas que curas y magistrados suizos, y declarados, sobre todo, fuera del alcance de la Inquisicion por lo que toca á su conciencia.

El suizo del campo tiene leyes, usos y costumbres sobre la manera de hacer el amor, inseparables de su naturaleza, y que el ceremonial eclesiástico de España no aprobaria jamás. La menor traba en esta materia acarrearia rápidamente una nostalgia general.

Mi razonamiento, que al principio pareció una broma á Benavidès, comenzó á darle á entender que

bien pudiera yo tener razon. Me suplicó que escribiese mis reflexiones y que no comunicase á nadie mas que á él mis conocimientos sobre tal materia. Se lo prometí, y Mengs fijó el dia en que ambos podíamos comer juntos en su casa.

Mengs se empeñó en que fuese á vivir con él, y consentí en trasladarme en su casa. Tan pronto como me hallé instalado, me puse á trabajar sobre la cuestion de las colonias, tratando la materia como físico y como filósofo.

No dejé de visitar á D. Manuel de Roda con quien pasé un buen rato hablando de literatura, que era su fuerte.

El duque de Losada me felicitó por los elogios que de mí hacia á todo el mundo el embajador de Venecia.

Con éste me invitó á comer el príncipe de la Católica. Todos me aconsejaban que tratase de sacar partido de mis relaciones y de mis conocimientos. Empezaba yo á pensar seriamente en emplearme, puesto que no recibia carta de Lisboa. Paulina no me escribia ya, y no me era posible averignar lo que habia sido de ella.

En tres semanas conocí á mucha gente de pro. Asistia con frecuencia á la tertulia de la Sabatini, á casa del duque de Medina Sidonia, escudero mayor del rey, literato de mérito, y á casa de doña Ignacia, la hija del zapatero. Como estábamos en cuaresma y se acercaba la Semana Santa, la devota

chicha reservaba todos los placeres para despues de Pascua, diciendo que en aquellos dias, en que Jesús muere por nosotros, solo habia que pensar en hacer penitencia.

Moncenigo tenia que presentarme al rey en Aranjuez, pero fuí acometido de una espantosa fiebre, que duró cuarenta y ocho horas, y luego se me formó un abceso, del tamaño de un melon, que manó abundante materia durante cuatro dias, y me dejó tan débil que tuve que guardar cama varios dias mas.

En esto habian transcurrido la Semana Santa y las fiestas de Pascua. Entonces recibí de Mengs un propio con la siguiente carta :

« Ayer, el cura de mi parroquia mandó fijar á la puerta de la iglesía parroquial el nombre de las personas que viven en su distrito, y que, no creyendo en Dios, no han comulgado con ocasion de la Pascua. Entre esos nombres, figura el vuestro con todas sus letras, y he tenido que soportar un reproche del cura, por haber dado asilo á un heterodoxo. No he sabido qué contestarle, porque es evidente que hubiérais podido estar un dia mas en Madrid y cumplir con el precepto, aunque no hubiese sido sino por las consideraciones *que me debeis*. Lo que yo debo al rey, *mi señor*, el celo con que debo velar por mi reputacion y mi tran-

quilidad para el porvenir me obligan, por ahora, á preveniros que mi casa ya no es la vuestra. Cuando volvais á Madrid, vivireis donde os dé la gana, y mis criados entregarán vuestro equipaje á quien esté por vos autorizado á recogerlo.

« Soy vuestro,

« ANTONIO RAFAEL MENGS. »

Esta carta brutal, insolente é inmerecida me produjo tal efecto, que Mengs no hubiera quedado impune á no hallarme en Aranjuez, postrado en cama.

La rabia me dió fuerzas; me levanté y me hice llevar en silla de manos á la iglesia de Aranjuez, donde un fraile me confesó, me dió la comunion, y me extendió un certificado que envié al cura de la parroquia de Mengs, suplicándole que me borrase de la lista de los heterodoxos. Al mismo tiempo contesté á Mengs, que no tenia merecido su ultraje, por haberle honrado yendo á vivir en su casa; pero que como cristiano que acababa de comulgar, le perdonaba su conducta brutal.

El embajador, á quien referí el caso, me contestó :

— No me extraña. Mengs no brilla sino por su talento, y todo Madrid sabe que es un extravagante ordinario.

En efecto, aquel hombre ambicioso no me habia invitado á vivir en su casa sino por vanidad. Que-

ria que toda la ciudad lo supiese, en momento en que todo el mundo hablaba de la pública satisfaccion que yo habia obtenido del conde de Aranda, y que se figurasen que se me habia concedido en parte por consideracion á él. Me habia dicho, efectivamente, en un momento de mal humor, que habia debido exigir que el alcade Mesa me acompañase, no á mi casa, sino á la suya, á la de Mengs, puesto que era allí donde me hubia hecho intimar la órden de mi arresto.

Mengs era ambicioso de gloria, gran trabajador, celoso y contemporáneo de algun mérito. Aunque era gran pintor por el dibujo, carecia de inventiva, parte esencial del pintor como del poeta.

Habiéndole dicho un dia :

— Así como todo gran poeta debe ser pintor, todo gran pintor debe ser poeta.

Se enfadó, porque se figuró sin razon que yo queria reprocharle su defecto, de que estaba convencido, pero que no queria confesar.

Era muy ignorante y tenia la debilidad de querer pasar por erudito; rendia gran culto á Baco y á Como, y queria pasar por sobrio; era lascivo, colérico, celoso y avaro, y aspiraba á la reputacion de hombre virtuoso. Como era muy trabajador, generalmente no comia, porque, bebiendo hasta perder la razon, no podia hacer nada despues de comer. Se contentaba con desayunarse y cenar.

Cuando comia en casa agena, no bebia mas que agua á fin de no comprometerse. Hablaba cuatro lenguas, pero mal, y ni siquiera sabia escribir bien la suya. Sin embargo, en esto, como en todo, queria ser perfecto. Interesándome realmente por él, en calidad de comensal, me tomó tirria algunos dias antes de irme á Aranjuez, porque la casualidad me puso en el caso de ver sus debilidades y porque tuvo que someterse á mis direcciones. El hombre estaba indignado por deberme obligaciones esenciales. Un dia yo habia impedido que enviase á la corte una Memoria que le hubiese puesto en ridículo.

Esta memoria habia de ser leida por el rey, y Mengs habia firmado *el mas ínclito*, queriendo decir *el mas humilde*. Yo le hice observar que *el mas ínclito* significaba *el mas ilustre, el mas noble, el mas elevado*. El orgulloso ignorante se puso furioso, me dijo que hacia muy mal en creér que sabia el español mejor que él, y le ahogaba el despecho : un diccionario resolvió la cuestion.

Otra vez, creí deber impedir que cometiera una necedad enviando una crítica laboriosamente escrita contra alguien que habia dicho que no teníamos en el mundo ningun monumento anti-diluviano. Mengs creia confundir al autor diciendo que se veian las ruinas de la torre de Babilonia; doble barbaridad, puesto que no se ven las supuestas ruinas, y

aun cuando se viesen, aquella torre singular es un hecho postdiluviano.

Tambien tenia la manía de agitar cuestiones de alta metafísica, y no entendia nada; su flaco consistia en hablar de la belleza y definirla, y las necedades que decia eran atroces.

En sus momentos de cólera, Mengs pegaba á sus hijos hasta el peligro de estropearlos. Mas de una vez arranqué de sus manos á su pobre hijo, que aquel verdugo parecia querer destrozar. Se vanagloriaba de haber sido educado por su padre, bohemio y mal pintor, con el baston en la mano. Decia que á esto debia el ser gran pintor, y habia resuelto emplear el mismo sistema para obligar á sus hijos á ser algo.

Quedaba muy ofendido cuando recibia una carta sin que en el sobre hubiese su título de caballero ni su nombre de Rafael. Un dia me tomé la libertad de decirle que aquellas cosas eran consideradas como bagatelas, y que poco me habia importado que las cartas que él me habia dirigido á Florencia y á Madrid no llevasen mi título de caballero, á pesar de que yo tenia el honor de ser condecorado de la misma órden que él.

No contestó nada, é hizo bien; pero por la omision de sus nombres de pila, conocia yo la locura que se la hacia considerar como depresiva. Tenia la simpleza de decir que, llamándose *Antonio* como

el Correggio, y *Rafael* como el de Urbino, los que dejaban de hacer preceder su nombre de Mengs de aquellos dos nombres de pila, no podian hacerlo sino con la intencion de negarle las dos partes de la pintura que brillan separadamente en aquellos dos grandes pintores, y que él reunia en sí.

Un dia le dije que la mano de una figura que yo miraba en uno de sus cuadros era defectuosa, porque el dedo anular era mas corto que el índice. Me replicó con aspereza que ello tenia que ser así, y como prueba me enseñó su mano. Me eché á reir, enseñándole la mia y diciéndole que estaba seguro de tener la mano conformada como todos los descendientes de Adan.

— ¿De quién pretendeis, pues, que yo descienda?

— ¡Qué se yo! pero es seguro que no sois de mi especie.

— Vos no sois de la mia, ni de la del comun de los hombres; porque todas la manos bien hechas, de hombre ó de mujer, son como la mia y no como la vuestra.

— Apuesto cien doblones que os equivocais.

Se levantó, tirando al suelo su paleta y sus pinceles; llamó á los criados y me dijo :

— Vamos á ver.

Acudieron los criados; les miró las manos, y encontró el índice mas corto que el anular.

Por primera vez le ví reir y terminar la disputa con una gracia :

— Me alegro de poder decir que soy único en algo.

Voy á referir aquí una cosa muy sensata que Mengs me dijo un dia.

Habia pintado una Magdalena que, en verdad, era de una hermosura sorprendente. Hacia unos dias que me decia cada mañana :

— Esta noche quedará concluido este cuadro.

Un dia le dije que se habia equivocado el dia antes, diciéndome que el cuadro quedaria concluido por la noche.

— No, me dijo, porque podria parecer acabado á los ojos del noventa y nueve por ciento de los inteligentes; pero me importa sobre todo el juicio del centésimo, y lo miro con sus ojos. Sabed que no hay cuadro en el mundo que sea concluido mas que relativamente. Esta Magdalena no lo será hasta que yo deje de trabajar en ella, y aun entonces no lo será mas que relativamente, pues estoy seguro de que si trabajaba en ella un dia mas, sería mas acabada. Sabed que en vuestro Petrarca no hay un soneto que sea realmente acabado. Nada de cuanto sale de la mano ó de la inteligencia del hombre es perfecto, exceptuando el cálculo matemático.

Cuando hubo concluido de hablar, lo abracé por haber hablado tan bien. No sucedió lo mismo un

dia en que me dijo que quisiera haber sido Rafael de Urbino.

— ¡ Era un gran pintor!

— En efecto, le dije; pero ¿cómo podeis decir que *quisiérais haber sido*? Este deseo es contrario á la naturaleza, porque si hubiéseis sido Rafael, no existiríais ya. No podeis hablar formalmente sino figurándoos que gozaríais de la gloria del paraiso; y en tal caso no digo nada.

— No, señor; quisiera haber sido Rafael sin pensar en existir hoy, ni en cuerpo ni en alma.

— ¡ Qué absurdo! Pero reflexionad un poco. No podeis tener semejante deseo y estar dotado de razon.

Se puso furioso y me llenó de insultos que me hicieron reir.

Otra vez puso en parangon el trabajo del poeta que compone una tragedia, con el de un pintor que compone un cuadro, donde toda la tragedia aparece en una sola escena.

Despues de haber hecho el análisis de una porcion de diferencias, concluí diciéndole que el poeta trágico se veia obligado á poner en actividad todas las fuerzas de su genio para ordenar los mas mínimos detalles, mientras que el pintor, no teniendo que atender mas que á una superficie, podia fijar colores hablando con un amigo.

— Esto prueba que un cuadro es tanto el pro-

ducto manual del artista como la obra de su inteligencia, mientras que, en una buena tragedia, todo es obra del genio. Esto demuestra claramente la inferioridad del pintor en relacion con el poeta. Encontradme un poeta que pueda encargar á su cocinero la lista de la cena cuando se halla ocupado en la confeccion de una tragedia ó en la textura de versos épicos.

Cuando Mengs se sentia vencido y convencido, lejos de ceder, lejos de confesar que se equivocaba, se enfurecia y se consideraba insultado. Sin embargo, este hombre, aunque muerto á la edad de cincuenta años, pasará á la posteridad como filósofo, gran estóico, sábio y lleno de virtudes; y esto en virtud de la biografía que uno de los adoradores de su talento hizo imprimir y dedicó al rey de España. Esta biografía, verdadero panegírico cortesano no es mas que un tegido de mentiras. Mengs no fué mas que un pintor; como tal, aunque no hubiese producido mas que el magnífico cuadro que adorna el altar mayor de la capilla real de Dresde, mereceria pasar á la posteridad, por mas que la idea de esta obra maestra nació de la admirable creacion del príncipe de los pintores, el inmortal Rafael, la *Transfiguracion*.

Hablaré otra vez de Mengs dentro de dos ó tres años, época en que lo encontré en Roma.

Manucci me invitó á ir con él á Toledo, y me

interesó mucho esta ciudad. La rodea el Tajo, el rio de las arenas de oro. Un *cicerone* nos acompañó al Alcazar, que es el Louvre de Toledo, gran palacio real. La catedral es un monumento digno de ser visto á causa de las riquezas que encierra. El arzobispo tiene trecientos mil duros de rentra, y cuatro cientos mil su clero. El dia siguiente nos hicieron visitar los gabinetes de física y de historia natural.

El viaje fortificó mi salud, de suerte que á mi regreso á Aranjuez, me puso á hacer la corte á todos los ministros. El embajador de Venecia me presentó al marqués de Grimaldi, con el cual tuve varias conferencias sobre la colonia de Sierra Morena, que iba mal. Le entregué un proyecto en que probaba que aquella colonia tenia que componerse de españoles.

— Sí, me dijo, pero la España está mal poblada en todas partes; segun vuestro plan, seria necesario empobrecer un lugar para enriquecer á otro.

— No señor, porque diez habitantes que mueren de miseria en Asturias no moririan en la colonia sino despues de haber producido cincuenta hijos. Estos cincuenta producirian docientos, y así sucesivamente.

Mi proyecto fué remitido á una comision, y el marqués de Grimaldi me aseguró que, si era admitido, yo seria nombrado gobernador de la colonia.

Una compañía de ópera bufa italiana hacia entonces las delicias de la corte, exceptuando al rey, á quien no le gustaba la música. Este rey tenia la fisonomía y la expresion de un carnero, y parecia tener cierta conformidad de órganos con este animal, que se halla desprovisto de toda sensacion de armonía oral.

Un maestro de música italiano queria componer una ópera; yo me ofrecí á escribirle el libreto, y en pocos dias versifiqué tres actos. Se representó la ópera con éxito; el compositor recibió hermosos regalos; á mí me consideraron superior á un poeta que trabaja por dinero, y fuí pagado en aplausos : verdadera moneda de corte.

La composicion de esta ópera me hizo conocer á una porcion de artistas.

La primera tiple era una romana llamada Pelliccia, ni hermosa ni fea, un poco bizca y de mediano talento. Tenia una hermana mas jóven y realmente bonita. A pesar de esta diferencia, la jóven no interesaba á nadie y la mayor se captaba el afecto de todos los que le hablaban.

Su rostro tenia el prestigio de los ojos bizcos, una mirada penetrante y dulce, una sonrisa fina y modesta, un aire desembarazado y noble, sin pretension alguna. Todo el mundo se quedada prendado de ella.

Su marido era un mal pintor, bastante feo, que

mas parecia su criado que su esposo. Le estaba muy sumiso, y ella le correspondia con muchas consideraciones.

Aquella mujer no me inspiró amor, sino una sincera amistad. Yo iba á verla cada dia, y le hacia versos sobre aires romanos que ella cantaba con muchísima gracia. Era en vez de mí lo que yo en vez de ella: una verdadera amiga.

Un dia en que habia de ensayar un acto de la ópera cuyo libreto yo habia hecho, le hablaba de los grandes personajes que estaban presentes y que no habian venido mas que para oir la nueva música.

El empresario, que se llamaba Marescalchi, se habia comprometido con el gobernador de Valencia á ir á pasar en esta poblacion el mes de setiembre con su compañía para poner en escena óperas cómicas en un teatro construido expresamente.

En Valencia no habian visto nunca ópera italiana, y Marescalchi contaba hacer fortuna.

La Pelliccia, deseando obtener de algun personaje de la corte una carta de recomendacion para aquel país, y no conociendo ninguno, me preguntó si podia suplicar al embajador de Venecia que se interesase por ella y pidiese una carta á alguno de sus amigos.

—Os aconsejo, le dije, que la pidais vos misma al duque de Arcos.

—¿Quién es ese señor?

—El que os mira á veinte pasos de nosotros.

—¿Pero cómo presentarme?...

—Es un gran señor que á buen seguro se muere de ganas de conoceros y serviros. Id á pedirle este favor al momento; estoy seguro de que os lo concederá gustoso.

—No me atrevo. Presentadme.

—No, porque todo se echaria á perder. Ni siquiera debe sospechar que os he dado este consejo. Voy á marcharme, y luego ireis á solicitar del duque el favor que deseais.

Habiéndome dirigido hácia la orquesta, volví la cabeza momentos despues y ví al duque que se dirigia hácia la artista.

—La cosa está hecha, pensé.

Despues de la ópera, la Pelliccia me dijo que tendria la carta el primer dia de la ópera.

El duque cumplió su palabra; le entregó una carta cerrada para D. Diego Valencia, comerciante de la ciudad de su nombre.

Como ella no habia de ir á Valencia hasta el mes de setiembre y estábamos en mayo, faltaba aun mucho tiempo para el entrego de la carta. Mas adelante veremos lo que contenia.

En Aranjuez yo veia con frecuencia á D. Domingo Varnier camarero del rey, á otro camarero del príncipe de Asturias que reina actualmente, y á una camarera de la princesa, hoy reina.

Esta princesa adorada habia tenido poder bastante para suprimir una porcion de etiquetas tan absurdas como molestas, y convertir el tono grave y serio de la corte en una dulce afabilidad.

Me sorprendia ver á S. M. Católica comer todos los dias á las once, como hacian los zapateros de París en el siglo diez y siete, comer siempre lo mismo, ir á la caza cada dia á la misma hora, y volver por la noche, con su hermano, extenuado de fatiga.

El rey era muy feo, pero todo es relativo; pues era guapo comparado con su hermano que era horriblemente feo.

Este hermano no viajaba nunca sin una imágen de la Vírgen que Mengs le habia pintado. Era un cuadro de dos piés de alto sobre tres y medio de ancho. La Vírgen estaba sentada sobre el césped con los piés descalzos y las piernas cruzadas á la morisca y descubiertas hasta las pantorrillas.

Era un cuadro que inflamaba el alma por via de los sentidos.

El infante estaba enamorado de su Vírgen y tomaba por devocion el mas criminal de los sentimientos voluptuosos; pues era imposible que al contemplar aquella imágen no ardiera en el deseo carnal de estrechar en sus brazos la realidad viva.

Sin embargo el infante no sospechaba aquello y se maravillaba de sentirse enamorado de la madre del Salvador. Así son en general los españoles.

Para interesarles las imágenes han de ser impresionables, y no interpretan nada sino en el sentido favorable á la pasion que los domina.

La poblacion de la Sierra Morena me tenía muy ocupado, pues escribia sobre la policía, artículo principal para el éxito de la colonia. Mis escritos, que eran simples demostraciones, gustaban mucho al ministro Grimald y halagaban á Moncenigo; porque este último esperaba que, si conseguia hacerme nombrar gobernador de la colonia, adquiriria realce la gloria de su embajada y se consolidaria su influencia diplomática.

Sin embargo, mis trabajos no me impedian divertirme. Frecuentaba los hombres de la corte que mas podrian darme á conocer los caracteres particulares de los miembros de la familia real. D. Domingo Varnier, hombre de talento, franco y veraz, era una abundante mina que yo explotaba con ventaja en tal concepto.

Un dia le pregunté si era verdad que el rey queria mucho á Esquilache por la sola razon de haber amado otro tiempo á su mujer.

—Es una calumnia, me contestó y nació en la imaginacion de los que toman por verdadero lo que apenas es verosímil. Si el sobrenombre de casto debe atribuirse á un rey por boca de la verdad y no por la de la educacion, Carlos III lo mereee quizá mas que ninguno de los reyes que lo han merecido.

»En su vida se ha acercado á ninguna mujer sino á la difunta reina, y aun esto no tanto por deber de fidelidad conyugal como por deber de cristiano. Evita el pecado por temor de manchar su alma y á fin de evitar la vergüenza de tener que confesar su debilidad al confesor.

»Fuerte, grueso, robusto, con una salud de hierro, dotado de un temperamento muy español, no pasó un solo dia sin rendir á la reina sus deberes de esposo, exceptuando cuando la salud de esta princesa exigia una tregua. Entonces, para extinguir su ardor el casto esposo se estenuaba cazando y se maceraba absteniéndose de los alimentos irritantes ó demasiado nutritivos. Figuraos la desesperacion de aquel hombre cuando se encontró viudo, y dispuesto á morir mil veces antes que verse reducido á la humillacion de una querida.

»Su recurso fué la caza y un método de emplear el tiempo de tal modo, que no le quedaba tiempo para pensar en las mujeres. La cosa era muy difícil, porque no le gusta escribir ni leer; la música no es mas que un ruido molesto para su oido, y toda conversacion algo alegre le inspira repugnancia.

»Hé aquí lo que hace y hará hasta la muerte. Se viste á las siete, y pasa luego á un tocador donde lo peinan. A las ocho hace sus oraciones; despues oye misa, y concluida esta, toma su chocolate y un enorme polvo de rapé que mete y revuelve en

sus grandes narices durante unos cuantos minutos; es el único que toma en todo el dia.

» De nueve á once trabaja con sus ministros. Viene luego la comida, que dura tres cuartos de hora; come siempre solo. Luego hace una corta visita á la princesa, y á las doce en punto se mete en el coche y parte para la caza. A las siete toma un bocado en el sitio donde se encuentra y vuelve á las ocho tan cansado que se duerme antes de acostarse.

» De este modo sofoca sus deseos amorosos.

» Es un pobre hombre, mártir voluntario de sí mismo.

» Ha pensado en casarse en segundas nupcias, pero Adelaida de Francia, al ver su retrato, se espantó y le dió calabazas. Tanto le mortificaron estas, que renunció al matrimonio. ¡Pobre de aquel que le propusiese una querida! »

Hablando de su carácter, don Domingo me dijo que los ministros hacian bien en hacerlo inaccesible, porque cuando, por sorpresa, alguien podia acercarse á él y pedirle una gracia, hacia cuestion de honra el no rehusarla jamás, porque le parecia que solo entonces era rey.

— ¿Es falsa, entonces, su reputacion de hombre duro?

— Los reyes tienen raramente la reputacion que merecen. Los mas accesibles son por fuerza los menos generosos; porque, acosados por los impor-

tunos, cada vez que ven una cara nueva, lo primero que se les ocurre es negar lo que van á pedirle.

— Pues si Carlos III es inaccesible, no debe hallarse nunca en el caso de rehusar ó conceder gracias.

— Se le encuentra solo en la caza, donde generalmente está de buen humor. Su firmeza es su defecto capital, pues lo que quiere, lo quiere con obstinacion, y no le desalientan los imposibles. Tiene para el infante, su hermano, las mayores consideraciones; no sabe negarle nada, aunque no abdica de su soberanía. Se cree que le concederá el permiso de contraer un matrimonio de conciencia; pues teme que se condene, y aunque no le gustan los hijos ilegítimos, el infante tiene ya tres.

Habia en Aranjuez una infinidad de personas que asediaban á los ministros para obtener empleos.

— Toda esa gente, me decia don Domingo, se volverá sin haber obtenido nada.

— ¿Piden imposibles?

— No piden nada determinado. « ¿Qué quereis? » les pregunta el ministro.

» — Lo que Vuestra Excelencia crea que pueda convenirme.

» — ¿Pero para que servís?

» — No sé. Vuestra Excelencia puede examinar mis disposiciones y darme el empleo que mejor pueda desempeñar.

» — No tengo tiempo. Marchaos. »

Lo mismo sucede en todas partes. Carlos III murió loco; la reina de Portugal está loca; el rey de Inglaterra lo ha estado, y hay personas que pretenden que aun no ha curado del todo.

Diríase que reina una epidemia real, lo cual no tiene nada de extraño, porque los reyes que quieren cumplir con su deber tienen que trabajar demasiado.

CAPÍTULO XI

Soy inquilino del padre de Ignacia. — Venganza de Manucci. — Zaragoza. — Valencia.

Don Diego, el zapatero, padre de mi bella Ignacia, alquiló una casa entera en la calle de Alcalá, para poderme dar un buen alojamiento. Mi habitacion era elegante y cómoda, y mi hábil proveedor puso á mi servicio una cocinera que podia competir con las mejoras de Francia, y un criado, llamado Felipe, que reunia excelentes cualidades.

Yo quedé sumamente agradecido á don Diego, cuya grandeza de alma se manifestaba cuantas veces se le ofrecia ocasion; Ignacia no cabia en sí

de gozo, gracias á lo que su padre habia hecho por mí.

Desgraciados condes, marqueses, barones, vosotros los que ridiculizais el amor propio de un hombre de bien, que quiere, con buenas acciones, obligaros á reconocer que es tan noble como vosotros, guardaos de él, si rebajais su generosa pretension, si lo llegais á envilecer; porque, cediendo á un justo desdén os desollará, y con razon, pues debeis respetar á ese hombre que, diciéndose caballero, sin serlo á vuestro modo, piensa que para hacer el papel de tal, le basta hacer buenas acciones. Respetad á ese hombre que da á la nobleza una definicion que no comprendeis.

No dice que consista en una sucesion de generaciones de que él es el último vástago; porque se rie de las genealogías con frecuencia interrumpidas y manchadas por sangre abyecta, que esposas infieles hacen correr por los venas de sus hijos; define al verdadero noble y dice : es el hombre que quiere ser respetato, y que cree que para serlo, el mejor medio consiste en respetarse á sí mismo y respetar á los demás, vivir honradamente, no engañar á nadie, no manchar nunca la lengua con una mentira cuando el que lo escucha deba creer que dice la verdad; preferir, en fin, el honor á la vida.

Esta última parte de su definicion debe haceros

temer que os mate, si le deshonrais por traicion ó por sorpresa. En física, todo lo que choca experimenta el contra-choque de la reaccion; pero en moral la reaccion es mas fuerte que en física. La reaccion de la impostura es el desprecio; la del desprecio, el odio; la del odio, el homicidio, como lo es de una mancha que cubre de deshonra á un hombre que quiere ser honrado y lo hace todo para serlo.

El zapatero D. Diego pretendia ser noble; y tal vez se habia figurado que al decírmelo se exponia á ridiculizarse á mis ojos. Pero sabiendo que lo era efectivamente, en la acepcion que daba á esta palabra, quiso convencerme cada vez mas de que no habia querido engañarme.

La bella accion del Buen Retiro me habia revelado ya su hermosa alma; pero no le bastaba eso; queria ser consecuente. Yo le habia escrito suplicándole que me buscase habitacion. Mi encargo era de los que cualquiera puede hacer bien ó mal; él no quiso servirme á lo banquero; hizo mas. Desde luego me escribió que por el dinero que yo queria gastar, tendria tambien una criada vizcaina, que me guisaria cuanto yo quisiere.

Salí de Aranjuez por la mañana y llegué por la tarde á mi nuevo domicilio de la calle de Alcalá.

Encontré á mi vizcaina, que hablaba francés, y un bonito piso bien amueblado. Mandé subir mi

equipaje y ví á mi criado, cuyo exterior me gustó.

Deseando conocer la habilidad de mi cocinera, le encargué una buena cena para mí solo, y le presenté dinero.

—No me hace falta me dijo, mañana os presentaré mi cuenta.

Despues de haber mandado á buscar lo que tenia en casa de Mengs, me fuí á casa de doña Ignacia, queriendo manifestar á su padre toda mi satisfaccion. Llegué y encontré la casa vacía. Extrañado que no me hubiese noticiado su mudanza, regresé á mi casa, y despues de haber puesto mis cosas en órden, pregunté á Felipe, mi nuevo criado, adónde habia ido á vivir D. Diego.

—Muy lejos, señorito; os acompañaré mañana.

—¿Dónde vive mi casero?

—En el piso de arriba, pero podeis estar seguro de que no harán el menor ruido.

—Quiero hablarle.

—Ha salido y no volverá hasta las diez.

Despedí á Felipe hasta la hora de cenar.

A las nueve vino á avisarme que la cena estaba servida en el cuarto inmediato. Me levanté hambriento y quedé sorprendido al ver una mesita puesta con una limpieza y una coquetería poco comunes en España.

Sentia no tener á D. Diego á mi lado para expresarle mi gratitud y mi satisfaccion. Me puse á

cenar. Entonces fué cuando mi zapatero me pareció un héroe, porque mi vizcaina era una cocinera de primer órden.

Aunque pagase bastante caro mi piso, me parecia imposible tener además una cocinera de tanto mérito.

A los postres, Felipe me dijo que mi nuevo casero habia vuelto y que, si yo se lo permitia, vendria á darme las buenas noches.

—Que entre; Estimo su visita.

¡O sorpresa! Entraron D. Diego y su hija. Mi buen amigo habia querido ser principal inquilino para cederme la mejor parte de su habitacion. Sin duda habia calculado que no perderia en ello; porque un bonito piso en la calle de Alcalá no podia estar mucho tiempo desalquilado cuando me hubiese marchado yo. Además contaba con mi satisfaccion y con el aumento de mi amistad.

No se equivocaba, pues le traté de igual á igual ensalzando todo lo que habia hecho.

Permanecimos una hora hablando, vaciando una botella de excelente vino, y arreglamos todas nuestras cuestiones de interés.

Exigí y obtuve con dificultad que la vizcaina corriese á sueldo mio.

Queriendo, sin embargo, que aquella muchacha se creyese á su servicio, le rogué que pagase cada dia el gasto que ella hiciese por mí, pues queria

comer en casa hasta que volviese el embajador. Además, habiéndole dicho que era para mí un suplicio el comer solo, le supliqué que comiese y cenase cada dia conmigo.

En vano buscó excusas, tuvo que ceder, reservándose el derecho de hacerse reemplazar por su hija cuando el trabajo no le permitiese vestirse.

Naturalmente, esta condicion, que yo esperaba, fué admitida.

El dia siguiente, deseoso de conocer la habitacion de don Diego, le hice una visita.

Entré en un cuartito destinado á doña Ignacia.

Una cama, un cofre, una silla, tal era el mobiliario; pero al lado de la cama habia un escabel sobre el cual se arrodillaba la jóven para orar ante un cuadro de cuatro piés de altura, representando á San Ignacio de Loyola, guapo jóven de formas voluptuosas, mas propio para irritar los sentidos que para excitar á la devocion.

El zapatero me dijo :

— Estoy mucho mejor alojado que antes, y vuestro piso me paga cuatro veces lo que doy por la casa.

— ¿Pero, y los muebles y la ropa ?

— En cuatro años todo quedará pagado. Espero que esta casa será el dote de mi hija, y esta bella especulacion os la debo á vos.

— Lo celebro. Pero si mal no recuerdo, me

dijísteis que no hacíais mas que remiendos, por no rebajaros á tocar los piés de nadie para tomar medida. Ahora veo que haceis zapatos nuevos.

— Es verdad; pero observad que trabajo sobre la horma que me han dado. De este modo no estoy obligado á calzarlos al que me los ha encargado, ni debo preocuparme de si le irán bien ó mal.

— ¿Cuánto os dan por ellos?

— Treinta reales.

— Son muy baratos.

— Sí, pero hay una gran diferencia entre mis zapatos y los de los maestros zapateros, tanto por el trabajo como por la calidad del cuero.

— Me mandaré hacer una horma, y me hareis zapatos, si no teneis inconveniente alguno; pero os advierto que han de ser de lo mejor.

— Convenido.

Antes de marcharse, me dijo que estaba muy ocupado, por lo cual seria su hija la que comeria conmigo.

Hice una visita al conde de Aranda, que me recibió friamente, pero con mucha cortesía.

Le comuniqué lo que me habia pasado en Aranjuez, la impertinencia del cura y la grosería de Mengs.

— Lo he sabido; esta última aventura era peor que la primera, y yo no hubiera sabido como remediarla, si no os hubieseis apresurado á cumplir con

el precepto pascual, lo que obligó al cura á borrar vuestro nombre. Actualmente, creen inquietarme por medio de pasquines; pero estoy muy tranquilo.

— ¿Qué mal pueden querer á Vuesencia?

— Quieren que permita el uso de las capas largas y de los sombreros gachos. Bien lo sabeis.

— Llegué anoche.

— No vengais el domingo, porque esta casa debe volar.

— Deseo ver si volará muy alto. A las doce estaré en vuestra sala.

— Creo que no estareis solo.

Fuí, en efecto, nunca la habia visto tan llena. El conde hablaba con todo el mundo. En el último pasquin que amenazaba al conde con la muerte, habia dos versos muy enérgicos.

El que los habia redactado, sabiendo que si le descubrian estaba perdido, decia :

Si me cogen, me ahorcarán ;
Pero no me cogerán.

Durante la comida, doña Ignacia no podia ocultar la satisfaccion que le causaba verme en su casa; pero no respondia á los instancias amorosas que le hacia cuando Felipe nos dejaba solos.

Se ponia colorada, suspiraba, y obligada á hablar, me dijo que le hiciese el favor de olvidar lo que habia pasado entre ella y yo.

Me sonreí diciéndole que estaba seguro de que ello me era imposible.

Y añadí, entre tierno y serio que aunque pudiese olvidarlo todo, yo no lo querria.

Como yo sabia que ella no era falsa, ni hipócrita, ví claramente que la devocion la dominaba; pero sabía á qué atenerme, y que su resistencia no podia durar mucho tiempo.

Habia que ir paso á paso.

Yo habia tenido que habérmelas con otras devotas, cuyo temperamento no era tan ardiente como el suyo y que me querian menos; y sin embargo habian capitulado.

Por consiguiente no desconfiaba vencer á doña Ignacia.

Después de comer, se quedó un cuarto de hora conmigo, pero ne hice la menor demostracion amorosa.

Cuando hube hecho mi siesta, me vestí y me salí sin ver á la muchacha.

Por la noche, cuando vino á juntarse con su padre, que habia cenado conmigo, la traté con la mayor dulzura, sin demostrar enfado.

Del mismo modo procedí el dia siguiente.

Al comer, me dijo que habia reñido con su novio á principios de la cuaresma, y me suplicó que no lo recibiese, si venia á visitarme.

El dia de Pentecostes, despues de haber estado

tunos, cada vez que ven una cara nueva, lo primero que se les ocurre es negar lo que van á pedirle.

— Pues si Carlos III es inaccesible, no debe hallarse nunca en el caso de rehusar ó conceder gracias.

— Se le encuentra solo en la caza, donde generalmente está de buen humor. Su firmeza es su defecto capital, pues lo que quiere, lo quiere con obstinacion, y no le desalientan los imposibles. Tiene para el infante, su hermano, las mayores consideraciones; no sabe negarle nada, aunque no abdica de su soberanía. Se cree que le concederá el permiso de contraer un matrimonio de conciencia; pues teme que se condene, y aunque no le gustan los hijos ilegítimos, el infante tiene ya tres.

Habia en Aranjuez una infinidad de personas que asediaban á los ministros para obtener empleos.

— Toda esa gente, me decia don Domingo, se volverá sin haber obtenido nada.

— ¿Piden imposibles?

— No piden nada determinado. « ¿Qué quereis? » les pregunta el ministro.

» — Lo que Vuestra Excelencia crea que pueda convenirme.

» — ¿Pero para que servís?

» — No sé. Vuestra Excelencia puede examinar mis disposiciones y darme el empleo que mejor pueda desempeñar.

» — No tengo tiempo. Marchaos. »

Lo mismo sucede en todas partes. Carlos III murió loco; la reina de Portugal está loca; el rey de Inglaterra lo ha estado, y hay personas que pretenden que aun no ha curado del todo.

Diríase que reina una epidemia real, lo cual no tiene nada de extraño, porque los reyes que quieren cumplir con su deber tienen que trabajar demasiado.

CAPÍTULO XI

Soy inquilino del padre de Ignacia. — Venganza de Manucci. — Zaragoza. — Valencia.

Don Diego, el zapatero, padre de mi bella Ignacia, alquiló una casa entera en la calle de Alcalá, para poderme dar un buen alojamiento. Mi habitacion era elegante y cómoda, y mi hábil proveedor puso á mi servicio una cocinera que podia competir con las mejoras de Francia, y un criado, llamado Felipe, que reunia excelentes cualidades.

Yo quedé sumamente agradecido á don Diego, cuya grandeza de alma se manifestaba cuantas veces se le ofrecia ocasion; Ignacia no cabia en sí

de gozo, gracias á lo que su padre habia hecho por mí.

Desgraciados condes, marqueses, barones, vosotros los que ridiculizais el amor propio de un hombre de bien, que quiere, con buenas acciones, obligaros á reconocer que es tan noble como vosotros, guardaos de él, si rebajais su generosa pretension, si lo llegais á envilecer; porque, cediendo á un justo desdén os desollará, y con razon, pues debeis respetar á ese hombre que, diciéndose caballero, sin serlo á vuestro modo, piensa que para hacer el papel de tal, le basta hacer buenas acciones. Respetad á ese hombre que da á la nobleza una definicion que no comprendeis.

No dice que consista en una sucesion de generaciones de que él es el último vástago; porque se rie de las genealogías con frecuencia interrumpidas y manchadas por sangre abyecta, que esposas infieles hacen correr por los venas de sus hijos; define al verdadero noble y dice : es el hombre que quiere ser respetato, y que cree que para serlo, el mejor medio consiste en respetarse á sí mismo y respetar á los demás, vivir honradamente, no engañar á nadie, no manchar nunca la lengua con una mentira cuando el que lo escucha deba creer que dice la verdad; preferir, en fin, el honor á la vida.

Esta última parte de su definicion debe haceros

temer que os mate, si le deshonrais por traicion ó por sorpresa. En física, todo lo que choca experimenta el contra-choque de la reaccion; pero en moral la reaccion es mas fuerte que en física. La reaccion de la impostura es el desprecio; la del desprecio, el odio; la del odio, el homicidio, como lo es de una mancha que cubre de deshonra á un hombre que quiere ser honrado y lo hace todo para serlo.

El zapatero D. Diego pretendia ser noble; y tal vez se habia figurado que al decírmelo se exponia á ridiculizarse á mis ojos. Pero sabiendo que lo era efectivamente, en la acepcion que daba á esta palabra, quiso convencerme cada vez mas de que no habia querido engañarme.

La bella accion del Buen Retiro me habia revelado ya su hermosa alma; pero no le bastaba eso; queria ser consecuente. Yo le habia escrito suplicándole que me buscase habitacion. Mi encargo era de los que cualquiera puede hacer bien ó mal; él no quiso servirme á lo banquero; hizo mas. Desde luego me escribió que por el dinero que yo queria gastar, tendria tambien una criada vizcaina, que me guisaria cuanto yo quisiere.

Salí de Aranjuez por la mañana y llegué por la tarde á mi nuevo domicilio de la calle de Alcalá.

Encontré á mi vizcaina, que hablaba francés, y un bonito piso bien amueblado. Mandé subir mi

equipaje y ví á mi criado, cuyo exterior me gustó.

Deseando conocer la habilidad de mi cocinera, le encargué una buena cena para mí solo, y le presenté dinero.

—No me hace falta me dijo, mañana os presentaré mi cuenta.

Despues de haber mandado á buscar lo que tenia en casa de Mengs, me fuí á casa de doña Ignacia, queriendo manifestar á su padre toda mi satisfaccion. Llegué y encontré la casa vacía. Extrañado que no me hubiese noticiado su mudanza, regresé á mi casa, y despues de haber puesto mis cosas en órden, pregunté á Felipe, mi nuevo criado, adónde habia ido á vivir D. Diego.

—Muy lejos, señorito; os acompañaré mañana.

—¿Dónde vive mi casero?

—En el piso de arriba, pero podeis estar seguro de que no harán el menor ruido.

—Quiero hablarle.

—Ha salido y no volverá hasta las diez.

Despedí á Felipe hasta la hora de cenar.

A las nueve vino á avisarme que la cena estaba servida en el cuarto inmediato. Me levanté hambriento y quedé sorprendido al ver una mesita puesta con una limpieza y una coquetería poco comunes en España.

Sentia no tener á D. Diego á mi lado para expresarle mi gratitud y mi satisfaccion. Me puse á

cenar. Entonces fué cuando mi zapatero me pareció un héroe, porque mi vizcaina era una cocinera de primer órden.

Aunque pagase bastante caro mi piso, me parecia imposible tener además una cocinera de tanto mérito.

A los postres, Felipe me dijo que mi nuevo casero habia vuelto y que, si yo se lo permitia, vendria á darme las buenas noches.

—Que entre ; Estimo su visita.

¡ O sorpresa ! Entraron D. Diego y su hija. Mi buen amigo habia querido ser principal inquilino para cederme la mejor parte de su habitacion. Sin duda habia calculado que no perderia en ello ; porque un bonito piso en la calle de Alcalá no podia estar mucho tiempo desalquilado cuando me hubiese marchado yo. Además contaba con mi satisfaccion y con el aumento de mi amistad.

No se equivocaba, pues le traté de igual á igual ensalzando todo lo que habia hecho.

Permanecimos una hora hablando, vaciando una botella de excelente vino, y arreglamos todas nuestras cuestiones de interés.

Exigí y obtuve con dificultad que la vizcaina corriese á sueldo mio.

Queriendo, sin embargo, que aquella muchacha se creyese á su servicio, le rogué que pagase cada dia el gasto que ella hiciese por mí, pues queria

comer en casa hasta que volviese el embajador. Además, habiéndole dicho que era para mí un suplicio el comer solo, le supliqué que comiese y cenase cada dia conmigo.

En vano buscó excusas, tuvo que ceder, reservándose el derecho de hacerse reemplazar por su hija cuando el trabajo no le permitiese vestirse.

Naturalmente, esta condicion, que yo esperaba, fué admitida.

El dia siguiente, deseoso de conocer la habitacion de don Diego, le hice una visita.

Entré en un cuartito destinado á doña Ignacia.

Una cama, un cofre, una silla, tal era el mobiliario; pero al lado de la cama habia un escabel sobre el cual se arrodillaba la jóven para orar ante un cuadro de cuatro piés de altura, representando á San Ignacio de Loyola, guapo jóven de formas voluptuosas, mas propio para irritar los sentidos que para excitar á la devocion.

El zapatero me dijo :

— Estoy mucho mejor alojado que antes, y vuestro piso me paga cuatro veces lo que doy por la casa.

— ¿Pero, y los muebles y la ropa?

— En cuatro años todo quedará pagado. Espero que esta casa será el dote de mi hija, y esta bella especulacion os la debo á vos.

— Lo celebro. Pero si mal no recuerdo, me

dijísteis que no hacíais mas que remiendos, por no rebajaros á tocar los piés de nadie para tomar medida. Ahora veo que haceis zapatos nuevos.

— Es verdad; pero observad que trabajo sobre la horma que me han dado. De este modo no estoy obligado á calzarlos al que me los ha encargado, ni debo preocuparme de si le irán bien ó mal.

— ¿Cuánto os dan por ellos?

— Treinta reales.

— Son muy baratos.

— Sí, pero hay una gran diferencia entre mis zapatos y los de los maestros zapateros, tanto por el trabajo como por la calidad del cuero.

— Me mandaré hacer una horma, y me hareis zapatos, si no teneis inconveniente alguno; pero os advierto que han de ser de lo mejor.

— Convenido.

Antes de marcharse, me dijo que estaba muy ocupado, por lo cual seria su hija la que comeria conmigo.

Hice una visita al conde de Aranda, que me recibió friamente, pero con mucha cortesía.

Le comuniqué lo que me habia pasado en Aranjuez, la impertinencia del cura y la grosería de Mengs.

— Lo he sabido; esta última aventura era peor que la primera, y yo no hubiera sabido como remediarla, si no os hubieseis apresurado á cumplir con

el precepto pascual, lo que obligó al cura á borrar vuestro nombre. Actualmente, creen inquietarme por medio de pasquines; pero estoy muy tranquilo.

— ¿Qué mal pueden querer á Vuesencia?

— Quieren que permita el uso de las capas largas y de los sombreros gachos. Bien lo sabeis.

— Llegué anoche.

— No vengais el domingo, porque esta casa debe volar.

— Deseo ver si volará muy alto. A las doce estaré en vuestra sala.

— Creo que no estareis solo.

Fuí, en efecto, nunca la habia visto tan llena. El conde hablaba con todo el mundo. En el último pasquin que amenazaba al conde con la muerte, habia dos versos muy enérgicos.

El que los habia redactado, sabiendo que si le descubrian estaba perdido, decia :

Si me cogen, me ahorcarán ;
Pero no me cogerán.

Durante la comida, doña Ignacia no podia ocultar la satisfaccion que le causaba verme en su casa; pero no respondia á los instancias amorosas que le hacia cuando Felipe nos dejaba solos.

Se ponia colorada, suspiraba, y obligada á hablar, me dijo que le hiciese el favor de olvidar lo que habia pasado entre ella y yo.

Me sonreí diciéndole que estaba seguro de que ello me era imposible.

Y añadí, entre tierno y serio que aunque pudiese olvidarlo todo, yo no lo querria.

Como yo sabia que ella no era falsa, ni hipócrita, ví claramente que la devocion la dominaba; pero sabía á qué atenerme, y que su resistencia no podia durar mucho tiempo.

Habia que ir paso á paso.

Yo habia tenido que habérmelas con otras devotas, cuyo temperamento no era tan ardiente como el suyo y que me querian menos; y sin embargo habian capitulado.

Por consiguiente no desconfiaba vencer á doña Ignacia.

Después de comer, se quedó un cuarto de hora conmigo, pero ne hice la menor demostracion amorosa.

Cuando hube hecho mi siesta, me vestí y me salí sin ver á la muchacha.

Por la noche, cuando vino á juntarse con su padre, que habia cenado conmigo, la traté con la mayor dulzura, sin demostrar enfado.

Del mismo modo procedí el dia siguiente.

Al comer, me dijo que habia reñido con su novio á principios de la cuaresma, y me suplicó que no lo recibiese, si venia á visitarme.

El dia de Pentecostes, despues de haber estado

en casa del conde de Aranda, volví á mi casa, y don Diego muy bien vestido, comió conmigo. No ví á su hija.

Habiéndole preguntado si comia fuera, me contestó sonriéndose que se habia encerrado en su cuarto donde, al parecer, celebraba la fiesta del Espíritu Santo.

Añadió que bajaria probablemente por la noche, á cenar conmigo, pues él estaba invitado á cenar en casa de su hermano donde estaria por lo menos hasta media noche.

— Mi querido don Diego, no hagais cumplidos. Antes de salir, decid á vuestra hija que no se moleste y que cedo gustoso mis derechos de compañía á los que Dios puede tener en su conciencia. Decidle que si, para cenar conmigo, tiene que distraerse de sus devociones, que haga lo que mas le plazca, y que cenaremos juntos otra dia. ¿Me hareis el favor de decírselo?

— Quedareis servido.

El buen menestral volvió cuando hube dormido mi siesta, y me dijo que doña Ignacia me daba las gracias, y que aprovecharia mi permiso para quedarse sola.

— Así hay que vivir entre nosotros. Mañana le daré las gracias.

Algo me costó responderle así, porque aquel exceso de devocion me disgustaba y hasta me hacia

temer que fuese causa de la muerte del amor que me unia á la muchacha.

A pesar de mi mal humor, estuve á punto de rebentar de risa cuando don Diego me dijo que un padre inteligente debia perdonar á su hija un exceso de devocion como una violenta pasion amorosa. No hubiera sospechado tal filsofía en un zapatero español, aun á pesar de su nobleza.

El tiempo era malo aquel dia y resolví no salir. Dije á Felipe que despidiera mi coche y se fuese á paseo, despues de haber avisado á la vizcaina que no cenaria hasta las diez. Una vez solo, me puse á esbribir, y, por la noche, fué la madre la que vino á encender las luces. Yo me acosté sin cenar. A la mañana siguiente, á las nueve, acababa de levantarme cuando ví venir á doña Ignacia, que me explicó todo el pesar que habia experimentado al saber que yo no habia cenado.

— Solo, triste y desgraciado, le dije, hice bien en abstenerme.

— Pareceis abatido.

— No lo pareceré cuando vos querais.

Vino el peluquero y ella me dejó. Fuí á misa á la iglesia del Buen Suceso, donde ví á las cortesanas mas hermosas de Madrid.

Comí con don Diego ; su hija vino á los postres y él le dijo que tenia la culpa de que yo no habia cenado la noche anterior.

— No volverá á sucederme, dijo ella.

— ¿Quereis ir conmigo á Nuestra Señora de Atocha, mi querida doña Ignacia?

— Por mi parte, con mucho gusto, dijo echando una mirada á su padre.

— Hija mia, dijo don Diego, la verdadera devocion es inseparable de la alegría, de la confianza que hay que tener en Dios, en sí mismo y en la probidad de las personas honradas que uno frecuenta. Por consiguiente, debes creer que don Jaime es un buen sugeto, aunque no haya tenido la dicha de nacer en España.

A esta conclusion no pude menos de reirme, pero don Diego no se ofendió. Doña Ignacia besó la mano á su padre y me preguntó con seductora ingenuidad, si tenia inconveniente en que convidase á una de sus primas.

— ¿Qué falta te hace tu prima? le dijo don Diego. Yo respondo de don Jaime.

— Os lo agradezco, mi querido amigo; pero si su prima quiere venir y doña Ignacia lo desea, celebraré que venga.

Despues de este arreglo, el padre se fué, y mandé á Felipe á la cuadra para que engancharan cuatro mulas.

Cuando estuvimos solos, Ignacia me preguntó con ternura si la perdonaba.

— Todo os lo perdono, ángel mio, con tal de que me perdoneis el amor que os tengo.

— ¡Ay, amigo mio! temo volverme loca, si sostengo el combate que me destroza el alma y el corazon.

— Fuera combates, querida Ignacia. Amadme como os amo, ó decidme que salga de aquí y no vuelva á parecer ante vuestros ojos. Tendré la fuerza de obedeceros; pero esto no os hará feliz.

—¡Oh! demasiado lo sé. No, no; quedaos. Esta casa os pertenece.

Luego hablamos de su prima, y le pregunté:

—¿Sabe que nos amamos?

—¿Para qué decírselo? Lo ha adivinado, pero tiene buen corazon y se contenta con compadecerme. Quiere que hagamos juntas una devocion á la Vírgen de la Soledad, cuyo efecto consistirá en curarnos de un amor que nos condena.

—¿Tambien está enamorada?

—Sí, pero es desgraciada, porque ama sin ser correspondida. Eso debe ser un tormento atroz.

—En efecto. La compadezco, porque, fea como es, no sé que hombre pueda apechugar con ella. La pobre chica debiera carecer de necesidad de amar. Pero vos....

—¡Yo! Callad. Mi alma está expuesta á un peligro mayor que la suya; porque no sé si soy bonita y soy solicitada. Estoy obligada á defenderme ó á entregarme; y hay hombres contra los cuales es imposible defenderse. Pongo á Dios por testigo de

que la semana santa fuí á ver á una pobre muchacha que tenia las viruelas y la toqué con la esperanza de coger su enfermedad y ponerme fea. Pero Dios no lo ha querido; y por añadidura mi confesor me echó una reprimenda, ordenándome una penitencia que nunca hubiera esperado.

—¿Que penitencia?

—Despues de haberme dicho que un hermoso rostro indica un alma hermosa, y que es don de Dios por el que hay que darle gracias cada dia; que habiendo procurado ponerme fea, habia ofendido á Dios destruyendo su obra, con lo cual me habia hecho indigna de su gracia; despues de mil observaciones por el estilo, me ordenó, como penitencia, me pusiese un poco de colorete en las mejillas cada vez que me pareciese estar un poco pálida.

» He tenido que someterme y he comprado un tarrito de colorete; pero aun no he creido necesario hacer uso de él. Además, mi padre podria notarlo, y me encontraria apurada para decirle que es por penitencia.

—¿Vuestro confesor es jóven?

—Es un viejo de sesenta años.

—¿Le decís todas las circunstancias de vuestros pecados?

—¡Oh! por supuesto. Cada circustancia por pequeña que sea, puede ser un gran pecado.

—¿Os pregunta?

—No porque se lo digo todo. Es una vergüenza muy grande, pero hay que pasar por ella.

—¿Hace mucho tiempo que teneis ese confesor?

—Dos años. Antes tenia uno insoportable. Me preguntaba cosas que me indignaban.

—¿Qué os preguntaba?

—No es para dicho.

—¿Que necesidad teneis de ir á confesaros tan á menudo?

—¿Qué necesidad? ¡Ojalá no la tuviera! Sin embargo no voy mas que cada ocho dias.

—Es demasiado.

—No, porque sabe Dios que cuando estoy en pecado mortal no puedo dormir. Tengo miedo de dormirme durante mi sueño.

—Os compadecco, amiga mia, porque este miedo debe haceros desgraciada. Tengo un privilegio que vos no teneis. Cuento con la misericordia de Dios, que no puede faltar á los mortales.

Llegó la prima y partimos. Encontramos muchos coches á la puerta de la iglesia, que estaba llena de fieles de toda especie.

Allí ví á la duquesa de Villadorias, famosa por su andromanía. Cuando le daba el furor interino, no habia nada que pudiese detenerla, se apoderaba del hombre que excitaba su instinto y era preciso que la satisfaciese.

Esto le habia sucedido varias veces en público, donde la gente habia tenido que huir. Yo la habia conocido en un baile; aun era hermosa y jóven.

En el momento en que yo entraba con las dos beatas, ella se hallaba arrodillada en las baldosas de la iglesia. Levantó la cabeza, clavó en mí los ojos y cuando mis compañeras se levantaron para salir, la duquesa se levantó tambien.

Una vez fuera de la iglesia, me preguntó si la conocia; le dije su nombre y ella me preguntó por qué no iba á verla y si iba á casa de la duquesa de Benavente.

Le contesté que no, y me despedí prometiéndole ir á hacerle una visita.

De regreso á casa, expliqué á mis dos amigas la naturaleza de la enfermedad de la duquesa. Doña Ignacia me preguntó con ansiedad si iria á verla; y respiró cuando le aseguré que no iria.

Me parece muy ridículo que una míserable filosofía coloque aun entre las cosas problemáticas ciertos hechos decididos por la razon desde que la razon existe.

Se pregunta cuál de los dos sexos encuentra mas satisfaccion en el acto de la generacion. Homero ha suscitado sobre este punto una disputa entre Júpiter y Juno.

Tiresias, que habia sido mujer, pronunció una sentencia verdadera, pero que hace reir, pues pa-

rece que se han puesto en los platillos de la balanza los dos placeres.

Una razon muy sencilla ha hecho decir á no sé quién que la mujer gozaba más, porque su goce era mas pronto, con frecuencia repetido, y porque en ella se hacia la fiesta.

Esta razon es bastante plausible, porque con toda la comodidad posible, no tiene mas que dejar hacer: es al mismo tiempo agente activo y pasivo, mientras que la accion es indispensable para la satisfaccion del hombre.

Pero hay una razon física que pone la cuestion fuera de duda, y es que si la mujer no gozase mas que el hombre, la naturaleza seria injusta, lo cual no es posible.

Nada hay inútil en la creacion, y nada está condenado por el Criador á experimentar pena ó placer sin compensacion. Si la mujer no gozase mas que él hombre, no tendria mas trabajo ni mas órganos que él.

Y cuando no fuese mas que la matriz, ese órgano extraño al cerebro, y por tanto del todo independiente de la razon, ese órgano que no se halla dotado mas que de la necesidad de nutrir y de ser nutrido, cuyo instinto se convierte en furor cuando se encuentra irritado por el temperamento; ese órgano sólo, debe indicar que el goce de la mujer es muy superior al del hombre. Esto quedaria sufi-

cientemente probado por la andromanía á que son propensas muchas mujeres, enfermedad que convierte á unas en mártires y á otras en Mesalinas.

El hombre no padece ninguna enfermedad que pueda comparararse á la andromanía.

La naturaleza, siempre justa en sus reacciones y en sus resarcimientos, ha debido dar á la mujer y á toda hembra un placer que compensa los males que son consiguientes.

¿Qué hombre, por dulce que le sea el placer del amor, querria exponerse una sola vez á él, si se expusiese al peligro de un embarazo de nueve meses, de un parto mas ó menos doloroso, á veces mortal? La mujer se expone, aun despues de varias experiencias dolorosas. Por consiguiente, encuentra que el placer vale la pena, y es claro que su placer debe ser mucho mayor que el del hombre.

A pesar de esto, cuando me pregunto si quisiera renacer mujer, ápesar de mi voluptuosidad, me contesto que no, porque experimento placeres de que está privada la mujer y que me hacen preferir mis sexo.

Sin embargo, por tener el privilegio de volver á nacer, consentiria en renacer mujer, y hasta animal, de cualquier especie; con la condicion de conservar mi memoria, porque, de lo contrario, ya no seria yo mismo.

Pasamos por el paseo de los Balbazos, donde tomamos helados. Mis dos amigas llegaron á casa muy contentas del placer que les habia proporcionado aquel dia sin ofender á Dios.

Doña Ignacia, á quien yo queria mucho y que era digna de ser amada, satisfecha de haber pasado conmigo todo el dia sin que yo me hubiese tomado sobre ella la menor libertad, y temiendo, al parecer, que no guardase la misma reserva durante la cena, me suplicó que convidase á su prima á cenar con nosotros.

Consentí gustoso y no me arrepentí de ello.

Esta prima, tan tonta como fea, tenia buen corazon y poseia la excelente cualidad de ser complaciente sensible. Sabiendo que doña Ignacia le habia confiado todo lo que habia pasado entre nosotros dos, no sentia que se hallase presente en nuestras entrevistas; no podia estorbarme y doña Ignacia creia que delante de ella no me atreveria á nada.

Habian puesto un tercer cubierto, cuando oí pasos en la escalera. Era el padre, y lo invité á cenar con nosotros.

Creo haber dicho que don Diego era amable; pero me divertia sobre todo con sus máximas en materia de moral.

Su flaco consistia en abultar su buena fé.

Sabia, ó sospechaba que yo amaba á su hija, pero sin mal fin, ya porque confiase en mi honor

ó porque creyese que la devocion le servia de escudo inquebrantable.

Siempre creí que no nos hubiese dejado juntos, si hubiese sospechado lo que habia pasado entre nosotros.

En la mesa, sentado al lado de su sobrina y en frente de su hija, que yo tenia á mi derecha, animó casi siempre la conversacion.

El español, aunque grave, es hablador, y su lengua rica y pomposa le facilita la elocuencia.

Doña Ignacia contó á su padre lo mucho que le habia gustado nuestro paseo á Atocha y á los Balbazos, y concluyó diciendo que habia visto á la duquesa de Villadorias, que me habia invitado á irla á ver.

Entonces don Diego se puso á filosofar y á bromear sobre la enfermedad de aquella señora, contó muchos casos sobre los cuales hicimos numerosos comentarios, que las muchachas fingian no entender.

El buen vino de la Mancha nos mantuvo en la mesa hasta la una, y el tiempo nos habia parecido á todos muy corto.

Don Diego dijo á su sobrina que podia dormir con su hija en el cuarto en que nos encontrábamos, pues la cama era bastante ancha para dos, mientras que la de doña Ignacia era estrecha y la noche muy calurosa.

Me apresuré á decir que, si aceptaban, me honrarian mucho; pero doña Ignacia replicó, poniéndose colorada, que ello no estaba bien, puesto que el cuarto no estaba separado del mio mas que por una puerta de cristales.

A esta objecion, miré á don Diego con una sonrisa, y el buen hombre, deseoso, como siempre, de darme una elevada idea de su talento, se puso á arengar á su hija de la manera mas cómica.

Le dijo que yo debia tener al menos veinte años mas que ella, y que con su recelo habia cometido un pecado mas grande que el que hubiese podido cometer con alguna complacencia amorosa á que se hubiese doblegado su alma.

— Estoy seguro, añadió, de que el domingo próximo te olvidarás de acosarte del crímen de haber considerado á don Jaime capaz de una mala accion.

Doña Ignacia me miró con ternura, me pidió perdon, y dijo que haria lo que dijese su padre. La prima no dijo nada, y el padre, despues de haber besado á su hija en la frente, me dió las buenas noches y se fué muy satisfecho de su arenga.

Suponiendo que Ignacia temia alguna tentativa de mi parte, y convencido de que estaba dispuesta á oponer una resistencia que la realzase á los ojos de su prima, resolví dejarla muy tranquila, y me acosté.

El dia siguiente me levanté á las seis, con la esperanza de jugarles alguna broma, pero al entrar en el cuarto encontré la cama arreglada y los pájaros fuera.

Como era la tercera fiesta, supuse que habian ido á misa á la Soledad.

Doña Ignacia regresó sola á las diez. Me encontró solo, vestido y escribiendo.

Me dijo que habia pasado tres horas en la iglesia con su prima, que acababa de entrar en su casa.

— Supongo que habeis ido á confesaros.

— No. Fuí el domingo pasado y volveré el domingo que viene.

— Celebro no ser causa de que vuestra confesion sea mas larga.

— Os engañais.

— ¿Que me engaño? Os comprendo. Sabed que no quiero que nos condenemos por simples deseos. No vine á vuestra casa para atormentaros ni para martirizarme. Lo que me concedísteis acabó por trastornarme la la cabeza y encender el amor que os tengo, y me haceis estremecer cuando pienso que mi ternura y la vuestra causan vuestro arrepentimiento. He pasado muy mala noche, y debo cuidarme. Voy á ver si puedo olvidaros; mas para esto es preciso, en primer lugar, que no os vuelva á ver. Me quedaré en vuestra casa, pero desde mañana viviré en otra parte. Si vuestra religion es

lógica, debeis aprobar mi proyecto. Comunicádselo el domingo á vuestro confesor, y vereis como lo aprobará.

— Decís verdad, pero no puedo consentir en ello. Sois dueño de alejaros de mí; sufriré en silencio; dejaré hablar á mi padre, pero seré la criatura mas desgraciada de Madrid.

Al concluir estas palabras, rodaron dos gruesas lágrimas por sus mejillas; ella bajó los ojos y yo me sentí enternecido.

— Os amo entrañablemente, bella Ignacia, y espero que la pasion que me habeis inspirado no me condenará. No puedo veros sin amaros, y amándoos, la naturaleza me obliga á daros pruebas positivas de mi amor; son necesarias para mi felicidad. Decís que si me voy, sereis desgraciada, y no puedo resolverme á causar vuestro infortunio; pero si me quedo sin que cambieis de sistema, el desgraciado seré yo. Estoy seguro de perder hasta mi salud. Decidme ahora ¿qué debo hacer? ¿Me voy ó me quedo?

— Quedaos.

— ¿Sereis, pues, buena y tierna como lo fuísteis, tal vez por mi desdicha?

— ¡Ah! tuve que arrepentirme y prometer á Dios que no volveria á caer en el mismo pecado. Quedaos, porque estoy segura de que en siete ú ocho dias nos acostumbraremos á vernos, os amaré

como á un padre y vos me amareis como á una hija ó una hermana, que podreis estrechar en vuestros brazos sin ningun mal pensamiento.

— ¿Y decís que estais segura de ello?

— Sí, amigo mio: muy segura.

— Os equivocais.

— Dejadme en mi error.

— ¡Desgraciada devota!

— ¿Por qué desgraciada?

— Nada, nada, amiga mia; no hablemos mas. Me quedaré en vuestra casa.

Salí mas afligido del estado de aquella jóven que del mio, y comprendí que me era preciso olvidarla.

Volví á las doce, y don Diego, creyendo darme gusto, vino á comer conmigo; su hija no pareció hasta los postres.

Le supliqué cortesmente que se sentase, pero con aire triste y frio. Su padre le preguntó, burlándose de ella, si yo me habia levantado por la noche para ir á sorprenderla en la cama.

— No ofendí á don Jaime con ningun recelo, replicó ella, y si hice objeciones, fué por mi acostumbrada reserva.

Interrumpíla elogiando su modestia, y diciéndole que tendria razon en guardarse de mí; si las leyes del deber no tuviesen mas fuerza que los deseos que sus encantos me inspiraban.

Esta declaracion de amor le pareció á don Diego sublime y digna de la antigua Tabla Redonda.

Su hija le contestó que yo me burlaba de ella, pero él replicó que estaba seguro de lo contrario, y que estaba seguro de que yo la habia conocido antes del baile.

— Os juro que os equivocais, contestó Ignacia con energía.

— Jurais en vano, señora, y vuestro padre lo entiende mas que vos.

— ¡Cómo! ¿me habíais visto? ¿y en dónde?

— En la Soledad, donde acabábais de comulgar y donde oí misa. Cuando salísteis con vuestra prima, os seguí de lejos, y podeis adivinar lo demás.

Ella queda confusa; su padre triunfa y goza de su perspicacia.

— Voy á los toros, dijo él; hace un dia hermoso; todo Madrid irá; hay que ir temprano para coger buen sitio. Nunca habeis visto este soberbio espectáculo y os aconsejo que vayais. Ignacia, suplica á don Jaime que te acompañe.

— ¿Os seria agradable mi compañía? me dijo con ternura.

— No lo dudeis, doña Ignacia; pero con la condicion de que os acompañará vuestra prima, porque estoy enamorado de ella.

El padre soltó una carcajada, pero la hija dijo maliciosamente:

— Puede ser.

Fuí con Ignacia y una prima suya, á ver una corrida de toros, espectáculo soberbio y bárbaro que hace las delicias de los españoles. Se ha escrito tanto sobre esas corridas, que no cansaré á mis lectores haciéndoles una descripcion de la que ví. Solo diré que es una barbarie que debe perjudicar á las costumbres de una nacion.

Las dos muchachas estaban sentadas en la primera fila de un palco, y yo detrás, en la segunda fila, algo mas alta que la primera. Habia ya dos señoras, y lo que me hizo reir fué la casualidad de que una de ellas era la duquesa de Villadorias. Estaba sentada delante de mí, de modo que su cabeza estaba casi entre mis piernas.

Me conoció y celebró la casualidad que hacia que nos encontrásemos en las iglesias y las diversiones públicas; viendo luego á doña Ignacia que le estaba al lado, me hizo, en francés, el elogio de su hermosura y me preguntó si era mi mujer ó mi querida.

Le contesté que era una beldad por la cual suspiraba en vano. Se sonrió ella diciéndome que era muy incrédula en tal materia, y volviéndose hácia doña Ignacia, le dijo una porcion de lindezas sobre el amor, considerándola tan docta como ella.

Por último, le dijo algo al oido; Ignacia se puso colorada como una amapola; la duquesa se animó

en extremo y me dijo que habia elegido la mujer mas guapa de Madrid, y que, sin preguntarme quien era ella, celebraria que yo fuese á comer á su casa en compañía de aquella linda jóven.

Se lo prometí, no pudiendo evitarlo, pero me guardé de fijar dia. Me obligó, sin embargo, á que le prometiese una visita para el dia siguiente, y me espantó cuando me dijo que estaria sola. Esta palabra indicaba una cita en regla. Era guapa, pero demasiado célebre, y mi visita hubiera dado mucho que hablar.

Afortunadamente, empezó la corrida y exigió silencio general.

Terminada esta, acompañé á las dos muchachas, que se deshacieron en cumplidos; hice que la prima se quedase á cenar, suponiendo que se quedaria á dormir como víspera.

Cenamos, pero sin alegría, porque don Diego cenaba fuera, y estando yo de mal humor, no hice nada para animar la conversacion.

Doña Ignacia se puso pensativa despues de haberle contestado yo que la buena crianza me exigia hacer á la duquesa la visita prometida.

— Iremos tambien á comer un dia en su casa de recreo, añadí.

— ¡Oh, no!

— ¿Por qué?

— Porque es una loca. Me dijo al oido cosas

que me hubiesen ofendido, si yo no hubiese considerado que su intencion era honrarme con tratarme de igual á igual.

Nos levantamos de la mesa, y despues de haber despedido á mi criado, nos sentamos en el balcon, esperando que llegase don Diego.

Sentados uno al lado del otro; excitados por el amor, invitados por las tinieblas misteriosas que, sin impedir que dos amantes se vean, protegen contra las miradas importunas, nos miramos mutuamente con amor, y leí en los ojos de Ignacia la hora de la dicha.

Dejando caer mi brazo sobre ella, llevé mis labios á su boca, y un dulce estremecimiento me anunció todo el fuego que abrasaba su alma.

— ¿Irás á casa de la duquesa?

— No, corazon mio, si me prometes no ir el domingo á ver á tu confesor.

— ¿Qué dirá si no voy?

— Nada, si cumple con su deber. Pero razonemos un poco.

Estábamos tan pegados el uno al otro, que la pobre prima, sospechando lo que podia suceder, se habia retirado al otro extremo del balcon y nos volvia las espaldas.

Sin cambiar de postura y evitando hacer movimiento alguno, le pregunté si en aquel momento

se sentia dispuesta á arrepentirse del pecado que estaba dispuesta á cometer.

— No pienso en mi confesion en este momento, pero si me haces pensar, es seguro que me confesaré.

— Y cuando he hayas confesado ¿continuarás amándome como en este momento?

— Espero que Dios me dará fuerzas bastantes para no volver á ofenderlo.

— Os aseguro que si continuais amándome, Dios no os dará esas fuerzas que decís; y como estoy segura de que hareis todo lo posible por merecer esa gracia, presumo que el domingo por la noche me negareis la felicidad que estais pronta á concederme en este momento.

— ¡Ay! amigo mio, es verdad, pero ¿á qué pensar en ello ahora?

— Porque al entregarme al mas dulce de los goces, aumento mi amor y el vuestro, y sentiria demasiado no poseeros cada dia. Prometedme, pues, no ir á confesaros durante todo el tiempo que yo estaré en Madrid, ó sufrid que ahora mismo me convierta en el hombre mas desgraciado del mundo, retirándome; pues no puedo entregarme de buena fé al amor, pensando en la pena que vuestra resistencia me causaria el domingo.

Haciéndole esta observacion, muy cruel en aquel

instante, la estreché en mis brazos, prodigándole toda suerte de caricias en una efervescencia de amor; pero antes de llegar al hecho decisivo, le pregunté de nuevo si me prometia no confesarse el domingo próximo.

— ¡Ah! ¡qué cruel sois, amigo mio! Me haceis muy desgraciada, porque en conciencia no puedo prometeros tal cosa.

A esta respuesta, que yo esperaba, permanecí en una inmobilidad absoluta, seguro de causarle un gran disgusto, porque, en el estado de irritacion á que habia llegado, no concluir la obra, era desesperarla. Yo tambien sufria mucho, porque me hallaba á la puerta del templo, y hubiera bastado un simple movimiento hácia adelante, para hallarme en el santuario; pero estaba seguro que imponiéndome tan ruda privacion, le imponia otra mas fuerte, que no podria ella resistir.

En efecto, Ignacia estaba desesparada; no la habia rechazado, pero me hallaba en una inaccion completa.

Como el pudor le impedia solicitar abiertamente, redobló sus caricias, acercándose en la posicion mas fácil, y reprochándome mi seduccion y mi crueldad.

No sé lo que hubiera sucedido, si la primita no se hubiese vuelto para decirnos que venia don Diego.

En pocos segundos reparamos nuestro desórden y tomamos una postura decorosa. La prima se sentó á nuestro lado, y don Diego, despues de algunos cumplidos, nos dejó en la oscuridad, dándonos las buenas noches.

Inmediatamente despues me despedí tristemente de las dos muchachas y me acosté.

Por la mañana, se levantaron muy temprano, y don Diego bajó á las doce á comer conmigo, diciéndome que su hija tenia una jaqueca tan grande que ni siquiera habia podido ir á misa.

— Que coma algo.

— Al contrario; la dieta la pondrá buena, y esta noche podrá cenar con vos.

Despues de haber dormido la siesta, fuí á ver á Ignacia.

Durante tres horas, sentado á la cabecera de la cama, le dije todo lo que un amante como yo podia decir á una muchacha para convertirla á fin de hacerla feliz.

Permanecia con los ojos cerrados, sin decir nada, y suspiraba cuando yo le decia algo conmovedor.

Me separé de ella para ir á pasearme por la carrera de San Gerónimo, despues de haberle dicho que si no bajaba á cenar conmigo, seria señal de que no queria volverme á ver.

La amenaza produjo su efecto. Vino á sentarso á la mesa, aunque pálida y deshecha.

Comió poco y no me dijo nada. De vez en cuando rodaba una lágrima por su mejilla.

Antes de subir á su casa, me preguntó si habia ido á ver á la duquesa.

Su tristeza se disipó un poco cuando le contesté que no, como podia atestiguarlo Felipe, que habia ido á llevarle una carta de excusas.

— ¿Ireis otro dia?

— No, corazon mio, porque veo que os causaria un profundo pesar.

Exhaló un suspiro de satisfaccion; la besé y se marchó dejándome tan triste como ella.

El viernes y el sábado se pasaron sin peripecia alguna. El sábado por la noche, Ignacia se fué mas triste que de costumbre, y volvió la cabeza cuando quise darle el beso de cada dia.

Ví de qué se trataba; el dia siguiente habia de confesarse.

Queriendo convencerme de ello, me levanté muy temprano, el domingo, y salí detrás de ella, yéndome á la Soledad. Me coloqué detrás de la puerta de la sacristía, desde donde podia verlo todo sin ser visto.

Ignacia entró con su prima; se arrodillaron por unos instantes, y se separaron luego para ir á ponerse cada una al pié del confesionario de su confesor respectivo.

No me ocupé de la prima. Toda mi atencion se fijó en Ignacia, que entró en el confesionario.

Aguardé con paciencia; pero necesité mucha, pues la dichosa confesion no acababa nunca.

Estaba yo á punto de marcharme, cuando por último la ví levantarse. Con los ojos bajos, pareciendo una santa, vino á arrodillarse cerca de mí, pero no podia verla. Creí que oia la misa que se estaba celebrando en una capilla inmediata, y que luego se acercaria al altar para recibir la comunion; pero no; concluída la misa, se dirigió hácia la puerta, donde la aguardaba su prima, y salieron de la iglesia.

Aquello me sorprendió vivamente, y experimenté una especie de remordimiento. Haciendo mil conjeturas, represé á mi casa muy triste y muy descontento de mí.

Despues de haber dicho á la bizcaina que no preparase la comida hasta que yo se lo dijese, dormí hasta la una. Inmediatamente avisé que sirvieran la comida y mandé decir á don Diego y á su hija que los aguardaba.

Júzguese cuál seria mi sorpresa al ver entrar á doña Ignacia vistiendo corpiño de terciópelo encarnado, con lindos lazos y adornos de todos colores. No hay en Europa traje mas seductor, cuando lo lleva una mujer graciosa.

Viéndola tan hermosa, notando la severidad dibujada en su rostro, no pude menos de darle mi parabien.

Ella me contestó con una dulce sonrisa, y olvidándose del beso que me habia rehusado la víspera, la besé y la encontré sumisa como un cordero.

Nos sentamos á la mesa, y reflexionando sobre aquel cambio tan inesperado, ví que mi bella española habia pasado el Rubicon.

« Voy á ser feliz, me dije, pero dejémosla venir. »

Lejos de disimular mi alegría, le hablaba de amor cada vez que el criado nos dejaba solos.

Ella me manifestó inusitado ardor.

Antes de levantarnos de la mesa, me preguntó si la amaba todavía.

— ¡Mas que nunca, corazon mio; te adoro!

— Llévame á los toros.

Me vestí á escape y nos encaminamos á pié hácia la plaza.

Tomé dos asientos en un magnífico palco; y despues de haber dado una ojeada á la gente que nos rodeaba, Ignacia me dijo que se alegraba mucho de no ver cerca de mí á la espantosa duquesa.

Terminada la corrida, como el dia estaba hermoso, mi bella propuso que fuésemos al Prado, donde encontramos lo mas elegante de Madrid.

Doña Ignacia, colgada de mi brazo, parecia ufana de pertenecerme y me colmaba de alegría.

De pronto nos encontramos frente á frente con el embajador de Venecia y su favorito Manucci. Ha-

bian llegado de Aranjuez aquel mismo dia, pero yo lo ignoraba. Habiéndonos saludado con toda la cortesía española, el embajador me felicitó por la belleza de mi compañera.

Doña Ignacia fingió no entenderle, pero me apretó el brazo con esa delicadeza imperceptible que tan bien poseen las españolas.

Despues de haber dado un corto paseo con nosotros, el señor de Moncenigo me dijo que esperaba que le daria el gusto de ir á comer con él al dia siguiente, y despues de haberle contestado con una inclinacion de cabeza á la francesa, nos separamos.

Al anochecer, despues de haber tomado helados, regresamos á casa, y en el camino, ciertos apretones de brazo me indicaron la dicha que me aguardaba.

Encontramos al padre en el balcon.

Despues de haberme saludado afectuosamente, felicitó á su hija por su buen humor y por el placer que le habia proporcionado un caballero tan galante como yo.

Se quedó á comer con nosotros, á instancias mias, y nos divirtió con cien anécdotas, historietas y chascarrillas en que desplegaba su buen humor. Pero hé aquí lo que el hombre me dijo antes de marcharse :

— Amigo señor don Jaime, aquí os dejo para que disfruteis de la frescura de la noche en el balcon, con mi hija. Celebro infinito que la ameis, y

os aseguro que solo de vos dependerá ser mi yerno, cuando me hagais puesto en el caso de poder decir que estoy seguro de *vuestra nobleza*.

Cuando se hubo marchado, dije á su hija :

— Si esto fuese posible, me colmaria de felicidad, encantadora amiga mia ; pero sabed que en mi país solo se llama nobles á aquellos que tienen derecho á gobernar el Estado por su cuna. Seria noble si hubiese nacido en España ; pero tal como soy, os adoro, y espero que me harais feliz.

— Sí, amigo mio ; enteramente feliz ; pero yo quiero serlo contigo. Fuera infidelidades.

— Ni una sola ; palabra de honor.

— Ven, pues, corazon mio ; cerremos el balcon.

— No ; apaguemos las luces y quedémonos aquí un cuarto de hora. Pero decidme ¿ á qué debo esta dicha que no me atrevia á esperar?

— Si dicha es, la debes á una tiranía que queria desesperarme. Dios es bueno, y no quiere, estoy segura, que yo sea mi propio verdugo. Cuando dije á mi confesor que me era imposible dejar de amarte, como me era posible no cometer contigo ningun exceso de amor, me dijo que no podia tener esta confianza en mí, puesto que ya me habia encontrado débil. Entonces quiso que le prometiese no volver á encontrarme contigo. « No os lo puedo prometer », le dije. Entonces se negó á darme la absolucion.

» Sufrí esta afrenta por primera vez en mi vida, pero la soporté con una fuerza de ánimo que yo no hubiera sospechado en mí, y echándome en brazos de Dios, dije : Señor, hágase vuestra voluntad.

» Mientras oia misa, tomé mi resolucion, y mientras me ames, seré exclusivamente tuya. Cuando te vayas de España, por mi desdicha, buscaré otro confesor. Lo que me consuela es que mi conciencia está tranquila. Mi prima, á quien se lo conté todo, no vuelve de su sorpresa ; pero es corta de alcances. No sabe que mi pasion por tí no es mas que un estravío pasajero. »

Despues de estas palabras, que hubieran destruido todos mis escrúpulos, si los hubiese tenido, la conduje á mi cama, y por la mañana me dejó cansado, pero mas enamorado que nunca.

CAPÍTULO XII

Me voy de Madrid. — Valencia. — Sagunto. — Mis relacion con la Niña. — Consecuencias. — Vuelvo á Francia.

Una indiscrecion que cometí y de la cual m acuso y me arrepiento, cambió de pronto mi situacion. Dije á un aventurero liejano, llamado el ba-

ron de Fraiture, que Manucci usaba títulos y condicion falsas.

El baron vendió el secreto á Manucci, y esto bastó para que mi mayor amigo se convirtiese en mi enemigo mas implacable. Inmediatamente me fueron cerradas las puertas de muchas casas donde privaba el embajador de Venecia.

— ¿Qué habeis hecho á vuestro embajador? me preguntó el conde de Aranda en una entrevista á que me llamó.

— Directamente nada, pero con una ligereza inexcusable herí el amor propio de su dulce amigo Manucci. Hice una confidencia indiscreta, sin intencion de perjudicarle, á un infeliz que ha cometido la bajeza de vendérsela por cien pistolas. Manucci, irritado, ha lanzado contra mí al hombre en situacion, al hombre que le idolatra y de quien él hace lo que quiere.

— Habeis hecho mal, pero lo hecho, hecho. Siento que os hayais perjudicado con esa ligereza, porque ya no podeis esperar que vuestro proyecto se realice: Al tratar de colocaros, el rey pediria informes á vuestro embajador.

— Lo comprendo; ¿pero debo partir?

— No. Podeis quedaros en Madrid, viviendo como hasta aquí, sin obtener nada.

Esta desgracia y el agotamiento de mis recursos me hicieron tomar la resolucion de irme de Madrid.

Pasé mis últimos dias con Ignacia embriagándome en el placer, envenenado con el dolor de la inmediata separacion.

Habiendo prometido al marqués de Moras y al coronel Royas que iria á Zaragoza á verlos, llegué á la capital de Aragon á principios de setiembre, y pasé en ella quince dias. Fuí presentado en las mejores reuniones, donde hormigueaban los frailes. Allí tuve ocasion de conocer al canónigo Pignatelli, de orígen italiano, venerable presidente de la Inquisicion, quien cada dia por la mañana mandaba encarcelar á la medianera que le habia proporcionado la muchacha con la cual habia cenado y dormido la noche anterior.

Los señores de Moras y Royas me dieron excelentes comidas.

De Zaragoza quise ir á Valencia.

Yo no contaba con mas recursos que con mil setecientos francos que me habia prestado un honrado librero genovés, llamado Corrado, á quien el abate Pinzi, sabio auditor del nuncio del papa, me presentó en Madrid. Por desgracia nunca he podido pagar tan sagrada deuda, á no ser con mi gratitud.

Me detuve en Sagunto, donde visité con religioso respeto las ruinas de la inmortal ciudad.

Llegué á Valencia á las nueve de la mañana, y fuí mal alojado, porque el empresario de la ópera

italiana, Marescalchi, habia alquilado todas las habitaciones buenas para los actores y actrices que iban á llegar de Madrid.

No encontré en Valencia un solo café; solo habia tabernuchos donde se expendia un vino detestable.

En pocos dias ví todas las curiosidades que encierra la patria de Alejandro VI, y me convencí de que lo que admiramos en las descripciones de escritores y artistas pierde mucho cuando lo examinamos de cerca en la realidad.

Valencia, situada en un clima excelente, muy próxima al Mediterráneo, regada por el Turia, en medio de una risueña campiña, fértil en todo lo que la naturaleza puede ofrecer de mas delicioso y de mas suculento, vivificada por el aire mas sano, á una legua del famoso *amenum stagnum* que cria los pescados mas sabrosos; Valencia, habitada por una nobleza numerosa, distinguida y rica; Valencia, donde las mujeres son, sino las mas graciosas, al menos las mas bonitas de España; que tiene un obispo y un clero con un millon de duros de renta; Valencia es una ciudad muy desagradable para un extranjero, pues este no puede hallar ninguna de las comodidades que puede proporcionarse doquier con su dinero.

Las afueras de Valencia son un verdadero paraiso, sobre todo hácia el mar. Pero las afueras no son los adentros.

Si me hubiese encontrado de buen humor, hubiera dado una rápida vuelta por los reinos de Murcia y de Granada, cuya belleza material excede á todo lo que se encuentra en Italia.

¡Pobres españoles! la belleza, la fertilidad y la riqueza de vuestro país son la causa de vuestra ignorancia, como las minas del Perú y del Potosí causàron vuestro necio orgullo y todas las preocupaciones que os degradan.

¡Españoles! ¿cuándo os vendrá un impulso generoso, pero fuerte, que os saque de vuestro letargo y dé á vuestra energía adormida toda la virilidad de que es suceptible? Hoy, pueblo miserable y digno de lástima, inútil al mundo como á tí mismo, ¿qué te falta? Una revolucion fuerte, un sacudimiento, un cambio total, un choque terrible, una conquista regeneradora; vuestra atonía no es de las que se destruyen con medios simplemente civilizadores; se necesita fuego para cauterizar la gangrena que os corroe.

La compañía lírica puso en escena las mismas ôperas que habia cantado en los sitios reales, ó sea en Aranjuez, en el Escorial y en la Granja.

La casualidad me puso en relaciones con una célebre bolonesa, llamada la Niña, querida del conde de Ricla, capitan general de Cataluña, pero que el obispo de Barcelona habia hecho alejar, por temor del escãndalo. Era una verdadera bacante, de vein-

tidos años, que derrochaba la enorme pension que le hacia su encumbrado querido. Cené con ella un par de veces, y nos entregamos al mas loco de los libertinajes. Jugamos y le gané dos ó trecientos doblones, lo cual era para mí una gran cantidad en aquel momento.

Estando yo con ella, recibió una carta en la cual su querido le decia que podia volver á Barcelona, pues el obispo habia recibido órden de considerarla como mujer de teatro. La Niña quiso que partiésesemos juntos para Barcelona, y me dijo que me prestaria dinero si lo necesitaba.

Pasé un dia agradable con ella en Tarragona, ciudad llena de monumentos antiguos.

De allí partió sola para Barcelona, donde yo no debia llegar hasta el dia siguiente.

Me hospedé en le fonda de Santa María, donde, con gran sorpresa de mi parte, el fondista me dijo que habia recibido órden de tratarme bien. Aquella recomendacion imprudente de la querida del capitan general, me llenó de inquietud. Yo sabia, por la muchacha, que su querido era desconfiado y celoso. Pero aun faltaba lo mejor; el fondista me dijo que tenian á mi disposicion un criado, y además un coche á la puerta.

— Me extraña que la Niña se haya tomado ese trabajo, pues nadie mas que yo puede saber lo que quiero gastar.

— Todo está pagado, caballero.

— ¡Todo está pagado! No consentiré tal cosa.

— Os arreglareis con ella; pero mientras tanto podeis estar seguro de que no admitiré un cuarto vuestro.

Al dia siguiente, fuí presentado por don Diego de la Secada al conde de Peralada, y por don Miguel de Cevallos al conde de Ricla, capitan general de Cataluña y querido de la Niña.

El conde de Peralada, jóven libertino, me recibió con afabilidad, y me invitó á comer. El capitan general me recibió de pié, y aunque le era familiar la lengua italiana en que le dirigí la palabra, me habló en castellano dándome el tratamiento de Usía.

Despues de hablarme mucho de Madrid, me preguntó si contaba permanecer mucho tiempo en Barcelona, y pareció sorprenderse cuando le dije que con su permiso permaneceria todo el tiempo que pudiese divertirme.

— Celebraré que os divertais durante mucho tiempo, replicó; pero os advierto que los placeres que mi sobrino Peralada pueda proporcionaros, no os darán muy buena reputacion en Barcelona.

Cinco dias despues me mandó un oficial para nvitarme á comer. En la mesa estuvo amable, pero sin abandonar su gravedad.

Cinco dias despues recibí una carta de la Niña, de quien no habia oido hablar siquiera despues de

mi instalacion. Me suplicaba que fuese á su casa á lasdiez, á pié y sin criado. Obedecí, y nuestra entrevista no tuvo nada de particular. Seguí viéndola todas las noches, á la hora en que el general acababa de marcharse.

Un oficial vino á darme un consejo que yo debiera haber seguido.

— En los cafés, me dijo, no se habla mas que de vuestras visitas nocturnas á la Niña. Cesad de ir. El conde de Ricla, que era un modelo de prudencia, de justicia y de virtud antes de conocer á esa muchacha, es, desde que está enamorado de ella, injusto, violento, ciego y escandaloso.

Un noche encontré en casa de la Niña al infame Passano, que le enseñaba unas miniaturas. A una exigencia mia, lo pusieron en la calle. Pero el genovés dijo al marcharse :

— *Se ne pentirà* (se arrepentirà).

La noche siguiente, despues de haber pasado dos horas con la Niña, fuí acometido en una callejuela por dos hombres.

Retrocediendo rápidamente, empuñé mi espada gritando :

— ¡Asesinos! y hundí la espada en el cuerpo del que me estaba mas cerca.

Inmediatamente huí por el lado opuesto, con la fortuna de no ser herido por el otro asesino que me tiró un pistoletazo.

Llegué sin aliento á mi fonda; puse mi espada ensangrentada sobre el mostrador, y conté al fondista lo que me acababa de pasar. Quitéme la levita y la hallé agujereada en dos puntos bajo el sobaco.

Dejé mi espada y mi levita en manos del fondista, con la intencion de ir el dia siguiente á presentar mi declaracion al juez.

A las siete de la mañana, llamaron á mi puerta. Abrí y ví á mi patron con un oficial que me intimó la órden de entregarle todos mis papeles, vestirme y seguirle.

— ¿De órden de quién? le pregunté.

— De órden del gobernador. Os serán devueltos los papeles si no os comprometen.

— ¿Y adónde vais á llevarme?

— A la ciudadela, donde quedareis arrestado.

Abrí mi cofre, saqué la ropa, que entregué al fondista, y ví al oficial sorprendido en presencia de los cuadernos que ocupaban la mitad de mi cofre.

— Hé aquí mis papeles; no tengo otros.

Cerré el cofre y le entregué la llave.

— Os aconsejo, dijo el oficial, que lleveis en un porta-mantas todo lo que necesiteis para pasar la noche.

Dirigiéndose al fondista, le ordenó que me mandase una cama; luego me dijo que deseaba saber si yo llevaba papeles en los bolsillos.

— No llevo mas que mis pasaportes.

— Precisamente, lo que quiero son vuestros pasaportes, me dijo con amarga sonrisa.

— Mis pasaportes son sagrados; no los entregaré sino al gobernador general. Respetad á vuestro rey; pues hé ahí su pasaporte; este es el del conde de Aranda y este otro el del embajador de Venecia. En ellos se os ordena que me respeteis.

— Moderaos, caballero. Entregándomelos, es como si los pusiéseis en manos de Su Excelencia. Si resistís, os haré llevar á la capitanía general, donde tendreis que entregarlos en público. Entregádmelos contra recibo.

— Sea.

El oficial me extendió un recibo detallado, que guardé en mi cartera, y salí con él. Seis esbirros que habia á la puerta no nos siguieron sino de lejos.

Antes de salir, el oficial me dijo que encargase al fondista lo que quisiese comer, y seguí su consejo, avisando que me sirviesen lo de costumbre.

En el camino, conté al oficial todo el lance de la víspera; pero él no me dijo una palabra.

En la ciudadela, me metieron en una sala del primer piso, desmantelada, pero con ventanas sin reja que daban á una plaza.

Me encontraba haciendo mil conjeturas acerca de mi detencion, cuando oí ruido, abrí la ventana y ví

con gran sorpresa al infame Passano que traian preso. Un cabo y dos soldados lo metieron en el piso bajo, á veinte pasos de mí. Al entrar, el bribon levantó los ojos, me vió y se echó á reir.

— Hé aquí nuevos alimentos para mis conjeturas, pensé yo. Habrá urdido alguna infame calumnia, y lo ponen en lugar seguro para que responda de ella.

Al dia siguiente me metieron en un calabozo que ocupaba el fondo de una torre circular, con escasa luz y prohibicion de leer. Allí pasé cuarenta y dos dias y allí escribí con lápiz y sin mas auxiliar que mi memoria, toda la refutacion de la *Historia del gobierno de Venecia*, escrita por Amelot de la Houssaye, reservándome citar los pasajes cuando tuviese la obra á la vista.

Pusiéronme en libertad : me desolvieron mi cofre con los papeles y mis pasaportes, y me intimaron la órden de salir de Barcelona en el término de tres dias y de Cataluña antes de ocho.

Acompañado de un oficial civil y de un criado que llevaba el cofre, me dirigí á mi fonda. El patron me aseguró que nadie habia entrado en mi cuarto durante mi ausencia, y delante del oficial me devolvió mi espada, mi levita, y, lo que es mas, mi sombrero, que se me habia caido al huir de manos de mis asesinos.

Despues de haber ido al correo, á recoger varias cartas, pedí mi cuenta al fondista.

— No me debeis nada, caballero. Aquí está la cuenta de vuestro gasto anterior á vuestro encarcelamiento; vereis que está pagada. Además recibí órden, por el mismo conducto, de serviros en la cárcel y mientras permaneciéseis en Barcelona.

— ¿Y mi antiguo criado?

— Lo despedí cuando fuísteis á la cárcel.

— Quiero que me acompañe hasta Perpiñan.

— Teneis razon, y creo que haceis bien en salir de España, porque no hallareis justicia en ella.

— ¿Qué dijeron del asesinato?

— ¡Cosa mas rara!... Dijeron que vos disparásteis el tiro y que ensangrentásteis vuestra espada, pues se dijo que no habian encontrado á nadie muerto ni herido.

— Es chistoso. ¿Y mi sombrero?

— Me lo trajeron tres dias después.

— ¡Qué caos! ¿Sabian que yo estaba en la torre?

— Toda la poblacion lo sabia, y se alegaban dos motivos, uno en público y otro confidencialmente.

— ¿Qué motivos?

— El motivo público consistia en que vuestros pasaportes eran falsos; al oido se decia que el verdadero motivo era que íbais á pasar las noches con la Niña.

— Podíais haber certificado que nunca dormí fuera de vuestra casa.

— Esto dije á todo el mundo; pero el hecho es

que íbais, y para cierto señor, esto era un crímen. Pero en fin, héos justificado á los ojos de todo el mundo.

— Quiero ir á la ópera esta noche. Hacedme el favor de tomar un palco para mí solo.

— Quedareis servido.

En el momento en que iba á sentarme á la mesa, un mozo de banca me trajo una carta que me causó gran sorpresa, pues contenia las letras de cambio que yo habia firmado en Génova á favor de don Agustin Grimaldi, con estas palabras :

« Génova, 3 de noviembre de 1768.

« Passano me solicita en vano que envie á Barcelona estas letras de cambio para haceros prender. Las envio, pero para regalaroslas y convenceros de que no soy hombre para aumentar las penas de las personas perseguidas por la suerte. »

Era el cuarto genovés que se portaba conmigo como un héroe. Valia la pena de perdonar á su monstruoso compatriota Passano. Algunos años mas tarde supe que el traidor habia muerto en la mayor miseria.

Escribí una extensa carta al señor Grimaldi para manifestarle mi profundo agradecimiento.

Dos horas despues de haber alquilado el fondista un palco en mi nombre, los carteles fueron cubiertos

con un aviso al público diciendo que á causa de la repentina indisposicion de dos artistas, no habia funcion hasta el segundo dia de año nuevo.

Aquella órden no podia emanar sino de Ricla, y todo el mundo adivinó la causa.

Sin un poco de superstición, hubiera partido inmediatamente; pero quise marcharme el último dia del desgraciado año que habia pasado en España. Los últimos tres dias los pasé encerrado en mi casa, escribiendo una porcion de cartas á todos mis amigos.

El último dia del año salí de Barcelona con mi criado en la trasera de mi calesa, y me puse de acuerdo con el cochero para llegar á pequeñas jornadas á Perpiñan el dia 3 de enero de 1769.

Hallándonos, el dia siguiente, en una posada de la carretera, el cochero me avisó que tres sicarios de la peor especie nos seguian desde Barcelona, sin duda para asesinarme en llegando sobre el territorio francés. Los tres bandidos durmieron dos noches en la cuadra, junto á mis mulas. Gracias á la habilidad de mi cochero, hicimos una falsa salida, en un momento en que ellos habian tomado la delantera, y tomamos una travesía. Anduvimos once leguas en siete horas, y llegamos sin accidente alguno á una magnífica posada de un pueblo de la buena Francia, donde nada teníamos que temer.

Al dia siguiente llegué á la hora de comer á la

fonda de la Posta de Perpiñan, seguro de haber salvado mi vida y de deberla á mi honrado cochero, á quien recompensé segun mis medios de entonces lo mismo que á mi criado, á quien dejé.

La primera noche siguiente dormí en Narbona, y la segunda en Béziers.

Habiendo llegado á Montpeller, despues de haber pasado una noche en Pérénas. En ninguna parte se come como en Montpeller. Aquello es Tauja.

De allí fuí á Nimes, donde pasé tres dias con el sabio naturalista Séguier.

CAPÍTULO XIII

Nimes. — Aix. — Marsella. — Turin. — Lugano. — Siena. — Roma. — Nápoles. — Los florentinos. — Vuelta á Roma. — La duquesa de Fiano. — El cardenal de Bernis. — Nota sobre una laguna de dos capítulos.

Saliendo de Nimes tomé la resolucion de ir á pasar todo el carnaval en Aix, país de parlamento, donde la nobleza goza de distinguida reputacion. Tuve ocasion de conocerla, visitando una porcion de familias, en cuyos salones pasé muy buenos ratos.

Pero en Aix fuí atacado de una pleuresía, que

me obligó á guardar cama tres semanas y á cuidarme durante una convalecencia de otras tres.

Cuidéme de retirar del correo todas las cartas que me habian sido dirigidas, y hé aquí, la singular noticia que me trajo una carta que mi hermano me escribia de París, en contestacion á otra que yo le habia dirigido desde Perpiñan. Me decia que mi carta habia destruido el efecto de la espantosa noticia que le habian dado de que yo habia sido aseninado en la frontera de Cataluña, uno de los primeros dias de enero. « Me dió esta noticia, añadia mi hermano, uno de tus mejores amigos, el conde Manucci, gentilhombre de embajada de Venecia, y me la dió como cierta. »

Esta lectura fué un rayo de luz. Aquel mejor de mis amigos habia llevado la venganza al extremo de pagar tres sicarios para que me quitasen la vida.

El dia despues del Corpus salí de Aix para Marsella, donde me alojé en una oscura posada, porque no queria ser conocido.

El dia siguiente, fuí á ver á la señora de Audibert, y fuímos juntos á hacer una visita á la señora N. N..., mi supuesta sobrina, que era ya madre de tres hijos, y muy feliz con su marido. Le dí buenas noticias de Marcolina, y luego le conté la aventura de Croce y la muerte de Carlota. A su vez me dió ella noticias muy recientes de Rosalía, á quien su esposo habia enriquerido.

Partí solo de Marsella, y despues de haber pasado por Antibes, por Niza y por el Colle di Tenda, el camino mas elevado de los Alpes, me fuí á Turin.

Pasando por aquel camino tuve el gusto de ver el Piamonte, hermosísimo país.

En Turin fuí muy bien recibido por el caballero Raiberti y por el conde de la Pérouse.

Cuando hube comunicado á mis amigos la idea de ir á Suiza para publicar una refutacion en italiano de la *Historia del gobierno de Venecia* de Amelot de la Houssaye, todos se apresuraron á proporcionarme suscritores, que me pagaron por adelantado cierto número de ejemplares.

Salí de Turin ocho dias despues con dos mil libras piamontesas en mi bolsa, lo cual me permitia imprimir toda la obra que habia bosquejado en la ciudadela de Barcelona, pero que habia de completar, teniendo á la vista al autor que deseaba refutar y la *Historia de la república de Venecia* del procurador Nani.

Provisto de estas obras, partí con la intencion de hacer imprimir la mia en Lugano, donde habia una buena imprenta, y no se ejercia la censura.

A poca distancia de Milan, cerca de Varese, donde el duque de Módena pasaba el verano, cerca de Coiro, de Como, de Chiavenna y del lago Mayor, donde se encuentran las famosos islas Borromeas,

me veia en un sitio donde me seria fácil divertirme.

Instalado en la posada de un tal Tagoretti, me avisté con el doctor Agnelli, que era á la vez impresor, cura, teólogo y hombre honrado; fijamos las bases de la publicacion de la obra, y cumplió un palabra.

Pasé todo el primer mes escribiendo asiduamente y sin salir mas que los dias de fiesta para ir á misa, á comer con el señor de R..., y á dar un paseo con su señora y su hijo.

A últimos de octubre el impresor me entregó concluida la obra en tres tomos, y en menos de un año vendí la edicion de mil docientos ejemplares.

Mi objeto, al escribir dicha obra, fué menos una especulacion metálica que captarme la gracia de los inquisidores de Venecia. Despues de haber recorrido toda Europa, la necesidad de volver á ver mi patria se me imponia de tal modo, que me parecia no poder vivir sin aquella dicha.

El permiso de volver á mi patria me era debido despues de catorce años de destierro, y yo creia que los inquisidores de estado celebrarian poder aprovechar aquella ocasion para reparar su injusticia bajo las apariencias de una gracia que me concederían en favor de mi patriotismo.

Yo no me equivocaba; pero me hicieron esperar aun cinco años lo que debian de haberme concedido en seguida.

En Berna supe noticias de mi pobre amigo el señor F... y de su familia. Sara era esposa feliz del señor de V...

Salí de Lugano para ir á pasar el invierno en Turin, donde el ministro de Inglaterra y mis otros amigos me proporcionaron todas las distracciones de una buena sociedad.

De Turin pasé á Parma, de allí á Bolonia y de Bolonia á Florencia, sin detenerme mas que unos cuantos dias en cada uno de estos puntos.

Despues de haber pasado agradablemente una semana en Pisa con el padre Strático, que no tardó en ser obispo, me trasladé á Siena, donde el abate Chiaccheri me hizo ver todo lo que esta ciudad encierra de notable, y me presentó á los sabios de nombradía, que vinieron sucesivamente á verme.

Pocos dias después me marché á Salerno, donde ví á doña Lucrecia y á mi hermosa hija, que vivian completamente felices con la interesante viuda del duque de Matalona. Leonilda se habia casado con un viejo marqués que la queria en extremo, y que se empeñó en devolverme los cinco mil ducados que años antes le habia dado como dote,

Acepté aquella cantidad porque me encontraba escaso de dinero.

Partí para Montecassino, donde pasé la noche despues de haber visto lo que esta poblacion encierra

de curioso, y á la mañana siguiente me trasladé á Roma.

Resuelto á pasar seis meses en la gran ciudad, alquilé una bonita habitacion en frente de la embajada de España. Era cabalmente el piso que, veintisiete años antes, ocupaba el profesor de lengua francesa con quien yo tomé lecciones mientras viví en casa del cardenal Acquaviva.

Rico, de tres mil zequíes, me sometí á una conducta que me permitia vivir en Roma sin necesidad de nadie y con decencia.

El dia siguiente encontré cartas en varios despachos de correos, y el jefe del Banco, Belloni, que me conocia de antigua fecha, tenia ya aviso de las letras de cambio de que yo era portador. El señor Dándolo, fiel amigo siempre, me mandó dos cartas de recomendacion, una para al señor Erizzo, embajador de Venecia, y otra para la duquesa de Fiano.

No tardé en ser admitido en muchas de las grandes casas de Roma, y reservaba mi visita al cardenal de Bernis para cuando me conociese toda la ciudad.

La duquesa de Fiano daba todas las noches una pequeña cena á sus amigos de confianza, que no excedian de siete ú ocho personas, y no fuí admitido á ella hasta ocho dias despues de mi presentacion. El duque, arisco y poco sociable, cenaba solo en su cuarto.

El príncipe de Santa Croce era el caballero favorito de la duquesa, y la princesa, su esposa, era la favorita del cardenal de Bernis. Hija del marqués de Falconieri, la princesa era jóven, bonita, vivaracha y simpática; pero ufana con su cardenal, no dejaba á nadie la esperanza de poderlo sustituir.

El cardenal de Bernis me recidió con todas las demòstraciones de una verdadera alegría. Alabó la reserva con que yo habia hablado de él al príncipe, y me dijo que no creia necesario recomendarme la discrecion acerca de las circunstancias de nuestra amistad en Venecia. Se alegró de saber que yo habia sido recomendado al embajador de la República, á quien se dignó hablar luego en mi favor, y escuchó con placer que yo disponia de fondos, que me encontraba solo y determinado á vivir juiciosamente y sin el menor lujo.

— Daré exta noticia á M. M.., me dijo, pues me hallo todavía en correspondencia con esa divina religiosa ; presumo que se alegrará.

Entonces le diverti contándole mi aventura con la religiosa de Chambery.

El caballero Erizzo era hombre de talento, buen cindadano, muy elocuante y gran político. Me hizo comer con él, suplicándome aceptase un cubierto en su mesa cuantas veces no tuviese nada mejor que hacer.

Durante el primer mes que permanecí en Roma

llevé una vida tan agradable, que podia desearla para el resto de mi permanencia en aquella ciudad; pero no tardé en buscar ciertos amoríos que me proporcionaron inefables goces.

Un dia, hallándome en el Capitolio para ver una distribucion de premios á los alumnos de pintura y dibujo, lo primero que llamó mi atencion fué la figura de Mengs, quien se encontraba allí con Pompeyo Battoni y otros pintores que formaban el tribunal.

Al verme, vino á saludarme amistosamente y me dijo:

— Mi querido Casanova; á pesar de lo que pasó entre nosotros en Madrid, podemos olvidarlo todo en Roma, en este país de verdadera libertad.

— No digo que no, con tal de que no hagamos nunca mencion de la causa de nuestra desavenencia, porque estoy seguro de que no podria conservar mi sangre fria.

— Se sospechaba que yo era protestante, y si me hubiese mostrado indiferente ante vuestra conducta, hubiera podido perderme. Venid mañana á comer conmigo y confiaremos á Baco el trabajo de ahogar todo resentimiento. Como sé que no os tratais con vuestro hermano, no lo invitaré. No quiero indisponerme con mis amigos recibiéndolo en mi casa.

Acepté la invitacion de Mengs, que me pareció amistosa y sincera.

Mi hermano partió de Roma poco tiempo después con el príncipe Boloselski, enviado de Rusia á Dresde, con quien habia venido. No nos vimos en Roma mas que tres ó cuatro veces.

Cinco ó seis dias antes de su marcha, tuve la agradable sorpresa de ver llegar á mi casa á mi ctro hermano, el abate, haraposo, como siempre, y exigiendo que yo lo socorriese.

— ¿De dónde vienes?

— De Venecia, donde no he podido quedarme por falta de recursos.

— Y en Roma ¿cómo piensas vivir?

— Celebrando misa y enseñando el francés.

— ¡Tú, profesor de lenguas! Si no sabes la tuya.

— Pues ya tengo dos alumnos.

— Buenos van á salir de tus manos.

— El caso es que no gano bastante para vivir y es preciso que me sostengais.

— No cuentes conmigo. Sal de mi presencia.

Sin escucharlo mas, salí de mi casa encargando al ama que cerrase mi habitacion.

A pesar de mi mala acogida, me arreglé con el abate Cerutti para que un cura de pueblo tomase á mi hermano como auxiliar con un sueldo de tres *paoli* al dia, sin contar los gages y el producto de los sermones, á que eran muy aficionadas las parroquianos de su iglesia. El sueldo se lo pagaba yo por segunda mano, y no la faltó mientras estuve

en Roma. Luego cambió de parroquia, donde murió de muerte repentina hace trece ó catorce años.

Indudablemente hubiera sido curioso saber por qué razones Casanova partió de Roma abandonando una vida llena de satisfacciones. ¿Salió voluntariamente? ¿Se habia colocado en alguna situacion tan crítica que tuvo que evitar un peligro apelando á la huida? ¿Tuvo que patir por órden del papa? Desgraciadamente, en los manuscritos encontrados en Dux, faltan en este lugar dos capítulos. Volvemos á encontrar bruscamente al célebre aventurero en Florencia, en conservacion con el jóven gran duque.

Es probable que fuese el autor mismo quien separó dichos dos capítulos para rehacerlos ó corregirlos, y que la enfermedad y la muerte le impidieron volver á colocar á su puesto. En 1798 Casanova aún retocaba y volvia á escribir ciertas partes de su manuscrito, que quedó al fin sin concluir, y la mayor parte de su biografías colocan la fecha de un muerte en el año 1799.

CAPÍTULO XVI

La Denis. — Mi expulsion de Florencia y mi llegada á Bolonia. — La Niña. — Mi ida á Ancona. — El judío Mardoqueo y su hija Lia.

Sin prolongar mi discurso, pregunté al jóven gran duque si queria concederme en sus Estados un seguro asilo para todo el tiempo que pudiese permanecer en ellos ; y á fin de evitar toda pregunta de su parte, me apresuré á decirle cuáles eran los motivos que me cerraban las puertas de mi patria.

— En cuanto á las necesidades de la vida, añadí, Vuestra Alteza Real puede creer que de nadie necesito, pues los fondos que poseo me aseguran la independencia. Por lo demás, cuento consagrar todo mi tiempo al estudio.

— Con una buena conducta, me dijo el príncipe, las leyes de mi país bastan para aseguraros una libre existencia ; sin embargo celebro que os hayais dirigido á mí.

Al salir del palacio ducal fuí á comprar los libros que entonces me hacian falta. En la librería

conocí al literato Everardo de Medici, cuyo trato é ilustracion cautivaron en seguida mi amistad.

Yo vivia en calidad de huésped en casa de un buen hombre, donde pasé algunas semanas trabajando asiduamente. Cada dia iba á cenar con la ex-bailarina Denis, la cual, despues de haber terminado sus compromisos con el rey de Prusia, se habia retirado á Florencia. Habitaba una magnífica casa en la plaza, sobre el café mas concurrido de la ciudad. En verano, era una delicia tomar el fresco en su gran balcon.

Aunque monótona, fué agradable la vida que durante siete meses pasé en Florencia.

De pronto, dos tahures de rango desplumaron á un jóven é inesperto inglés. El hecho se divulgó y la autoridad tomó cartas en el asunto. Calcúlese cuál seria mi sorpresa cuando se me presentó un individuo á intimarme de parte del gran duque la órden de salir de Florencia en el término de tres dias, y de la Toscana en ocho.

Era el 20 de diciembre. Hacia tres años, dia por dia, que habia recibido la órden de salir de Barcelona en tres veces veinticuatro horas.

En vano protesté de mi inocencia ante el auditor; no tuve mas remedio que obedecer á una órden arbitraria que heria varios inocentes y á los explotadores del incauto inglés.

Para desahogarme escribí una enérgica carta al

gran duque, echándole en cara su falta de palabra.

Partí de Florencia con un centenar de zequíes menos que á mi llegada y me detuve en la primera posta de los Estados pontificios.

El penúltimo dia del año me instalé en Bolonia, en el hotel de San Marcos.

El dia primero de enero de 1772, me presenté al cardenal Brancoforte, legado del papa, á quien yo habia conocido en París. Habíamos estado juntos en la logia de franc-masones, pues los miembros del sacro colegio que fulminan contre los masones sus anatemas, saben que estas no hieren mas que á los débiles á quien podria deslumbrar un exceso de luz. Tambien habíamos cenado á menudo juntos con lindas pecadoras, en compañía de don Francisco Sensale y del conde Ranucci, y habíamos pecado con ellas.

Despues de haberle explicado mi arbitraria é injusta expulsion de Florencia, y de haberle dicho que contaba detenerme algun tiempo en Bolonia, me dijo que podia contar con la mayor libertad, y que no tardaria en darme públicas muestras de su aprecio.

Continué en Bolonia el género de vida que habia llevado en Florencia.

Ocho dias despues de haber llegado, me hice amigo del abate Zacchierdi, tuerto, jóven y muy listo, que me regaló dos folletos, fruto reciente de dos jóvenes profesores de la Universidad.

Uno de estos dos folletos tendia á demostrar que hay que perdonar á las mujeres los faltas que cometan, porque estas son efecto de la matriz, que las hace obrar á pesar suyo. El segundo era la crítica del primero.

Se me ocurrió hacer imprimir una diatriba contra los dos folletos; la redacté en tres dias, y no tardé en embolsar un centenar de zequíes, producto de una edicion de quinientos ejemplares.

El primero de los dos folletos llevaba por título : *L'utero pensante;* el segundo, crítica del primero, escrito en francés, se titulaba : *La force vitale.* Yo titulé el mio : *Lana caprina.*

El abate tuerto me puso en relacion con el abate Severini, que en breve fué mi íntimo amigo y me hizo conocer, durante la cuaresma, todo lo que habia de mejor en Bolonia como bailarinas y actrices.

La Niña, aquella fatal Niña Bergonzi, que habia trastornado al conde de Ricla, y que habia sido la causa de todas las desgracias que me habian ocurrido en Barcelona, se encontraba en Bolonia, donde vivia en una soberbia casa que habia alquilado. Fingia estar embarazada del capitan general de Cataluña, y se daba gran tono, gozando de la proteccion del legado del papa. Se descubrió el pastel, y la comadrona que se habia prestado al simulacro de parto, cayó bajo el peso de la ley.

La Niña refería mi historia á sus amigos; yo no fuí á verla.

El conde de Ricla, víctima de su pasion hasta lo último, señaló á su impúdica querida una pension considerable con la condicion de que no se presentase jamás en Barcelona.

El general fué llamado al ministerio de la guerra y murió un año despues.

La Niña no le sobrevivió mas que un año; murió á consecuencia de sus desórdenes, en la miseria mas completa.

Los señores Dándolo y Zaguri se pusieron de acuerdo para hacerme volver á mi patría. Me escribieron que, para obtener mi indulto, me convenia vivir lo mas cerca posible de los Estados de Venecia, á fin de facilitar á los inquisidores la vigilencia de mi conducta.

Entonces me trasladé á Ancona, con intencion de pasar luego á Trieste.

En aquella poblacion habia yo empezado á gozar grandemente de la vida, y al pensar que ya habia transcurrido desde entonces cerca de treinte años, me sentia anonadado, porque en la vida de un hombre, treinta años son un período inmenso; y sin embargo aun me sentia jóven, á pesar de que me acercaba á los cincuenta.

¡Qué diferencia, cuando media mi existencia física y moral, entre aquella primera edad y mi

existencia del momento! A duras penas me reconocia el mismo hombre. ¡Cuánta felicidad entonces y cuánto infortunio ahora! La bella perspectiva de un porvenir venturoso no brillaba ya á mi vista; mi imaginacion no me pintaba ya el porvenir con bellos colores. A pesar mio me confesaba que habia perdido el tiempo y gastado mi vida en balde. Los veinte años que aun podia tener reservados no me ofrecian sino en horizonte nebuloso, y mi esperanza no descubria ningun sitio vivificador; todo lo veia triste.

Contaba cuarenta y siete años, y la fortuna parecia huir de mí.

Trabajando entonces para volver á mi patria, de la cual vivia deterrado hacia tanto tiempo, se me figuraba que mis deseos se limitaban á volver sobre mis pasos y á deshacer lo que hasta aquel momento habia hecho, bien ó mal. Todo me hacia comprender que se trataba para mí de hacer lo mas desagradable posible un descenso inevitable, cuyo término absoluto es la muerte.

Al bajar es cuando el hombre que ha pasado su vida en los placeres y los goces del mundo hace estas sombrías reflexiones, que no acuden en la juventud floreciente. El que nada necesita prever, y á quien el presente ocupa en absoluto y sonrie el porvenir brillante mantiene sus ilusiones de felicidad.

Si tales eran mis reflexiones hace veintiseis años, figuraos, lectores mios, cuáles deben ser las que hoy me asedian, encontrándome solo, despreciado, impotente y pobre. Me matarian si no me ingeniase en matar el tiempo cruel que las engendra en mi espíritu, jóven aún, como mi corazon; no sé si diga *afortunada* ó *desgraciadamente*, puesto que no se hallan ya en armonía con mis fuerzas físicas. ¿De qué sirven los deseos cuando se ha perdido los medios de satisfacerlos? Escribo para matar el fastidio, y celebro complacerme en esta ocupacion. Si desatino ¿qué me importa? Me basta estar convencido de que me divierto.

Camino de Ancona, yo habia cedido un puesto en mi silla de posta á un judío llamado Mardoqueo, en cuya casa me alojé como huésped.

Mardoqueo tenia una hija llamada Lia, de diez y ocho años de edad, muy bonita, muy graciosa y de temperamento muy apasionado. Venia por las mañanas á traerme á la cama el chocolate, y no tardé en sentir por ella una viva inclinacion, que se convirtió en un violento deseo de poseerla.

Pero ella, muy complaciente hasta cierto punto, oponia irresistible obstáculo al acto esencial de la satisfaccion amorosa.

Un dia, en que nuestra conversacion habia degenerado en cierta licencia, se me ocurrió la idea de enseñarle unos grabados lascivos que yo tenia en

mi cofre. Le supliqué que me los trajese; obedeció y tomé el retrato de una mujer desnuda, acostada de espaldas, en actitud de hacerse ilusion. La cubrí con el pañuelo hasta el pecho, y dije á Lia haciendo referencia al asunto de nuestra conversacion :

— Sin menoscabo de la idea que tengo formada de vuestro hermoso busto, vais á ver los retratos de los mejores pechos del mundo.

— ¡Bah! dijo Lia; esta es como todas los demás; podeis quitar el pañuelo.

— Tomad, que eso no repugna.

— Está muy bien pintado, dijo riendo, pero no tiene nada de nuevo para mí.

— ¡Cómo!

— Como lo oís; eso es lo que hacen todas las muchachas antes de casarse.

— ¿Lo haceis vos?

— Siempre que me dan ganas.

— Hacedlo ahora.

— Una muchacha bien educada no lo hace sino á escondidas.

— ¿Y qué haceis luego?

— Si es en la cama, me duermo.

— Vuestra sinceridad me encanta. Sed complaciente conmigo, ó cesad de venir.

— ¿Tan débil sois?

— Mucho, porque soy muy fuerte.

— Pues en adelante no nos veremos sino en la mesa. Pero enseñadme otras miniaturas.

— Tengo estampas que no os gustarán.

— A ver.

Entonces le dí la coleccion de figuras de Aretino, y admiré el aire tranquilo, pero atento con que las examinaba, pasando de una á otra y volviendo á tomar las que ya habia examinado.

— ¿Lo encontrais interesante?

— Mucho, y es natural. Esas voluptuosidades deben causar una viva emocion.

— ¡Ya lo creo! Mirad.

Sonrió, se levantó y se fué á mirar la coleccion cerca de la ventana, volviéndome la espalda y haciendo oidos sordos á mi llamamiento.

Despues de haberme calmado como un pobre colegial, me vestí, semi-avergonzado. Vino el peluquero á peinarme, y Lia se fué diciéndome que me devolveria el cuaderno mas tarde.

Me estremecí de gozo, creyendo haberla hecho caer en mi redes.

Despues de comer, volvió con el Aretino, y me puso fuera de quicios pidiéndome comentarios; pero prohibiéndome con amenaza de irse, que pasase á la práctica de ninguna explicacion.

— Corriente, dije yo, pero con la condicion de que me resolverais todas las cuestiones que se refieren á vuestro sexo.

— Prometido, pero nuestras observaciones versarán sobre lo que veamos en el dibujo.

Nuestra leccion duró dos horas, durante las cuales maldije cien veces á Aretino y la loca idea que yo habia tenido de hacerla entrar en curiosidad; la implacable muchacha se disponia á marcharse cada vez que yo hacia la menor tentativa.

En vano ataqué la plaza durante unos quince dias; la resistencia era tenaz, calculada friamente, y perdí toda esperanza de éxito.

Una noche en que yo habia bajado al retrete, á oscuras, ví luz, por una rendija de la puerta, en una habitacion del entresuelo donde no acostumbrada dormir nadie. Apliqué el ojo y ví, con gran sorpresa, á Lia, desnuda en compañía de un jóven, desnudo como ella, y trabajando en hacer las posturas de Aretino. Se hablaban en voz baja, y cada cuatro ó cinco minutos me ofrecian el espectáculo de un nuevo cuadro.

Aquellos cambios de actitud me hicieron ver todas las bellezas de Lia. Fácilmente comprendí que cada vez que llegaban á punto de concluir el gran trabajo, se detenian, y completaban la obra con las manos.

Cuando llegaron á la figura del árbol derecho, la mas libidinosa, en mi concepto, de cuantas pudo inventar el genio impúdico de Aretino, Lia se portó como una verdadera lesbiense; mientras el jóven

excitaba su furor amoroso, ella se apoderó de su utensilio, y metiéndoselo en la boca todo entero, lo magnetizó hasta la consumacion de la ofrenda. Como no la ví escupir, no me cupo duda que habia tragado el néctar de mi afortunado rival.

Viéndoles dispuestos á separarse, subí quedo á mi habitacion.

Al dia siguiente, cuando Lia vino á traerme el chocolate, le dije cuanto habia visto de sus trabajos nocturnos, durante la última hora de su orgía.

Por toda resquesta me dijo que estaba segura de mi discrecion, y me volvió las espaldas.

Aquel mismo dia preparé mi equipaje, me despedí del judío y me embarqué para Fiume en un falacho.

Fiume se halla en frente de Ancona, al lado opuesto del golfo.

Habíamos andado veinte millas viento en popa cuando entró una calma chicha que parecia tenernos clavados en un solo punto.

Esta calma duró poco. Entró un fuerte viento oeste-noroeste que agitó mucho el mar. A media noche, el viento contrario arreció de tal manera que corrimos gran peligro. No tuvimos mas remedio que ceder al impulso del viento y volver á Ancona.

En menos de tres horas abordamos con toda falicidad, y el oficial de guardia tuvo la complacencia de dejarme saltar á tierra.

Los marineros, sin aguardar mis órdenes, cogieron mi equipaje y se lo llevaron á casa de Mardoqueo. Yo queria evitar un nuevo encuentro con Lia; pero ya no habia remedio, y el lector verá que no tuve por qué arrepentirme.

Despues de haber cenado, me acosté y me dormí. Me hallaba sumido en mi primer sueño cuando desperté á un ligero ruido.

— ¿Quién vá? dije.

Oí á Lia que me respondió en voz baja:

— Soy yo; no vengo para haceros rabiar, sino para justificarme.

Y habló durante largo rato para decirme que se arrepentia de haberme mortificado tanto tiempo, que me amaba y que venia dispuesta á probármelo de una manera elocuente.

Fué luego á cerrar la puerta, se desnudó y se metió en mi cama. Se me puso encima, me apretó contra su pecho, pegó sus labios contra los mios, y en un momento me privó de todas mis facultades, á excepcion de la que podia satisfacerla.

Mis caricias fueron luego tan ardientes como las suyas y apagué mi fuego á la entrada del santuario del amor, que hallé intacto.

Pasé todavía un mes en Ancona, bendiciendo la tempestad que me habia obligado á volver.

Lia durmió todas las noches conmigo, sin excep-

tuar aquellas en que Moisés excomunica á toda mujer que se entrega al amor.

Al fin pude seguir mi viaje y llegué á Trieste un mes despues.

CAPÍTULO XVII

Pittoni. — Zaguri. — El *procurator* Morosini. — El cónsul de Venecia. — Goricia. — El cónsul de Francia. — La señora Leo. — Mi conducta para con el tribunal de los inquisidores de Estado. — Strasoldo. — La carniolina. — El general Burghausen.

Despues que el fondista me hubo preguntado mi nombre, hice precio con él y me encontré bien alojado y con una mesa satisfactoria.

El dia siguiente, habiendo ido á la posta, encontré cartas que me aguardaban hacia mas de un mes. Abrí una del señor Dándolo y en ella encontré otra abierta del patricio Marco Dona, dirigida al baron Pittoni, jefe de policía; la leí y ví que era una calurosa recomendacion á mi favor. Me apresuré á ir á casa de aquel magistrado; le entregé mi misiva, la tomó, y sin leerla me dijo que, previamente avisado por el señor Dona, tenia el gusto de participarme que tendria conmigo todas las consideraciones posibles.

Al salir de casa del señor Pittoni, fuí á entregar

una carta que el judío Mardoqueo me habia dado para su amigo Moisés Levy. Yo ignoraba que aquella carta se refiriese á mí, y me contenté con entregarla al primer dependiente que encontré en la casa.

Levy era un hombre juicioso, afable y muy acomodado. Vino á visitarme el dia siguiente y me ofreció muy cortesmente sus servicios para todo lo que pudiese necesitar de él. Presentóme la carta de su amigo; suplicóme que la leyese, y ví con sorpresa y gratitud que en ella se trataba de mí. El buen Mardoqueo le decia que en caso de que yo necesitase dinero, le suplicaba que me lo diese, que él respondia de un centenar de zequíes, y añadia que consideraria como hechas á él mismo todas las atenciones que conmigo tuviese.

Esta conducta de parte de Mardoqueo me llenó de gratitud, y me reconcilió, en cierto modo, con la raza judía. Me creí obligado á dirigirle una carta para darle las gracias, ofreciéndole recomendaciones para Venecia, si las necesitaba.

No podia menos de comparar la acogida fria y ceremoniosa del baron Pittoni con la de Levy. ¡ Qué diferencia !

Aquel baron tenia diez ó doce años menos que yo. Literato inteligente, era atento, mordaz y despreocupado. Enemigo del *tuyo* y del *mio*, incapaz de la menor economía, abandonaba la gerencia de

su casa á su ayuda de cámara que le robaba; pero él lo sabia y no lo tomaba á mal. Amigo del celibato por sistema, era galante con todas las mujeres bonitas y gran protector de todos los libertinos. Por lo demás, perezoso é indolente, sufria distracciones inperdonables, hasta el punto de olvidar á menudo negocios importantes, aunque se referian directamente á su empleo.

Tenia una falsa reputacion de embustero; pues no lo es sino el que á sabiendas dice cosas falsas. Y si Pittoni no decia la verdad, era que la habia olvidado.

El carácter de aquel hombre singular está descrito tal como lo conocí un mes despues de frecuentarlo; pues no tardamos en ser buenos amigos y lo somos todavía.

Despues de haber anunciado á mis amigos de Venecia mi llegada á Trieste, pasé unos diez dias encerrado en mi cuarto, ocupado en redactar todas las memorias que habia recogido en Varsovia referentes á los acontecimientos acaecidos en Polonia desde la muerte de Isabel Petrowna, y emprendí la historia de los trastornos de aquel infortunado país hasta el desmembramiento que se verificaba en la época misma en que yo escribia.

Este acontecimiento, que yo habia previsto y publicado durante la dieta de Polonia, á la eleccion del rey Poniatowski, reconoció la czarina, que acaba

de morir; como emperatriz de todas las Rusias, y al elector de Brandeburgo como rey de Prusia, y me excitó á escribir toda la historia hasta el desmembramiento; pero no he publicado mas que los tres primeros tomos, á causa de la picardía del impresor que no cumplió con las condiciones que habíamos estipulado. Se encontrarán, despues de mi muerte, los cuatro últimos tomos manuscritos, y el que se apodere de mis papeles, podrá publicarlos, si le da la gana. Esto me es hoy indiferente, como otras muchas cosas, despues de haber visto en su apogeo al imperio de la necedad.

La Polonia, que no existe hoy, y que está quizás destinada á no volver á figurar en el rango de las naciones, existiria aun tal como era á la muerte de Augusto III, elector de Sajonia, sin la ambicion de la familia Czartoryski, humillada por el conde de Brühl, primer ministro de Augusto, cuyo triste recuerdo conservarán la Polonia y la Sajonia durante mucho tiempo.

Humillada por este ministro, aquella familia ilustre no pensaba mas que en la venganza, y para conseguirla, el príncipe Augusto Czartoryski, palatino de Rusia, perdió á su infortunada patria.

La pasion cegó aquella profunda inteligencia hasta tal punto, que olvidó que la fuerza de los axiomas es invencible, sobre todo en política.

Czartoryski, para vengar su injuria, resolvió no

solamente excluir la casa de Sajonia de la sucesion eventual del trono de Polonia, sino hasta destronar al monarca reinante. Como necesitó, para llenar su objeto, la amistad de la czarina y del elector de Brandeburgo, los hizo reconocer por la dieta, á la una como emperatriz de todas las Rusias y al otro como rey de Prusia.

Estos dos soberanos, aunque muy de acuerdo entre sí, no podrian tratar con la república sin aquel previo reconocimiento. Pero la república tenia mucha razon en no quererles acordar dichos títulos, puesto que poseia las principales Rusias y era verdadero rey de Prusia. El elector de Brandeburgo no poseia mas que la Prusia ducal.

El palatino de Rusia, Czartoryski, cegado por el espíritu de venganza, demostró á la dieta que aquel reconocimiento solo era una pura fórmula de atencion, pues los soberanos aludidos no ambicionaban mas que el estéril honor del título, que se comprometion á no querer realizar jamás.

En efecto, la soberana de Rusia y su colega el elector de Brandeburgo no pedian mas que un título. La república lo acordó. Pero la Prusia y la Rusia han enseñado luego á las dietas, y sabe Dios hasta dónde llegarán en sus pretensiones. Los hombres de larga vista pueden prever que tarde ó temprano la obtencion del título traerá la usurpacion de todo el país.

El palatino de Rusia, á quien su patria debe aborrecer, tuvo el gusto de ver en el trono á Estanislao Poniatowski, hijo de su hermana Constanza.

Entonces dije al palatino en persona que el título concedido daba un derecho real, y que era ilusoria la promesa de no hacer nunca uso de él. Tambien le dije que las dos potencias no hubiesen obrado de aquel modo, si no hubiesen conocido toda la importancia del primero y la nulidad de la segunda.

Y como no podia hablarle de esta materia sino en tono de broma, añadí riendo que en virtud de aquel reconocimiento, la Europa entera no podia considerar desde aquel momento á la Polonia sino como depositaria de las tres Rusias, roja, blanca y negra, así como del reino de Prusia, y que tarde ó temprano los sucesores inmediatos de los príncipes reconocidos librarian á la república del peso del depósito.

No fueron los sucesores de los titulares quienes realizaron mi prediccion ; los dos príncipes reconocidos se les adelantaron; han desmembrado la Polonia con sus propias manos, pero no en virtud de su título, porque la política, siempre generosa en las apariencias, les ha dispensado de hacer uso de él; estos mismos soberanos, que la desmembraron entonces, se la apropiaron el año pasado.

La segunda falta, falta capital, que cometió la Polonia, cuya alma era entonces Czartoryskí, consistió en no acordarse del apólogo del nombre y el caballo, sobre el artículo de las protecciones.

La república romana no se hizo dueña del mundo entonces conocido, sino empezando por proteger á los reinos que despues se apropiaba.

¿Se vé algun soberano que vacile un instante en conceder su proteccion al país que se la pide? No, porque todo soberano sabe que aquel es el primer paso, y que de él depende lo demás. Tan pronto como uno es tutor, se constituye en padre, luego en señor de su pupilo, aun cuando no sea mas que para cuidar de su hacienda. Por este medio la república de Venecia, mi señora, se hizo dueña del reino de Chipre, que le quitó luego el Gran Turco, con el objeto de cosechar el buen vino que produce, á pesar de que el Coran prohibe beberlo.

Venecia no existe hoy sino para su eterna vergüenza.

Fueron, pues, la ambicion, la venganza y la necedad las que perdieron á Polonia : la necedad sobre todo.

Esta necedad fué la que empezó á perder á la Francia cuando subió al trono el débil é infortunado Luís XVI. Todo rey destronado debe haber sido un nécio ; y todo rey nécio merece ser destronado;

pues toda nacion que tiene un rey, lo tiene por fuerza.

Luís XVI pereció á causa de su necedad. Si hubiese tenido el talento y la sabia prudencia que debe tener el rey de un pueblo inteligente, aun permaneceria en el trono y hubiese ahorrado á la Francia los horrores en que la precipitaron el furor de unos y la pusilanimidad de otros, la perversidad de los nobles y la avarica de un clero déspota, fanático y omnipotente.

La enfermedad que reina en Francia seria fácil de curar en otra parte cualquiera; pero en los franceses es tal vez incurable.

La posteridad lo sabrá, pues yo soy demasiado viejo.

Los emigrados franceses pueden inspirar lástima á ciertos corazones sensibles; por lo que á mí toca, declaro que solo me inspiran desprecio. Me parece que permaneciendo firmes alrededor del trono, hubieran podido oponer una fuerza á otra fuerza y evitar grandos daños. Su deber, su interés y su honor les mandaban salvar al rey ó sepultarse bajo las ruinas del trono.

En vez de esto, han venido á pasear su orgullo y su deshonra en el extranjero, sin utilidad para ellos y con gran perjuicio de los que han de mantenerlos.

¿En qué parará la Francia? No puedo decirlo;

pero lo que yo sé es que un cuerpo acéfalo no puede durar mucho, porque la razon se alberga en la cabeza.

El dia primero de diciembre, el baron Pittoni me mandó á decir que tuviese la bondad de ir á su casa, donde veria á alguien que habia venido expresamente de Venecia para verme.

Picado en lo mas vivo por la curiosidad, me vestí á toda prisa, y el baron me presentó un hombre bien plantado, de treinta y cinco á cuarenta años, elegantemente vestido, de rostro risueño, que me miró con el aire del mas vivo interés.

— Me dice el corazon, le dije, que Vuestra Excelencia es el señor Zaguri.

— Precisamente, mi querido Casanova. Desde que mi amigo Dándolo me dijo que os encontrábais aquí, he deseado venir á abrazaros y á felicitaros por vuestro próximo regreso al seno de la patria, lo cual se verificará, si no este año, lo mas tarde el que viene; porque espero ver nombrados inquisidores de Estado á dos hombres con cuyo asentimiento puedo contar. Lo que debe convenceros de mi amistad, es que no he vacilado en venir á veros, á pesar de que me lo prohibe la ley. Pasaremos juntos el dia de hoy y mañana.

Despues de haberle contestado como debia, realzando el insigne honor que me hacia su visita, oí á Pittoni que me suplicaba que le excusase si no

habia venido á verme, diciendo que lo habia olvidado. Un anciano que se hallaba presente suplicó á Su Excelencia que me convidase á ir á comer con él á pesar de que no tenia el honor de conocerme.

— ¡ Cómo ! exclamó el señor Zaguri. Hace diez dias que Casanova está aquí, y el cónsul de Venecia no le conoce?

Yo me apresuré á tomar la palabra, y dije:

— La culpa es mia. Pero temia ofender al señor yéndole á visitar, porque el señor cónsul de Venecia hubiera podido tomarme por género de contrabando.

El anciano me contestó con gracia que á partir de aquel instante me consideraba como género de paso, en cuarentena para volver á su país, que su casa estaria constantemente abierta para mí, como lo habia estado la del cónsul de Venecia en Ancona.

Con esta respuesta, el cónsul me dió á entender que conocia mis asuntos, de lo cual me alegré.

Marco Monti, tal era su nombre, tenia mucho talento y gran experiencia; era muy campechano y alegre, algo hablador y muy chistoso. Ridiculizaba con oportunidad sin ofender á nadie, y era el alma de las reuniones que frecuentaba.

Como habia algo de comun entre su talento y el mio, simpatizamos mucho y fuimos rivales en el terreno de las anécdotas. A pesar de sus treinta

años mas que yo, no le iba en zaga, y cuando nos encontrábamos juntos en algun salon, ya no se hablaba de jugar para pasar el tiempo.

La amistad de aquel hombre excelente me fué en extremo útil durante los dos años que pasé en Trieste, y siempre he creido que contribuyó á mi amnistía, único objeto entonces de mis deseos, pues me hallaba atacado de nostalgia.

Para los suizos y los esclavones la nostalgia es una enfermedad mortal, una verdadera peste que se los lleva pronto, si no vuelven en seguida á su país. Los alemanes tambien la sufren bastante. Los franceses, y despues de ellos los italianos, son los menos propensos á esta enfermedad.

Pero no hay regla sin excepcion, y yo era una. Quizá no hubiera muerto de nostalgia, si la hubiese despreciado, y no hubiese ido á perder nueve años en el seno de mi cruel madrastra.

Comí, pues, con el señor Zaguri en casa del cónsul, con mucha gente, y quedé invitado para el dia siguiente á comer en casa del gobernador, conde de Aursperg.

Aquella visita de un *avogador* veneciano me dió extraordinaria consideracion. Ya nadie podia considerarme como proscrito. Se me trataba como á un hombre á quien el mismo gobierno de Venecia no podia reclamar. Habiéndome ausentado de mi patria para librarme de una cárcel en que estaba ile-

galmente detenido, el gobierno, ninguna de cuyas leyes yo habia violado, no podia considerarme culpable.

Dos dias despues, acompañé Zaguri á Goricia, donde se detuvo tres dias, no pudiendo sustraerse á los honores que le hacia la nobleza, que es allí muy distinguida. Yo participé de todas las atenciones que le prodigaron, y que en Goricia un extranjero podia vivir en gran libertad, divirtiéndose mucho.

Allí conocí al conde de Cobentzel, que aun vive tal vez; hombre sabio, virtuoso, generoso, erudito y sin pretension alguna. Dió una gran comida al señor Zaguri, y tuve ocasion de conocer á cuatro damas dignas de todos los homenajes, bajo todos conceptos. Tambien conoci al conde Torres, cuyo padre, español, era teniente general al servicio de Austria. Se habia casado á la edad de sesenta años con una mujer prolífica que le dió cinco hijos, todos feos como él. Su hija, muy bien educada, era muy amable, á pesar de su fealdad; se parecia á su madre por el carácter y la gracia. El hijo mayor, feo y bizco, tenia una chispa que rayaba en locura; pero era libertino, fanfarron, embustero, atrevido, malicioso é indiscreto.

A pesar de todos sus vicios y defectos, se le deseaba en las reuniones, porque hablaba bien y hacia reir. Si hubiese estudiado, hubiera sido hombre

de provecho, pues tenia una memoria prodigiosa. El fué quien garantizó en vano el contrato que hice con el impresor Valerio Valeri para la publicacion de mi *Historia de Polonia*. Durante aquellos dos dias conocí igualmente al conde Coronini, que tenia un nombre en el *Journal des Savants*, por algunos trabajos latinos que habia publicado sobre materias diplomáticas. Nadie leia aquellos trabajos, y cada cual preferia concederle el título de sabio á tomarse el trabajo de averiguar si lo merecia.

Tambien conocí á un jóven llamado Morelli, que habia escrito la *Historia de Goricia*, cuyo primer tomo estaba publicando. Me dió su manuscrito, para que lo leyese en Trieste, durante mis ratos de ocio, y corrigiese lo que encontrase defectuoso. Le contenté porque le devolví la obra sin haber retocado nada, y esto estrechó nuestra amistad. Otra cosa hubiera sucedido, sin duda, si me hubiese tomado la libertad de anotar su trabajo enmendándole la plana.

Concebí una gran amistad para con el conde Francisco Carlos Coronini, hombre de mérito. Se habia casado con una belga, pero no pudiendo vivir con ella, la habia devuelto á su familia y se habia retirado á su casa; pasaba el tiempo en pequeños amoríos, en la caza y en la lectura de muchos peniódicos políticos y literarios. Se burlaba de los que pretendian que no hay hombre feliz en

este mundo, porque él lo era, y apoyaba su asercion con estas palabras sin replica : « *Me siento tal.* » Tenia razon; pero murió de un apostema en la cabeza, á la edad de treinta y cinco años, y los dolores que le mataron debieron desengañarle.

No es cierto que haya en el mundo ningun hombre constantemente feliz ni constantemente desgraciado. El grado de felicidad ó de infortunio de una persona no puede ser determinado por nadie, porque el uno y la otra son relativos y dependen del carácter, del temperamento del individuo, y de las circunstancias en que se encuentra.

Tampoco es cierto que la virtud haga al hombre feliz, porque hay virtudes cuya práctica debe hacer sufrir; por consiguiente, todo sufrimiento excluye la felicidad.

Mis lectores comprenderán perfectamente que no soy de los que colocan la felicidad moral por encima de todo.

Nuestro cuerpo entra por mucho en nuestro sér para que la satisfaccion intelectual pueda ser suficiente en todo; y por tranquila que está la conciencia, no comprendo que pueda proporcionar la felicidad, cuando se tiene hambre ó cuando se retuercen los entrañas por efecto de un cólico.

Acompañé á mi querido *avogador* Zaguri hasta los confines del Estado de Venecia, en compañía del baron Pittoni, y me volví con él á Trieste.

El abate Pini, abogado eclesiástico muy versado en la ciencia de deshacer matrimonios, iba con el amable veneciano que vino de tal manera á dar el tono á las atenciones que los triestinos tuvieron conmigo hasta mi partida.

En tres ó cuatro dias, Pittoni me presentó en todas partes, á las principales familias, en el casino, donde solo iban las personas mas distinguidas.

Este casino estaba en la fonda donde yo vivia.

Entre las damas, la que me pareció mas digna de atencion fué una veneciana luterana, hija de un banquero aleman y esposa de David Piquelin, comerciante oriundo de Suabia y establecido en Trieste.

Pittoni estaba enamorado de ella y lo estuvo hasta la muerte. La amó doce años, como Petrarca amó á Laura, respirando siempre, esperando sin cesar, no obteniendo nunca nada.

Aquella rara mujer, que se llamaba Zanetta, y de quien no estaba nada celoso su marido, era hermosa, cantaba admirablemente acompañándose al clavicordio, y hacia de un modo inimitable los honores de la casa.

Pero lo que la distinguia mucho mas que todos los dones que habia recibido de la naturaleza y de la educacion, era la extraordinaria dulzura de su carácter y su inalterable buen humor.

No tuve necesidad de verla mas que tres dias

para comprender que aquella mujer era inespugnable. En vano se lo dije á Pittoni, á quien ella distinguió siempre entre sus adoradores, pero sin alejarse jamás de la fidelidad conyugal que habia prometido á su esposo y que sin duda se habia prometido mas formalmente á sí misma.

Lo que indudablemente le hacia menos difícil la virtud era una salud muy delicada, lo que nadie hubiera sospechado al verla; pero toda la poblacion lo sabia. Aquella encantadora mujer murió jóven y de una muerte tranquila.

Algunos dias despues de haberse marchado el señor Zaguri, recibí del cónsul un billete en el cual me decia que el procurador Morosini habia llegado á Trieste durante la noche, y que se hospedaba en la misma fonda que yo; añadiendo que, si yo lo conocia, era prudente que fuese á presensentarle mis respetos.

Agradecí en extremo á mi cónsul aquel aviso y aquel consejo, porque el señor Morosini era un gran perdonavidas, tanto por su eminente dignidad de procurador de San Marcos, como porque era gran ministro por turno. Me conocia desde mi infancia, y el lector puede recordar que en 1750, fué él quien en Fontainebleau me preseutó al mariscal de Richelieu, cuando la supuesta Querini estaba allí emprendiendo la conquista de Luís XV.

Habiéndome vestido rápidamente como para ir

á presentarme á un monarca, entré en su antesala y me hice anunciar por medio de un billete en que habia escrito quien era yo.

No me hizo aguardar; vino á recibirme en persona y demostró el placer con que volvia á verme, por medio de halagüeñas expresiones,

Cuando el señor de Morosini supo el motivo de mi permanencia en Trieste, y los deseos que al cabo de tantas vicisitudes experimentaba de volver á mi país, me aseguró que haria todo lo que de él dependiese para obtener mi indulto del tremendo tribunal, gracia que él consideraba que un hombre como yo podia pedir al cabo de diez y siete años de destierro.

Me dió las gracias por lo que atendí á su sobrino en Florencia, y me hizo pasar con él todo el dia, haciéndome contar las principales aventuras de mi vida.

Contentísimo de saber que el señor Zaguri estaba dispuesto á hacer todo lo posible en mi favor, el señor de Morosini me dijo que le escribiese para que se pusiera de acuerdo con él, y me recomendó vivamente al cónsul, quien, escribiendo contínuamente al secretario del tribunal de los inquisidores de Estado, celebró poderle dar cuenta de las muestras de consideracion que el procurador me habia dado, y de la obligacion en que se hallaba de tener conmigo todas las atenciones posibles.

Despues de haberse marchado el señor de Morosini, empecé á disfrutar de la vida de Trieste, pero con mucho tiento, á causa de la economía á que tenia que sujetarme, pues toda mi renta segura consistia en quince zequíes mensuales.

No jugando nunca, iba todos los dias á comer en casa de los que me habian dicho que tenia siempre un cubierto en su mesa y á quienes estaba seguro de complacer. Eran el cónsul de Venecia, el de Francia, original pero honrado y aficionado á comer bien; Pittoni, donde se hacia buena mesa, gracias á su criado, que no reparaba en el gasto, á fin de poder rellenar mejor su bolsillo á expensas del de su amo ; y otros amigos.

En cuanto á los placeres del amor, me proporcionaba los indispensables, procurando que no sufrieran descalabros mi bolsa y mi salud.

A fines del carnaval, hallándome en un baile de máscaras del teatro, un arlequino vino á presentarme su arlequina. Ambos me habian hecho bromas, cuando me entraron ganas de conocer á la arlequina, que me gustaba mucho.

Despues de haber buscado inútilmente, el cónsul de Francia, M. de Saint-Sauveur, me dijo que el arlequin era una señorita de buena casa y que la arlequina era un muchacho. « Si quereis, me dijo, os presentaré á la familia del arlequino, y estoy seguro de que al verlo transformado en mujer, os

interesará mucho mas que su compañera transformada en hombre, á pesar de que es un guapo chico.

Durante las bromas que me hicieron en el baile, pude, sin faltar á la decencia, convencerme de que el cónsul no me habia engañado, y al separarnos, le cogí la palabra. El me prometió presentarme el segundo dia de cuaresma.

Así fué cómo conocí á la señora Leo mujer graciosa, que habia hecho de las suyas durante su juventud y que aun se conservaba hermosa y simpática. Tenia su marido, un hijo y seis hijas, todas bastante bonitas, pero sobre todo el arlequino, que me gustó mucho. Naturalmente me enamoré de ella, mas como tenia treinta años mas que ella, y habiendo empezado por demostrarle una ternura paternal, experimenté cierta vergüenza, nueva en mí, que me impidió hacer nada que pudiese revelar mi amor de amante. Cuatro años mas tarde supe por ella misma que mi inclinacion no le habia pasado desapercibida, y que se habia reido mucho de mi necia reserva.

La naturaleza es un hábil maestro, que enseña mas por instinto á una muchacha que no aprendemos nosotros, los hombres, con la experiencia de una larga vida.

Despues de Pascuas del año 1773, el gobernador de Trieste, conde de Auersperg, fué llamado á

Viena. y vino á ocupar su puesto el conde de Wagensberg. Su hija mayor, hermosa come un sol, conocida con el nombre de condesa Lantieri, me inspiró una pasion que me hubiera hecho desgraciado, si no hubiese tenido bastante fuerza de voluntad para ocultarla bajo el manto del mas profundo respeto.

Celebré la llegada del nuevo gobernador con versos que hice imprimir, y en los cuales, exaltando los méritos del padre, no dejaba de rendir público homenaje á las raras perfecciones de la hija.

Habiéndoles sido grato mi homenaje, les hice una corte asidua. El conde se hizo muy amigo mio y me lo probó por medio de confidencias, de las cuales deseaba que yo sacase partido para mi propio interés. No me lo decia explícitamente, pero era fácil adivinar sus benévolas intenciones.

El cónsul de Venecia me habia dicho que hacia cuatro años que trabajaba para obtener del gobierno de Trieste que la diligencia, que iba una vez por semana de esta poblacion á Mestre, alargase su camino una posta mas y pasase por Udine, capital del Fríuli veneciano.

— Este paso de la diligencia por Udine, me habia dicho, seria muy ventajoso para el comercio de ambos Estados, y el consejo municipal de Trieste se opone por una razon tan errónea como impertinente.

Dos consejeros del comercio triestino, profundos políticos, decian que si la República de Venecia deseaba tanto aquella modificacion, era evidente prueba de que le seria útil, y que, por consiguiente, perjudicaria á los triestinos.

El cónsul me aseguró que si yo podia llevar á término aquel asunto, me ganaria la buena voluntad de los inquisidores de Estado; que si por aquel importante servicio no obtenia yo mi indulto, me haria, cuando menos, digno de su consideracion, y que debia abandonarme á su amistad para la direccion y el giro que daria á mi obra, á fin de que todo el mérito me fuese atribuido.

Yo le habia prometido que pensaria en ello.

Viéndome íntimamente relacionado con el conde gobernador, le hablé un dia de este negocio. El lo conocia y me dijo que la tenacidad del consejo le parecia ridícula y escandalosa; pero añadió que no sabia que hacer, puesto que aquella resolucion no dependia de él.

— El consejero Rizzi, me dijo, es el obstinado por excelencia y emplea ingeniosos sofismas para hacer prevalecer su opinion en el consejo. Presentadme una memoria probando de una manera lógica que el paso pedido por la República de Venecia será mucho mas ventajoso para Trieste, puerto franco y centro de un gran comercio, que á Udine, cuyo comercio es insignificante. La mandaré al

consejo, sin decir quien la ha redactado, y apoyándola obligaré á los consejeros de oposicion que hagan valer en contra razones convincentes. En fin, yo diré en pleno consejo que si no se termina el asunto en el sentido de la razon, la mandaré á Viena con mi opinion motivada.

Seguro del éxito, puse manos á la obra, y pronto tuve una Memoria que no admitia réplica.

Mi éxito fué completo, efectivamente. El consejo decretó el paso de la diligencia deseado; y el conde de Wagensberg me entregó la copia del decreto, que me apresuré á llevar al cónsul de Venecia. Siguiendo su consejo, escribí al secretario del tribunal diciéndole que celebraba haber dado al tribunal mismo una prueba del celo que me animaba para ser útil á mi patria y merecer la gracia de poder volver á ella, cuando Sus Excelencias juzgasen que lo merecia.

El gobernador, por atencion á mí, no publicó el nuevo reglamento hasta ocho dias despues, de modo que el gobierno de Udine supo la feliz innovacion por conducto del tribunal de Venecia antes de que lo supiese la poblacion de Trieste; y todo el mundo creyó que el tribunal de Venecia, que todo lo hace en secreto, la habia conseguido á fuerza de dinero. El secretario no me contestó, pero escribió al cónsul una carta, que éste me enseñó, en la cual le daba órden de entregarme una gratificacion de cien

ducados de plata, que equivalen á cuatro cientas pesetas, haciéndome saber que aquello era para animarme á servir bien á la República, y que podia esperarlo todo de la clemencia del tribunal, si llevaba á feliz término al gran negocio de los Armenios, de que podia enterarme.

El cónsul me comunicó este negocio en un cuarto de hora de conversacion, y me pareció que me seria imposible conseguir nada; sin embargo quise probar.

Cuatro frailes armenios habian desertado del convento de San Lázaro de Venecia, cansados de soportar la tiranía de su prior. Tenian parientes muy ricos en Constantinopla, y burlándose de la excomunion de su tirano mitrado, que los declaró apóstatas, se habian refugiado en Viena, prometiendo ser útiles al Estado, fundando á expensas propias una imprenta armenia, que proporcionase libros á todos los conventos armenios establecidos en los vastos Estados dependientes del imperio turco. Se comprometieron á emplear el capital de un millon de florines en el punto en que Su Majestad imperial, real y apostólica les permitiese establecerse, tanto para fundar en grande la proyectada imprenta, como para comprar ó hacer construir una casa donde contaban vivir en comunidad, pero sin jefe.

Como era de esperar, el gobierno austriaco no

vaciló en otorgar lo pedido; é hizo mas, puesto que les concedió privilegios.

Se trataba de privar á la plaza de Venecia de aquella fructuosa rama del comercio, y de aclimatarla en los Estados del emperador. Por consiguiente, la corte de Viena los envió á Trieste, eficazmente recomendados al gobernador, y allí estaban hacia ya seis meses.

Los inquisidores de Estado deseaban vivamente, y con razon, atraerlos á Venecia. Habiendo empleado inútilmente la via directa, la de su prior que les habia ofrecido grandes satisfacciones, procuraban, por todos los medios secretos, oponerles obstáculos propios á hacerles abandonar á Trieste.

El cónsul me dijo claramente que no habia emprendido aquel asunto porque, bajo todos los puntos de vista, le parecia imposible, y me predijo que si yo lo emprendia, perderia el tiempo.

La prediccion del cónsul me pareció tanto mas poderosa, cuanto que en tal materia ni siquiera podia yo comunicarle detalle alguno de la empresa que yo acometiese. Tambien comprendí desde luego que me era indispensable evitar con cuidado que el gobernador pudiese sospechar en manera alguna que yo trataba de desviar á los frailes del proyecto que habia concebido; porque, además de las exigencias de su deber de servidor del imperio, el celo particular de que se hallaba animado en

favor del comercio de Trieste, le obligaba á prestar mano al éxito del proyecto de los cuatro tránsfugas.

A pesar de todo, impulsado por mi nostalgia, empecé por hacerme amigo de aquellos fraíles, so pretesto de ir á ver sus caractéres armenios, que ya habian hecho fundir, y los géneros de pedrería fina y minerales que habian recibido de Constantinopla. En ocho ó diez dias intimamos mucho. Un dia les dije que, aun cuando no fuese mas que para librarse de la excomunion, su honor exigia que volviesen á la obediencia que habian jurado á su superior.

El mas obstinado de ellos me díjo que el prior habia sido el primero en romper los lazos que habian formado juntos, portándose como un tirano y no como un padre; que por lo que tocaba á la excomunion, un pícaro cura no podia impedir que honrados cristianos comulgasen con el Salvador de todos los hombres, y que por lo demás estaba seguro de que su patriarca les enviaria no solamente la absolucion, sino tambien otros frailes de Levante, con los cuales fundarian en Trieste un nuevo monasterio.

Tal razonamiento no tenia réplica; sin embargo, otro dia les pregunté qué condiciones exigirian de su antiguo prior para volver á Venecia.

El mas razonable me contestó que la primera

condicion seria que el prior retirase de manos del marqués de Serpos cuatrocientos mil ducados que le habia dado á cuatro por ciento de interés.

Estos cuatrocientos mil ducados constituian el fondo del convento de San Lázaro, donde los Basilianos armenios se hallaban establecidos habia cien años. La nacion habia constituido aquel fondo, y el prior no podia disponer de él, ni siquiera con el consentimiento de la mayoría de sus frailes. En caso de que el marqués de Serpos hubiese quebrado, el convento se hubiese encontrado sin recursos, y era cierto que el prior habia alienado motu propio aquel considerable capital.

El marqués de Serpos, comerciante armenio establecido en Venecia, donde hacia gran negocio con pedrería, era amigo íntimo del prior.

Habiendo preguntado á mis frailes cuáles serian las otras condiciones, me dijeron que solo se relacionaban con la disciplina, y que no habia dificultad que no pudiese hallanarse. Añadieron que las pondrian todas por escrito desde el momento en que yo pudiese asegurarles que Serpos habia dejado de hallarse en posesion de aquel capital.

Así empezó mi negociacion. Lo puse todo por escrito y el cónsul lo mando al tribunal. Seis semanas despues se me contestó que el prior hallaria el medio de depositar en el banco el capital en cuestion, pero que antes queria saber detalladamente

en qué consistian las reformas referentes á la disciplina.

Cuando hube leido aquella alternativa, que era directamente lo contrario de lo que yo habia escrito, tomé la resolucion de abandonar el asunto; pero lo que me impulsó á abandonarlo en seguida, fueron cuatro palabras que me dijo el conde Wagersberg. Me dió á entender que sabia que yo queria reconciliar á los cuatro frailes con su prior, y que lo sentia; « porque, dijo él, no podeis triunfar en esta empresa sino perjudicando al país en que os hallais y del cual debeis ser amigo, pues se os considera y trata como tal. »

No vacilé en declararle sinceramente todo el negocio, asegurándole que nunca lo hubiera emprendido, sin la íntima conviccion de fracasar, pues me decian de Venecia que el marqués de Serpos se hallaba en la imposibilidad absoluta de restituir los cuatrocientos mil ducados que habia recibido del prior.

Esta explicacion disipó la menor traza de recelo.

Los armenios compraron, por treinta mil florines, la casa del consejero Rizzi, en la cual se establecieron, y donde fuí á verlos de vez en cuando, sin volverles á hablar de Venecia.

Hé aquí la última prueba de bondad que me dió el conde de Wagensberg, quien, por desgracia, murió en otoño del mismo año, á la temprana edad de cincuenta años.

Una mañana, despues de haber leido un extenso cuaderno que acababa de recibir de Viena, me dijo que sentia que yo no entendiese el aleman, pues me hubiera hecho leer lo que contenia el cuaderno.

— Pero no importa, añadió, voy á deciros su contenido.

» Hé aquí una ocasion oportuna y excelente para bienquistaros el aprecio de vuestros compatriotas, sin exponeros á disgustar á los que se hallan en la precision de proporcionar á nuestro comercio todas las ventajas posibles.

» Voy á confiaros una cosa con la condicion expresa de que jamás me nombrareis, una cosa de que podeis sacar un gran partido, tanto si lograis vuestro intento, como si vuestras diligencias no obtienen resultado. En ambos casos, no habrá mas remedio que hacer justicia á vuestro patriotismo; se os tendrá en cuenta la rapidez con que la habreis comunicado y la habilidad con que la habreis descubierto. Pero no descubrais nunca el modo como habeis penetrado este misterio; decid solamente que respondeis de la exactitud de vuestro informe y que no hariais semejante comunicacion si no estuviéseis seguro de su autenticidad,

» Hé ahí el caso, continuó diciendo el gobernador:

» Todas las mercancías que se mandan de nuestro país á Lombardía pasan por los Estados venecianos y

por la misma Venecia, donde, despues de haber pasado por la aduana, son almacenadas como géneros de tránsito. Esto ha sucedido siempre, sucede aún y podrá suceder todavía mucho tiempo, si el gobierno veneciano se resuelve á disminuir, al menos en la mitad, lo que nos hace pagar como derecho de depósito por nuestros géneros. El cuatro por ciento que pagamos es un impuesto exorbitante.

» Se ha presentado un proyecto, y la corte se ha apresurado á aceptarlo. Aquí está la órden que acabo de recibir de mandarlo poner en ejecucion, sin avisar siquiera al gobierno de Venecia; pues la operacion no es tal que nos obligue, en calidad de amigos, á comunicarla de antemano.

» Cuando no se trata mas que de un tránsito, si se hace pasar, se paga; si no se hace pasar, y nada obliga á ello, no se paga nada; y nadie se puede quejar con derecho de que un Estado ó un simple particular tome tal via con preferencia á tal otra. Tal es el caso actual. Todo lo que enviaremos en adelante á Lombardía será embarcado aquí y desembarcado en Mezzola, sin tocar en los Estados de Venecia. Mezzola pertenece al duque de Módena y se halla en frente de aquí. Se cruza el golfo en una noche, y nuestras mercancías serán depositadas en almacenes que se construirán.

» De este modo, como veis, reducimos el trayecto á la mitad, lo que producirá desde luego un beni-

ficio notable; además el Estado de Módena se contentará con un pequeño derecho de peaje, que apenas equivaldrá á la cuarta parte de lo que exige el Estado de Venecia.

» A pesar de todo esto, estoy seguro de que si la República, despues de haberse hecho cargo de estas razones, hace decir al ministro de hacienda y al consejo de comercio de Viena que consiente en reducir á la mitad el derecho que percibe hoy, se accederá á su demanda; porque las innovaciones repugnan al gobierno austriaco, porque exigen gastos extraordinarios y se hallan sujetas á desórdenes por acontecimientos y circunstancias imprevistas.

» No llevaré este asunto al consejo hasta dentro de cuatro ó cinco dias, porque nada nos da prisa; pero vos debeis apresuraros; pues despues de haber publicado yo la resolucion de mi gobierno, el de Venecia será enterado por vuestro cónsul y por todos los comerciantes compatriotas vuestros.

» Yo quisiera que fuéseis la causa de que una órden de Viena me hiciese suspender la operacion, precisamente en el momento de quererla empezar. »

Fácilmente comprendí lo mucho que podia valerme la comunicacion inmediata de aquella noticia á los inquisidores de Estado; pues el flaco de aquel terrible tribunal consiste en asombrar á todo el mundo mostrándose enterado de todo antes que nadie, por medios incomprensibles, que no pueden

tener mas orígen que el oro dado á espías diseminados por todas partes.

Despues de haber manifestado al conde gobernador mi profunda gratitud, le dije que iba á escribir mi informe, y que despues de habérselo dado á leer, lo enviaria por medio de un propio á los inquisidores de Estado.

— Bueno, me dijo, lo leeré con gusto.

De lo cual me alegré.

Aquel dia no comí, y en cuatro ó cinco horas hice borrador, copia, copia de copia, y se lo llevé todo á Su Excelencia, que quedó admirado de mi actividad. Todo le pareció muy bien, y entonces llevé mi escrito al cónsul, suplicándole que lo leyese, sin hacerle ningun preámbulo.

Cuando lo hubo leido, me miró asombrado y me dijo :

— ¿Estais seguro de que todo esto no es una fábula? Esto me parece imposible, porque yo no sé una palabra y nadie está enterado de esto en Trieste.

— Con mi cabeza respondo de la certeza de lo que anuncio, pero os suplico que no me exijais que os diga la fuente en que ha bebido tan importante noticia.

Despues de haber reflexionado un momento, me dijo :

— Si he de enviar este escrito libremente y con

conocimiento de causa, no puedo dirigirlo sino á los cinco individuos del consejo de comercio, de quien dependo, y no á los inquisidores de Estado, á menos que me supliqueis que lo haga así. Y como os conviene que este documento vaya á manos de los inquisidores de Estado, entregádmelo cerrado, acompañado de una atenta carta suplicándome que lo envie al tribunal y excusándoos por no mandármelo abierto.

— ¿Por qué quereis que muestre tal desconfianza de vuestra lealtad?

— Porque suponiendo que estoy enterado del contenido, me seria forzoso responder de la veracidad de vuestro anuncio, y entonces el tribunal de comercio me declararia culpable, porque estoy aquí para servirle con preferencia á los señores inquisidores de Estado, á quienes nada debo. Permitidme, pues, que hasta en interés vuestro, yo quiera ignorar la cosa hasta que sea pública. Me parece que si es cierta, Su Excelencia el señor presidente debe saberlo, y que en menos de una semana será del dominio público. Entonces dirigiré mi comunicacion al tribunal de comercio, y habré cumplido con mi deder.

— Entonces podré mandar directamente este escrito, sin hacerlo pasar por vuestras manos.

— No señor, porque en primer lugar no os creerian, y en segundo lugar yo quedaria perjudicado;

porque con un gobierno tan receloso como el de la República, hay que estar siempre sobre aviso, y estoy seguro de que cuando pudiese anunciar esta noticia, no dejarian de tacharme de negligente. Además, mi querido señor y dueño el magistrado no os daria un céntimo, y quizá no os daria las gracias siquiera. Si estais seguro de esta novedad, como lo supongo, dais un golpe maestro dirigiéndola al tribunal, porque no solamente podeis contar con que sereis considerado como hombre de perspicacia y de valia, sinó que tambien recibireis una gratificacion pecuniaria que será evidente prueba del caso que se os hará. Si el hecho es cierto, os felicito de veras; pero si os han inducido en error estais perdido; porque induciendo á vuestra vez en error al tremendo, infalible tribunal, exponiéndole á hacer una enorme plancha, lo convertireis en un enemigo irreconciliable. Debeis suponer que una hora despues de haberse enterado de vuestro escrito, el tribunal de los inquisidores de Estado remitirá una copia al magistrado del tribunal de comercio.

— ¿Por qué una copia?

— Porque os nombrais, y nadie debe saber los nombres de los confidentes de sus infalibles y discretas excelencias.

— Comprendo.

Obré conforme á las indicaciones de mi sabio y

prudente amigo. Le escribi en seguida una carta como él queria, y despues de haber cerrado el pliego que contenia mi informe, lo dirigí al señor Marco Antonio Businello, secretario del tribunal, y hermano del que regia cuando huí de los Plomos, diez y siete años atrás.

El dia siguiente, por la mañana, el gobernador se alegró de saber que todo habia quedado concluido antes de media noche. Me aseguró de nuevo que el cónsul de Venecia no sabria nada antes del sábado. Mientras tanto, yo sentia mucho la inquietud del cónsul. No me decia nada por delicadeza, y yo sentia no poderlo tranquilizar.

El sábado, hallándome en el camino, el consejero Rizzi, me anunció gozoso aquella noticia, diciéndome que la plaza de Trieste iba á enriquecerse con todo lo que Venecia iba á perder con aquel cambio. El cónsul llegó en aquel momento y nos dijo que por lo que tocaba á Venecia la pérdida seria insignificante, y que con el primer naufragio que hubiese Trieste perderia mas que el derecho de almacenaje de diez años.

— Además, añadí yo, los expedicionarios alemanes pierden todo lo que les costará el acarreo de las mercancías que deberán retroceder de la Mezzola á la Lombardia veneciana y á todos nuestros mercados.

Es una palabra, lejos de parecer afligido por la

nueva disposicion, el cónsul no hizo mas que reirse: tal era su obligacion. En todas las pequeñas plazas comerciales como Trieste, se hace gran caso de las cosas pequeñas.

Fuí á comer con el cónsul, quien, viéndose solo conmigo, descargó su pecho confesándome sus inquietudes y sus dudas.

Habiéndole preguntado lo que harian los venecianos para evitar el golpe, me dijo :

— Harán consultas muy doctas, muy sistemáticas, despues de la cuales no resolverán nada, y los austriacos enviarán sus géneros por donde mejor les plazca.

— Un gobierno tan sabio y prudente.....

— O que pretende serlo.

— ¿Pensais que vive de su fama?

— Como todas las instituciones carcomidas, cuya consistencia estriba en su pasada importancia.

La mayor parte de los gobiernos actuales son como esos viejos diques que la podredumbre ha destruido por la base, y que se sostienen merced al peso de su masa.

El caso es que el cónsul acertó. El mismo dia escribió la noticia al magistrado de quien dependia, y en el transcurso de la semana siguiente le contestaron que era una cosa de que ya estaban enteradas Sus Excelencias, hacia ya algunos dias, por vias extraordinarias. Le encargaban que se limitase por

el momento á continuar informando al magistrado de cuanto aconteciese sobre el particular.

— ¿No os lo dije? observó el cónsul. Ya veis que no juzgo mal la supuesta sabiduría y prudencia de nuestro gobierno.

— Opino que no estaria mal en Bedlam ó Charenton.

Tres semanas despues, el cónsul recibió del secretario del tribunal una carta en la cual le ordenaba que me entregase una nueva gratificacion de cien ducados de plata, y me diese diez zequíes mensuales para animarme á contraer méritos con el tribunal.

Entonces estuve seguro de que mi amnistía seria decretada aquel mismo año; pero contaba sin la huéspeda, porque no me fué otorgada hasta el año siguiente.

Aquella nueva gratificacion y los diez zequíes mensuales pusiéronme algo á flote, pues no me bastaba lo que fuera de aquello tenia. Ciertos placeres, de que no podia prescindir, me costaban mucho. No me disgustó hallarme á sueldo de aquel mismo tribunal que me habia privado de libertad y cuyo poderío habia yo desafiado. Me parecia que triunfaba, y mi honor me exigia serle útil en todo lo que no contrariaba las leyes de la naturaleza ni el derecho de gentes.

Un pequeño acontecimiento que hizo reir á la

poblacion deTrieste me parece digno de ser contado á mis lectores.

Era á principios del verano. Yo venia de comer sardinas á la orilla del mar y entré en mi casa á eso de las diez de la noche, cuando ví entrar en mi cuarto una muchacha en quien reconocí en seguida á la criada del jóven conde Strasoldo.

El conde era un guapo chico, pero pobre, como casi todos los Strasoldo, aficionado á los placeres costosos, y por consiguiente, cargado de deudas. Tenia un empleillo de seiscientos florines anuales, y no le era difícil gastar su sueldo en tres meses. A parte de esto, era fino y generoso, y yo habia cenado varias veces en su casa con Pittoni. Tenia á su servicio una carniolina muy bonita, de quien estaba celoso y á quien nadie se atrevia á requebrar. Conformándome á las circunstancias, yo la habia visto, admirado, elogiado en presencia de su amo, felicitando á este por la dicha de poseer semejante tesoro; pero nunca le habia dirigido una sola palabra.

Strasoldo acababa de ser llamado á Viena por el conde Auersperg, su protector. Iba á ser empleado en Polonia, en calidad de capitan de círculo; habia vendido sus muebles, se habia despedido de todo el mundo y se hallaba dispuesto á partir, todo el mundo se figuraba, en Trieste, que se llevaria á su bella carniolina. Yo lo creia tambien, pues la mañana de aquel mismo dia yo habia ido á despe-

dirme. Figúrense, pues, cuál seria mi sorpresa al verla en mi cuarto.

— ¿Qué pasa, hija mia? le pregunté.

— Dispensadme, caballero; pero no queriendo partir con Strasoldo, y no sabiendo dónde ocultarme, he pensado que en ninguna parte estaria mas segura que en vuestra casa. Nadie podrá sospechar que me encuentro aquí, y Strasoldo se verá obligado á partir solo. Cuando está lejos, me iré de Trieste para regresar al lado de mi familia. ¿Tendreis la crueldad de rechazarme?

— No, hermosa mia.

— Os prometo que me iré mañana, porque Strasoldo debe partir al amanecer, como habeis podido ver de vuestras ventanas.

— Linda Leuzica (así se llamaba), nadie os negaria asilo, y yo menos que nadie, porque siempre me habeis parecido adorable. Segura estais aquí; y os respondo de que mientras esteis, nadie entrará sin vuestro permiso. Doy gracias á la casualidad ó á mi buena estrella que os ha hecho pensar en mí; pero si es verdad, como se dice, que el conde este enamorado de vos, no partirá, ya lo vereis. Permanecerá al menos mañana todo el dia, con la esperanza de encontraros.

— Me buscará sin duda, pero por todas partes excepto aquí. ¿Me prometeis no obligarme á partir, aun cuando sospeche que me hallo aquí?

— Os lo juro.

— Me alegro.

— Pero, Leuzica, ¿comprendeis que tendríais que compartir mi cama?

— Si no os molesto, de buena gana consiento en ello.

— ¡Incomodarme, decís! Ya vereis. Pronto, desnudaos. Pero ¿dónde está vuestro equipaje?

— Todo lo mio se halla en una maleta que el conde ha mandado colocar ya detrás del coche. ¡Ba! no importa.

— ¡Pobre conde! Debe estar furioso.

— Aun no, porque no regresará hasta media noche. Cena con la señora Bissolotti, que está enamorada de él.

Así hablando, Leuzica se desnudó y se metió en la cama. En un momento me encontré al lado de ella, y despues de una dura abstinencia de ocho meses, pasé en sus brazos una noche deliciosa. Desde que habia dejado á Lia, solo habia tenido placeres fugaces.

Leuzica era una beldad, digna de reinar en un parque de los Ciervos; y si yo hubiese sido rico, hubiera montado casa para guardarla á mi servicio.

Nos despertamos á las siete. Ella se levantó, y viendo el coche á la puerta de Strasoldo, me dijo con tristeza que no me habia equivocado.

La consolé diciéndole que era dueña de perma-

necer en mi cuarto todo el tiempo que le diese la gana.

Sentia no tener un tocador, pues no podia ocultarla al mozo que habia de traernos el café.

Renunciamos al desayuno, pero era preciso que yo buscase el medio de traerle algo para comer. Creia que no me faltaria tiempo para ello; sin embargo, me equivocaba.

A cosa de las diez, ví entrar á Strasoldo y á su amigo Pittoni en mi posada. Abrí la puerta de mi cuarto y los ví hablando con el posadero. Un momento despues entraron en el casino; y los ví entrar y salir de varias habitaciones en todos los pisos.

Adivinando lo que ocurria, dije á Leuzica que la buscaban, y que sin duda no tardarian en hacernos una visita.

— ¿Os acordareis de vuestra promesa? me dijo.

— Podeis estar tranquila.

Tranquilizada por el tono de mis palabras, y comprendiendo que yo no podia prohibirles la entrada sin hacerles sospechar el motivo, repuso ella:

— ¡ Pues que vengan ! ¿ Qué lograrán con ello?

Oyéndolos venir, salí y cerré la puerta. Los supliqué que me dispensaran si no podia invitarlos á entrar, porque tenia en mi cuarto una pieza de contrabando.

— Decidme únicamente, me dijo Strasoldo, si mi querida carniolina esta ahí. Estamos seguros de que entró anoche en la posada, porque la vió entrar el centinela que hay á la puerta.

— En efecto; la bella carniolina está en mi cuarto, y le he prometido que nadie la maltratará; y podeis contar con que cumpliré mi palabra.

— Yo no quiero maltratarla en manera alguna; pero estoy seguro de que vendrá gustosa si puedo hablar con ella.

— Voy á preguntarle si consiente en veros. Aguardad.

Leuzica lo habia oido todo, arrimada la oreja á la puerta. Apenas hubo abierto, me dijo que pudia dejarlo entrar.

Cuando tuvo á Strasoldo delante, le preguntó con altivez si habia contraido alguna obligacion con él; si podia acusarla de haberle robado algo, y si no era dueña de marcharse donde mejor le pareciese.

El pobre conde le replicó con suavidad que, por el contrario, él era quien le debia un año de paga y se hallaba en posesion de su equipaje; pero que no tenia razon en abandonarlo sin motivo.

— No hay mas razon que mi voluntad, y mi resolucion es irrevocable. No quiero ir á Viena. Hace ocho dias que os lo dije. Si sois hombre de honor, me dejareis mi maleta, y por lo que toca á

mi sueldo, si no teneis dinero ahora, me lo mandareis á Laybach, á casa de mi tia.

Strasoldo me dió lástima, pues despues de haber descendido á las mas humillantes súplicas, se echó á llorar como un niño.

Pittoni estuvo á punto de impacientarme cuando se permitió decir que yo debia echar fuera de mi cuarto á semejante bribona.

— No sois vos, dije con entereza, quien me ha de enseñar á cumplir con mi deber; y puesto que he recibido esta mujer en mi casa, debiérais moderar un poco vuestras expresiones.

Viéndome en poco exaltado, cambió de tono y me dijo, riendo, si era posible que me hubiese enamorado en tan corto tiempo.

Strasoldo, interrumpiéndole, dijo que estaba seguro de que la muchacha no habia dormido conmigo.

— Os equivocais, dijo Leuzica, interrumpiéndole á su vez, porque no hay mas que una cama, y yo no he dormido en el suelo.

No pudiendo obtener nada ni con súplicas ni con recriminacion, se fueron á las doce, y mi hermosa carniolina se deshizo en cumplidos.

Revelado el misterio, mandé servir comida para dos, y como el coche del conde se hallaba todavía en evidencia, le prometí quedarme con ella, sin abandonarla un solo instante, mientras Strasoldo se encontrase en Trieste.

A las tres, el cónsul de Venecia vivo á decirme que el conde habia ido á solicitar su intercesion, á fin de conseguir que le entregase á su cara Leuzica.

— Debeis dirigiros á ella misma, mi digno cónsul, pues se encuentra aquí por su voluntad y no por la mia.

Cuando mi respetable amigo supo la verdad, que oyó de boca de la muchacha, nos dejó, diciendo que ambos teníamos razon.

Al anochecer un mandadero trajo á mi cuarto la maleta de la jóven, la cual se mostró conmovida en aquel instante, pero no arrepentida.

Leuzica cenó conmigo y compartió por segunda vez mi lecho. El conde partió al amanecer.

Tan pronto como estuve seguro de su marcha, cogí un coche y conduje á mi linda Leuzica hasta dos postas camino de Laybach, donde, despues de haber comido con ella, la dejé en casa de una señora conocida suya.

En Trieste, todo el mundo aprobó mi conducta, y Pittoni me dijo que en mi lugar se hubiese portado como yo.

En cuanto al pobre Strasoldo, concluyó mal. Despues de haber estado empleado en Leopol, donde contrajo muchas deudas, se hizo culpable de robo, y para salvar su cabeza, se refugió en Turquía, donde tomó el turbante.

Por aquel entonces, el general veneciano Palmanova, patricio de la familia de Rota, vino á Trieste á visitar al presidente gobernador, conde de Wagensberg. Iba acompañado del procurador Erizzo.

Un dia, por la tarde, el conde me presentó á Sus Excelencias, que se mostraron muy sorprendidos de hallarme en Trieste.

El procurador me preguntó si me divertia tanto como en París diez y seis años antes. Yo contesté que diez y seis años mas y cien mil francos menos me obligaban á otro género de vida.

Mientras hablábamos, el cónsul entró para anunciar que el falucho estaba dispuesto. La señora de Lantieri, secundada por el conde su padre, me dijo que yo habia de ser de la partida. Los tres nobles venecianos presentes (el tercero me era desconocido) hicieron coro.

Despues de haber hecho una inclinacion de cabeza, que no significaba *sí* ni *no*, pregunté al cónsul qué partida era aquella.

Me contestó que se trataba de ir á ver un buque de guerra veneciano que se hallaba anclado á la entrada del puerto, y que mandaba Su Excelencia, que yo tenia delante.

Entonces dije á la amable condesa, con aire risueño, aunque modesto, que un deber de antigua fecha me obligaba á privarme de la dicha de hacerle mi corte en aquella partida

— Me está prohibido, señora, poner los piés en dominio veneciano.

— Los *¡oh! ¡oh!* fueron entonces unánimes.

— No teneis nada que temer. Vais con nosotros. Somos personas formales, y vuestra duda es hasta ofensiva.

— Todo eso está bien, señora y caballeros, y cedo gustoso si alguna de Vuestras Excelencias puede asegurarme que los inquisidores de Estado no sabrán que he tenido la osadía de tomar parte en esta bella excursion, que me honra en extremo.

Estas palabras hicieron enmudecer á todo el mundo; se miraban unos á otros y nadie se atrevia á hacer una sola objecion.

El noble gobernador del buque, de quien yo no tenia el gusto de ser conocido, se acercó entonces y habló en voz baja con los otros durante un par de minutos.

Despues de lo cual se fueron.

El dia siguiente, el cónsul me dijo que el gobernador del buque habia elogiado mi prudencia, y que si por casualidad le hubiesen dicho mi nombre y mi situacion durante mi visita á bordo, se hubiera visto en la necesidad de ponerme arrestado.

Cuando dije al gobernador de Trieste lo que me habia dicho el cónsul, me contestó seriamente que no hubiera pemitido que el buque levantara anclas.

Habiendo visto la misma noche al procurador Erizzo, me felicitó por mi prudencia y me dijo que se cuidaria de que lo supiese el tribunal, que atribuiria mi conducta á mi respeto para con sus decisiones, lo cual no podria menos de serme favorable y contribuir á la realizacion de mi grande aspiracion.

Aquel día vi en Trieste una de las venecianas mas hermosas de que se hablaba entonces.

Habia venido á Trieste con algunos de sus adoradores, para divertirse. Era de la familia patricia Bon y se habia casado con el conde Romili, de Bérgamo, que la dejaba vivir en completa libertad, sin dejar de ser su mejor amigo.

Hacíale una corte asidua el general conde Bourghausen, viejo y gotoso, muy ladino y derrochador, que habia vuelto las espaldas á Marte, hacia unos diez años, para consagrar mejor el resto de su vida á Venus. Aquel hombre, de simpático carácter y lleno de experiencia, se quedó en Trieste y quiso conocerme. Diez años mas tarde me fué útil, como verán mis lectores en el tomo siguiente, que tal vez será el último (1).

(1) Véase el *Apéndice* puesto al fin de este volúmen.

CAPÍTULO XVIII

Aventuras de Trieste. — Siervo bien al tribunal de los inquisidores de Estado de Venecia. — Mi viaje á Goricia y mi regreso á Trieste. — Vuelvo á encontrar Irene convertida en actriz y muy hábil en trampear en el juego.

Las damas de Trieste tuvieron el capricho de divertirse representando la comedia francesa, y me eligieron por director y regulador general.

No solamente estuve encargado de escoger las obras, sino tambien de designar los actores de ambos sexos y distribuir los papeles. Este trabajo me dió mucho que hacer sin proporcionarme las satisfacciones que esperaba.

Todas mis actrices eran novicias en el arte escénico; tuve que enseñarles los primenos rudimentos de la declamacion, correr todos los dias de una á otra para que ensayasen papeles que habian de aprender de memoria, lo cual no pudieron conseguir, á causa de la rebeldía de su memoria misma, que no habia sido ejercitada.

Generalmente se sabe que si hay una revolucion necesaria en Italia, es sin duda la que reclama la enseñanza para el bello sexo. Las mejores fami-

lias, salvo raras excepciones, se contentan con encerrar á sus hijas en un convento durante algunos años, hasta que paren en brazos de un esposo á quien suelen ver por primera vez la víspera del matrimonio, y para quien conservan generalmente toda la vida una indiferencia absoluta. No es, pues, extraño que ambos cónyuges se entreguen con frecuencia al adulterio; y se puede decir que en lo que se llama la buena sociedad italiana, los linajes son puramente convencionales. ¿Qué gran señor puede decir : *Me llamo como mi padre?*

En los conventos, sobre todo en los de nuestra hermosa Italia, ¿qué pueden aprender las muchachas? Algunos ejercicios piadosos, tonterías, poca religion, mucha intriga, disimulo; costumbres perversas, á menudo mucho libertinaje, coquetería; un poco de lectura y de escritura, mil bonitas labores sin utilidad, como no sea un poco de música y pintura; nada de historia, nada de geografía ni de mitología; casi nada de aritmética y nada de lo que constituye una buena esposa y una buena madre.

En cuanto á lenguas extranjeras, no hay que hablar, y aun cuando se quisiese, la dulzura de nuestra lengua italiana seria un gran obstáculo para aprender las extranjeras.

Pero el gran obstáculo para todo estudio que requiere un poco de asiduidad es la inveterada costumbre del *dolce far niente.*

He escrito estas verdades para descargo de mi conciencia, y á pesar de mi amor propio nacional.

Sé perfectamente que si alguna de mis lindas compatriotas llega á leer y á comprender esto que escribo, me recriminará, pero ¿qué me importará su cólera? Ya no existiré, puesto que cuando mis Memorias vean la luz, yo habré dejado de verla. Sé además que no me hallo en situacion de agradar.

Vuelvo al teatro.

No habiendo logrado alojar los papeles en el cerebro de mis actrices, me resigné á servirles de apuntador, y supe por experiencia cuán ingrato es este oficio.

Todo apuntador ejerce un oficio de presidiario; los actores no confiesan jamás las obligaciones que le deben, y le acusan de todas las faltas que hacen.

En España, corren parejas con los apuntadores los médicos; si su enfermo cura, se debe á la proteccion de tal ó cual santo; si muere, siempre tiene la culpa la medicina.

Una hermosa negra, que servia á la mas bonita de mis actrices, con la cual me mostraba yo muy atento, me dijo un dia una cosa muy difícil de olvidar:

— No comprendo como podeis estar tan enamo-

rado de mi señora, que *es blanca como el diablo.*

— ¿Nunca habeis amado á ningun blanco? le repliqué.

— Sí, repuso ella, pero fué porque no tenia ningun negro, á quien sin duda hubiera preferido.

Algun tiempo despues, aquella negra se me entregó, pues me habia hecho entrar en curiosidad. Entonces conocí lo incierto de la sentencia *Sublata lucerna nullum discrimen inter feminas;* porque hasta *sublata lucerna*, un hombre debe conocer si la mujer es negra ó blanca.

Segun mi parecer, no hay duda que los negros son de una especie perfectamente distinta de la nuestra, y lo que los distingue esencialmente, independientemente del color, es que una africana instruida es dueña de no concebir durante la cópula, y de concebir varon ó hembra, á voluntad. Si mis lectores no creen esto, tendrán razon, porque, segun nuestra naturaleza, la cosa es increible; pero dejarian de ser incrédulos si les explicase la teoría de esta ciencia megalantropogenésica de las negras.

El conde de Rosenberg, gran chambelan del emperador, hecho príncipe despues, y muerto hace un año, vino á Trieste de paseo con el abate Casti, á quien yo deseaba conocer, á causa de ciertos poemas muy impíos de que era autor.

Sufrí una desilusion, porque en vez de un hom-

bre de ingenio, no hallé en el abate mas que un ignorante audaz, muy impúdico, cuyo solo mérito consistia en una gran facilidad de versificacion.

El conde Rosenberg lo llevaba consigo porque le servia de bufon y de proveedor de muchachas, dos oficios muy adaptados á la bajeza de su carácter, pero muy poco en armonía con la dignidad eclesiástica. Entonces la sífilis no le habia destruido aún la campanilla.

He sabido que aquel libertino desvergonzado, aquel ignorante é impúdico versificador acaba de ser nombrado poeta del emperador.

¡Qué sucesion tan deshonrosa para la memoria del gran Metastasio, hombre que no tenia ningun vicio, que poseia todas las virtudes y estaba adornado de los mas bellos conocimientos!

En cuanto al oficio de poeta que hace Casti, carece de nobleza de estilo y no entiende el arte dramático.

Son prueba de esto dos ó tres óperas cómicas que ha hecho, que solo contienen insípidas bufonadas mal zurcidas.

En una de sus obras, la calumnia abunda, tanto contra el rey Teodoro como contra la república de Venecia, á la cual ridiculiza con las mentiras mas atroces.

Con otra obra titulada *La gruta de Trofonio*, Casti se acarreó las burlas de todos los literatos,

haciendo alarde de una erudicion desatinada, puesto que en nada contribuye al chiste ni á la marcha de la obra.

Entre las personas de condicion que fueron á Goricia para ver la comedia francesa que representaban en casa del baron de Kœnigsbrunn, cuya linda esposa, la ex-condesa de Almis, desempeñaba los principales papeles, conocí al conde Torriano, que me comprometió á ir á pasar el otoño con él en una casa de campo que poseia á seis millas de Goricia.

Si hubiera seguido mi inspiracion, no hubiese ido.

Este conde no tenia aun treinta años y era soltero. Sin ser guapo mozo, no se podia decir que fuese feo, á pesar de su fisonomía patibularia, que revelaba crueldad, deslealtad, traicion, orgullo, brutalidad sensual, odio y celos.

Aquella horrible mezcla me hizo creer que me equivocaba, y que la mercancía era mejor que la marca.

Su atenta invitacion no me parecia justificar los caracteres horribles que se dibujaban en su rostro.

Habiendo tomado informes sobre él antes de prometerle nada, todo el mundo me habló en términos excelentes. Solamente me dijeron que le gustaban las mujeres, y que era feroz cuando se trataba de vengar una afrenta.

Como estas cualidades no me parecieron indig-

nas de un caballero, le prometí ir á pasar con él una temporada, y me dijo que me esperaria en Goricia el dia primero de setiembre, y que al dia siguiente partiríamos para Spessa. Este era el nombre de su quinta.

En razon de mi compromiso con Torriano, me despedí de todo el mundo por un par de meses, y particularmente del conde de Wagensberg, que estaba entonces muy enfermo del mal que se suele curar con el mercurio, cuando este es administrado por una mano hábil, pero que da la muerte al enfermo cuando cae en manos inexpertas. El pobre conde tuvo esta desgracia, pues murió un mes despues de mi partida.

Salí de Trieste por la mañana, y despues de haber comido en Proseco, llegué temprano á Goricia y me apeé en casa del conde Torriano. Habia salido, pero me dejaron descargar mi pequeño equipaje cuando dije que el conde me habia invitado, y me fuí á casa del conde Torres, donde permanecí hasta la hora de cenar.

De regreso á casa del de Torriano, se me dijo que se habia ido al campo y que no volveria hasta el dia siguiente; que mientras tanto habian llevado mi equipaje á la hostería de la posta donde se habia encargado mi cena y un cuarto.

Muy sorprendido, me fuí á la posada donde comí mal y dormí peor. Creyendo que el conde no habia

podido alojarme en su casa, solo encontré que habia faltado en no avisarme. No podia imaginar que un caballero que tiene casa y convida á otro, no disponga de un cuarto que darle.

El dia siguiente, por la mañana, el conde Torriano vino á verme, me dió las gracias por mi puntualidad, felicitándose por el placer que iba á proporcionarle mi compañía en Spessa, y me dijo que sentia mucho que no pudiésemos partir hasta dos dias despues, porque el dia siguiente el tribunal habia de pronunciar una sentencia en un proceso que él tenia con un viejo y pícaro arrendador, que no queria pagarle cierto dinero que le debia y por añadidura le hacia reclamaciones.

— Pues iré á oir á los abogados, dije yo, y ello me divertirá.

Un momento despues, se marchó sin preguntarme dónde comia y sin excusarse en los mas mínimo por no haberme podido alojar en su casa.

Yo perdia la chabeta haciendo mil suposiciones, y concluí por figurarme que en su modo de ver, quizá yo habia hecho mal apeándome en su casa sin darle aviso.

« Vamos, Casanova, me dije : quizá te has equivocado. El conocimiento del hombre es un abismo sin fondo. Creí haberlo estudiado bastante para conocerlo, y mi experiencia me engaña. Estudiemos más, y no se habrá perdido todo. El conde

me ha convidado á ir á su casa de campo. Como nos hallamos en la poblacion, el hombre no está obligado á nada. Paciencia; allá veremos. Tal vez no me ha dicho nada por delicadeza. Sentiria haber cometido la falta de no excusarme, á pesar de que, á mi modo de ver en nada he faltado á la buena educacion. »

Despues de haber comido solo, pasé la tarde haciendo visitas, y por la noche, cenando en casa del conde Torres, hablé del placer que me aguardaba el dia siguiente, de oir á los abogados de Goricia.

— Tambien estaré, me dijo el conde, pues tengo ganas de ver la cara que pondrá Torriano, si el campesino gana. Conozco el asunto, y todo el mundo sabe que vuestro amigo no puede perder, á menos que sea falso el libro que ha presentado y en virtud del cuál el campesino aparece como deudor. A su vez, el labriego debe ganar, á menos que la mayor parte de los recibos del conde sean falsos. El campesino ha perdido ya en primera y segunda instancia; pero ha apelado siempre, pagando las costas, y eso que es pobre. Si pierde mañana, no solamente quedará arruinado, sino que tambien condenado á galeras; pero si gana, compadezco á Torriano, porque entonces seria él quien mereceria las galeras, lo mismo que su abogado, que las ha merecido ya muchas veces.

Como sabia que el conde Torres pasaba por tener

muy mala lengua, sus palabras no me causaron ninguna impresion, pero aumentó mi curiosidad El dia siguiente fuí uno de los primeros que llegaron á la sala de la audiencia, donde ví á los jueces, á las dos partes contrarias y á los abogados respectivos. El del campesino era viejo y de facha honrada, mientras que el del conde parecia un truhan. Torriano estaba á su lado; miraba con desden, y su sonrisa, genuina expresion de su orgullo, parecia decir que era por capricho que se rebajaba hasta comprometerse con un miserable á quien ya habia vencido dos veces.

El campesino, que estaba con su mujer, un hijo y dos hijas capaces de ganar todos los procesos de la tierra, parecia modesto, pero seguro y tranquilo, como quien está resignado y tiene tranquila la conciencia.

Me extrañaba que aquella interesante familia hubiese podido perder dos veces, y su causa me pareció imperdible, tal fué el interés que me inspiraron.

Aquellas pobres gentes iban mal vestidas, y su mirada modesta indicaba que eran víctimas de la opresion.

Cada abogado podia hablar dos horas.

El del campesino solo habló unos treinta minutos, que empleó en poner á la vista de los jueces el libro de recibos aprobados con la firma del conde

hasta el dia en que lo despidió, porque como padre honrado no habia querido que sus hijas fuesen á casa de su señor. Continuando sin énfasis y con la mayor calma, puso delante los ojos de los jueces el libro que el conde habia presentado, y segun el cual el campesino resultaba deudor, y demostró la exactitud de la declaracion de los jurados, es decir que todos los supuestos recibos de su cliente eran falsos. Además, demostró varios anacronismos y paracronismos por todas partes, y concluyó por decir que su cliente se encontraba en estado de hacer conocer á la justicia, mediante causa criminal, los dos falsificadores pagados por el conde y autores de los infames papeluchos que el abogado de la parte contraria se atrevia á presentar al magistrado para engañar su religion y arruinar á una familia honrada, cuya sola falta consistia en ser pobre. Concluyó pidiendo el reembolso de las costas pasadas y futuras, y una justa indemnizacion por la pérdida de tiempo y ataque inferido á la reputacion de su honrado cliente.

La harenga del abogado del conde hubiera durado mas de dos horas, si el juez no le hubiese impuesto silencio. No hay injurias que no lanzase contra el abogado, contra los peritos y contra el campesino, á quien apostrofó varias veces, diciendo que iria á verlo en las galeras, donde á nadie daria lástima.

Durante estos largos debates, me hubiera aburrido mucho, si hubiese tenido la desgracia de ser ciego, al paso que con mi buena vista me divertia mucho, observando las fisonomías. La de mi conde, verdadero hipócrita lleno de impudencia, permaneció siempre intrépida y risueña.

Despues del debate, nos retiramos juntos á una sala de espera, para aguardar la sentencia.

El campesino y su familia permanecian arrinconados, aislados, afligidos, sin un solo amigo que los animase, sin un enemigo disimulado, mientras que el conde Torriano se hallaba rodeado de una docena de personas, que le decian que su causa era imperdible, pero que si esta extravagancia sucediese, debia pagar, obligando al campesino á que probase el crímen de falsificacion.

Yo escuchaba todo esto sin decir una sola palabra, experimentando mucha mas simpatía moral hácia el campesino, que me parecia honrado, que por el conde, de quien formaba para mis adentros un concepto bastante malo.

El conde Torres, enemigo jurado de la prudencia, me preguntó mi opinion, y le dije á parte que el conde tenia que perder, aun cuando tuviese razon, á causa de la infame harenga de su defensor, que merecia que le cortasen las orejas.

—Y su cliente tambien, dijo Torres en voz alta, pero nadie habia oido mis palabras.

Despues de una hora de espera, el escribano del magistrado entró con dos papeles en la mano; dió el primero al abogado del campesino, y el otro al de Torriano, quien despues de haberlo leido, soltó una gran carcajada y lo leyó en alta voz.

El tribunal lo condenaba á reconocer al campesino como acreedor, á pagar todas las costas y á darle, como indemnizacion, un año de sueldo, reservando al campesino el derecho de apelar *ad minimum*, en virtud de otros motivos que podria presentar á la justicia.

El abogado pareció ponerse triste, pero Torriano lo consoló dándole seis zequíes, y todo el mundo se marchó.

Solo con el condenado, le pregunté si apelaria á Viena.

— Mi apelacion será de otra especie, me contestó.

No creí deber hacerme explicar el sentido de aquellas palabras.

Partimos de Goricia el dia siguiente por la mañana. Al entregarme mi cuenta, el posadero me dijo que el conde le habia dado órden de no insistir, si por acaso yo no queria pagar, porque entonces pagaria él.

Esto me pareció muy extraño, pero no hice mas que reirme. Sin embargo, las tres ó cuatro muestras de su carácter que yo acababa de ver, me hi-

cieron comprender que iba á pasar seis semanas con un original peligroso.

Llegamos á Spessa en menos de dos horas, y hallé sobre una pequeña colina una gran casa que nada tenia que ver bajo el punto de vista arquitectónico. Subimos á su habitacion, medianamente amueblada, y despues de habérmelas enseñado todas, me acompañó á la mia. Era un cuarto bajo, mal amuebblado, sin ventilacion ni luz suficientes.

— Este es el cuarto, me dijo que mi padre preferia, porque, como vos, era muy aficionado al estudio. Aquí estareis en completa libertad, pues no entra nadie.

Comimos muy tarde, y, por consiguiente, aquel dia no se cenó. La comida me pareció regular, lo mismo que el vino y la compañía de un cura que le servia de mayordomo, y que, segun contrato, habia de comer en su casa, cuando él se encontrase en Spessa.

Una cosa me chocó, y fué que me dijo riendo que yo comia muy despacio. El comia á toda prisa.

Al abandonar la mesa, me dijo que tenia muchas ocupaciones, y se despidió hasta el dia siguiente.

Bajé á mi cuarto para arreglar mi ropa y preparar mis papeles. Entonces me puse á trabajar en el segundo tomo de los trastornos de Bolonia.

Al anochecer, salí en busca de luz, y vino un criado con una sola vela.

Aquello me pareció indigno, pues era de ley que me diesen bujías ó una lámpara. Me contuve, sin embargo, y me contenté con preguntar al criado si alguno de ellos habia sido puesto á mi servicio.

— Mi señor amo no nos ha dado instruccion alguna respecto á vos, pero es inútil decir que estaremos á vuestro servicio cuando nos llameis.

Hubiera sido una molestia, pues para encontrar á alguien hubiese tenido que recorrer toda la casa, atravesar el patio, y hasta salir á la calle, porque no habia campanilla.

— ¿Y quién arreglará mi cuarto?

— Eso es cosa de la criada.

— ¿Tiene una llave particular?

— No la necesita, pues vuestra puerta carece de cerradura; pero podeis encerraros la noche, poniendo el cerrojo.

No sé si por despecho ó por buen humor, me eché á reir, pues la cosa no podia ir de aquel modo. Sin embargo tuve la constancia de no decir nada.

Cuando se hubo marchado el criado, puse manos á la obra; pero media hora despues tuve la desgracia de apagar la vela en el momento de despabilarla.

No pudiendo recorrer la casa á oscuras, porque aun no la conocia bastante, me acosté rabiando.

Afortunadamente la cama era buena, y como no esperaba tal fortuna, me calmé y dormí muy bien.

Por la mañana, no viendo á nadie, me levanté, y despues de haber encerrado mis papeles, me fui de bata y gorro de dormir á dar los buenos dias á mi anfitrion. Lo encontré en manos de su criado, que lo peinaba. Despues de haberle dicho que habia dormido muy bien, le dije que iba á desayunarme con él. Pero él me contestó cortesmente que no se desayunaba jamás, y que me suplicaba que no me molestase por la mañana yendo á verlo, porque estaba ocupado siempre con campesinos, que eran todos unos ladrones. Luego añadió que, puesto que tal era mi costumbre, diria al cocinero que me preparase café cuando yo quisiese.

— Tendreis la bondad de decir á vuestro criado que me peine un poco cuando os haya servido.

— Me extraña que no hayais traido un criado.

— Hubiera traido uno, si hubiese sabido que podia molestaros mi necesidad de arreglarme un poco el pelo.

— No me molestará, pero os molestareis vos, porque á menudo os cansareis de esperar el criado.

— Lo esperaré con mucho gusto. Lo que necesito es una llave de la puerta de mi cuarto; porque tengo papeles de los cuales debo responder, y no puedo encerrarlos en mi cofre cada vez que necesite salir.

— Todo está seguro en mi casa.

— Lo supongo; pero comprendeis que seria ri-

dículo que tuviéseis que responderme de una carta que pueda faltarme. Lo sentiria en extremo y no os diria nada.

De pronto se calló; luego transcurridos cinco minutos, ordenó á su criado que dijese al cura que mandase poner cerradura á la puerta de mi cuarto y me entregase la llave.

Mientras él reflexionaba, ví encima de su mesa de noche una bujía con su apagador, y un libro.

Acercándome, le pregunté si podia mirar cuál era la lectura que le proporcionaba un buen sueño. Me contestó con fimura que me suplicaba que no tocase aquel libro. Me alejé al instante, diciéndole que estaba seguro de que era un devocionario, pero que no comunicaria á nadie mis sospechas.

— Adivinásteis.

Me fui á mi cuarto, despues de suplicar al conde que me mandase su criado y una taza de café de chocolate, ó de caldo, ó de otra cosa cualquiera.

Disgustado de aquella manera de portarse conmigo, y principalmente de la miserable vela de sebo, cuando él empleaba bujías, me entregué á serias reflexiones.

Mi primera inspiracion fué de marcharme en el acto, porque á pesar de no tener mas que unos cincuenta ducados, era rico en altivez. Sin embargo, deseché aquel partido, porque no quise darle razon haciéndole tan sangriento ultraje.

Considerando la horrible vela como la única razon de importancia, determiné preguntar al criado si habia recibido la órden de servirme bujías. Esta pregunta era necesaria, porque la culpa podia ser del criado. Este vino una hora despues con una taza de café, servido y azucarado á su manera, ó á gusto del cocinero que lo habia hecho.

No queriendo probarle, porque me repugnaba, lo dejé allí, diciendo al criado que no se servia de aquel modo. Me reí, porque ó habia que reirse ó tirarle el café por la cabeza.

— Peinadme un poco, dije al criado.

Y como no podia disimular, le pregunté por qué me habia traido una mala vela de sebo en vez de dos bujías.

— Señorito, me contestó modestamente el criado, no pude serviros mas que lo que me dió el cura; él lo guarda todo; me entregó una sola bujía para mi señor y una vela para vos.

Sentia haber disgustado á quel pobre diablo, y no repliqué; pero figurándome que el cura tal vez queria contraer méritos con su economía para con el conde, ó economizar para su bolsillo, determiné interrogarle aquel mismo dia para saber á qué atenerme.

Cuando me hube vestido, salí á paseo para sacudir mi mal humor.

Encontré al cura *factotum* que venia de buscar al cerrajero.

Me dijo que no teniendo ninguna cerradura preparada, iba á poner á mi puerta un candado cuya llave me entregaria.

— Con tal de poder cerrar, lo mismo me da, le dije.

Y retrocedí para presenciar la operacion.

Mientras el cerrajero trabajaba, pregunté al cura por qué me habia enviado una vela de sebo, y no una ó dos bujías.

— No me hubiera atrevido sin órden expresa del conde.

— Pero ¿se necesita decir eso?

— En otra casa cualquiera, no señor; pero aquí, para todo se necesita órden. Yo compro las bujías, y él me las paga, sin temor de equivocarse, pues cada vez que necesita una, la pongo en lista.

— ¿Podeis venderme una libre al precio que os cuestan?

— Es lo menos que puedo hacer en obsequio vuestro; sin embargo no podré ocultárselo al conde, porque debeis comprender...

— Todo lo comprendo, pero no me importa.

Habiéndole entregado el valor de una libra de bujías, fuí á pasearme.

Como yo sabia que se comia á la una, fui puntual, pero júzguese cuál seria mi sorpresa cuando, de vuelta á las doce y media, me dijeron que hacia media hora que el conde estaba comiendo.

No sabiendo de dónde podrian venir todas aquellas impertinencias, me moderé todavía y entré diciendo que el cura me habia dicho que comian á la una.

— Es verdad, ordinariamente, contestó el conde, pero hoy deseo visitar algunos vecinos y presentaros á ellos; por cuyo motivo he querido comer á las doce. Tendreis tiempo para comer.

Entonces ordenó que pusiesen sobre la mesa todos los platos que habian servido.

Sin contestarle, pero afectando un buen humor que estaba lejos de tener, comí algunas viandas que se hallaban aun sobre la mesa, sin querer probar los platos que ya se habian servido.

En vano me suplicó que tomase sopa, puchero y principio; insistí en mi negativa, diciendo que me castigaba de aquel modo cuando cometia la falta de llegar tarde á toda comida.

Disimulando mi mal humor, subí en coche con el conde para acompañarlo á las visitas que queria hacer.

Fuímos á media legua, á casa del baron de Mestre, que pasaba todo el año en el campo; tenia buena casa, y numerosa familia, simpática y alegre.

El conde pasó allí todo el dia, aplazando para otro las visitas que queria hacer. Por la noche regresamos á Spessa, donde el cura, pocos momentos

despues de mi llegada, me devolvió el dinero que yo le habia dado por la libra de bujías, diciéndome que el conde se habia olvidado de avisarle que yo habia de ser servido lo mismo que él.

Bien ó mal, la falta quedaba reparada, y fingí dar entero crédito á todo aquello.

Se sirvió una cena como si no se hubiese comido; yo comí por cuatro, cuando el conde no comió casi nada, y le dije que era hombre de talento.

El criado que me acompañó al cuarto me preguntó para qué hora encargaba el café. Se lo dije y fué puntual. Esta vez el café me fué servido en una cafetera, con el azúcar á parte.

Otro criado vino á peinarme. La criada arregló mi cuarto. Todo habia cambiado y creí haber enseñado al conde la manera de tratar á un huésped.

— Espero que no tendré aquí ningun otro disgusto, me dije.

Pero me equivocaba.

Tres ó cuatro dias después, el cura vino una mañana á preguntarme á qué hora deseaba yo comer, anunciándome que comeria solo en mi cuarto.

— ¿Por qué solo y en mi cuarto?

— Porque el conde se marchó ayer á Goricia despues de cenar, diciéndome que no sabia cuando volveria, y dándome órden de haceros servir solo en vuestro cuarto.

Está bien, comeré á la una.

Nadie comprende mejor que yo el principio de la libertad individual; pero me pareció que por lo menos mi adusto anfitrion debió decirme que iba á Goricia. Permaneció allí ocho dias, y durante aquel tiempo me hubiera muerto de fastidio, si no hubiese ido cada dia á pasar unas cuantas horas con el baron de Mestre. El cura esa un zoquete servil é ignorante, y no habia en los alrededores ninguna campesina bonita con quien pasar él rato. Me parecia imposible que aun pudiese pasar cuatro semanas en aquel triste destierro.

Cuando el conde estuvo de regreso, le hablé sin miramientos.

— Vine á Spessa, le dije, para haceros compañía y divertirme, y como veo que mi compañía es inútil para vos, y aun quizá importuna, os suplico que me lleveis á Goricia, la primera vez que volvais, y que me dejeis allí, porque tengo el honor de advertiros que la sociedad me gusta tanto como á vos, y que malditas las ganas que tengo de morirme de fastidio en vuestra casa.

Me aseguró que no volveria á suceder otra cosa semejante, y me dijo que habia hecho aquella excursion precipitada para ver á una actriz de quien estaba enamorado, y que habia venido expresamente para verlo, con gran disgusto del director de la Opera bufa de Trieste, donde estaba contratada.

— Además, añadió, he aprovechado estos ocho dias para firmar un contrato de boda con la hija de un veneciano, con la cual debo casarme durante el próximo carnaval.

Todas estas razones y el tono en que fueron dichas me dejaron convencido de que aun podia quedarme algun tiempo mas con aquel original.

Todos los bienes del conde consistian en viñas que producian un vino blanco excelente, y le valian unos mil zequíes anuales; pero como aquel loco queria gastar el doble, se arruinaba. Persuadido de que todos los campesinos le robaban, rodaba por todas partes, entraba en las casas, y cuando encontraba algun racimo de uvas, la emprendia á palos con todos los que no podian negar haberlos cogido en sus viñas. En vano se hincaban de rodillas para pedirle perdon; esto no los libraba de la paliza.

Ya me habia encontrado varias veces, muy á pesar mio, en semejantes ejecuciones arbitrarias y crueles, cuando un dia tuve que presenciar un vapuleo que dos campesinos dieron al señor conde con un palo de escoba. Habia empezado él por administrarles la correccion habitual; pero sintiéndose rudamente apaleado, tomó el prudente partido de apelar á la huida.

Me recriminó duramente porque yo habia permanecido simple testigo del lance.

Sin incomodarme, le demostré que no debí tomar parte en la contienda, en primer lugar porque, habiendo sido el agresor, era suya la culpa, y en segundo lugar porque no sabia batirme á palos, mucho menos contra campesinos mucho mas hábiles que yo en aquel ejercicio, y que hubieran podido molerme, sin tener yo siquiera derecho de quejarme.

Poco satisfecho de mis razones, y furioso por una herida que tenia en la cara, se atrevió á decirme que yo era un gran cobarde, que ignoraba la ley que prescribe defender á un amigo ó morir con él.

Por mas ofensivas que fuesen estas palabras, solo le contesté con una mirada de desprecio, cuya significacion debió comprender.

Toda la poblacion estuvo pronto enterada del lance del señor, y cada cual rebentaba de contento. El conde tenia el privilegio de ser temido de todos sin ser amado de ninguno.

Los dos campesinos de la paliza habian huido. Cuando se supo que su señoría habia tomado la resolucion de no continuar haciendo sus visitas domiciliarias sino armado de sus pistolas, todo el lugar se alarmó. Hubo una reunion de la cual salieron dos delegados que fueron á decirle que los campesinos desertarian en masa en el transcurso de una semana, si no prometia solemnemente no

volver á molestarlos en sus modestas viviendas, ni solo ni acompañado.

En la elocuencia sencilla de aquellos altivos labriegos admiré una razon filosófica, que me pareció sublime y que el conde halló á un mismo tiempo insolente y chocante.

— Nosotros, le dijeron aquellos campesinos, tenemos el derecho de comer un racimo de la viña que no produciria ninguno si no la regáramos con nuestro sudor, del mismo modo que vuestro cocinero tiene el derecho de probar los guisos que prepara para vos, antes de hacerlos servir en la mesa.

La amenaza de desercion, precisamente en el momento de la vendimia intimidó al brutal señor, que no tuvo mas remedio que prometer lo que le exigian. Los diputados se fueron satisfechos de haberle puesto en cintura.

El domingo siguiente, habiendo ido á la capilla para oir misa, encontramos al cura en el altar concluyendo el Credo. Ví el furor pintado en las miradas del conde, y despues de la misa me llevó á la sacristía, donde me dió el espectáculo mas impío y brutal del mundo. Se acercó al pobre cura, le dirigió algunos improperios y le dió cuatro ó cinco palos, á pesar de que aun llevaba el sobrepelliz.

El cura, no pudiendo vengarse de otro modo, le escupió á la cara y se echó á reir.

Salimos al ver acudir á varias personas.

Yo estaba escandalizado, y le dije que el cura no dejaria de ir á Udine, donde le armaria un mal conflicto.

— Impedidlo, si es posible, le dije, á las buenas ó á las malas; pero sobre todo á las buenas.

El conde tuvo miedo, sin duda, porque llamó á los criados y les mandó que le trajesen al cura, de grado ó por fuerza.

Su órden fué ejecutada.

Cuando apareció el cura espumeante de cólera, prodigó al conde los epítetos mas ofensivos, llamándole impío, excomulgado de pestilencial aliento; y juró que ni él ni otro cura alguno volverian á celebrar misa en su capilla, que habia manchado con un sacrilegio, y que el arzobispo vengaria el crímen que habia cometido en su persona.

El conde le dejó hablar sin interrumpirlo, pero no permitió que saliese y le obligó á sentarse á la mesa, donde el indigno eclesiástico no solamente consintió en comer, sino que hasta se dejó emborrachar. Esta baja glotonería produjo la paz, y el cura lo olvidó todo, para que se olvidasen sus faltas.

Algunos dias despues, vinieron dos capuchinos á visitar el conde al medio dia. Deseando verlos partir y no queriéndolo decir, hizo servir la comida sin mandar poner cubierto para ellos. Cuando vieron que no se trataba de invitarlos, el mas resuelto de los dos dijo al conde que no habian comido. Sin

contestarle, el conde le hizo servir un plato de arroz. El capuchino lo rehusó, diciendo que era digno de sentarse á la mesa de un monarca, cuando menos á la suya. El conde, que estaba de buen humor, la constestó que el calificativo de su órden era el de *indignos*, y que por consiguiente no eran dignos de nada en este mundo, y que, además, la humildad de que hacian profesion los prohibia toda especie de pretension.

Como el capuchino se defendia mal y el conde tenia razon, me creí obligado á apoyarlo. Dije al capuchino que debiera darle vergüenza violar la regla de su órden cometiendo el pecado de orgullo.

Habiéndome replicado el capuchino con injurias, el conde mandó que trajesen unas tijeras para cortar la barba á aquellos repugnantes impostores.

A esta terrible amenaza, los dos frailes tomaron las de Villadiego, y nos reimos mucho.

Si todas las extravagancias del conde hubiesen sido de aquel género, se las hubiera perdonado gustoso; pero distaban mucho de ser así.

En vez de quilo, aquel desgraciado destilaba veneno virulento, y durante las horas de digestion, la rabia que lo dominaba le volvia feroz, cruel, injusto, atroz y sanguinario. Sus apetitos se convertian en furores; comia como devora un tigre. Un dia en que cada uno de nosotros tenia en el plato una suculenta becada no pude menos de elogiarla.

Tomó la suya, la descuartizó como hubiera podido hacerlo un halcon hambriento, y me dijo con formalidad que me suplicaba que comiese tranquilo, de saborear á mi gusto y de callarme, porque le impacientaban los elogios que yo hacia de los manjares que me gustaban.

A un tiempo tenia ganas de reirme y de romperle la cara de un botellazo, lo que hubiera hecho veinte años antes.

Sin embargo ni hice lo uno ni lo otro. Me callé, comprendiendo que tenia que marcharme ó aguantar las brutalidades de aquel bestia.

Tres meses despues, Costa, la actriz de Trieste, á quien él habia ido á ver durante su escapatoria á Goricia, me dijo que nunca hubiera creido que pudiese existir un hombre que tuviese tan mal genio como el conde de Torriano.

— Aunque muy enérgico, añadió ella, en sus movimientos amorosos, tiene gran trabajo para llegar á la crisis final que corona la obra, y cuando la desgraciada no puede ocultar sus sensaciones voluptuosas, corre gran riesgo de verse estrangulada por este estúpido; tan celoso es de la dicha de los otros.

— Compadezco á la desgraciada, prosiguió la Costa, que se le destina para esposa.

Hé aquí, la aventura que vino á terminar mis relaciones con este animal dañino. En medio de la

ociosidad y del aburrimiento en que vivia en este triste pueblo de Spessa, donde no tenia ninguna clase de distracciones, conocí una jóven viuda linda, amable y muy pobre. Le hice algunos regalos insignificantes, obteniéndo al fin que viniese á pasar la noche en mi cuarto. Llegaba á media noche sin ser vista y se marchaba al amanecer por una puerta pequeña que daba á la calle.

Hacia ocho dias que gozaba de este pasatiempo agradable; estábamos completamente tranquilos, pues suponíamos que todo el mundo ignoraba nuestras relaciones; pero un dia mi amiga se levantó temprano, me despertó para que fuese á cerrar la puerta como de costumbre, una vez que hubiese salido y volví á acostarme. En el instante mismo sus gritos me hicieron abrir con precipitacion la puerta, apercibiendo al bárbaro Torriano que la tenia agarrada por el vestido con una mano mientras que con la otra la martirizaba á palos. Caí sobre él en menos de un segundo y mientras rodábamos por el suelo, mi pobre viuda pudo escaparse.

No tenia sobre mí otra prenda que mi bata, lo cual era desventajoso para mí, pues es sabido que el hombre civilizado pierde la mitad de sus fuerzas cuando está desnudo.

Sin embargo pude agarrar el baston y echarle la otra mano al pescuezo, haciendo lo posible para estrangularlo. Por su parte con una mano me tenia

cogido por el cabello sin soltar su baston, hasta que haciéndole sacar la tengua le obligué á que abandonara el baston, del cual me apoderé asestándole un tremendo garrotazo sobre la cabeza, que pudo amortiguar en parte con sus dos manos.

Así que pudo levantarse, echó á correr recogiendo piedras, pero me puse en seguida fuera de su alcance encerrándome en mi cuarto : sin averiguar si nos habian visto ó no, me arrojé sobre la cama sin haliento, sintiendo no haber tenido bastante fuerza para ahogar semejante bandido á quien creia muy capaz de querer asesinarme.

Despues de haberme tranquilizado un poco, me levanté, reconocí mis pistolas asegurándome que estaban en buen estado, me vestí y las metí en mis bolsillos disponiéndome á salir con la intencion de buscar un carro en casa de qualquier labriego para volver á Goricia.

Sin saberlo, seguí un camino que me condujo detrás de la casa de mi viuda, que encontré triste pero sin inquietud. Consolóme diciendo que los golpes le habian hecho poco daño, pues los habia recibido sobre la espalda.

Lo que mas la apesadumbraba era el temor de que el pueblo se enteresase de lo que habia pasado, pues dos labradores habian contemplado toda la escena.

Le regalé dos zequies, suplicándole que fuese á

verme á Goricia, en donde pensaba permanecer dos ó tres semanas, y que me indicase quién podia alquilarme un vehículo cualquiera, pues deseaba marcharme cuanto antes.

Su hermana se ofreció á conducirme á una granja en donde encontraria lo que necesitaba. Caminando me dijo que Torriano era enemigo de mi viuda desde que esta le habia rechazado, viviendo aún su marido.

En la granja hallé lo que deseaba, esto es, una buena carreta y un campesino que me prometió dejarme en Goricia antes de la hora de la comida. Le dejé un escudo á cuenta del importe del viaje diciéndole que lo esperaba.

Me dirigí á casa del conde, apresurándome á arreglar mi equipaje, y apenas habia acabado cuando se presentó el campesino con la carreta. Pero al salir para colocar mis prendas vino un criado á llamarme de parte del conde : le escribí en francés, que despues de lo que habia pasado entre nosotros no debíamos encontrarnos sino fuera de su casa.

Al cabo de algunos minutos entra en mi cuarto y cierra la puerta diciéndome :

— Puesto que no quereis hablarme en mi cuarto, vengo al vuestro para hablaros.

— ¿Qué teneis que decirme?

— Me deshonrais yéndoos de mi casa de esta manera y no puedo permitir que os vayais.

— Curioso estoy por saber cómo os arreglareis para impedirlo, pues no quiero suponer que penseis retenerme aquí á las buenas.

— Impediré que os marcheis solo, pues el honor exige que salgamos juntos.

— Decididamente, creo que empiezo á comprender vuestra intencion.

— Tomad vuestra espada ó vuestras pistolas y nos iremos en seguida armados de la misma manera. Ya habeis visto que en el coche hay sitio para dos personas.

— No me conviene, vos sois quien debeis marcharos en mi coche y con toda comodidad despues de haber comido conmigo.

— Estais en un error. Por loco pasaria si fuese á comer con vos, sabiendo que nuestra vergonzosa aventura es conocida de todo el pueblo y que mañana será la diversion de todo Goricia.

— Si no quereis venir á comer conmigo yo vendré á comer aquí en vuestra compañía, y despues, que digan lo que quieran. Despues de comer nos iremos. Despedid vuestra carreta é impedid todo escándalo, pues os repito que no os marchareis.

Me ví obligado á ceder y á despedir la carreta.

El desgraciado conde se quedó en mi cuarto hasta medio dia pretendiendo convencerme que yo tenia toda la culpa, añadiendo que yo no tenia derecho alguno de impedirle que castigase á una campesina

en la calle, puesto que al fin y al cabo no me pertenecia bajo ningun respecto.

Riéndome le contesté, que desearia saber con qué derecho se atrevia él á maltratar en la calle una persona libre y cómo podia pretender que la tal persona no encontrase un defensor en cualquier individuo que se interesase por ella, como sucedia en el presente caso.

— ¿Cómo, añadí, habeis podido figuraros que yo consentiria que maltratáseis una mujer, un ser débil y bondadoso, en el instante mismo en que abandonaba mis brazos, razon que bastaba para que la hubiéseis respetado? Respondedme, si sois hombre ¿no hubiera pasado por un cobarde si me hubiese cruzado de brazos en presencia de una escena semejante? A menos de ser un mónstruo ¿no hubiérais obrado como yo, sin consultar la razon, aun cuando el agresor hubiese sido un gran príncipe?

El desventurado no podia contestarme sino con subterfugios y sofismas que yo rebatia sin consideraciones de ninguna clase.

Momentos antes de sentarnos á la mesa, me dijo que esta aventura no podia en ninguna manera honrar al que matase al otro, pues estaba decidido á batirse á muerte.

— En lo que á mí atañe, le respondí, no soy de vuestro parecer, vos sois dueño de no exponeros,

si lo creeis conveniente: porque despues de la leccion que me habeis obligado á daros, bien á pesar mio, tengo motivos para declararme satisfecho.

» A pesar de vuestra ira, espero dejaros entre los vivos, contentándome con poneros fuera de combate por mucho tiempo, dejándoos así tiempo sobrado para reflexionar sobre vuestro pasado y sobre vuestro porvenir.

» Por vuestra parte, si la fuerza os favorece y si vuestra habilidad supera á la mia, libre sois de conduciros como bien os parezca.

— Iremos solos á un bosque y daré á mi cochero la órden de llevaros á donde querais en el caso de que volvais solo en el coche, pues no llevo ningun criado conmigo.

— Conforme, le dije, apruebo estas disposiciones: pero ¿quereis batiros á pistola ó á la espada?

— La espada debe bastarnos.

— En esto caso os prometo dejar mis pistolas en el coche en el momento en que bajemos de él.

Estaba desorientado al ver este bruto transformado en hombre cortés y prudente, en momentos en que la inminencia de un duelo debia trastornar su espíritu: pues no podia concebir que un hombre semejante pudiese ser valiente.

Estando mas tranquilo y teniendo mas sangre fria que el conde, me creia en la seguridad de inu-

tilizarlo al primer encuentro, por medio de una estocada recta que siempre me ha dado buenos resultados, é hiriéndole en la rodilla en caso de que pretendiese continuar.

Despues de esto me hubiera refugiado en los Estados venecianos, de donde me hubiera sido fácil evadirme no siendo conocido en ellos.

Pero á pesar de todo, preveia que nada de esto sucedería, que este duelo, como tantos otros se evaporaria, como cuando uno de los campeones es un cobarde y yo consideraba al conde como uno de tantos.

Despues de una excelente y alegre comida nos pusimos en camino, el conde no llevaba nada consigo : yo llevaba mi reducido equipaje bien atado detrás del coche.

En presencia del conde descargué mis pistolas despues de asegurarme que el conde no llevaba ninguna. Le habia oido decir al cochero que siguiese el camino de Goritz, esperando á cada instante que le diese órden de dirigirse á derecha ó á izquierda, para ir á terminar nuestra disputa en algun bosque.

Como es de suponer, durante todo el camino me abstuve de hacer pregunta alguna, pues no me correspondia tomar la iniciativa.

Por fin salí de dudas llegando á Goricia y no pude menos de echarme á reir oyendo al conde decir al cochero que se fuese á la posada de las mensajerías.

Así que nos encontramos instalados, me dijo:

—Habeis tenido razon y debemos quedar siendo amigos. Prometámonos mutuamente no hablar de este asunto á nadie y de reirnos de los que al contarlo alteren las circunstancias.

Se lo prometí, nos dimos un apreton de manos, y así se acabó todo.

Al dia siguiente fuí á alojarme en una calle muy tranquila para terminar el segundo volúmen de la *Historia de los desórdenes de Polonia*; pero el tiempo consagrado á esta obra no me impidió gozar de la vida hasta que me decidí á volver á Trieste para esperar en esta ciudad la venia de los inquisidores de Estado.

Quedándome en Goricia, me hubiera sido difícil encontrar la ocasion de probar mi celo; por otra parte, no me pagaban para que viviese en la mas grata ociosidad.

En Goricia me detuve tan solo hasta fines del año 1775; durante la seis semanas que me duró mi permanencia encontré todos los encantos que se podian desear.

La aventura de Spessa era ya conocida en toda la ciudad. Al principio todo el mundo me hablaba de ella; pero como notaban que yo mo reia como si se tratase de una broma sin importancia, acabaron por no hablarme mas de ella, á lo cual contribuyó mucho Torriano tratándome con mucha de-

ferencia en cuantos sitios me encontraba. Sin embargo, conociéndolo bien, procuraba evitarlo rehusando sus convites con mil pretextos.

Durante el carnaval se casó con la señorita de quien he hablado ya, la cual fué desgraciada á mas no poder mientras el conde vivió. Felizmente para ella trece ó cartorce años mas tarde murió loco y en un estado miserable.

Durante mi permanencia, el conde Cárlos Corominí, de quien creo haber hablado, fué para mí una gran distraccion. Cuatro años despues murió este hombre divertido.

Un mes antes de morir, me envió su testamento en versos italianos de ocho sílabas, que aun conservo como prueba de su espíritu filosófico y de su alegría constante.

Este testamento cómico está lleno de ocurrencias originales. Si hubiese previsto que tan cercana estaba sa muerte, á buen seguro que el testamento hubiere sido menos alegre, porque no creo que la perspectiva de una destruccion inmediata ó inminente puede inspirar la jovialidad ó la broma á menos que no se trate de un espíritu trastornado.

Un tal Ricardo Lorrain vino á establecerse en Goricia durante mi permanencia en esta ciudad. Era un solteron de 40 años, que habia servido en la corte de Viena despues de lo cual se habia retirado con una buena cesantía.

Buen mozo, inteligente, bien educado, bastante instruido, y sin pretensiones de ningun género, fué festejado en las mejores casas de Goricia.

Me lo presentaron en casa del conde Torres, que él frecuentaba preferentemente, atraido por las gracias de la jóven condesa con la cual se casó mas tarde.

Al principio de octubre, tal como se practica en mi ilustre patria, el nuevo consejo de los Diez entraba en funciones; por consiguiente los nuevos inquisidores de Estado habian reemplazado á los tres que habian reinado durante los doce meses anteriores.

Mis protectores, el procurador Morosini, el senador Zaguri y mi amigo Dándolo me escribian que si no podian obtener mi gracia durante los doce meses de su mando, deberian abandonar toda esperanza para lo sucesivo, porque además de las cualidades que caracterizaban los nuevos inquisidores, la casualidad habia hecho que fuesen amigos particulares de mis protectores.

El primero, el inquisidor sagrado estaba íntimamente relacionado con el procurador Morosini; el segundo, Sr. Grimani, era amigo de mi querido Dándolo; el Sr. Zaguri me decia que podia disponer del tercero, quien segun la ley debia ser uno de los seis consejeros que componen el cuerpo del consejo de los Diez.

Todo el mundo no sabe tal vez, que este consejo llamado de los Diez estaba en realidad compuesto de 17 miembros; el dux podia tomar parte cuando bien le pareciese.

Volví á Trieste bien decidido á no descuidar nada para servir bien al despótico tribunal y merecer la gracia que bien se me debia despues de un destierro de 19 años durante los cuales habia recorrido toda la Europa.

A la edad de 49 años, me parecia que no debia esperar gran cosa de la Fortuna, deidad tan coqueta como caprichosa, que no favorece sino la juventud y que parece alejarse de la edad viril y sobre todo de la vejez.

Me parecia que en Venecia iba á vivir feliz sin tener necesidad de recurrir á la diosa caprichosa.

Esperaba sacar partido de mis conocimientos sin exponerme á ninguna desgracia, gracias á mi experiencia bastante extensa ya y despojado de todas las vanidades que hubieran podido conducirme al precipicio. Me parecia tambien que los inquisidores de Estado se verian obligados á procurarme en Venecia mismo algun empleo cuyo sueldo me bastaria para vivir con holgura, pues estando sin familia y dispuesto á contentarme con lo necesario, podia muy bien prescindir de lo superfluo.

El primer volúmen de la *Historia de los desór-*

denes de Polonia estaba ya impreso: me ocupaba en escribir el segundo para el cual habia reunido materiales suficientes y aun para los siete de que se compondria la obra. Una vez terminada esta, tenia intenciones de publicar una traduccion en verso de la *Ilíada* de Homero esperando poder dar á luz otras mas tarde.

En todo caso no preveia que pudiese nunca verme expuesto al peligro de morir de hambre en una ciudad que tantos recursos ofrecia á una porcion de individuos que en otra parte no hubieran vivido sino de lisnosna.

Así pues el 31 de diciembre de 1773 salí de Goricia y el 1° de enero de 1774 estaba instalado en la gran posada de la plaza de Trieste.

Difícil hubiera sido tener mejor acogida que yo. El baron Pittoni, el cónsul de Vencia, todos los consejeros, los comerciantes, las señoras, los miembros del casino, todos me dieron pruebas evidentes del placer que experimentaban al volverme á ver. Pasé con ellos el carnaval de la manera mas agradable, gozando de una salud perfecta sin que mis quehaceres se resintiesen; en efecto, al principio de la cuaresma hice imprimir el segundo tomo de la *Historia de los desórdenes de la Polonia.*

Lo que primero me llamó la atencion en Trieste, fué la segunda actriz de la compañía de cómicos. Esta actriz era hija del llamado conde de Rinaldi,

de quien mis lectores se acordarán tal vez. Yo habia conocido á Irene en Milan y la habia abandonado en Génova á causa de su padre; de acuerdo con Marcolina la habia sacado de un gran apuro en Aviñon. Hacia ya once años que no habia oido hablar de ella.

Sorprendido al verla, me causó mas pena que placer, pues preveia que á causa de su hermosura podia aun enamorarme de ella, y no estando en situacion de serle de alguna utilidad, debia tomar mis precauciones. Sin embargo deseando conocer sus aventuras me presenté en su casa al dia siguiente un poco antes de las doce. Me recibió con demostraciones de alegría diciéndome que me habia visto en el teatro y que estaba segura que yo iria á visitarla.

Fuí presentado á su marido que desempeñaba el papel de gracioso y á su hija que tenia nueve años y disposiciones para el baile.

Su historia no fué muy larga, porque las mujeres saben ser breves cuando es necesario. El mismo año en que yo la ví en Aviñon habia ido con su padre á Turin, en donde se enamoró de la persona que me acababa de presentar y con quien se casó al fin. Para correr la suerte de su marido se metió á cómica.

— He sabido, me dijo ella, que mi padre ha muerto, pero ignoro lo que ha sido de mi madre.

Despues de muchas cosas me aseguró que era fiel á su marido, pero no hasta el extremo de ser ridícula atormentando al amante que mereciese ser atendido.

— Aquí, añadió Irene no tengo á nadie: el único placer que me concedo consiste en dar de cenar á algunos amigos, haciendo caso omiso del gasto, pues gano bastante montando de vez en cuando alguna banca de faraon.

Ella era quien tenia la banca y me propuso de formar parte algunas veces de los jugadores.

— Esta noche me vereis en el teatro, le dije al despedirme, y puesto que se juega poco, haré como los demás, tanto mas en cuanto el juego está prohibido en Trieste.

No falté y cené en compañía de una porcion de atolondrados, mercaderes jóvenes todos ellos y perdidamente enamorados de Irene.

Despues de la cena, empezó el juego, durante el cual tuve la ocasion de apercibirme que Irene tenia suma habilidad para alterar el órden de las cartas y siempre con oportunidad. Aunque me dieron ganas de reirme al notar que se servia de su destreza en contra mia, me callé sin embargo y me fui con los otros despues de haber perdido algunos cuantos florines.

La cosa no valia la pena, pero no quéria que Irene se creyese capaz de haberme engañado.

Durante el ensayo del dia siguiente la felicité por su habilidad. Al principio hizo como quien no comprendia, pero una vez que hube precisado de qué se trataba tuvo el descaro de decirme que me equivocaba.

Enojado de su desfachatez, le volví la espalda diciéndole :

— Os arrepentireis de no haber confesado la verdad.

Entonces se echó á reir y me contestó :

— En ese caso lo confieso y ¡si quereis decirme lo que habeis perdido, estoy dispuesta á reembolsaros y aun á proponeros á que vayamos á medias sin que nadie lo sepa excepto mi esposo.

— No me conviene ni lo uno ni lo otro; estoy resuelto á no volver á jugar mas. Pero os advierto que vayais con cuidado al estafar á alguno de vuestros amigos, pues si se aperciben de ello, podria saberse y os echarían una multa, prohibidos como están los juegos de azar.

— Demasiado lo sé y no confio en la palabra de nadie, á pesar de que todos estos jóvenes me han prometido guardar el secreto.

— No pienso volver á cenar en vuestra casa, pero podreis venir á almorzar conmigo cuando tengais tiempo para ello.

Durante algunos dias Irene vino á mi casa con su hija que me era muy simpática y que no re-

chazó mis caricias. Mas tarde, en una de estas entrevistas se encontró al baron de Pittoni, aficionado como yo á las niñas y que tenia deseos de conocer la de Irene, para lo cual suplicó á esta que le acordase el mismo honor que me hacia á mí.

Así lo hizo por consejo mio y el baron acabó por enamorarse, lo cual fué una dicha para Irene pues habiendo sido acusada de entretener juegos prohibidos en su casa, el baron la advirtió á tiempo pudiendo así sustraerse á los rigores de la policía, cosa que no hubiera hecho si no se hubiese hecho amiga de él.

De manera que cuando la policía se presentó en su casa no encontraron á nadie.

Irene se fué de Trieste al principio de la cuaresma con la compañía de la cual formaba parte: tres años mas tarde la encontré en Padua con su hija ya crecida y tan encantadora como siempre; nuestra entrevista fué de las mas tiernas.

APÉNDICE

El lector sabe que Casanova se habia impuesto la tarea de continuar estas Memorias hasta 1797. ¿Por qué terminan en 1774? Una sustraccion interesada parece inverosímil, si se supone que en su manuscrito pudo tratar con dureza á algun habitante de Dux.

El texto de lo que corresponde á los dos últimos tomos no debia ser definitivo. Los manuscritos ofrecen numerosas variantes, pasajes duplicados y borradores. Esto explica las enormes diferencias que se notan en las diversas ediciones, por lo que toca á esta parte de la obra. Nosotros hemos seguido la edicion mas recomendable por su estilo y por la amplitud de los detalles.

De todas maneras, la continuacion de estas Memorias hubiera sido preciosa para el moralista y el psicólogo, quienes hubiesen podido estudiar en ellas los sentimientos de un hombre célebre á

su manera; hombre que, despues de haber llevado con tanta imprevision y á rienda suelta una vida que él se complace en llamar « su locura vagabonda », se vé reducido, en un retiro que aborrece, á la pobreza y á la impotencia de la vejez.

Pero Casanova acaricia aun el recuerdo de los goces pasados, y para él, la manera con que habia adquirido la mayor parte de sus recursos halla una especie de excusa en su imprevision y en sus mismas prodigalidades.

El mismo hombre á quien tanto repugnaba fijar su residencia y amoldarse á una vida juiciosa, tan contraria á su naturaleza, se vé, al fin, obligado á vegetar en la oscuridad de un palacio de Bohemia, en medio de la servidumbre, luchando contra los insensatos celos de un intendente, y sufriendo mil impertinencias. En sus tristes ocios, escribe estas Memorias para ahuyentar el mortal fastidio que amarga los últimos años de su larga vida.

FIN DE LA OBRA

ÍNDICE DEL TOMO SEXTO

CAPÍTULO PRIMERO

CAPÍTULO II

CAPÍTULO III

CAPÍTULO IV

CAPÍTULO V

CAPÍTULO VI

CAPÍTULO VII

CAPÍTULO VIII

CAPÍTULO IX

CAPÍTULO X

CAPÍTULO XI

CAPÍTULO XII

CAPÍTULO XIII

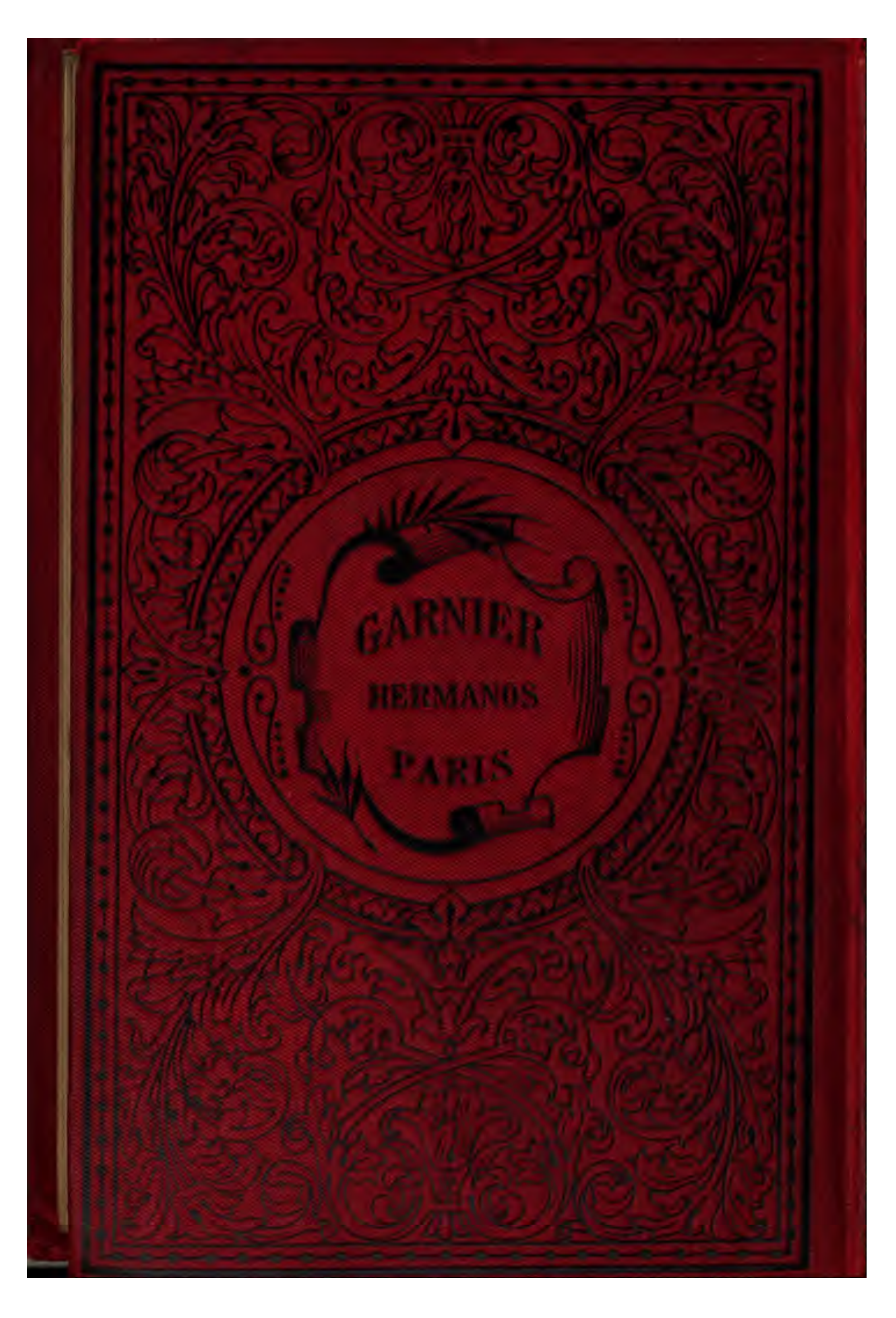
CAPÍTULO XVI

CAPÍTULO XVII

CAPÍTULO XVIII

Imp. — PAUL DUPONT. (Cl.).


3 2044 018 900 878


GARNIER
HERMANOS
PARIS